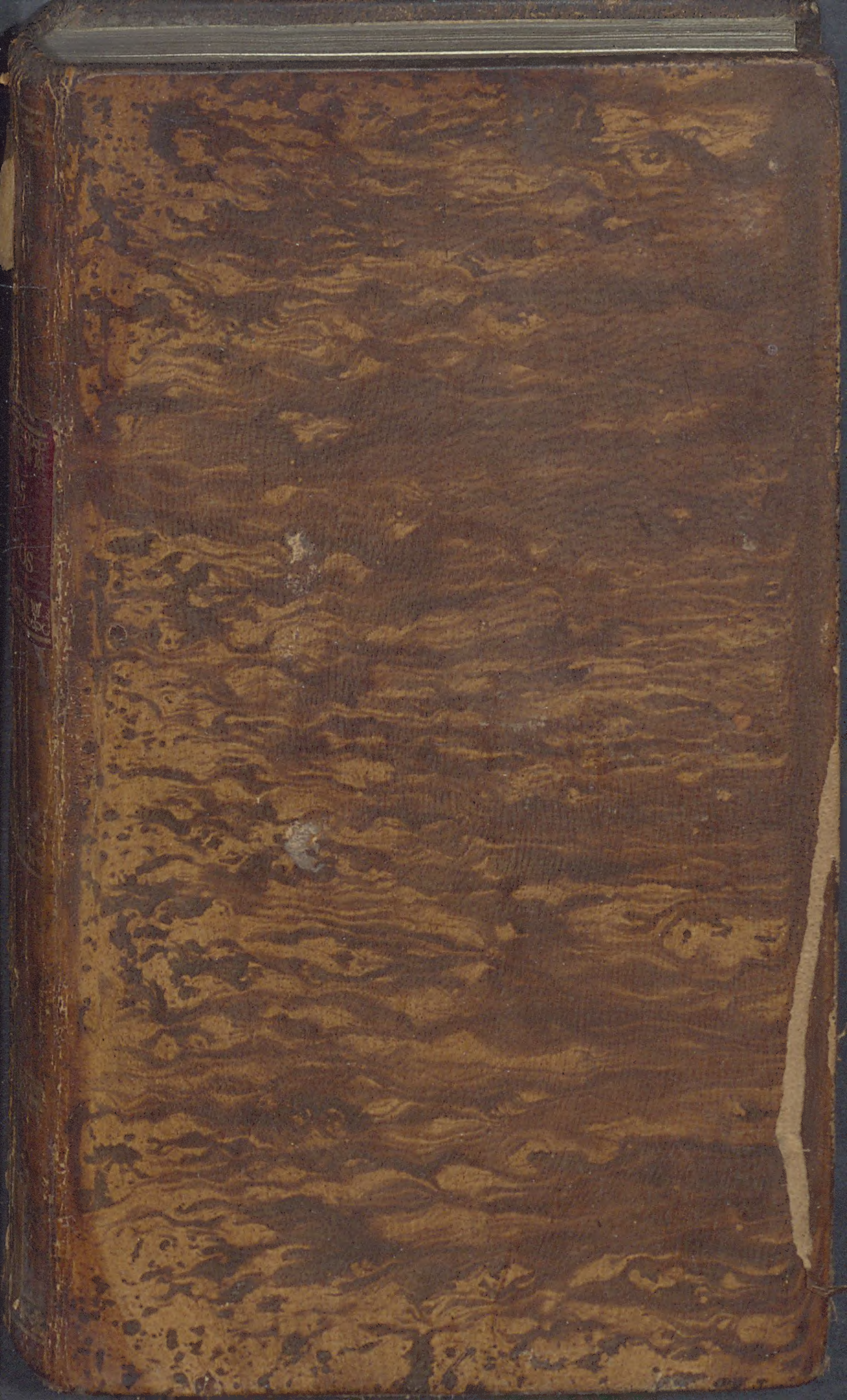






COLECCION

DE

TROZOS ESCOJIDOS

DE LOS MEJORES

HABLISTAS CASTELLANOS,

EN VERSO Y PROSA,

HECHA PARA EL USO DE LA CASA

DE EDUCACION

SITA EN LA CALLE DE SAN MATEO DE ESTA CORTE.

TOMO I.

ESTRACTOS EN PROSA.

MADRID:

Imprenta de Don Leon Amarita, Carrera de san Francisco. = 1821.

PROLOGO.

El objeto de esta coleccion es muy diverso del que se han propuesto los redactores de las demas. Capmany quiso mostrar en la suya los progresos sucesivos del habla castellana desde el estado de su primitiva rudeza hasta el de su perfeccion. La coleccion del Parnaso español, la de Fernandez y la de Quintana se hicieron para formar un cuerpo de nuestra poesía clásica: objeto de que se separó enteramente la primera, que cumplió muy imperfectamente la segunda, y al cual se ha aproximado mucho la tercera. La coleccion de Marchena se dirije á manifestar los conocimientos de nuestros buenos autores en moral, política y literatura; y la de Silvela y Mendibil, impresa en Burdeos en cuatro tomos, está destinada á reunir en una sola obra la utilidad de las de Capmany y Quintana.

La que aora damos al público no debe considerarse sino como un libro des-

tinado para las escuelas de primeras letras. Por consiguiente hemos procurado que reuna las siguientes cualidades: pureza y propiedad de voces y frases, decencia, algun grado de interes que aficione los alumnos á la lectura, variedad de materias, de estilos y de metros, para que los tiernos oidos se familiaricen con todas las formas poéticas y prosaycas de nuestro idioma, poco volumen y coste moderado.

No nos hemos podido resolver á poner en manos de los niños sino trozos escojidos de buena y castiza habla castellana; y como ninguno de los libros bien escritos en el siglo pasado y el presente es acomodado á la capacidad de los alumnos, no hubo otro medio para llenar nuestro objeto, que hacerles leer alguno de nuestros escritores clásicos antiguos, ó alguna de las colecciones anteriormente hechas. Pero estas son demasiado voluminosas; y de aquellos solo hay un libro, que por su variedad pudiera fijar la inquïetud de la niñez, y es el

Quijote. Pero este preciosísimo libro no está escrito con todo el miramiento y circunspeccion que requiere aquella tierna y respetable edad. Nuestros historiadores son demasiado largos, y ademas poco variados: y las inmortales obras de Granada y Leon, que deben ser la lectura contínua de los literatos españoles, no podian adoptarsé para la escuela de primeras letras, porque en los discípulos de esta clase no pueden producir otro efecto, que el de adormecerlos.

Fue preciso, pues, formar una nueva coleccion, no para los literatos, no para los jóvenes que estudian humanidades, sino para los niños. Por eso hemos omitido las noticias de los autores, y las reflexiones literarias, que hubieran aumentado el volúmen de la obra, sin servir de nada á los alumnos, que la han de usar.

El primer tomo, que contiene los estractos en prosa, está casi todo compuesto de trozos sacados de Cervantes, de Solís y de Mariana. El primero se ha

preferido por la admirable flexibilidad de su estilo, y la variedad de sus tonos y coloridos : el segundo por la facilidad é injeniosa claridad de su frase ; y el tercero por la severidad y el sabor latino de la diccion, y porque su lectura escitará en los alumnos el deseo de conocer la historia de nuestra nacion. Se han puesto muchos razonamientos, para hacer á los niños, que tomen de memoria los mejores, y se habituen á declamarlos con intelijencia y soltura.

El tomo segundo, que es de poesías, está en gran parte compuesto de nuestras mejores fábulas, jénero el mas á proposito para la intelijencia de los niños. En las composiciones mas subidas se han preferido las relijiosas, históricas y morales.

Este libro es para niños : pero niños, que han de estudiar, segun el reglamento de esta casa de educacion, un curso completo de literatura. Por esa razon hemos querido, que se familiaricen desde el principio con los

mejores autores de prosa y poesía, que hay en nuestra lengua. Llegará el dia en que sepan conocer su mérito: en la educacion primaria nos contentamos con que se habitúen á las buenas formas del estilo, á la pureza del lenguaje y á las gracias de la diccion. Esto solo bastará para criar ó perfeccionar en ellos el instinto de lo bello, y darles modelos de comparacion, que les hagan conocer lo bueno y distinguirlo de lo malo, mientras llega el tiempo de estudiar filosóficamente las humanidades.

Nos hemos atrevido á hacer dos innovaciones en la ortografía: la una es la supresion de la *h* en el intermedio de las dicciones, y aunque es igualmente inútil al principio, no puede quitarse de alli, mientras no se borre de nuestros diccionarios este signo parasito. Otra es el uso constante de la *j* en todas las pronunciaciones guturales, lo que favorecerá en lo sucesivo el uso de la *g* en todos los sonidos suaves sin necesidad de la *u* interpuesta. El principio, que nos ha dirijido es que los

signos ortográficos no se han inventado para distinguir el orijen de las voces, sino su pronunciacion. En efecto, para el que no sepa la lengua latina, de nada sirven los signos, y para el que la sepa, son inútiles. Los que saben el griego, conocen muy bien la etimolojía de muchas voces latinas, á pesar de la diferente ortografía de ambas lenguas.

La ortografía será perfecta, cuando no haya sonidos diferentes espresados por un mismo signo, ni signos diferentes para espresar un mismo sonido.

COLECCION

DE TROZOS ESCOGIDOS

DE

LOS MEJORES PROSISTAS CASTELLANOS.

DE DON MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

I.

Soliloquio de D. Quijote, cuando hizo la primer salida de su aldea.

¿Quien duda, sino que en los venideros tiempos, cuando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio, que los escribiere, no ponga cuando llegue á contar esta mi primera salida tan de mañana de esta manera: «Apenas habia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las do-

radas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus harpadas lenguas habian saludado con dulce y meliflua harmonía la venida de la rosada aurora, que por las puertas y balcones del manchego horizonte á los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero D. Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó á caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel" (y era la verdad que por él caminaba), y añadió diciendo: dichosa edad y siglo dichoso aquel, adonde saldrán á luz las famosas hazañas mias, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. ¡Oh tu, sabio encantador, quien quiera que seas, á quien ha de tocar el ser coronista de esta peregrina historia! Ruégote, que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mio en todos mis caminos y carreras.

Vida de D. Quijote.

II.

Batalla de D. Quijote con los molinos de viento, y aventura de los frayles de san Benito.

En esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento, que hay en aquel campo; y asi como D. Quijote los vió, dijo á su escudero: la ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear; porque ves alli, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos mas desaforados jigantes, con quien pienso hacer batalla, y quitarles á todos las vidas: con cuyos despojos comenzaremos á enriquecer, que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. ¿Qué jigantes? dijo Sancho Panza. Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos casi de dos leguas. Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que alli se parecen, no son jigantes sino molinos de viento; y lo que en ellos parecen brazos, son las aspas que volteadas del viento hacen

andar la piedra del molino. Bien parece, respondió D. Quijote, que no estas cursado en esto de las aventuras: ellos son jigantes; y si tienes miedo, quítate de ahi y ponte en oracion en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla. Y diciendo esto dió de espuelas á su caballo Rocinante, sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento y no jigantes, aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran jigantes, que ni oia las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya cerca, lo que eran, antes iba diciendo en voces altas: non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete. Levantóse en esto un poco de viento y las grandes aspas comenzaron á moverse: lo cual visto por D. Quijote, dijo: pues aunque movais mas brazos que los del jigante Briaréo, me lo habeis de pagar. Y en diciendo esto, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió á todo el galope de Rocinante, y embistió con el primer molino, que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta

furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y caballero, que fue rodando muy mal trecho por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle á todo el correr de su asno; y cuando llegó, halló que no se podia menear: tal fue el golpe que dió con el Rocinante. ¡Valame Dios dijo Sancho: ¿no le dije yo á vuestra merced que mirase bien lo que hacia, que no eran sino molinos de viento, y no lo podia ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza? Calla, amigo Sancho, respondió D. Quijote: que las cosas de la guerra mas que otras estan sujetas á contínua mudanza: cuanto mas que yo pienso, y es asi verdad que aquel sabio Freston, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos jigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento; tal es la enemistad que me tiene: mas al cabo al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede respondió Sancho Panza, y ayudándole á levantar, tornó á subir sobre su Rocinante, que medio despaldado estaba; y hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del puerto Lápice: porque alli decia D. Quijote, que no era posible dejar de hallarse

muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero; sino que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza; y diciéndoselo á su escudero, añadió: yo me acuerdo haber leido que un caballero español, llamado Diego Perez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó tronco, y con él hizo tales cosas aquel dia, y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca; y asi él como sus descendientes se llamaron desde aquel dia en adelante Vargas y Machuca. Hete dicho esto, porque de la primera encina ó roble que se me depare, pienso desgajar otro tronco tal y tan bueno como aquel: que me imagino y pienso hacer con él tales hazañas, que tu te tengas por bien afortunado de haber merecido venir á verlas y á ser testigo de cosas, que apenas podrán ser creidas. A la mano de Dios, dijo Sancho, yo lo creo todo así, como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser molimiento de la caida. Asi es la verdad, respondió D. Quijote; y si no me quejo del dolor, es porque no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida algu-

na, aunque se le salgan las tripas por ella. Si eso es así, no tengo yo que replicar, respondió Sancho; pero sabe Dios si yo me holgara, que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del mas pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende tambien con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse. No se dejó de reir D. Quijote de la simplicidad de su escudero; y asi le declaró que podia muy bien quejarse como y cuando quisiese, sin gana ó con ella; que hasta entonces no habia leido cosa en contrario en la orden de caballería. Díjole Sancho, que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo, que por entonces no le hacia menester, que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento; y sacando de las alforjas lo que en ellas habia puesto, iba caminando y comiendo detras de su amo muy de espacio; y de cuando en cuando empinaba la bota con tanto gusto, que le pudiera envidiar el mas regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se

le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenia por ningun trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuesen. En resolucion, aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno de ellos desgajó D. Quijote un ramo seco que casi le podia servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le habia quebrado. En toda aquella noche no durmió D. Quijote: no la pasó así Sancho Panza, que como tenia el estómago lleno, y no de agua de chicorias, de un sueño se la llevó; y no fueran parte para despertarle, si su amo no le llamara, los rayos del sol que le daban en el rostro, ni el canto de las aves que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo dia saludaban. Al levantarse dió un tiento á la bota, y hallóla algo mas flaca que la noche antes, y afligiósele el corazon, por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta.

Tornaron á su comenzado camino de puerto Lápice, y á hora de las tres del dia le descubrieron. Aqui, dijo en viéndole D. Quijote, podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en

esto que llaman aventuras. Mas advierte, que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano á tu espada para defenderme; si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería, que me ayudes hasta que seas armado caballero. Por cierto, señor, respondió Sancho, que vuestra merced sea muy bien obedecido en esto; y mas que yo de mio me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias: bien es verdad que en lo que tocare á defender mi persona, no tendré mucha cuenta con esas leyes; pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle. No digo yo menos, respondió D. Quijote; pero en esto de ayudarme contra caballeros, has de tener á raya tus naturales ímpetus. Digo que así lo haré, respondió Sancho, y que guardaré ese precepto tan bien como el dia del domingo.

Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frayles de la orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios

que no eran mas pequeñas dos mulas en que venian. Traian sus antojos de camino y sus quitasoles. Detras de ellos venia un coche, con cuatro ó cinco de á caballo que le acompañaban, y dos mozos de mulas á pie. Venia en el coche, como despues se supo, una señora vizcaina, que iba á Sevilla donde estaba su marido, que pasaba á las Indias con un muy honroso cargo. No venian los frayles con ella, aunque iban el mesmo camino: mas apenas los divisó D. Quijote, cuando dijo á su escudero: ó yo me engaño, ó esta ha de ser la mas famosa aventura que se ha visto; porque aquellos bultos negros, que alli parecen, deben de ser y son sin duda algunos encantadores que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche; y es menester deshacer este tuerto á todo mi poderío. Peor será esto que los molinos de viento, dijo Sancho: mire, señor, que aquellos son frayles de san Benito, y el coche debe ser de alguna gente pasajera: mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe. Ya te he dicho, Sancho, respondió D. Quijote, que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás. Y diciendo esto, se adelantó, y se

puso en la mitad del camino por donde los frayles venian; y en llegando tan cerca, que á él le pareció que le podian oir lo que dijese, en alta voz dijo: gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche llevais forzadas: sino, aparejaos á recibir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras. Detuvieron los frayles las riendas, y quedaron admirados, así de la figura de D. Quijote como de sus razones; á las cuales respondieron: señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de san Benito, que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen ó no ningunas princesas. Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla, dijo D. Quijote; y sin esperar mas respuesta, picó á Rocinante, y la lanza baja arremetió contra el primero frayle con tanta furia y denuedo, que si el frayle no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun mal ferido, sino cayera muerto. El segundo religioso, que vió del modo que trataban á su compañero, puso pier nas al castillo de su buena mula, y comenzó á correr por aquella campaña mas lije-

ro que el mismo viento. Sancho Panza, que vió en el suelo al frayle, apeándose lijeramente de su asno, arremetió á él, y le comenzó á quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frayles, y preguntaronle, que por qué le desnudaba. Respondióles Sancho, que aquello le tocaba á él legítimamente, como despojos de la batalla, que su señor D. Quijote habia ganado. Los mozos que no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos ni batallas, viendo que ya D. Quijote estaba desviado de allí, hablando con las que en el coche venian, arremetieron con Sancho y dieron con él en el suelo, y sin dejarle pelo en las barbas, le molieron á coces y le dejaron tendido en el suelo sin aliento ni sentido; y sin detenerse un punto, tornó á subirse el frayle todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro; y cuando se vió á caballo, picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando y esperando en qué paraba aquel sobresalto; y sin querer aguardar al fin de aquel comenzado suceso, siguieron su camiuo, haciéndose mas cruces, que si llevaran el diablo á las espaldas.

Idem.

III.

Descripcion del combate de don Quijote con un caballero vizcaino.

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecia sino que estaban amenazando al cielo, á la tierra y al abismo: tal era el denuedo y continente que tenian. Y el primero que fue á descargar el golpe, fue el colérico vizcaino: el cual fue dado con tanta fuerza y tanta furia, que á no volvérsele la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin á su rigurosa contienda y á todas las aventuras de nuestro caballero: mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenia guardado, torció la espada de su contrario, de modo, que aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño, que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy mal trecho. ¡Válgame Dios! y ¿quién será aquel que buenamente pueda contar aora la rabia que en-

tró en el corazon de nuestro manchego, viéndose parar de aquella manera? No se diga mas, sino que fue de manera, que se alzó de nuevo en los estrivos, y apretando mas la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el vizcaino, acertándole de lleno sobre el almoada y sobre la cabeza, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó á echar sangre por las narices, por la boca y por los oidos, y á dar muestras de caer de la mula abajo; de donde cayera sin duda sino se abrazara con el cuello: pero con todo esto sacó los pies de los estrivos y luego sacó los brazos; y la mula espantada del terrible golpe, dió á correr por el campo, y á pocos corcobos dió con su dueño en tierra. Estabaselo con mucho sosiego mirando don Quijote; y como le vió caer, saltó de su caballo y con mucha ligereza se llegó á él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos, le dijo, que se rindiese, sino, que le cortaria la cabeza.

Idem.

IV.

Pintura de la edad de Oro.

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos, á quien los antiguos pusieron nombre de dorados; y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna; sino porque los que en ella vivian, ignoraban estas dos palabras *tuyo* y *mio*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo, que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano sin interes alguno la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedian de sí sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas

y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no mas que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se habia atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre: que ella, sin ser forzada, ofrecia por todas partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleytar á los hijos que entonces la poseian. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello; y no eran sus adornos de los que ahoran se usan, á quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y hiedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas, como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones, que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente, del mesmo modo y manera que ella los concebia, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No habia la fraude

el engaño ni la malicia mezcládose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interes, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aun no se habia sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no habia que juzgar, ni quien fuese juzgado.

Idem.

V.

Aventuras de los carneros, del cadaver y de los batanes.

En estos coloquios iban D. Quijote y su escudero, cuando vió D. Quijote, que por el camino que iban, venia hácia ellos una grande y espesa polvareda, y en viéndola, se volvió á Sancho y le dijo: este es el dia, ó Sancho, en el cual se ha de ver el bien, que me tiene guardado mi suerte. Este es el dia, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama

por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército, que de diversas é innumerables jentes por allí viene marchando. A esta cuenta, dos deben de ser, dijo Sancho, porque de esta parte contraria se levanta asimismo otra semejante polvareda. Volvió á mirarlo D. Quijote, y vió que asi era la verdad; y alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna, que eran dos ejércitos que venian á embestirse y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura: porque tenia á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamentos, sucesos, desatinos y desafios, que en los libros de caballerías se cuentan; y todo cuanto hablaba, pensaba ó hacia, era encaminado á cosas semejantes; y la polvareda, que habia visto, la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros, que por aquel mismo camino de dos diferentes partes venian, las cuales con el polvo no se echaron de ver hasta que llegaron cerca. Y con tanto ahinco afirmó D. Quijote, que eran ejércitos, que Sancho lo vino á creer y á decirle: señor, ¿pues qué hemos de hacer nosotros? ¿Qué? dijo D. Quijote: fa-

vorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos. Y has de saber, Sancho, que este que viene por nuestra frente, le conduce y guia el grande emperador Alifanfarron, señor de la grande isla Trapobana: este otro, que á mis espaldas marcha, es el de su enemigo el rey de los garamantas Pentapolin del arremangado brazo; porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo. Pero estame atento y mira; que te quiero dar cuenta de los caballeros mas principales, que en estos dos ejércitos vienen; y para que mejor lo veas y notes, retirémonos á aquel altillo, que allí se hace, de donde se deben descubrir los dos egércitos. Hiciéronlo asi, y pusiéronse sobre una loma, desde la cual se verian bien las dos manadas, que á D. Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes del polvo, que levantaban, no les turbara y cegara la vista; pero con todo esto, viendo en su imajinacion lo que no veia ni habia, con voz levantada comenzó á decir:

Aquel caballero que allí ves, de las armas jaldes, que trae en el escudo un leon coronado, rendido á los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de plata: el otro de las armas de las

flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran duque de Quirocia: el otro de los miembros giganteos, que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que segun es fama, es una de las del templo, que derribó Sanson, cuando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro ejército al siempre vencedor y jamas vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles, azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dice *Miau*, que es el principio de nombre de su dama, que segun se dice es la sin par Miaulina, hija del duque de Alfeñiquen del Algarbe: el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo es blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nacion francés, llamado Pierres Papin, señor de

las baronías de Utrique: el otro que bate las hijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y lijera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nerbia, Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera, con una letra en castellano, que dice asi: *Rastréa mi suerte.*

Y de esta manera fue nombrando muchos caballeros del uno y del otro escuadron, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imajinacion de su nunca vista locura; y sin parar, prosiguió diciendo:

A este escuadron frontero forman y hacen jentes de diversas naciones: aquí estan los que beben las dulces aguas del famoso Janto: los montuosos que pisan los masílicos campos: los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia: los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte: los que sangran por muchas y diversas vias al dorado Pactolo: los númidas, dudosos en sus promesas: los persas, en arcos y flechas famosos: los partos, los medos, que pelean huyendo: los árabes de mudables casas: los scitas, tan crueles como blancos: los etiopes de hora-

dados labios, y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis: los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo: los que gozan las provechosas aguas del divino Jenil: los que pisan los tartesios campos de pastos abundantes: los que se alegran en los eliseos jerezanos prados: los manchegos ricos y coronados de rubias espigas: los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda: los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente: los que su ganado apacientan en las estendidas deesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso: los que tiemblan con el frio del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino: finalmente cuantas toda la Europa en sí contiene y encierra.

¡Válgame Dios, y cuantas provincias dijo, cuantas naciones nombró, dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto y empapado en lo que habia leido en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado

de sus palabras, sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvia la cabeza á ver si veia los caballeros y jigantes, que su amo nombraba; y como no descubria á ninguno, le dijo: señor, encomiendo al diablo hombre ni jigante, ni caballero, de cuantos vuestra merced dice, parece por todo esto, á lo menos yo no los veo: quizá todo debe de ser encantamento, como las fantasmas de la otra noche. ¿Cómo dices eso? respondió D. Quijote. ¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores? No oygo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros: y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dijo D. Quijote, te hace Sancho, que ni veas ni oygas á derechas: porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son: y si es que tanto temes, retírate á una parte y déjame solo, que solo basto á dar la victoria á la parte, á quien yo diere mi ayuda. Y diciendo esto, puso las espuelas á Rocinante; y puesta la lanza en el ristre, bajó de la cuestezuela como un rayo. Dióle voces Sancho diciéndole: vuélvase vuestra merced,

señor D. Quijote: que voto á Dios que son carneros y ovejas las que va á embestir. Vuélvase, desdichado del padre que me enjendró: ¿qué locura es esta? Mire que no hay jigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules, ni endiablados: ¿qué es lo que hace, pecador soy yo á Dios? Ni por esas volvió D. Quijote: antes en altas voces iba diciendo: ea, caballeros, los que seguis y militais debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolin del arremangado brazo, seguidme todos: vereis cuán facilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarron de la Trapobana. Esto diciendo, se entró por medio del escuadron de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto corage y denuedo, como si de veras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos, que con la manada venian, dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, desciñéronse las ondas y comenzaron á saludarle los oidos con piedras como el puño. D. Quijote no se curaba de las piedras: antes discurriendo á todas partes, decia: ¿Adónde estás, soberbio Alifanfarron? vente á mí, que un caballero solo soy, que

desea de solo á solo probar tus fuerzas, y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolin garamanta. Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan mal trecho, creyó sin duda, que estaba muerto ó mal ferido, y acordándose de su licor, sacó su alcuza y púsosela á la boca y comenzó á echar licor en el estómago: mas antes que acabase de embasar lo que á él le parecia que era bastante, llegó otra almendra y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó cuatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fue el golpe primero y tal el segundo, que le fue forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse á él los pastores, y creyeron que le habian muerto: y así con mucha priesa recojieron su ganado, y cargaron de las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fueron. Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta mirando las locuras, que su amo hacia; y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto, en que la fortuna se le habia da-

do á conocer. Viéndole, pues, caido en el suelo, y que ya los pastores se habian ido, bajó de la cuesta y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no habia perdido el sentido, y díjole: ¿no le decia yo, señor D. Quijote, que se volviese, que los que iba á acometer, no eran ejércitos, sino manadas de carneros? Como eso puede desaparecer y contraacer aquel ladron del sabio mi enemigo. Sábete, Sancho, que es muy facil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren; y este maligno, que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo habia de alcanzar de esta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas. Sino, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno y síguelos bonitamente, y verás, como en alejándose de aquí algun poco, se vuelven en su ser primero, y dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos, como yo te los pinté primero. Pero no vayas aora, que he menester tu ayuda y favor: llégate á mí, y mira cuantas muelas y dientes me faltan, que me parece, que no me ha quedado ninguna en la boca.

Metió Sancho los dedos, y estándole atentando, le dijo: ¿ cuantas muelas solia vuestra merced tener en esta parte? Cuatro, respondió D. Quijote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas. Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, respondió Sancho. Digo que cuatro, sino eran cinco, respondió D. Quijote: porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caido ni comido de neguijon ni de reuma alguna. Pues en esta parte de abajo, dijo Sancho, no tiene vuestra merced mas de dos muelas y media: y en la de arriba, ni media ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano. Sin ventura yo, dijo D. Quijote, oyendo las tristes nuevas, que su escudero le daba: que mas quisiera, que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada: porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar un diente que un diamante. Mas á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha orden de caballería: sube, amigo, y guia, que yo te seguiré al paso que quisieres. Hízolo así Sancho, encaminándose hácia donde le pareció, que podia

hallar acojimiento, sin salir del camino real, que por allí iba muy seguido. Yendo, pues, poco á poco, porque el dolor de las quijadas no dejaba sosegar á D. Quijote, ni atender á darse priesa, quiso Sancho entretenerle y divertirle, diciéndole alguna cosa, y entre otras, que le dijo, fue lo siguiente:

Paréceme, señor mio, que todas estas desventuras, que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la orden de su caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles, con todo aquello que á esto se sigue y vuestra merced juró de cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino, ó como se llama el moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon, Sancho, dijo D. Quijote: mas para decirte verdad, ello se me habia pasado de la memoria; y tambien puedes tener por cierto, que por la culpa de no habérmelo tu acordado en tiempo, te sucedió aquello de la manta; pero yo haré la enmienda, que modos hay de composicion en la orden de la caballería para todo. ¿Pues juré yo algo por di-

cha? respondió Sancho. No importa que no hayas jurado, dijo D. Quijote: basta que yo jurase: por lo que entiendo que de participantes no estás muy seguro: y por si ó por no, no será malo proveernos de remedio. Pues si ello es así, dijo Sancho, mire vuestra merced no se le torne á olvidar esto, como lo del juramento: quizá les volveria la gana á las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced, si le ven tan pertinaz. En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir donde aquella noche se recojiesen: y lo que habia de bueno en ello era que perecian de hambre; porque con la falta de las alforjas les faltó toda la despensa y matalotage: y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedió una aventura, que sin artificio alguno verdaderamente lo parecia, y fue que la noche cerró con alguna oscuridad; pero con todo esto caminaban, creyendo Sancho, que pues aquel camino era real, á una ó dos leguas de buena razon hallaria en él alguna venta. Yendo, pues, de esta manera, la noche oscura, el escudero hambriento y el amo con gana de comer, vieron que por el mismo camino

que iban, venia hácia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian sino estrellas que se movian. Pasmóse Sancho en viéndolas, y D. Quijote no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro á su asno, y el otro de las riendas á su rocino, y estuvieron quedos mirando atentamente lo que podia ser aquello, y vieron que las lumbres se iban acercando á ellos, y mientras mas se llegaban, mayores parecian; á cuya vista Sancho comenzó á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron á D. Quijote; el cual animándose un poco, dijo: esta sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo. ¡Desdichado de mi! respondió Sancho: si acaso esta aventura fuese de fantasmas, como me lo va pareciendo, ¿adónde habrá costillas que la sufran? Por mas fantasmas que sean, dijo D. Quijote, no consentiré yo que te toquen en el pelo de la ropa; que si la otra vez se burlaron contigo, fue porque no pude yo saltar las paredes del corral; pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgrimir mi espada. Y si le encantan y entu-

mecen, como la otra vez lo hicieron, dijo Sancho, ¿qué aprovechará estar en campo abierto ó no? Con todo eso, replicó D. Quijote, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo; que la esperiencia te dará á entender el que yo tengo. Si tendré, si á Dios place, respondió Sancho, y apartándose los dos á un lado del camino, tornaron á mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres, que caminaban, podia ser: y de alli á poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa vision de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó á dar diente con diente, como quien tiene frio de cuartana; y creció mas el batir y dentellar, cuando distintamente vieron lo que era: porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo y con sus hachas encendidas en las manos: detras de los cuales venia una litera cubierta de luto, á la cual seguian otros seis de á caballo enlutados hasta los pies de las mulas; que bien vieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban. Iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baja y compasiva. Esta estraña vision á tales horas y en tal despoblado, bien bastaba para poner miedo en el corazon

de Sancho, y aun en el de su amo: y asi fuera en cuanto á D. Quijote, que ya Sancho habia dado al traves con todo su esfuerzo. Lo contrario le avino á su amo, al cual en aquel punto se le representó en su imajinacion al vivo, que aquella era una de las aventuras de sus libros. Figurósele que la litera eran andas donde debia de ir algun mal ferido ó muerto caballero, cuya venganza á él solo estaba reservada; y sin hacer otro discurso, enristró su lanzon, púsose bien en la silla, y con jentil brio y continente se puso en la mitad del camino, por donde los encamisados forzosamente habian de pasar, y cuando los vió cerca, alzó la voz y dijo: deteneos, caballeros, quien quiera que seais, y dadme cuenta de quién sois, de donde venis, adonde vais, qué es lo que en aquellas andas llevais: que segun las muestras, ó vosotros habeis fecho, ó vos han fecho algun desaguisado; y conviene y es menester que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que ficisteis, ó bien para vengaros del tuerto que vos ficieron. Vamos de prisa, respondió uno de los encamisados, y está la venta lejos, y no nos podemos detener á dar tanta cuenta como pedis. Y picando la mula pasó adelante. Sintióse de

esta respuesta grandemente D. Quijote, y travando del freno, dijo: deteneos y sed mas bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado; sino, conmigo sois todos en batalla. Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno se espantó de manera, que alzandose en los pies, dió con su dueño por las ancas en el suelo. Un mozo que iba á pie, viendo caer el encamisado, comenzó á denostar á D. Quijote; el cual ya encolerizado sin esperar mas, enristrando su lanzon, arremetió á uno de los enlutados, y malferido dió con él en tierra: y revolviéndose por los demas, era cosa de ver con la presteza que les acometia y desbarataba, que no parecia sino que en aquel instante le habian nacido alas á Rocinante, segun andaba de lijero y orgulloso. Todos los encamisados eran jente medrosa y sin armas; y asi con facilidad en un momento dejaron la refriega, y comenzaron á correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecian sino á los de las máscaras que en noche de regocijo y fiesta corrian. Los enlutados asimismo, revueltos y envueltos en sus faldamentos y lobas, no se podian mover: asi que muy á su salvo D. Quijote los apaleó á todos y les hizo

dejar el sitio mal de su grado; porque todos pensaron que aquel no era hombre sino diablo del infierno, que les salia á quitar el cuerpo muerto, que en la litera llevaban. Todo lo miraba Sancho admirado del ardimiento de su señor, y decia entre sí: sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice. Estaba una hacha ardiendo en el suelo junto al primero, que derribó la mula; á cuya luz le pudo ver D. Quijote; y llegándose á él le puso la punta del lanzon en el rostro, diciendole que se rindiese, sino, que le mataria. A lo cual respondió el caido: harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada: suplico á vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate, que cometerá un gran sacrilejio; que soy licenciado y tengo las primeras órdenes. ¿Pues quién diablos os ha traido aquí, dijo D. Quijote, siendo hombre de iglesia? ¿Quién, señor? mi desventura. Pues otra mayor os amenaza, dijo D. Quijote, si no me satisfaceis á todo cuanto primero os pregunté. Con facilidad será vuestra merced satisfecho, respondió el licenciado: y asi sabrá vuestra merced, que aunque denantes dije, que yo era li-

cenciado, no soy sino bachiller, y llámome Alonso Lopez: soy natural de Alcobendas: vengo de la ciudad de Baeza con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas; vamos á la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto, que va en aquella litera, y es de un caballero, que murió en Baeza, donde fue depositado, y aora, como digo, llevamos sus huesos á su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural. ¿Y quién le mató? preguntó D. Quijote. Dios por medio de unas calenturas pestilentes, que le dieron, respondió el bachiller. De esa suerte, respondió D. Quijote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo, que habia de tomar en vengar su muerte, si otro alguno le hubiera muerto; pero habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encojer los hombros; porque lo mismo hiciera, si á mí mismo me matara. Y quiero que sepa vuestra reverencia, que yo soy un caballero de la Mancha, llamado D. Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo endezando tuertos y desfaciendo agravios. No sé como pueda ser eso de enderezar tuertos, dijo el bachiller, pues á mí de derecho me habeis vuelto tuerto, dejandome una

pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los dias de su vida: y el agravio, que en mí habeis desecho, ha sido dejarme agraviado, de manera, que quedaré agraviado para siempre; y harta desventura ha sido topar con vos, que vais buscando aventuras. No todas las cosas, respondió D. Quijote, suceden de un mismo modo: el daño estuvo, señor bachiller Alonso Lopez, en venir como veniades de noche, vestidos con aquellas sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo; y asi yo no pude dejar de cumplir con mi obligacion acometiéndoos: y os acometiera, aunque verdaderamente supiera que erades los mismos satanases del infierno; que por tales os juzgué y tuve siempre. Ya que así lo ha querido mi suerte, dijo el bachiller, suplico á vuestra merced, señor caballero andante (que tan mala andanza me ha dado), me ayude á salir de debajo de esta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estrivo y la silla. Hablara yo para mañana, dijo D. Quijote: y ¿hasta cuando aguardabades á decirme vuestro afan? Dió luego voces á Sancho Panza, que viniese:

pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desvalijando una acémila de repuesto, que traian aquellos buenos señores bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gaban; y cojiendo todo lo que pudo y cupo en el talego, cargó su jumento, y luego acudió á las voces de su amo, y ayudó á sacar al señor bachiller de la opresion de la mula, y poniendole encima de ella, le dió la hacha: y D. Quijote le dijo, que siguiese la derrota de sus compañeros, á quien de su parte pidiese perdon del agravio; que no habia sido en su mano dejar de haberle hecho. Díjole tambien Sancho: si acaso quisieren saber esos señores, quien ha sido el valeroso, que tales los puso, dirales vuestra merced, que es el famoso D. Quijote de la Mancha, que por otro nombre se llama el caballero de la triste figura. Con esto se fue el bachiller, y D. Quijote preguntó á Sancho, que ¿qué le habia movido á llamarle el caballero de la triste figura, mas entonces que nunca? Yo se lo diré, respondió Sancho: porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha, que lleva aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra merced la mas mala

figura de poco acá, que jamas he visto: y débelo de haber causado ó ya el cansancio de este combate, ó ya la falta de las muelas y dientes. No es eso, respondió D. Quijote, sino que al sabio, á cuyo cargo debe de estar el escribir la historia de mis hazañas, le habrá parecido, que será bien que yo tome algun nombre apelativo, como lo tomaban todos los caballeros pasados: cual se llamaba el de la ardiente espada; cual el del unicornio; aqueste el del ave fenix: el otro caballero del grifo: estotro el de la muerte: y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra. Y así digo, que el sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento aora, que me llamases el caballero de la triste figura, como pienso llamarme desde hoy en adelante; y para que mejor me cuadre tal nombre, determino de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo una muy triste figura. No hay para qué gastar tiempo y dineros en hacer esa figura, dijo Sancho, sino lo que se ha de hacer es que vuestra merced descubra la suya y dé rostro á los que le miraren, y sin mas ni mas y sin otra imajen ni escudo le lla-

marán el de la triste figura.

Quisiera D. Quijote mirar si el cuerpo, que venia en la litera, eran huesos ó no; pero no lo consintió Sancho, diciendole: señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo mas á su salvo de todas las que yo he visto: esta gente, aunque vencida y desbaratada, podria ser que cayese en la cuenta de que los venció sola una persona, y corridos y avergonzados de esto volviesen á reacerse y buscarnos, y nos diesen en qué entender. El jumento está como conviene, la montaña cerca, la hambre carga, no hay que hacer sino retirarnos con jentil compas de pies, y como dicen, váyase el muerto á la sepultura y el vivo á la hogaza. Y antecojiendo su asno, rogó á su señor que le siguiese; el cual pareciendole que Sancho tenia razon, sin volverle á replicar, le siguió. Y á poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas, se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió al jumento; y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre almorzaron, comieron, merendaron y cenaron á un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con no mas que una fiambrera, que los señores

clérigos del difunto (que pocas veces se dejan mal parar) en la acémila de su repuesto traian. Mas sucedióles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas: y fue, que no tenian vino que beber, ni aun agua que llegar á la boca; y acosados de la sed, dijo Sancho, viendo que el prado, donde estaban, estaba colmado de verde y menuda yerba, las razones siguientes:

No es posible, señor mio, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo, que estas yerbas humedece: y así será bien, que vamos un poco mas adelante, que ya toparémos donde podamos mitigar esta terrible sed, que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena, que la hambre. Parecióle bien el consejo á D. Quijote, y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, despues de haber puesto sobre él los relieves, que de la cena quedaron, comenzaron á caminar por el prado arriba á tiento: porque la oscuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna: mas no hubieron andado doscientos pasos, cuando llegó á sus oidos un gran ruido de agua, como que de al-

gunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Alegróles el ruido en gran manera, y parándose á escuchar hácia qué parte sonaba, oyeron á desora otro estruendo que les aguó el contento del agua, especialmente á Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo. Digo que oyeron que daban unos golpes á compás con un cierto crujir de hierros y cadenas, acompañados del furioso estruendo del agua, que pusieran pavor á cualquier otro corazon, que no fuera el de D. Quijote. Era la noche, como se ha dicho, oscura, y ellos acertaron á entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas, movidas del blando viento, hacian un temeroso y manso ruido; de manera, que la soledad, el sitio, la oscuridad, el ruido del agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto; y mas cuando vieron, que ni los golpes cesaban, ni el viento dormia, ni la mañana llegaba, añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban. Pero D. Quijote, acompañado de su intrépido corazon, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela, terció su lanza y dijo:

Sancho amigo, has de saber, que yo nací por querer del cielo en esta nuestra

edad de hierro, para resucitar en ella la de oro, ó la dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel, para quien estan guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la tabla redonda, los doce de Francia y los nueve de la fama, el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Oliveros y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este, en que me hallo, tales grandezas, estrañezas y fechos de armas, que oscurezcan las mas claras que ellos ficieron. Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas de esta noche, su estraño silencio, el sordo y confuso estruendo de estos árboles, el temeroso ruido de aquella agua, en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derriba desde los altos montes de la luna, el incesable golpear, que nos hiere y lastima los oidos; las cuales cosas todas juntas, y cada una por sí, son bastantes á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte, cuanto mas en aquel, que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras. Pues todo

esto, que yo te pinto, son incentivos y despertadores de mi ánimo, que hacen, que el corazon me rebiente en el pecho con el deseo, que tiene de acometer esta aventura, por mas dificultosa, que se muestra. Así que aprieta un poco las cinchas á Rocinante, y quédate á Dios hasta tres dias no mas, en los cuales, si no volviere, puedes tu volverte á nuestra aldea.

Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo y á decirle: señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura: aora es de noche, aquí no nos ve nadie; bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres dias; y pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos note de cobardes. Cuanto mas, que yo he oido predicar al cura de nuestro lugar, que vuestra merced bien conoce, que quien busca el peligro, perece en él: así que no es bien tentar á Dios, acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro: y basta los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado, como yo lo fui, y en sacarle vencedor, li-

bre y salvo de entre tantos enemigos, como acompañaban al difunto. Y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazon, muévale el pensar y creer, que apenas se habrá vuestra merced apartado de aquí, cuando yo de miedo dé mi ánima á quien quisiere llevarla. Yo salí de mi tierra y dejé hijos y muger por venir á servir á vuestra merced, creyendo valer mas y no menos; pero como la codicia rompe el saco, la mia ha rasgado mis esperanzas: pues cuando mas vivas las tenia de alcanzar aquella negra y mal hadada ínsula, que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago y trueco de ella me quiere acra dejar en un lugar tan apartado del trato humano. Por un solo Dios, señor mio, que non se me faga tal desaguisado; y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilátelo á lo menos hasta mañana: que á lo que á mí me muestra la ciencia, que aprendí cuando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas; porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo. ¿Cómo puedes tu, Sancho, dijo D. Quijote, ver

donde hace esa línea, ni donde está esa boca ó ese colodrillo que dices, si hace la noche tan oscura, que no parece en todo el cielo estrella alguna? Así es, dijo Sancho; pero tiene el miedo muchos ojos, y ve las cosas debajo de tierra, cuanto mas encima en el cielo, puesto que por un buen discurso bien se puede entender, que hay poco de aquí al dia. Falte lo que faltare, respondió D. Quijote: que no se ha de decir por mí aora ni en ningun tiempo, que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debia á estilo de caballero; y así te ruego, Sancho, que calles: que Dios, que me ha puesto en el corazon acometer aora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud y de consolar tu tristeza. Lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante, y quedarte aquí; que yo daré la vuelta presto ó vivo ó muerto. Viendo, pues, Sancho la última resolucion de su amo, y cuán poco valian con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria y hacerle esperar hasta el dia si pudiese; y asi cuando apretaba las cinchas al caballo, bonita-

mente y sin ser sentido ató con el cabestro de su asno ambos pies á Rocinante, de manera, que cuando D. Quijote se quiso partir, no pudo, porque el caballo no se podia mover sino á saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dijo: ea, señor, que el cielo, conmovido de mis lágrimas y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante: y si vos quereis porfiar y espolear y darle, será enojar á la fortuna y dar coces, como dicen, contra el aguijon. Desesperábase con esto D. Quijote, y por mas que ponia las piernas al caballo, menos le podia mover: y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegarse y esperar ó á que amaneciese, ó á que Rocinante se menease.

Viendo Sancho, que á mas andar se venia la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante. Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió y comenzó á dar manotadas, porque corbetas (con perdon suyo) no las sabia hacer. Viendo, pues, D. Quijote, que ya Rocinante se movia, lo tuvo á buena señal, y creyó que lo era de que acometiese á aquella temerosa aventu-

ra. Acabó en esto de descubrirse el alba y de parecer distintamente las cosas, y vió D. Quijote, que estaban entre unos árboles altos, que eran castaños, que hacen la sombra muy obscura. Sintió tambien, que el golpear no cesaba; pero no vió quien lo podia causar: y asi sin mas detenerse hizo sentir las espuelas á Rocinante, y tornando á despedirse de Sancho, le mandó que allí le aguardase tres dias á lo mas largo, como ya otra vez se lo habia dicho: y que si al cabo de ellos no hubiese vuelto, tuviese por cierto, que Dios habia sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus dias: que en lo que tocaba á la paga de sus servicios, no tuviese pena: porque él habia dejado hecho su testamento antes que saliese de su lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante á su salario, rata por cantidad del tiempo que hubiese servido: pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano, salvo y sin cautela, se le podia tener por muy mas que cierta la prometida ínsula. De nuevo tornó á llorar Sancho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y se determinó de no dejarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio. De estas lágri-

mas y determinacion tan honrada de Sancho Panza saca el autor de esta historia, que debia de ser bien nacido, ó por lo menos cristiano viejo: cuyo sentimiento enterneció algo á su amo, pero no tanto que mostrase flaqueza alguna: antes disimulando lo mejor que pudo, comenzó á caminar hácia la parte por donde le pareció, que el ruido del agua y del golpear venia. Seguíale Sancho á pie, llevando, como tenia de costumbre, del cabestro á su jumento, perpétuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas. Y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en un pradecillo, que al pie de unas altas peñas se hacia, de las cuales se precipitaba un grandisimo golpe de agua. Al pie de las peñas estaban unas casas mal hechas, que mas parecian ruinas de edificios, que casas, de entre las cuales advirtieron que salia el ruido y estruendo de aquel golpear, que aun no cesaba. Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes; y sosegándole D. Quijote, se fue llegando poco á poco á las casas.

No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podia el cuello y la

vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si veria lo que tan suspenso y medroso le tenia. Otros cien pasos serian los que anduvieron, cuando al doblar de una punta pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrísono y para ellos espantable ruido, que tan suspensos y medrosos toda la noche los habia tenido. Y eran (sino lo has, ó lector, por pesadumbre y enojo) seis mazos de batan, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban. Cuando D. Quijote vió lo que era, enmudeció y pasmóse de arriba abajo. Miróle Sancho, y vió, que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido. Miró tambien D. Quijote á Sancho, y vióle que tenia los carrillos hinchados y la boca llena de risa, con evidentes señales de querer rebentar con ella; y no pudo su melancolía tanto con él, que á la vista de Sancho pudiese dejar de reirse: y como vió Sancho que su amo habia comenzado, soltó la presa de manera, que tuvo necesidad de apretarse las hijadas con los puños por no rebentar riendo. Cuatro veces sosegó y otras tantas volvió á su risa con el mismo ímpetu que primero, de lo cual ya se daba

al diablo D. Quijote, y mas cuando le oyó decir, como por modo de fisga: has de saber, ó Sancho amigo, que yo nací por querer el cielo en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la dorada ó de oro. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos. Y por aquí fue repitiendo todas ó las mas razones, que D. Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes. Viendo, pues, D. Quijote, que Sancho hacia burla de él, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzon y le asentó dos palos tales, que si como los recibió en las espaldas, los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, sino fuera á sus herederos. Viendo Sancho, que sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dijo: sosiéguese vuestra merced, que por Dios que me burlo. Pues por que os burlais, no me burlo yo, respondió D. Quijote. Venid acá, señor alegre, ¿paréceos á vos, que si como estos fueron mazos de batan, fueran otra peligrosa aventura, no habia yo mostrado el ánimo que convenia para emprenderla y acabarla? ¿Estoy yo obligado

á dicha, siendo como soy caballero, á conocer y distinguir los sones, cuales son de batan ó no? Y mas, que podia ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habreis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos: sino, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, y echádmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos; y cuando yo no diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisiéredes.

Idem.

VI.

Discurso sobre las armas y las letras.

Verdaderamente, si bien se considera, señores mios, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la orden de la andante caballería. Sino ¿cuál de los vivientes habria en el mundo, que aora por la puerta de este castillo entrara y de la suerte que estamos nos viese, que juzgue y crea, que nosotros somos quien somos? ¿Quién podrá decir, que esta señora, que está á mi lado, es la gran reyna, que todos sabemos,

y que yo soy aquel caballero de la triste figura, que anda por aí en boca de la fama? Aora no hay que dudar, sino que este arte y ejercicio excede á todas aquellas y aquellos, que los hombres inventaron: y tanto mas se ha de tener en estima, cuanto á mas peligros está sugeto. Quítenseme de delante los que dijeren, que las letras hacen ventaja á las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que se dicen: porque la razon, que los tales deben decir y á lo que ellos mas se atienen, es que los trabajos del espíritu esceden á los del cuerpo, y que las armas solo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester mas que buenas fuerzas, ó como si en esto, que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutarlos mucho entendimiento; ó como sino trabajase el ánimo del guerrero, que tiene á su cargo un ejército ó la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu, como con el cuerpo. Sino, véase si se alcanza con las fuerzas corporales á saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratajemas, las dificultades, el

prevenir los daños que se temen: que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo, pues, asi, que las armas requieren espíritu como las letras, veamos aora, cuál de los dos espíritus, el del letrado, ó el del guerrero, trabaja mas? Y esto se vendrá á conocer por el fin y paradero, á que cada uno se encamina: porque aquella intencion se ha de estimar en mas, que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin y paradero de las letras (y no hablo aora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo; que á un fin tan sin fin como este ninguno otro se le puede igualar) hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto jeneroso, alto y digno de grande alabanza, pero no de tanta, como merece aquel á que las armas atienden: las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien, que los hombres pueden desear en esta vida. Y así las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres, fueron las que dieron los ánjeles la

noche, que fue nuestro dia, cuando cantaron en los ayres: *gloria sea en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad*: y la salutacion, que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó á sus allegados y favorecidos, fue decirles, que cuando entrasen en alguna casa dijesen: *paz sea en esta casa*: y otras muchas veces les dijo: *mi paz os doy, mi paz os dejo, paz sea con vosotros*: bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano: joya, que sin ella en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra; que lo mismo es decir armas que guerra. Presupuesta, pues, esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos aora á los trabajos del cuerpo del letrado y al del profesor de las armas, y véase cuales son mayores.

Los trabajos del estudiante son estos. Principalmente pobreza, no por que todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el estremo que pueda ser; y en haber dicho, que padece pobreza, me parece que no habia mas que decir de su mala ventura: porque quien es pobre, no tiene cosa buena. Esta pobreza la padece por sus par-

tes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto; pero con todo eso no es tanta que no coma, aunque sea un poco mas tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante esto, que entre ellos llaman andar á la sopa; y no les falta algun ajeno brasero ó chimenea, que sino calienta, á lo menos entibia su frio; y en fin por la noche duermen debajo de cubierto. No quiero llegar á otras menudencias, conviene á saber, de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la ralidad y poco pelo del vestido, ni aquel aitarse con tanto gusto, cuando la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino, que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que desean: el cual alcanzado, á muchos hemos visto, que habiendo pasado por estas Sirtes y por estas Scilas y Caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna: digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en artura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas y su dormir en una estera, en reposar en holandas y da-

mascos: premio justamente merecido de su virtud. Pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del mílite guerrero, se quedan muy atras en todo, como aora diré.

Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos, si es mas rico el soldado, y veremos que no hay ninguno mas pobre en la misma pobreza: porque está atenido á la miseria de su paga que viene ó tarde ó nunca, á lo que garbeare por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia: y á veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe de salir frio contra toda naturaleza. Pues aguardad, que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama, que le aguarda: la cual, si no es por su culpa, jamas pecará de estrecha: que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y revolverse en ella á su sabor, sin temor que se le encojan las sábanas: lléguese, pues, á to-

do esto el dia y la hora de recibir el grado de su ejercicio: lléguese un dia de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza hecha de hilas para curarle algun balazo, que quizá le habrá pasado las sienes, ó le dejará estropeado de brazo ó pierna: y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser, que se quede en la misma pobreza, que antes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero decidme, señores, si habeis mirado en ello ¿cuán menos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda habeis de responder, que no tienen comparacion ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al reves en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en que entretenerse. Asi que, aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero á esto se puede responder, que es mas facil premiar á dos mil letrados, que á treinta mil soldados:

porque aquellos se premian con darles oficios, que por fuerza se han de dar á los de su profesion, y á estos no se puede premiar sino con la misma hacienda del señor, á quien sirven; y esta imposibilidad fortifica mas la razon que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida; sino volvamos á la preeminencia de las armas con las letras: materia, que hasta aora está por averiguar, segun son las razones, que cada uno de su parte alega; y entre las que he dicho, dicen las letras, que sin ellas no se podrian sustentar las armas: porque la guerra tambien tiene sus leyes y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas, que las leyes no se podrán sustentar sin ellas: porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reynos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de corsarios: y finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reynos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarian sujetos al rigor y á la confusion, que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilejios

y de sus fuerzas. Y es razon averiguada que aquello que mas cuesta, se estima y debe estimar en mas. Alcanzar alguno á ser eminente en letras le cuesta tiempo, vijilias, hambre, desnudez, vaidos de cabeza, indijestiones de estómago y otras cosas á estas aderentes, que en parte ya las tengo referidas: mas llegar uno por sus términos á ser buen soldado le cuesta todo lo que al estudiante en tanto mayor grado, que no tiene comparacion, porque á cada paso está á pique de perder la vida. Y ¿qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta ó guarda en algun rebellin ó caballero, siente que los enemigos estan minando hácia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningun caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Solo lo que puede hacer es dar noticia á su capitan de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo, temiendo y esperando cuando improvisamente ha de subir á las nubes sin alas y bajar al profundo sin su voluntad. Y si este parece peligro, veamos si le igua-

la ó hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y travadas, no le queda al soldado mas espacio del que conceden dos pies de tabla del espolon: y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte, que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies irá á visitar los profundos senos de Neptuno; con todo esto, con intrépido corazon, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que mas es de admirar, que apenas uno ha caido donde no se podrá levantar hasta el fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar: y si este tambien cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le succede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos, que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la arti-

llería, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invencion, con la cual dió causa á que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que, sin saber cómo ó por donde, en la mitad del coraje y brio, que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor, que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecia gozar luengos siglos. Y asi, considerando esto estoy por decir, que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta, en que aora vivimos: porque aunque á mí ningun peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasion de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada por todo el descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido: que tanto seré mas estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto á mayores peligros me he puesto, que se pusieron los

caballeros andantes de los pasados siglos:

Idem.

VII.

Descripcion del lago encantado.

¿Hay mayor contento que ver, como dijésemos, aquí aora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirbiendo á borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras, lagartos y otros muchos jéneros de animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristísima, que dice: tu, caballero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien, que debajo de estas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho y arrójate en mitad de su negro y encendido licor; porque si asi no lo haces, no serás digno de ver las altas maravillas, que en él se encierran, y contienen los siete castillos de las siete Fadas, que debajo de esta negrura yacen; y que apenas el caballero no ha acabado de oir la temerosa voz, cuando sin

entrar mas en cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose á Dios, se arroja en mitad del bullente lago; y cuando no se cata, ni sabe donde ha de parar, se halla entre unos floridos campos, con quien los eliseos no tienen que ver en ninguna cosa? Allí le parece, que el cielo es mas transparente y que el sol luce con claridad mas nueva. Ofrécesele á los ojos una apacible floresta de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra á la vista su verdura, y entretiene los oidos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos, que por los intrincados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá ve una artificiosa fuente, de jaspe variado y de liso marmol compuesta. Acá ve otra, á lo brutesco ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas con las torcidas casas blancas y amarillas del caracol, puestas con orden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal lucien-

te y de contraechas esmeraldas, hacen una variada labor de manera, que el arte imitando á la naturaleza, parece, que allí la vence. Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo ó vistoso alcazar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos: finalmente él es de tan admirable compostura, que en ser la materia, de que está formado, no menos que de diamantes, de carbunclos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de mas estimacion su hechura.

Idem.

VIII.

El loco de Córdoba.

Habia en Córdoba otro loco, que tenia por costumbre de traer encima de la cabeza un pedazo de losa de marmol ó un canto no muy liviano; y en topando algun perro descuidado, se le ponia junto, y á plomo dejaba caer sobre él el peso. Amoinabase el perro, y dando ladridos y aullidos, no paraba en tres calles. Sucedió, pues,

que entre los perros, en que descargó la carga, fue uno un perro de un bonetero, á quien queria mucho su dueño. Bajó el canto, dióle en la cabeza, alzó el grito el molido perro, viólo y sintiólo su amo, asió de una vara de medir, y salió al loco y no le dejó hueso sano, y á cada palo, que le daba, decia: perro ladron, ¿á mi podenco? ¿no viste, cruel, que era podenco mi perro? Y repitiéndole el nombre de podenco muchas veces, envió al loco hecho un aleña. Escarmentó el loco y retiróse, y en mas de un mes no salió á la plaza: al cabo del cual tiempo volvió con su invencion y con mas carga. Llegábase donde estaba el perro, y mirándole muy bien de hito en hito, y sin querer ni atreverse á descargar la piedra, decia: *este es podenco: guarda.* En efecto, todos cuantos perros topaba, aunque fuesen alanos ó gozques, decia, que eran podencos: y asi no soltó mas el canto.

Idem, prólogo de la segunda parte.

IX.

Diálogo entre D. Quijote, el cura y el barbero de su lugar.

Cuenta Cide Hamete Benengeli en la segunda parte de esta historia y tercera salida de D. Quijote, que el cura y barbero se estuvieron casi un mes sin verle, por no renovarle y traerle á la memoria las cosas pasadas. Visitáronle en fin, y halláronle sentado en la cama vestida una almilla de bayeta verde con un bonete colorado toledano; y estaba tan seco y amojamado, que no parecia sino hecho de carne momia. Fueron de él muy bien recibidos: preguntáronle por su salud, y él dió cuenta de sí y de ella con mucho juicio y con muy elegantes palabras. Y en el discurso de su plática vinieron á tratar en esto, que llaman razon de estado y modos de gobierno, enmendando este abuso y condenando aquel, reformando una costumbre y desterrando otra, haciéndose cada uno de los tres un nuevo lejislador, un Licurgo moderno ó un Solon flamante; y de tal manera renovaron la república, que

no pareció sino que la habian puesto en una fragua y sacado otra de la que pusieron: y habló D. Quijote con tanta discrecion en todas las materias, que se tocaron, que los examinadores creyeron indubitablemente, que estaba del todo bueno y en su entero juicio.

El cura de lance en lance vino á contar algunas nuevas, que habian venido de la corte, y entre otras dijo, que el turco bajaba con una poderosa armada, y que no se sabia su designio ni adonde habia de descargar tan gran nublado; y con este temor, con que casi cada año nos toca alarma, estaba puesta en ella toda la cristiandad, y S. M. habia hecho proveer las costas de Napoles y Sicilia y la isla de Malta. A esto respondió D. Quijote: S. M. ha hecho como prudentísimo guerrero en proveer sus estados con tiempo, porque no le halle desapercebido el enemigo: pero si se tomara mi consejo, aconsejárale yo, que usara de una prevencion, de la cual S. M. á la hora de aora debe estar muy ajeno de pensar en ella. El barbero preguntó á D. Quijote, cual era la advertencia de la prevencion, que decia era bien se hiciese: quizá podria ser tal, que se pu-

siese en la lista de los muchos advertimientos impertinentes, que se suelen dar á los príncipes. El mio, señor rapador, dijo don Quijote, no será impertinente, sino perteneciente. No lo digo por tanto, replicó el barbero, sino porque tiene mostrado la esperiencia, que todos los mas arbitrios, que se dan á S. M., ó son imposibles ó disparatados ó en daño del rey ó del reyno. Pues el mio, respondió D. Quijote, ni es imposible ni disparatado; sino el mas facil, el mas justo y el mas mañero y breve, que puede caber en pensamiento de arbitrante alguno. Ya tarda en decirle vuestra merced, señor D. Quijote, dijo el cura. No querria, dijo D. Quijote, que le dijese yo aquí aora, y amaneciese mañana en los oidos de los señores consejeros, y se llevase otro las gracias y el premio de mi trabajo. Por mí, dijo el barbero, doy la palabra para aquí y para delante de Dios de no decir lo que vuestra merced dijere á rey ni á roque ni á hombre terrenal: juramento, que aprendí del romance del cura, que en el prefacio avisó al rey del ladron, que le habia robado las cien doblas y la su mula andariega. No sé esa historia, dijo D. Quijote: pero sé, que es

bueno ese juramento en fé de que sé, que es hombre de bien el señor barbero. Cuando no lo fuera, dijo el cura, yo le abono y salgo por él, que en este caso no hablará mas que un mudo, só pena de pagar lo juzgado y sentenciado. ¿Y á vuestra merced quien le fia, señor cura? dijo D. Quijote. Mi profesion, dijo el cura, que es de guardar secreto. ¡Cuerpo de tal! dijo á esta sazon D. Quijote; ¿hay mas, sino mandar S. M. por público pregon, que se junten en la corte para un dia señalado todos los caballeros andantes, que vagan por España? que aunque no viniesen sino media docena, tal podria venir entre ellos, que solo bastase á destruir toda la potestad del turco. Estense vuestras mercedes atentos y vayan conmigo. ¿Por ventura es cosa nueva desacer un solo caballero andante un ejército de doscientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta, ó fueran hechos de alfeñique? Sino, díganme ¿cuántas historias estan llenas de estas maravillas? Habia, enoramala para mí, que no quiero decir para otro, de vivir hoy el famoso D. Belianis ó alguno de los del innumerable linaje de Amadis de Gaula, que si alguno de estos hoy viviera y

con el turco se afrontara, á fe que no le arrendara la ganancia: pero Dios mirará por su pueblo y deparará alguno, que si no tan bravo como los pasados andantes caballeros, á lo menos no les será inferior en el ánimo: y Dios me entiende y no digo mas. A esta sazon dijo el barbero: suplico á vuestras mercedes, que se me dé licencia para contar un cuento breve, que sucedió en Sevilla, que por venir aquí como de molde, me da gana de contarle.

En la casa de locos de Sevilla estaba un hombre, á quien sus parientes habian puesto allí por falto de juicio. Era graduado en cánones por Osma: pero aunque lo fuera por Salamanca, segun opinion de muchos, no dejara de ser loco. Este tal graduado al cabo de algunos años de recojimiento se dió á entender, que estaba cuerdo y en su entero juicio: y con esta imajinacion escribió al arzobispo, suplicándole encarecidamente y con muy concertadas razones, le mandase sacar de aquella miseria, en que vivia, pues por la misericordia de Dios habia ya cobrado el juicio perdido; pero que sus parientes, por gozar de la parte de su hacienda, le tenian allí y á pesar de la verdad querian, que fuese

loco hasta la muerte. El arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandó á un capellan suyo se informase del rector de la casa si era verdad lo que aquel licenciado le escribia; y que asimismo hablase con el loco, y que si le pareciese, que tenia juicio, le sacase y pusiese en libertad. Hízolo asi el capellan, y el rector le dijo, que aquel hombre aun se estaba loco: que puesto que hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparaba con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualaban á sus primeras discreciones, como se podia hacer la prueba hablándole. Quiso hacerla el capellan, y poniéndole con el loco, habló con él una hora y mas, y en todo aquel tiempo jamas el loco dijo razon torcida ni disparatada: antes habló tan atentadamente, que el capellan fue forzado á creer, que el loco estaba cuerdo. Y entre otras cosas, que el loco le dijo, fue, que el rector le tenia ojeriza, por no perder los regalos, que sus parientes le hacian porque dijese, que aun estaba loco y con lúcidos intervalos: y que el mayor contrario, que en su desgracia tenia, era su mucha hacienda: pues por gozar de ella sus

enemigos, ponian dolo y dudaban de la merced, que nuestro señor le habia hecho de volverle de bestia en hombre. Finalmente él habló de manera, que hizo sospechoso al rector, codiciosos y desalmados á sus parientes y á él tan discreto, que el capellan se determinó á llevárselo consigo á que el arzobispo le viese y tocase con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fe, el buen capellan pidió al rector mandase dar los vestidos, con que allí habia entrado el licenciado. Volvió á decir el rector, que mirase lo que hacia, porque sin duda alguna el licenciado aun se estaba loco. No sirvieron de nada para con el capellan las prevenciones y advertimientos del rector para que dejase de llevarle. Obedeció el rector, viendo ser orden del arzobispo. Pusieron al licenciado sus vestidos, que eran nuevos y decentes, y como él se vió vestido de cuerdo y desnudo de loco, suplicó al capellan, que por caridad le diese licencia para ir á despedirse de sus compañeros los locos. El capellan dijo, que él le queria acompañar y ver los locos, que en la casa habia. Subieron en efecto, y con ellos algunos, que se hallaron presentes; y llegado el licenciado á una jaula, adonde

estaba un loco furioso, aunque entonces sosegado y quieto, le dijo: hermano mio, mire si me manda algo, que me voy á mi casa, que ya Dios ha sido servido por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecerlo, de volverme mi juicio: ya estoy sano y cuerdo, que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible. Tenga grande esperanza y confianza en él, que pues á mí me ha vuelto á mi primer estado, tambien le volverá á él, si en él confia: yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos que coma, y cómalos en todo caso: que le hago saber, que imajino, como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacíos y los celebros llenos de ayre: esfuércese, esfuércese, que el descaecimiento en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte. Todas estas razones del licenciado escuchó otro loco, que estaba en otra jaula frontero de la del furioso: y levantándose de una estera vieja, donde estaba echado y desnudo en cueros, preguntó á grandes voces quién era el que se iba sano y cuerdo. El licenciado respondió: yo soy, hermano, el que me voy, que ya no tengo necesidad de estar mas aquí, por lo que doy infinitas

gracias á los cielos, que tan grande merced me han hecho. Mirad lo que decis, licenciado, no os engañe el diablo (replicó el loco) sosegad el pie, y estaos quedito en vuestra casa y aorrareis la vuelta. Yo sé que estoy bueno, replicó el licenciado, y no habrá para que tornar á andar estaciones. ¿Vos bueno? dijo el loco: aora bien, ello dirá: andad con Dios; pero yo os voto á Júpiter, cuya magestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado, que hoy comete Sevilla en sacaros de esta casa, y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria de él por todos los siglos de los siglos, amen. ¿No sabes tu, licenciadillo menguado, que lo podré hacer, pues, como digo, sòy Jupiter tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores, con que puedo y suelo amenazar y destruir el mundo? Pero con sola una cosa quiero castigar á este ignorante pueblo; y es con no llover en él ni en todo su distrito y contorno por tres enteros años, que se han de contar desde el dia y punto, en que ha sido hecha esta amenaza en adelante ¿Tu libre? ¿tu sano? ¿tu cuerdo? y ¿yo loco? ¿yo enfermo y yo atado? Asi pienso llover como pensar ahor-

carme. A las voces y á las razones del loco estuvieron los circunstantes muy atentos: pero nuestro licenciado, volviéndose á nuestro capellan y asiéndole de las manos, le dijo: no tenga vuestra merced pena, señor mio, ni haga caso del loco, que esto le ha dicho, que si él es Jupiter y no quisiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el Dios de las aguas, lloveré todas las veces, que se me antojare y fuere menester, porque está en mi mano. A lo que respondió el capellan: con todo eso, señor Neptuno, no será bien enojar al señor Jupiter: vuestra merced se quede en casa: que otro dia, cuando haya mas comodidad y mas espacio, volveremos por vuestra merced. Rióse el rector y los presentes, por cuya risa se medio corrió el capellan. Desnudaron al licenciado, quedóse en casa y acabóse el cuento.

Pues ¿este es el cuento, señor barbero, dijo D. Quijote, que por venir aquí como de molde no podia dejar de contarle? ¡Ah, señor rapista, señor rapista, y cuán ciego es aquel, que no ve por tela de cedazo! Y ¿es posible, que vuestra merced no sabe, que las comparaciones, que se hacen de injenio á injenio, de valor á valor, de hermosura á hermosura y de linaje á linaje,

son siempre odiosas y mal recibidas? Yo, señor barbero, no soy Neptuno el Dios de las aguas, ni procuro, que nadie me tenga por discreto no lo siendo: solo me fatigo por dar á entender al mundo en el error, en que está en no renovar en sí el felicísimo tiempo, donde campeaba la orden de la andante caballería: pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien, como el que gozaron las edades, donde los andantes caballeros tomaron á su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reynos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huerfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. Los mas de los caballeros, que aora se usan, antes les crujen los damascos, los brocados y otras telas de que se visten, que la malla con que se arman. Ya no hay caballero, que duerma en los campos, sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas desde los pies á la cabeza; ya no hay quien sin sacar los pies de los estribos, arrimado á su lanza, solo procure descabezar, como dicen, el sueño, como lo hacian los caballeros andantes: ya no hay ninguno, que saliendo de este bosque, entre en aquella montaña, y

de allí pise una esteril y desierta playa del mar, las mas veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño bajel sin remos, vela, mástil ni jarcia alguna, con intrépido corazon se arroje en él, entregándose á las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo y ya le bajan al abismo: y él, puesto el pecho á la incontrastable borrasca, cuando menos se cata, se halla tres mil y mas leguas distante del lugar donde se embarcó; y saltando en tierra remota y no conocida, le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en bronces. Mas aora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía y la teórica de la práctica de las armas, que solo vivieron y resplandecieron en la edad de oro de los andantes caballeros. Sino, díganme: ¿quién mas honesto y mas valiente, que el famoso Amadis de Gaula? ¿quién mas discreto, que el Palmerin de Inglaterra? ¿quién mas acomodado y manual que Tirante el Blanco? ¿quién mas galan que Lisuarte de Grecia? ¿quién mas acuchillado ni acuchillador que D. Belianis? ¿quién mas intrépido que Perion de Gaula? ó ¿quién mas

acometedor de peligros que Felismarte de Hircania? ó ¿quién mas sincero que Esplandian? ¿quien mas arrojado que D. Cirongilio de Tracia? ¿quién mas bravo que Rodamonte? ¿quién mas prudente que el rey Sobrino? ¿quién mas atrevido que Reinaldos? ¿quien mas invencible que Roldan? y ¿quién mas gallardo y mas cortés que Rujero, de quien descienden hoy los duques de Ferrara, segun Turpin en su cosmografía? Todos estos caballeros y otros muchos, que pudiera decir, señor cura, fueron caballeros andantes, luz y gloria de la caballería. De estos, ó tales como estos, quisiera yo que fueran los de mi arbitrio: que á serlo, S. M. se hallara bien servido y aorrara de mucho gasto, y el turco se quedara pelando las barbas; y con esto me quiero quedar en mi casa, pues no me saca el capellan de ella: y si Júpiter, como ha dicho el barbero, no lloviese, aquí estoy yo, que lloveré cuando se me antojare. Digo esto, porque sepa el señor bacía, que le entiendo. En verdad, señor D. Quijote, dijo el barbero, que no lo dije por tanto: y asi me ayude Dios, como fue buena mi intencion, y que no debe vuestra merced sentirse. Si puedo sentirme ó no, respon-

dió D. Quijote, yo me lo sé. A esto dijo el cura: aun bien que yo casi no he hablado palabra hasta aora, y no quisiera quedar con un escrúpulo, que me roe y escarba la conciencia, nacido de lo que aquí el señor D. Quijote ha dicho. Para otras cosas mas, respondió D. Quijote, tiene licencia el señor cura, y asi puede decir su escrúpulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa. Pues con este beneplácito, respondió el cura, digo: que mi escrúpulo es, que no me puedo persuadir en ninguna manera á que toda la caterva de caballeros andantes, que vuestra merced, señor D. Quijote, ha referido, hayan sido real y verdaderamente personas de carne y hueso en el mundo: antes imajino, que todo es ficcion, fábula y mentira y sueños contados por hombres despiertos, ó por mejor decir, medio dormidos. Este es otro error, respondió D. Quijote, en que han caido muchos, que no creen, que ha habido tales caballeros en el mundo: y yo muchas veces con diversas jentes y ocasiones he procurado sacar á luz de la verdad este casi comun engaño: pero algunas veces no he salido con mi intento y otras si, sustentándolo sobre los hombros

de la verdad; la cual verdad es tan cierta, que estoy por decir, que con mis propios ojos vi á Amadis de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda y rigurosa, corto de razones, tardo en airarse y pronto en deponer la ira: y del modo, que he delineado á Amadis, pudiera, á mi parecer, pintar y describir todos cuantos caballeros andantes andan en las historias del orbe: que por la apreension, que tengo, de que fueron como sus historias cuentan, y por las hazañas, que hicieron, y condiciones, que tuvieron, se pueden sacar por buena filosofía sus facciones, sus colores y estaturas. ¿Qué tan grande le parece á vuestra merced, mi señor D. Quijote, preguntó el barbero, debia de ser el jigante Morgante? En eso de jigantes, respondió D. Quijote, hay diferentes opiniones si los ha habido, ó no, en el mundo: pero la santa escritura, que no puede faltar un átomo en la verdad, nos muestra que los hubo, contandonos la historia de aquel filisteazo de Goliat, que tenia siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. Tambien en la isla de Sicilia se han hallado canillas y espaldas tan

grandes, que su grandeza manifiesta, que fueron jigantes sus dueños y tan grandes como grandes torres; que la geometria saca esta verdad de duda. Pero con todo eso no sabré decir con certidumbre qué tamaño tuviese Morgante, aunque imajino, que no debió de ser muy alto: y muéveme á ser de este parecer, hallar en la historia, donde se hace mencion particular de sus hazañas, que muchas veces dormia debajo de techado: y pues hallaba casa donde cupiese, claro está, que no era desmesurada su grandeza. Asi es, dijo el cura; el cual, gustando de oirle decir tan grandes disparates, le preguntó, ¿qué sentia acerca de los rostros de Reinaldos de Montalvan, de D. Roldan, y de los demas doce pares de Francia, pues todos habian sido caballeros andantes? De Reinaldos, respondió D. Quijote, me atrevo á decir, que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bayladores y algo saltados, puntoso y colérico en demasía, amigo de ladrones y de jente perdida. De Roldan ó Rotolando ó Orlando, que con todos estos nombres le nombran las historias, soy de parecer y me afirmo, que fue de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro y

barbizaheño, velloso en el cuerpo y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien criado.

Idem.

X.

El carro de las Cortes de la muerte.

Responder queria D. Quijote á Sancho Panza, pero estorvóselo una carreta, que salió al través del camino, cargada de los mas diversos y estraños personajes, que pudieron imajinarse. El que guiaba las mulas y servia de carretero, era un feo demonio. Venia la carreta descubierta al cielo abierto, sin toldo ni zarzo. La primera figura, que se ofreció á los ojos de D. Quijote, fue la de la misma muerte con rostro humano: junto á ella venia un anjel con unas grandes y pintadas alas: al un lado estaba un emperador con una corona, al parecer de oro, en la cabeza: á los pies de la muerte estaba el dios, que llaman Cupido, sin benda en los ojos, pero con su arco, carcax y saetas. Venia tambien un caballero armado de punta en blanco, escepto que

no traia morrion ni celada, sino un sombrero lleno de plumas de diversos colores: con estas venian otras personas de diferentes trajes y rostros. Todo lo cual visto de improviso, en alguna manera alborotó á D. Quijote y puso miedo en el corazon de Sancho: mas luego se alegró D. Quijote, creyendo que se le ofrecia alguna nueva y peligrosa aventura: y con este pensamiento y con ánimo dispuesto de acometer cualquier peligro, se puso delante de la carreta, y con voz alta y amenazadora dijo: carretero, cochero ó diablo ó lo que eres, no tardes en decirme quién eres, á dó vas, y quien es la jente que llevas en tu carricoche, que mas parece la barca de Caron, que carreta de las que se usan. A lo cual mansamente, deteniendo el diablo la carreta, dijo: señor, nosotros somos recitantes de la compañía de Angulo el malo: hemos hecho en un lugar, que está detras de aquella loma, esta mañana, que es la octava del Corpus, el auto de *las Cortes de la muerte*, y hémosle de hacer esta tarde en aquel lugar que desde aquí parece: y por estar tan cerca y escusarse el trabajo de desnudarnos y volvernos á vestir, nos vamos vestidos con los mismos vestidos que repre-

sentamos. Aquel mancebo va de muerte; el otro de anjel: aquella muger, que es la del autor, va de reyna: el otro de soldado: aquel de emperador y yo de demonio, y soy una de las principales figuras del auto, porque hago en esta compañía los primeros papeles. Si otra cosa vuestra merced desea saber de nosotros, preguntemelo, que yo le sabré responder con toda puntualidad: que como soy demonio, todo se me alcanza. Por la fe de caballero andante, respondió D. Quijote, que así como vi este carro, imajiné, que alguna grande aventura se me ofrecia: y aora digo, que es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño. Andad con Dios, buena jente, y haced vuestra fiesta, y mirad si mandais algo, en que pueda seros de provecho, que lo haré con buen ánimo y buen talante: porque desde muchacho fui aficionado á la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula. Estando en estas pláticas, quiso la suerte, que llegase uno de la compañía, que venia vestido de mojiganga con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traia tres vejigas de vaca hinchadas; el cual moarracho, llegándose á

D. Quijote, comenzó á esgrimir el palo y á sacudir el suelo con las vejigas y á dar grandes saltos, sonando los cascabeles: cuya mala vision así alborotó á Rocinante, que sin ser poderoso á detenerle D. Quijote, tomando el freno entre los dientes, dió á correr por el campo con mas lijereza, que jamas prometieron los huesos de su notomía. Sancho, que consideró el peligro en que iba su amo de ser derribado, saltó del rucio y á toda priesa fue á valerle; pero cuando á él llegó, ya estaba en tierra, y junto á él Rocinante, que con su amo vino al suelo: ordinario fin y paradero de las lozanías de Rocinante y de sus atrevimientos. Mas apenas hubo dejado su caballería Sancho por acudir á D. Quijote, cuando el demonio baylador de las vejigas saltó sobre el rucio, y sacudiéndole con ellas, el miedo y ruido, mas que el dolor de los golpes, le hizo volar por la campaña hácia el lugar, donde iban á hacer la fiesta. Miraba Sancho la carrera de su rucio y la caida de su amo, y no sabia á cual de las dos necesidades acudiria primero. Pero en efecto como buen escudero y como buen criado pudo mas con él el amor de su dueño, que el cariño de su jumento; pues

to que cada vez que veia levantar las vejigas en el ayre y caer sobre las ancas del rucio, eran para él tártagos y sustos de muerte, y antes quisiera, que aquellos golpes se los dieran á él en las niñas de los ojos, que en el mas mínimo pelo de la cola de su asno. Con esta perpleja tribulacion llegó hasta donde estaba D. Quijote, harto mas maltratado de lo que él quisiera, y ayudándole á subir sobre Rocinante, le dijo: señor, el diablo se ha llevado el rucio. ¿Qué diablo? preguntó D. Quijote. El de las vejigas, respondió Sancho. Pues yo le cobraré, replicó D. Quijote, si bien se encerrase con él en los mas hondos y profundos calabozos del infierno. Sígueme Sancho, que la carreta va despacio: con las mulas de ella satisfaré la pérdida del rucio. No hay para que hacer esa dilijencia, señor, respondió Sancho: vuestra merced temple su cólera, que segun me parece, ya el diablo ha dejado el rucio, y vuelve á la querencia: y asi era la verdad, porque habia caido el diablo con el rucio por imitar á D. Quijote y á Rocinante, el diablo se fue á pie al pueblo, y el jumento se volvió á su amo. Con todo esto, dijo D. Quijote, será bien castigar el descome-

dimiento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mismo emperador.

Diciendo esto, volvió á la carreta, que ya estaba bien cerca del pueblo: iba dando voces, diciendo: deteneos, esperad, turba alegre y regocijada, que os quiero dar á entender cómo se han de tratar los jumentos y alimañas, que sirven de caballería á los escuderos de los caballeros andantes. Tan altos eran los gritos de D. Quijote, que los oyeron y entendieron los de la carreta, juzgando por las palabras la intencion del que las decia. En un instante saltó la muerte de la carreta y tras ella el emperador, el diablo carretero y el anjel, sin quedarse la reyna ni el dios Cupido, y todos se cargaron de piedras y se pusieron en ala, esperando recibir á D. Quijote en las puntas de sus guijarros. D. Quijote, que los vió puestos en tan gallardo escuadron, los brazos levantados, con ademan de despedir poderosamente las piedras, detuvo las riendas á Rocinante, y púsose á pensar de qué modo los acometeria con menos peligro de su persona. En esto que se detuvo, llegó Sancho, y viéndole en talle de acometer al bien formado escua-

dron, le dijo: asaz de locura seria intentar tal empresa. Considere vuestra merced, señor mio, que para sopa de arroyo y tente bonete no hay arma defensiva en el mundo, sino es embutirse y encerrarse en una campana de bronce: y tambien se ha de considerar, que es mas temeridad que valentía acometer un hombre solo á un ejército, donde está la muerte y pelean en persona emperadores y á quien ayudan los buenos y malos ánjeles: y si esta consideracion no le mueve á estarse quedo, muévale saber de cierto, que entre todos los que allí estan, aunque parecen reyes, príncipes y emperadores, no hay ningun caballero andante. Aora si, dijo D. Quijote, has dado, Sancho, en el punto, que puede y debe mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo ni debo sacar la espada, como otras veces muchas te he dicho, contra quien no fuere armado caballero. A tí, Sancho, toca, si quieres tomar la venganza del agravio, que á tu rucio se le ha hecho; que yo desde aquí te ayudaré con voces y advertimientos saludables. No hay para qué, señor, respondió Sancho, tomar venganza de nadie, pues no es de buenos cristianos tomarla de los agravios: cuanto mas que yo

acabaré con mi asno, que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad, la cual es de vivir pacíficamente los dias, que los cielos me dieren de vida. Pues esa es tu determinacion, replicó D. Quijote, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero, dejemos estas fantasmas y volvamos á buscar mejores y mas calificadas aventuras.

Idem.

XI.

Desafio de los dos escuderos.

En el camino dijó el del bosque á Sancho: ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andalucía, cuando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos mano sobre mano en tanto que sus aijados riñen: dígolo porque esté advertido, que mientras nuestros dueños riñen, nosotros tambien hemos de pelear y hacernos hastillas. Esa costumbre, señor escudero, respondió Sancho, allá puede correr y pasar con los rufianes y peleantes que dice: pero con los escuderos de los caballeros andantes ni por

pienso. A lo menos, yo no he oido decir á mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la andante caballería. Cuanto mas que yo quiero que sea verdad y ordenanza espresa el pelear los escuderos en tanto, que sus señores pelean: pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena, que estuviere puesta á los tales pacíficos escuderos, que yo aseguro, que no pase de dos libras de cera; y mas quiero pagar las tales libras, que sé que me costarán menos que las hilas, que podré gastar en curarme la cabeza, que ya me la cuento por partida y dividida en dos partes: ademas que me imposibilita el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse. Para eso sé yo un buen remedio, dijo el del bosque: yo traigo aqui dos talegas de lienzo de un mismo tamaño: tomareis vos la una y yo la otra, y reñiremos á talegazos con armas iguales. De esa manera sea en buen hora, respondió Sancho, porque antes servirá la tal pelea de despolvorearnos, que herirnos. No ha de ser eso así, replicó el otro, porque se han de echar dentro de las talegas, porque no se las lleve el ayre, media docena de guijarros lindos y pelados, que

pesen tanto los unos como los otros, y de esta manera nos podremos atalegar sin hacernos daño. Mirad, cuerpo de mi padre, respondió Sancho, qué martas cebollinas ó qué copos de algodon cardado pone en las talegas para no quedar molidos los cascos y hechos aleña los huesos. Pero aunque se llenaran de capullos de seda, sepa, señor mio, que no he de pelear: peleen nuestros amos y allá se lo hayan, y bebamos y vivamos nosotros, que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas, sin que andemos buscando apetites para que se acaben antes de llegar á su sazon y término y que se caygan de maduras. Con todo, replicó el del bosque, hemos de pelear siquiera media hora. Eso no, respondió Sancho: no seré yo tan descortés, ni tan desagradecido, que con quien he comido y bebido trave cuestion alguna, por mínima que sea: cuanto mas que estando sin cólera y sin enojo, ¿quién diablos se ha de amañar á reñir á secas? Para esto, dijo el del bosque, yo daré un suficiente remedio: y es, que antes que comencemos la pelea, yo me llegaré bonitamente á vuestra merced, y le daré tres ó cuatro bofetadas, que dé con él á mis pies, con las cuales le haré desper-

tar la cólera, aunque estó con mas sueño que un liron. Contra ese corte sé yo otro, respondió Sancho, que no le va en zaga: cojeré yo un garrote, y antes que vuestra merced llegue á despertarme la cólera, haré yo dormir á garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte, si nó fuere en el otro mundo, en el cual se sabe, que no soy yo hombre, que me dejo manosear el rostro de nadie, y cada uno mire por el vitore: aunque lo mas acertado seria dejar dormir su cólera á cada uno: que no sabe nadie el alma de nadie, y tál suele venir por lana, que vuelva trasquilado, y Dios bendijo la paz y maldijo las riñas: porque si un gato acosado y apretado se vuelve en leon, yo que soy hombre, Dios sabe en lo que podré volverme: y así desde aora intimo á vuestra merced, señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal y daño, que de nuestra pendencia resultase. Está bien, replicó el del bosque: amanecerá Dios y medrarémos. En esto ya comenzaban á gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecia, que daban la norabuena y saludaban á la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones

del oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas; en cuyo suave licor bañándose las yerbas, parecia asimismo que ellas brotaban y llovian blanca y menuda aljofar: los sauces destilaban maná sabroso: reíanse las fuentes: murmuraban los arroyos: alegrábanse las selvas y enriquecíanse los prados con su venida. Mas apenas dió lugar la claridad del dia para ver y diferenciar las cosas, cuando la primera, que se ofreció á los ojos de Sancho Panza, fue la nariz del escudero del bosque, que era tan grande, que casi le hacia sombra á todo el cuerpo. Cuéntase en efecto, que era de demasiada grandeza, corva en la mitad y toda llena de berrugas, de color amoratado como de berengena: bajábale dos dedos mas abajo de la boca; cuya grandeza, color, berrugas y encorvamiento asi le afeaban el rostro, que en viéndole Sancho, comenzó á herir de pie y de mano, como niño con alferecía, y propuso en su corazon de dejarse dar doscientas bofetadas, antes que despertar la cólera para reñir con aquel vestiglo.

Idem.

XII.

Las ollas de Camacho el rico.

Hizo Sancho lo que su señor le mandaba; y poniendo la silla á Rocinante y la albarda al rucio, subieron los dos y paso entre paso se fueron entrando por la enramada. Lo primero, que se le ofreció á la vista de Sancho, fue espetado en un asador un lomo entero de un entero novillo, y en el fuego, donde se habia de asar, ardia un medio monte de leña: y seis ollas, que al rededor de la hoguera estaban, no se habian hecho en la comun turquesa de las demas ollas, porque eran seis medias tinajas, que cada una cabia un rastro de carne: asi embebian y encerraban en sí carneros enteros, sin echarse de ver, como si fueran palominos: las liebres ya sin pellejo, y las gallinas sin pluma, que estaban colgadas por los árboles, para sepultarlas en las ollas, no tenian número: los pájaros y caza de diversos jéneros eran infinitos, colgados de los árboles, para que el ayre los enfriase. Contó Sancho mas de sesenta zaques de mas de dos arrobas

cada uno, y todos llenos, segun despues pareció, de jenerosos vinos: así habia rimeros de pan blanquísimo, como los suele haber de montones de trigo en las eras: los quesos, puestos como ladrillos y entejados, formaban una muralla, y dos calderas de aceyte, mayores que las de un tinte, servian de freir cosas de masa, que con dos valientes palas las sacaban fritas y las zabullian en otra caldera de preparada miel, que allí junto estaba. Los cocineros y cocineras pasaban de cincuenta: todos limpios, todos dilijentes, todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos y pequeños lechones, que cocidos por encima servian de darle sabor y enternecerle. Las especias de diversas suertes no parecia haberlas comprado por libras, sino por arrobas: todas estaban de manifiesto en una grande arca. Finalmente el aparato de la boda era rústico; pero tan abundante, que podia sustentar á un ejército. Todo lo miraba Sancho Panza y todo lo contemplaba y de todo se aficionaba. Primero le cautivaron y rindieron el deseo las ollas, de quien él tomaria de bonísima gana un mediano puchero: luego le aficionaron la voluntad los

zaques, y últimamente las frutas de sarten, si es que se podian llamar sartenes las tan horrendas calderas; y asi sin poderlo sufrir ni ser en su mano otra cosa, se llegó á uno de los solícitos cocineros y con corteses y hambrientas razones le rogó le dejase mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas. A lo que el cocinero respondió: hermano, este dia no es de aquellos sobre quien tiene jurisdiccion la hambre, merced al rico Camacho: apeaos y mirad si hay por aí un cucharon: espumad una gallina ú dos, y buen provecho os hagan. No veo ninguno, respondió Sancho. Esperad, dijo el cocinero, pecador de mi, y ¡qué melindroso y para poco debeis de ser! Y diciendo esto, asió de un caldero, y encajándole en una de las medias tinajas, sacó en él tres gallinas y dos gansos, y dijo á Sancho: comed, amigo, y desayunaos con esa espuma, en tanto que se llega la hora de yantar. No tengo en qué echarla, respondió Sancho. Pues llevaos, dijo el cocinero, la cuchara y todo; que la riqueza y el contento de Camacho todo lo suple.

Idem.

XIII.

Cuento del rebuzno.

En un lugar, que está á cuatro leguas y media de esta venta, sucedió, que á un rejidor de él le faltó un asno, y aunque el tal rejidor hizo las dilijencias posibles por hallarle, no fue posible. Quince dias serian pasados, segun es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando estando en la plaza el rejidor perdidoso, otro rejidor del mismo pueblo le dijo: dadme albricias, compadre, que vuestro jumento ha parecido. Yo os las mando y buenas, compadre, respondió el otro, pero sepamos donde ha parecido. En el monte, respondió el hallador, le ví esta mañana sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco, que era una compasion miralle; quísele antecojer delante de mí y traerosle; pero está ya tan montaraz y tan huraño, que cuando llegué á él, se fué huyendo y se entró en lo mas escondido del monte: si quereis que volvamos los dos á buscarle, dejadme poner esta borrica en mi casa, que luego vuelvo. Mucho placer me hareis, dijo el del jumento, é yo procuraré

pagároslo en la mesma moneda. Con estas circunstancias todas y de la mesma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que estan enterados de la verdad de este caso. En resolucion, los dos rejidores a pie y mano á mano se fueron al monte, y llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar el asno, no le hallaron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque más le buscaron. Viendo pues que no parecia, dijo el rejidor, que le habia visto, al otro: mirad, compadre, una traza me ha venido al pensamiento, con la cual sin duda alguna podremos descubrir este animal aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte; y es, que yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos sabeis algun tanto, dad el hecho por concluido. ¿Algun tanto decis, compadre? dijo el otro: por Dios que no dé la ventaja á nadie, ni aun á los mesmos asnos. Ahora lo veremos, respondió el rejidor segundo, porque tengo determinado, que os vais vos por una parte del monte y yo por otra, de modo que le rodeemos y andemos todo, y de trecho en trecho rebuznareis vos y rebuznaré yo, y no podrá ser menos sino que el asno nos oya y nos responda, si es que está en el monte.

A lo que respondió el dueño del jumento: digo, compadre, que la traza es escelente y digna de vuestro injenio; y dividiéndose los dos segun el acuerdo, sucedió, que casi á un mismo tiempo rebuznaron, y cada uno, engañado del rebuzno del otro, acudieron á buscarse, pensando que ya el jumento habia parecido, y en viéndose dijo el perdidoso: ¿es posible, compadre, que no fue mi asno el que rebuznó? No fue sino yo, respondió el otro. Aora digo, dijo el dueño, que de vos á un asno, compadre, no hay alguna diferencia, en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto ni oido cosa mas propia. Esas alabanzas y encarecimiento, respondió el de la traza, mejor os atañen y tocan á vos que á mí, compadre; que por el Dios que me crió, que podeis dar dos rebuznos de ventaja al mayor rebuznador del mundo: porque el sonido que teneis, es alto, lo sostenido de la voz á su tiempo y compás, los dejos muchos y apresurados, y en resolucion yo me doy por vencido y os rindo la palma, y doy la bandera de esta rara habilidad. Aora digo, respondió el dueño, que me tendré y estimaré en mas de aqui adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo algu-

na gracia: que puesto que pensara que rebuznaba bien, nunca entendí que llegaba al estremo que decis. Tambien diré yo aora, respondió el segundo, que hay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos, que no saben aprovecharse de ellas. Las nuestras, respondió el dueño, sino es en casos semejantes, como el que traémos entre manos, no nos pueden servir en otros; y aun en este plegue á Dios que nos sean de provecho. Esto dicho, se tornaron á dividir y á sus rebuznos, y á cada paso se engañaban y volvian á juntarse, hasta que se dieron por contraseña, que para entender que eran ellos y no el asno, rebuznasen dos veces una tras otra. Con esto doblando á cada paso los rebuznos, rodearon todo el monte, sin que el perdido jumento respondiese ni aun por señas. Mas ¿cómo habia de responder el pobre y mal logrado, si le hallaron en lo mas escondido del bosque, comido de lobos? Y en viéndole dijo su dueño: ya me maravillaba yo de que él no respondia; pues á no estar muerto, él rebuznara, si nos oyera, ó no fuera asno: pero á trueco de haberos oido rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he

tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto. En buena mano está, compadre, respondió el otro; pues si bien canta el abad, no le va en zaga el monacillo. Con esto desconsolados y roncos se volvieron á su aldea, adonde contaron á sus amigos, vecinos y conocidos, cuanto les habia acontecido en la busca del asno, exajerando el uno la gracia del otro en el rebuznar: todo lo cual se supo y se estendió por los lugares circunvecinos; y el diablo que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordia por do quiera, levantando caramillos en el viento y grandes quimeras de nonada, ordenó é hizo, que las jentes de los otros pueblos, en viendo á alguno de nuestra aldea, rebuznasen, como dándoles en rostro con el rebuzno de nuestros rejidores. Dieron en ello los muchachos, que fue dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno, y fue cundiendo el rebuzno de uno en otro pueblo, de manera, que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno, como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos; y ha llegado á tanto la desgracia de esta burla, que muchas veces con mano armada y formado escuadron, han salido con-

tra los burladores los burlados á darse la batalla, sin poderlo remediar rey ni roque, ni temor ni vergüenza.

Idem.

XIV.

El hidalgo y el labrador convidado.

Convidó un hidalgo de mi pueblo muy rico y principal, porque venia de los Alamos de Medina del Campo, que casó con doña Mencia de Quiñones, que fue hija de don Alonso de Marañon, caballero del habito de Santiago, que se aogó en la Herradura; por quien hubo aquella pendencia años há en nuestro lugar, que á lo que entiendo, mi señor don Quijote se halló en ella, de donde salió herido Tomasillo el travieso, el hijo de Balvastro el herrero. ¿No es verdad todo esto, señor nuestro amo? digalo por su vida, porque estos señores no me tengan por algun hablador mentiroso. Hasta aora, dijo el eclesiástico, mas os tengo por hablador que por mentiroso; pero de aqui adelante no sé por lo que os tendré. Tu das tantos testigos, Sancho, y tantas señas, que no puedo dejar de decir que

debes de decir verdad: pasa adelante y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos dias. No ha de acortar tal, dijo la duquesa, por hacerme a mí placer, antes le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seis dias: que si tantos fuesen, serian para mí los mejores que hubiese llevado en mi vida. Digo pues, señores mios, prosiguió Sancho, que este tal hidalgo, que yo conozco como á mis manos, porque no hay de mi casa á la suya un tiro de ballesta, convidó á un labrador pobre, pero honrado. Adelante, hermano, dijo á esta sazon el relijioso, que camino llevais de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo. A menos de la mitad pararé, si Dios fuese servido, respondió Sancho; y asi digo, que llegando el tal labrador á casa del dicho hidalgo convidador, que buen poso haya su ánima, que ya es muerto, y por mas señas dicen que hizo una muerte de un angel, que yo no me hallé presente, que habia ido por aquel tiempo á segar á Tembleque... Por vida vuestra, hijo, dijo el eclesiástico, que volvais presto de Tembleque, y que sin enterrar al hidalgo, si no quereis hacer mas exequias, acabeis vuestro cuento. Es pues el caso, replicó Sancho, que estando los dos

para asentarse á la mesa, que parece que aora los veo mas que nunca.. Gran gusto recibian los duques del disgusto que mostraba tomar el buen relijioso de la dilacion y pausas, con que Sancho contaba su cuento y D. Quijote se estaba consumiendo en colera y en rabia. Digo así, dijo Sancho, que estando, como he dicho, los dos para asentarse á la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabezera de la mesa, y el hidalgo porfiaba tambien, que el labrador la tomase, porque en su casa se habia de hacer lo que él mandase; pero el labrador, que presumia de cortés y bien criado, jamas quiso; hasta que el hidalgo moino, poniéndole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza, diciéndole: sentaos, majagranzas, que adonde quiera que yo me siente, será vuestra cabecera; y este es el cuento.

Idem.

XV.

Carta de D. Quijote de la Mancha á Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria.

Cuando esperaba oir nuevas de tus descuidos é impertinencias, Sancho amigo, las oí de tus discreciones; de que dí por ello gracias particulares al cielo, el cual del estiercol sabe levantar los pobres, y de los tontos hacer discretos. Dícenme que gobiernas como si fueses hombre, y que eres hombre, como si fueses bestia, segun es la humildad con que te tratas; y quiero que adviertas Sancho, que muchas veces conviene y es necesario por la autoridad del oficio ir contra la humildad del corazon; porque el buen adorno de la persona, que está puesta en graves cargos, ha de ser conforme á lo que ellos piden, y no á la medida de lo que su humilde condicion le inclina. Vístete bien, que un palo compuesto no parece palo: no digo que traigas dijes ni galas, ni que siendo juez te vistas como soldado; sino que te adornes con el hábito, que tu oficio requiere, con tal que sea limpio y bien compuesto. Para ganar la

voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras has de hacer dos cosas, la una, ser bien criado con todos, aunque esto ya otra vez te lo he dicho: y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos: que no hay cosa que mas fatigue el corazon de los pobres que la hambre y la carestía.

No hagas muchas prematicas; y si las hicieres, procura que sean buenas, y sobre todo que se guarden y cumplan: que las premáticas, que no se guardan, lo mismo es que si no lo fuesen: antes dan a entender que el príncipe que tuvo discrecion y autoridad para hacerlas, no tuvo valor para hacer que se guardasen; y las leyes que atemorizan y no se ejecutan, vienen a ser como la viga, rey de las ranas, que al principio las espantó, y con el tiempo la menospreciaron y se subieron sobre ella. Se padre de las virtudes y padrastro de los vicios. No seas siempre riguroso, ni siempre blando, y escoje el medio entre estos dos estremos, que en esto está el punto de la discrecion. Visita las cárceles, las carnicerías y las plazas, que la presencia del gobernador en lugares tales es de mucha importancia; consuela a los presos, que esperan la brevedad de su despacho; es coco á los carniceros, que

por entonces igualan los pesos, y es espantajo á las placeras por la misma razon. No te lo muestres, aunque por ventura lo seas, lo cual yo no lo creo, ni codicioso ni gloton: porque en sabiendo el pueblo y los que te tratan tu inclinacion determinada, por allí te darán batería hasta derribarte al profundo de la perdicion. Mira y remira, pasa y repasa los consejos y documentos, que te di por escrito antes que de aquí partieses á tu gobierno; y verás como hallas en ellos, si los guardas, una ayuda de costa, que te sobrelleve los trabajos y dificultades, que á cada paso á los gobernadores se les ofrecen. Escribe á tus señores, y muestrateles agradecido: que la ingratitud es hija de la soberbia, y uno de los mayores pecados que se sabe: y la persona, que es agradecida á los que bien le han hecho, da indicio, que tambien lo será á Dios, que tantos bienes le hizo y de contínuo le háce. La señora duquesa despachó un propio con tu vestido y otro presente á tu mujer Teresa Panza, y por momentos esperamos respuesta.

Yo he estado un poco mal dispuesto de cierto gateamiento, que me sucedió no muy á cuento de mis narices: pero no fué nada, que si hay encantadores, que me maltraten,

tambien los hay que me defiendan. Avisame si el mayordomo, que esta contigo, tuvo que ver en las acciones de la Trifaldí, como tú lo sospechaste; y de todo lo que te sucediere me iras dando aviso, pues es tan corto el camino: cuanto mas que yo pienso dejar presto esta vida ociosa en que estoy; pues no nací para ella. Un negocio se me ha ofrecido, que creo que me ha de poner en desgracia de estos señores: pero aunque se me dá mucho, no se me da nada, pues en fin tengo de cumplir antes con mi profesion, que con su gusto, conforme á lo que suele decirse: *Amicus Plato, sed magis amica veritas.* Dígote este latin, porque me doy á entender, que despues que eres gobernador lo habrás aprendido. Y á Dios, el cual te guarde de que ninguno te tenga lástima. Tu amigo = D. Quijote de la Mancha.

Idem.

XVI.

Carta de Sancho Panza á D. Quijote de la Mancha.

La ocupacion de mis negocios es tan grande, que no tengo lugar para rascarme la cabeza, ni aun para cortarme las uñas; y asi las traigo tan crecidas cual Dios lo remedie. Digo esto, señor mio de mi alma, porque vuestra merced no se espante, si hasta aora no he dado aviso de mi bien ó mal estar en este gobierno, en el cual tengo mas hambre, que cuando andábamos los dos por las selvas y por los despoblados.

Escribióme el duque mi señor el otro dia, dándome aviso, que habian entrado en esta ínsula ciertas espías para matarme, y hasta ahora yo no he descubierto otra, que un cierto doctor, que está en este lugar asalariado para matar á cuantos gobernadores aquí viniesen. Llámase el doctor Pedro Recio, y es natural de Tirteafuera, porque vea vuestra merced qué nombre para no temer que he de morir á sus manos. Este tal doctor dice el mismo de sí mismo, que él no cura las enfermedades cuando las hay, sino

que las previene para que no vengan : y las medicinas, que usa, son dieta y mas dieta, hasta poner la persona en los huesos mondos, como si no fuese mayor mal la flaqueza que la calentura. Finalmente él me va matando de hambre y yo me voy muriendo de despecho : pues cuando pensé venir á este gobierno á comer caliente, á beber frio y recrear el cuerpo entre sábanas de holanda y sobre colchones de pluma, he venido á hacer penitencia como si fuera hermitaño : y como no la hago de mi voluntad, pienso que al cabo al cabo me ha de llevar el diablo.

Hasta ahora no he tocado derècho ni llevado coecho, y no puedo pensar en que va este : porque aqui me han dicho, que los gobernadores, que á esta ínsula suelen venir, antes de entrar en ella, ó les han dado ó les han prestado los del pueblo muchos dineros ; y que esto es ordinaria usanza en los demas, que van á gobiernos, no solamente en este.

Yo visito las plazas, como vuestra merced me lo aconseja, y ayer hallé una tendera que vendia avellanas nuevas, y averigüela, que habia mezclado con una hanega de avellanas nuevas otra de viejas, vanas y podri-

das: apliquélas todas para los niños de la doctrina, que las sabrán bien distinguir, y sentenciéla que por quince dias no entrase en la plaza. Hanme dicho, que lo hice valerosamente: lo que sé decir á vuestra merced es, que es fama en este pueblo, que no hay jente mas mala que las placeras, porque todas son desvergonzadas, desalmadas y atrevidas: y yo así lo creo por las que he visto en otros pueblos.

De que mi señora la duquesa haya escrito á mi mujer Teresa Panza, y enviádola el presente, que vuestra merced dice, estoy muy satisfecho y procuraré de mostrarme agradecido á su tiempo: bésela vuestra merced las manos de mi parte, diciendo que digo yo, que no lo ha echado en saco roto, como lo verá por la obra. No querria, que vuestra merced tuviese travacuentas de disgustos con esos mis señores: porque si vuestra merced se enoja con ellos, claro está, que ha de redundar en mi daño: y no será bien, que pues se me da á mí por consejo, que sea agradecido, que vuestra merced no lo sea con quien tantas mercedes le tiene hechas, y con tanto regalo ha sido tratado en su castillo.

Aquello del gateado no entiendo: por-

que imajino, que debe de ser alguna de las malas fechorías, que con vuestra merced suelen usar los malos encantadores: yo lo sabre cuando nos veamos. Quisiera enviar á vuestra merced alguna cosa: pero no sé que envie, sino es algunos cañutos de jeringas, que para con vejigas los hacen en esta ínsula muy curiosos; aunque si me dura el oficio, yo buscaré que enviar de haldas ú de mangas. Si me escribiese mi mujer Teresa Panza, pague vuestra merced el porte y envíeme la carta; que tengo grandísimo deseo de saber del estado de mi casa, de mi mujer y de mis hijos. Y con esto Dios libre á vuestra merced de mal intencionados encantadores, y á mí me saque con bien y en paz de este gobierno, que lo dudo; porque lo pienso dejar con la vida, segun me trata el doctor Pedro Recio. Criado de vuestra merced = Sancho Panza el gobernador.

XVII.

Naufrajio de Antonio el Bárbaro.

Sucedió, pues, que yo me revolví sobre una cosa de poca importancia con un marinero ingles, á quien fue forzoso darle un bo-

feton: llamó este golpe la cólera de los demas marineros y de toda la chusma de la nave, que comenzaron á tirarme todos los instrumentos arrojadizos, que les vinieron á las manos: retiréme al castillo de popa, y tomé por defensa á uno de los caballeros ingleses, poniéndome á sus espaldas, cuya defensa me valió de modo, que no perdí luego la vida: los demas caballeros sosegaron la turba, pero fue con condicion que me arrojasen á la mar, ó me diesen el esquife ó barquilla de la nave, en que me volviese á España ó adonde el cielo me llevase. Hízose así: dieronme la barca proveida con dos barriles de agua, uno de manteca y alguna cantidad de bizcocho; agradecí á mis valedores la merced que me hacian; entré en la barca con solos dos remos; alargóse la nave; vino la noche oscura; halléme solo en la mitad de la inmensidad de aquellas aguas, sin tomar otro camino que aquel que le concedia el no contrastar contra las olas ni contra el viento; alcé los ojos al cielo, encomendéme á Dios con la mayor devocion que pude, miré al norte por donde distinguí el camino que hacia, pero no supe el paraje en que estaba. Seis dias y seis noches anduve de esta manera, confiando mas en la benignidad de los

cielos que en la fuerza de mis brazos, los cuales, ya cansados y sin vigor alguno del contínuo trabajo abandonaron los remos, que quité de los escálamos y los puse dentro de la barca para servirme de ellos, cuando el mar lo consintiese, ó las fuerzas me ayudasen. Tendíme de largo á largo de espaldas en la barca, cerré los ojos, y en lo secreto de mi corazon no quedó santo en el cielo, á quien no llamase en mi ayuda: y en mitad de este aprieto y en medio de esta necesidad (cosa dura de creer) me sobrevino un sueño tan pesado, que borrándome de los sentidos el sentimiento, me quedé dormido: tales son las fuerzas de lo que pide y ha menester nuestra naturaleza; pero allá en el sueño me representaba la imajinacion mil muertes espantosas, pero todas en el agua, y en algúnas de ellas me parecia que me comian lobos y despedazaban fieras, de modo que dormido y despierto era una muerte dilatada mi vida.

De este no apacible sueño me despertó con sobresalto una furiosa ola del mar, que pasando por cima de la barca, la llenó de agua: reconocí el peligro; volví, como mejor pude, al mar; torné á valerme de los remos, que ninguna cosa me aprovecharon: ví

que el mar se ensoberbecia, azotado y herido de un viento ábrego, que en aquellas partes parece que mas que en otros mares muestra su poderío : ví que era simpleza oponer mi debil barca á su furia, y mis flacas y desmayadas fuerzas á su rigor; y así torné á recojer los remos, y á dejar correr la barca por donde las olas y el viento quisiesen llevarla. Reiteré plegarias, añadí promesas, aumenté las aguas del mar con las que derramaba de mis ojos, no de temor de la muerte, que tan cercana se me mostraba, sino por el de la pena que mis malas obras merecian : finalmente, no sé á cabo de cuantos dias y noches, que anduve vagabundo por el mar, siempre mas inquieto y alterado, me vine hallar junto á una isla despoblada de jente humana, aunque llena de lobos, que por ella á manadas discurrian : lleguéme al abrigo de una peña, que en la ribera estaba, sin osar saltar en tierra, por temor de los animales, que habia visto : comí de vizcocho ya remojado, que la necesidad y la hambre no repara en nada : llegó la noche menos oscura que habia sido la pasada, pareció que el mar se sosegaba y prometia mas quietud el venidero dia, miré al cielo, vi las estrellas con aspecto de prometer bo-

nanza en las aguas y sosiego en el ayre.

Estando en esto, me pareció por entre la dudosa luz de la noche, que la peña, que me servia de puerto, se coronaba de los mismos lobos, que en la marina habia visto. Apreté los escálamos, até los remos, esforcé los brazos y salí al mar descubierto: mas como suele acontecer, que las desdichas y afliciones turban la memoria de quien las padece, no os podré decir cuantos fueron los dias, que anduve por aquellos mares, tragando, no una, sino mil muertes á cada paso, hasta que arrebatada mi barca en los brazos de una terrible borrasca, me hallé en esta isla, donde dí al traves con ella en la misma parte y lugar adonde está la boca de la cueva, por donde áqui entrastes. Llegó la barca á dar casi en seco por la cueva adentro: pero volvíala á sacar la resaca: viendo yo lo cual, me arrojé de ella, y clavando las uñas en la arena, no dí lugar á que la resaca al mar me volviese: y aunque con la barca me llevaba el mar la vida, pues me quitaba la esperanza de cobrarla, holgué de mudar género de muerte y quedarme en tierra: que como se dilate la vida, no se desmaya la esperanza.

Persiles y Sijismunda.

XVIII.

El maldiciente.

Tengo un cierto espíritu satírico y maldiciente, una pluma veloz y una lengua libre: deléitanme las maliciosas agudezas, y por decir una, perderé yo no solo un amigo, pero cien mil vidas. No me ataban la lengua prisiones, ni ennudecian destierros, ni atemorizaban amenazas, ni enmendaban castigos: finalmente, á entrambos á dos llegó el dia de nuestra última paga: á esta mandó el rey que nadie en toda la ciudad ni en todos sus reinos, y señoríos le diese, ni dados ni por dineros, otro algun sustento que pan y agua, y que á mí junto con ella nos trajesen á una de las muchas islas, que por aqui hay, que fuese despoblada, y aqui nos dejasen: pena que para mí ha sido mas mala que quitarme la vida: porque la que con ella paso, es peor que la muerte.

Idem.

XIX.

Fiestas de la isla de Policarpo.

Hacíase este espectáculo junto á la marina en una espaciosa playa, á quien quitaban el sol infinita cantidad de ramos entretejidos, que la dejaban á la sombra: ponian en la mitad un suntuoso teatro, en el cual, sentado el rey y la real familia, miraban los apacibles juegos. Llegóse un dia de estos, y Policarpo procuró aventajarse en magnificencia y grandeza en solemnizarle sobre todos cuantos hasta allí se habian hecho; y cuando ya el teatro estaba ocupado con su persona y con los mejores del reino, y cuando ya los instrumentos bélicos y los apacibles querian dar señal que las fiestas se comenzaban, y cuando ya cuatro corredores mancebos ájiles y sueltos tenian los pies izquierdos delante y los derechos alzados, que no les impedia otra cosa el soltarse á la carrera, sino soltar una cuerda, que les servia de raya y de señal, que en soltándola habian de volar á un término señalado, donde habian de dar fin á su carrera: digo, que en este tiempo vieron venir por la mar un barco, que

le blanqueaba los costados el ser recien despalmado, y le facilitaban el romper el agua seis remos, que de cada banda traia, impelidos de doce, al parecer, gallardos mancebos, de dilatadas espaldas y pechos y de nervudos brazos: venian vestidos de blanco todos, sino el que guiaba el timon, que venia de encarnado como el marinero. Llegó con furia el barco á la orilla, y el encallar en ella y saltar todos los que en él venian en tierra, todo fue una misma cosa. Mandó Policarpo, que no saliesen á la carrera, hasta saber qué jente era aquella y á lo que venia; puesto que imajinó, que debian de venir á hallarse en las fiestas y á probar su gallardía en los juegos. El primero, que se adelantó á hablar al rey, fue el que servia de timonero, mancebo de poca edad, cuyas mejillas desembarazadas y limpias mostraban ser de nieve y de grana, los cabellos anillos de oro, y cada una parte de las del rostro tan perfecta, y todas juntas tan hermosas, que formaban un compuesto admirable: luego la hermosa presencia del mozo arrebató la vista y aun los corazones de cuantos le miraron. Luego dijo al rey: señor, estos mis compañeros y yo habiendo tenido noticia de estos juegos, venimos á servirte y á hallarnos en ellos, y no

de lejas tierras, sino desde una nave, que dejamos en la isla Scinta, que no está lejos de aquí; y como el viento no hizo á nuestro propósito para encaminar aquí la nave, nos aprovechamos de esta barca y de los remos y de la fuerza de nuestros brazos. Todos somos nobles y deseosos de ganar honra, y por la que debes hacer, como rey que eres, á los estranjeros, que á tu presencia llegan, te suplicamos nos concedas licencia para mostrar ó nuestras fuerzas ó nuestros injenios, en honra y provecho nuestro y gusto tuyo. Por cierto, respondió Policarpo, agraciado joven, que vos pedis lo que quereis con tanta gracia y cortesía, que seria cosa injusta el negaroslo: honrad mis fiestas en lo que quisiéredes, dejadme á mí el cargo de premiároslo: que sé que segun vuestra gallarda presencia muestra, poca esperanza dejais á ninguno de alcanzar los primeros premios. Dobló la rodilla el hermoso mancebo y inclinó la cabeza en señal de crianza y agradecimiento, y en dos brincos se puso ante la cuerda, que detenia á los cuatro ligeros corredores: su doce compañeros se pusieron á un lado á ser espectadores de la carrera. Sonó una trompeta, soltaron la cuerda y arrojáronse al vuelo todos cinco: pero aun no habrian dado

veinte pasos, cuando con mas de seis se les aventajó el recien venido, y álos treinta ya les llevaba de ventaja mas de quince: finalmente se los dejó á todos á poco mas de la mitad del camino, como si fueran estátuas inmobles.

Fue el segundo certamen el de la esgrima: tomó el ganancioso la espada negra, con la cual á seis que le salieron cada uno de por sí, les cerró las bocas, mosqueó las narices, les selló los ojos y les santiguó las cabezas, sin que á él le tocasen, como decirse suele, un pelo de la ropa. Alzó la voz el pueblo y de comun consentimiento le dieron el premio primero. Luego se acomodaron otros seis á la lucha, donde con mayor gallardía dió de sí muestra el mozo, descubrió sus dilatadas espaldas, sus anchos y fortísimos pechos y los nervios y músculos de sus fuertes brazos, con los cuales y con destreza y maña increible hizo, que las espaldas de los seis luchadores, á despecho y pesar suyo, quedasen impresas en la tierra. Asió luego de una pesada barra, que estaba hincada en el suelo, porque le dijeron, que era el tirarla el cuarto certamen. Sompesóla: y haciendo de señas á la jente, que estaba delante, para que le diesen lugar donde el tiro cupiese, tomando la barra por la una punta sin vol-

ver el brazo atras, la impelió con tanta fuerza, que pasando los límites de la marina, fue menester que el mar se los diese, en el cual bien adentro quedó sepultada la barra.

Pusiéronle luego la ballesta en las manos y algunas flechas, y mostráronle un árbol muy alto y muy liso, al cabo del cual estaba hincada una media lanza, y en ella de un hilo estaba asida una paloma, á la cual habian de tirar no mas de un tiro los que en aquel certamen quisiesen probarse. Uno, que presumia de certero, se adelantó y tomó la mano, pensando derribar la paloma antes que otro: tiró y clavó su flecha casi en el fin de la lanza, del cual golpe azorada la paloma se levantó en el aire: y luego otro no menos presumido que el primero, tiró con tan jentil certería, que rompió el hilo, donde estaba asida la paloma, que suelta y libre del lazo, que la detenia, entregó su libertad al viento y batia las alas con priesa: pero el ya acostumbrado á ganar los primeros premios, disparó su flecha, y como si mandara lo que habia de hacer y ella tuviera entendimiento para obedecerle, así lo hizo: pues dividiendo el aire con un rasgado y tendido silvo, llegó á la paloma, y le partió el corazon de parte á parte, quitán-

dola á un mismo tiempo el vuelo y la vida.

Idem.

XX.

Retrato de Cervantes, escrito por el mismo

Este, que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos, y de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no há veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros, el cuerpo entre dos estremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy lijero de pies: este digo, que es el rostro del autor de la Galatea y de D. Quijote de la Mancha, y del que hizo el viaje del Parnaso á imitacion del de César, Caporal Perusino, y otras obras, que andan por aí descarriadas y quiza sin el nombre de su dueño: llámase comunmente Miguel de Cervantes Saavedra: fue soldado muchos

años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió á tener paciencia en las adversidades: perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida, que aunque parece fea, él la tiene por hermosa por haberla cobrado en la mas memorable y alta ocasion, que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V.

Prólogo de las Novelas.

DEL PADRE JUAN DE MARIANA.

Razonamiento de Aluro á Escipion, ofreciendo condiciones de paz en nombre de los numantinos.

Quienes sean los ciudadanos de Numancia, de qué lealtad, de qué constancia, no hay para qué traello á la memoria: pues tú con la larga esperiencia lo puedes tener entendido, y no está bien á los miserables hacer alarde de sus alabanzas. Solo diré, que te será muy honroso haber quebrantado los ánimos de los numantinos; y á nos no será

del todo afrentoso, ya que así habia de ser, ser vencidos de tan gran capitan. Lo que la presente fortuna pide, y á lo que nos fuerzan los males de este cerco, confesámonos por vencidos; pero con tal que te contentes con nuestra penitencia y enmienda, y no pretendas destruirnos. No pedimos del todo perdon, dado que en ninguna parte pudieras mejor emplearle: contentámonos con que el castigo sea templado. Que si nos niegas las vidas y no das lugar á la pelea, determinados estamos de probar cualquier cosa, hasta morir por nuestras manos, si fuere necesario, antes que por las ajenas: que será el postrer oficio de varones esforzados. Tú debes considerar una y otra vez lo que la fama y el mundo dirá de ti, asi de presente como en el tiempo adelante.

Historia de España.

II.

Razonamiento de Atila á sus soldados antes de dar la batalla de los campos catalaunicos.

A los vencederos del mundo, domadores de las jentes no conviene encender y animar

con palabras, ni aun á los cobardes dará esfuerzo este razonamiento. Los valientes soldados, cuales vos sois, se recrean y deleitan en la pelea, y el salir con la victoria les es cosa muy ordinaria y familiar. Estais por ventura olvidados de las Panonias, Mesias, Germanias, Galias sujetas y vencidas por vuestro esfuerzo, y los escondrijos de la laguna Meotis en que entraron vuestras armas? Armaos pues del ánimo, que á vencedores conviene. Pudisteis sin poneros á trabajo gozar del fruto de las victorias ganadas: mas por no poder vuestros animosos corazones sufrir la ociosidad, fuisteis los primeros á mover la guerra. Esta muestra de mayor esfuerzo os sirva al presente de estímulo y aguijon. En este dia por vuestra valentía se conquistará el imperio del mundo. ¿Podrá por ventura, ó invictos soldados, aquel ejército, juntado con toda dilijencia de la avenida de varias jentes, y aquella canalla sufrir vuestra vista, ojos y manos? Por la poca confianza, que de su esfuerzo hacian, intentaron mejorarse de lugar. Direis que tienen en su ayuda á los visigodos, jente brava. Poco les importa ese socorro, si vienen á vuestras manos. Que los romanos, delicados y afeminados con los deleites, como cortados los nervios, sin que ninguno les ha-

ga fuerza, volverán las espaldas. Acordaos, pues, de vuestra valentía, vestíos del coraje acostumbrado, mostrad vuestro esfuerzo; y si no pudiereedes salir con la victoria, lo que los dioses no permitan, con la muerte dad muestra del amor y lealtad, que nos teneis. Los magnanimos en la muerte ganan honra, la victoria les acarrea contento, y con él la abundancia de todos los bienes. De mí no espereis solamente el gobierno sino el ejemplo en el pelear. ¿Qué otro emperador os recibirá si salís victoriosos? ¿qué reales? ¿qué provincias? Principalmente que vuestra felicidad tiene irritadas todas las naciones por la envidia, que os tienen muy grande.

Idem.

III.

Razonamiento de S. Leandro á los padres del tercer concilio de Toledo, despues que los godos abjuraron el arrianismo.

La celebridad de este dia y la presente alegría es tan grande y tan colmada, cuanta de ninguna fiesta, que por todo el discurso del año celebramos, lo que ninguno de vos

podrá dejar de confesarlo. En las demas festividades renovamos la memoria de algun antiguo misterio y beneficio, que se nos hizo: el dia de hoy nos presenta materia de nueva y mayor alegría, cuando gracias al Salvador del jénero humano, Cristo, la jente nobilísima de los godos, que hasta aquí descarriada se hallaba enmedio de unas tinieblas muy espesas, alumbrada de la luz celestial, ha entrado por el camino de la inmortalidad y ha sido recibida dentro del divino y eterno templo, que es la iglesia. Si las cosas quebradizas y terrenas y que solo pertenecen al arreo del cuerpo y á su regalo, cuando suceden prosperamente, de tal suerte aficionan los corazones, que á las veces la mucha alegría saca á algunos de juicio, ¿en cuánto grado debemos alegrarnos por ser llamados y admitidos á la herencia del reino celestial? Cuanto por mas largo tiempo hemos llorado la ceguedad y miseria, en que nuestros hermanos estaban, cuanto menor era la esperanza, que nos quedaba de su remedio, tanto es mas razon, que en este dia nos alegremos y regocijemos. A mí por cierto el mismo sol me parece, que ha salido hoy mas resplandeciente, que lo que suele: la misma tierra se me figura muy mas alegre que an-

tes. Gózase el cielo por la entrada, que se ha abierto á tantas jentes para aquellas sillas bienaventuradas, y por la vecindad, que tantos hombres han tomado de nuevo en aquella santa ciudad, que señalados con el nombre cristiano habian caido en los lazos de la muerte. La tierra se alegra, porque estando antes de aora sembrada de espinas, al presente la vemos pintada y hermoseada de flores, de las cuales, padres, que hasta aquí sufristes grandes molestias, podeis tejer y poner en vuestras cabezas muy hermosas guirnaldas: sembrasteis con lágrimas, aora alegres cojed las flores y segad los campos, que ya estan sazonados: llevad á los graneros de la iglesia manojos de espigas granadas. La grandeza de vuestra alegria no se encierra dentro de los términos de España: forzosa cosa es que pase y se comunique con lo demas de la iglesia universal, que abraza y tiene en su seno toda la redondez de la tierra, y acrecentada al presente con añadirsele està provincia nobilísima, inspirada del Espíritu santo, engrandece la divina benignidad por tan señalado beneficio. Porque la que por su esterilidad era despreciada en el tiempo pasado, al presente por el don celestial de un parto ha producido muchos hijos. Con

que las demas naciones, si algunas todavia perseveran en los errores pasados, á ejemplo de nuestra España podran esperar su remedio, y que se hayan de juntar en breve dentro de las cabañas de la iglesia y debajo de su pastor Cristo, aquel lo podrá poner en duda que no tiene bien conocida la fe de las divinas promesas. Y está muy puesto en razon, que los que tenemos un Dios y un mismo orijen y padre, de quien procedemos todos, quitada la diversidad de las lenguas, con que entró en el mundo gran muchedumbre de errores, tengamos un mismo corazon y estemos entre nos atados con el vínculo de la caridad, que es la cosa, que entre los hombres hay mas suave y mas saludable y mas honesta para quien pretende honra y dignidad. Rebiente de envidia y de dolor el enemigo del jénero humano, que solia gozarse particularmente en nuestras miserias y males: duelase y llore que tantas almas y tan nobles en un punto se hayan librado de los lazos de la muerte. Nos, por el contrario, á ejemplo de los anjeles, cantemos gloria á Dios en las alturas y en la tierra paz. Que pùes la tierra se ha reconciliado con el cielo, podremos tener esperanza, no solo de alcanzar el reino celestial, sino ese mismo cuidado de invocar

de dia y noche la divina benignidad por el reino terrenal y por la salud de nuestro rey, autor principal y causa de ésta gran felicidad.

Idem.

IV.

Razonamiento del rey D. Rodrigo á sus soldados antes de la batalla del Guadalete.

Mucho me alegro, soldados, que haya llegado el tiempo de vengar las injurias hechas á nosotros y á nuestra santa fe por esta canalla aborrecible á Dios y á los hombres. ¿Qué otra causa tienen de movernos á guerra sino pretender de quitar la libertad á vos, á vuestros hijos, mujeres y patria; saquear y echar por tierra los templos de Dios; hollar y profanar los altares, sacramentos y todas las cosas sagradas, como lo han hecho en otras partes? Y casi veis con los ojos, y con las orejas ois el destrozo y ruido de los que han abatido en buena parte de España. Hasta aora han hecho guerra contra eunucos: sientan que cosa es acometer á la invencible sangre de los godos. El año pasado desbarataron un pequeño número de los nuestros: engreidos con aquella victoria, y por haberlos Dios

cegado, han pasado tan adelante, que no podrán volver atras sin pagar los insultos cometidos. El tiempo pasado dabamos guerra á los moros en su tierra, corriamos las tierras de Francia: al presente, ¡ó grande mengua y digna de que con la misma muerte, si fuera menester, se repare! somos acometidos en nuestra tierra: tal es la condicion de las cosas humanas, tales los reveses y mudanzas. El juego está entablado de manera, que no se podrá perder; pero cuando la esperanza de vencer no fuese tan cierta, debe aguijonarnos y encendernos el deseo de la venganza. Los campos estan bañados de la sangre de los vuestros, los pueblos quemados y saqueados, la tierra toda asolada: ¡quién podrá sufrir tal estrago! Lo que ha sido de mi parte, ya veis cuan grande ejército tengo juntado, apenas cabe en estos campos, las vituallas y almacen en abundancia, el lugar es á propósito, á los capitanes tengo avisado lo que han de hacer, proveido de número de soldados de respeto para acudir á todas partes. Demas de esto hay otras cosas, que aora se callan, y al tiempo de pelear vereis cuan apercebido está todo. En vuestra mano, soldados, consiste lo demas; tomad ánimo y coraje, y llenos de confianza acometed los enemigos, acordaos

de vuestros antepasados, del valor de los godos: acordaos de la relijion cristiana, debajo de cuyo amparo y por cuya defensa peleamos.

Idem.

V.

Razonamiento de Tarif á los moros, antes de la batalla del Guadalete.

Por esta parte se estiende el océano, fin último y remate de las tierras: por aquella nos cerca el mar mediterráneo: nadie podrá escapar con la vida si no fuere peleando: no hay lugar de huir: en las manos y en el esfuerzo está puesta toda la esperanza. Este dia, ó nos dará el imperio de Europa, ó quitará á todos la vida. La muerte es fin de los males, la victoria causa de alegria: no hay cosa mas torpe que vivir vencidos y afrentados: los que habeis domado la Asia y la Africa, y al presente, no tanto por mi respeto cuanto de vuestra voluntad, acometeis á haceros señores de España, debeis os membrar de vuestro antiguo esfuerzo y valor, de los premios, riquezas y renombre inmortal, que ganareis. No os ofrecemos por premio los desiertos de Africa, sino los gruesos despojos de toda

Europa: cá vencidos los godos, demas de las victorias ganadas el tiempo pasado, ¿quién os podrá contrastar? ¿Temereis por ventura este ejército sin armas, juntado de las heces del vulgo sin órden y sin valor? Que no es el número el que pelea, sino el esfuerzo; ni vencen los muchos, sino los denodados; con su muchedumbre se embarazarán; y sin armas, con las manos desnudas los vencereis. Cuando tenian las fuerzas enteras, los desbaratastes: por ventura aora, perdida gran parte de sus jentes, acobardados con el miedo, ¿alcanzarán la victoria? La alegria, pues, y el denuedo, que en vos veo, cierto presajio de lo que será, esa llevad á la pelea, confiados en vuestro esfuerzo y felicidad, en vuestra fortuna y en vuestros hados. Arremeted con el ayuda de Dios y de nuestro profeta Mahoma, venced los enemigos, que traen despojos, no armas. Trocad los ásperos montes, los collados pelados por el gran calor, las pobres chozas de África con los ricos campos y ciudades de España. En vuestras diestras consiste y llevais el imperio, la salud, el alegria del tiempo presente, y del venidero la esperanza.

Idem.

VI.

Razonamiento de Pelayo á los godos, despues de la derrota del Guadalete, incitándolos á tomar las armas contra los moros.

Conviene usar de presteza y de valor, para que los que tenemos la justicia de nuestra parte sobrepujemos á los contrarios con el esfuerzo. Cada cual de las ciudades tiene una pequeña guarnicion de moros: los moradores y ciudadanos son nuestros, y todos los hombres valientes de España desean emplearse en nuestra ayuda. No habrá alguno, que merezca nombre de cristiano, que no se venga luego á nuestro campo. Solo entretengamos á los enemigos un poco, y con corazones atrevidos avivemos la esperanza de recobrar la libertad, y la enjendremos en los ánimos de nuestros hermanos. El ejército de los enemigos derramado por muchas partes, y la fuerza de su campo está embarazada en Francia. Acudamos, pues, con esfuerzo y corazon, que esta es buena ocasion para pelear por la antigua gloria de la guerra, por los altares y relijion, por los hijos, mujeres, pa-

rientes y aliados, que estan puestos en una indigna y gravísima servidumbre. Pesada cosa es relatar sus ultrajes, nuestras miserias y peligros, y cosa muy vana encarecellas con palabras, derramar lágrimas, despedir suspiros. Lo que hace al caso es aplicar algun remedio á la enfermedad, dar muestra de vuestra nobleza, y acordaros, que sois nacidos de la nobilísima sangre de los godos. La prosperidad y regalos nos enflaquecieron, y hicieron caer en tantos males: las adversidades y trabajos nos aviven y nos despierten. Direis, que es cosa pesada acometer los peligros de la guerra: ¿cuánto mas pesado es que los hijos y mujeres, hechos esclavos, sirvan á la desonestidad de los enemigos? ¡O grande y entrañable dolor, fortuna trabajosa y áspera, que vosotros mismos seais despojados de vuestras vidas y haciendas! Todo lo cual es forzoso que padezcan los vencidos. El amor de vuestras cosas particulares y el deseo del sosiego por ventura os entretiene. Engañaisos, si pensais que los particulares se pueden conservar, destruida y asolada la república: la fuerza de esta llama á la manera que el fuego de unas casas pasa á otras, lo consumirá todo sin dejar cosa alguna en pie. ¿Poneis la con-

fianza en la fortaleza y aspereza de esta comarca? A los cobardes y ociosos ninguna cosa puede asegurar: y cuando los enemigos no nos acometiesen, ¿cómo podrá esta tierra, estéril y menguada de todo, sustentar tanta jente como se ha recojido á estas montañas? El pequeño número de nuestros soldados os hace dudar; pero debeis os acordar de los tiempos pasados y de los trances variables de las guerras, por donde podeis entender, que no vencen los muchos, sino los esforzados. A Dios, al cual tenemos irritado antes de aora, y al presente creemos está aplacado, facil cosa es y aun muy usada desacer gruesos ejércitos con las armas de pocos. ¿Teneis por mejor conformaros con el estado presente, y por acertado servir al enemigo con condiciones tolerables? Como si esta canalla infiel y desleal hiciese caso de conciertos, ó de jente bárbara se pueda esperar, que será constante en sus promesas. ¿Pensais por ventura, que tratamos con hombres crueles, y no antes con bestias fieras y salvajes? Por lo que á mí toca, estoy determinado con vuestra ayuda de acometer esta empresa y peligro, bien que muy grande, por el bien comun muy de buena gana; y en tanto que yo viviere, mos-

trarme enemigo no mas á estos bárbaros, que á cualquiera de los nuestros, que reusare tomar las armas y ayudarnos en esta guerra sagrada, y no se determinare de vencer ó morir como bueno, antes que sufrir vida tan miserable, tan estrema afrenta y desventura. La grandeza de los castigos hará entender á los cobardes, que no son los enemigos los que mas deben temer.

Idem.

VII.

Razonamiento de Opas á Pelayo, disuadiéndole de hacer la guerra á los moros.

Cuanta haya sido la gloria de nuestra nacion, ni tú lo ignoras, ni hay para que relatarlo al presente. Por grande parte del mundo estendimos nuestras armas. A los romanos, señores del mundo, quitamos á España: sujetamos y vencimos con nuestro esfuerzo naciones fieras y bárbaras; pero últimamente hemos sido vencidos por los moros, y para ejemplo de la inconstancia de la felicidad humana, de la cumbre de la bien-

andanza, donde poco antes nos hallabamos, hemos caido en grandes y estremos trabajos. Si cuando nuestras fuerzas las teniamos enteras, no fuimos bastantes á resistir, ¿por ventura, aora que estan por el suelo, pensamos prevalecer? ¿por ventura esa cueva, en que pocos á manera de ladrones estais encerrados, y como fieras cercadas de redes, será parte para libraros de un grueso ejército, que es de no menos que de sesenta mil hombres? Los pecados sin duda de España, con que tenemos irritado á Dios, que aun no parece está harto de nuestra sangre, os ciegan los ojos para que no veais lo que os conviene. Lo que si por el suceso de las guerras, á ellos próspero, á nosotros contrario, no se entendiera bastantemente, estos intentos tan desvariados lo mostraran. ¿Por qué no os apartais de ese propósito, y en tanto que hay esperanza de pérdon y de clemencia, dejadas luego las armas y rendidas, no trocais las afrentas, ultrajes, servidumbre y muerte, que será el pago muy cierto de esta locura, si la llevais adelante, con las honras y premios, que os puedo prometer muy grandes, y seguis el juicio y ejemplo de toda España mas aina, que el ímpetu des-

enfrenado de vuestro corazon y el desatino comenzado?

Idem.

VIII.

Respuesta de Pelayo al razonamiento anterior.

Tú y Vitiza, tu hermano, y sus hijos debeis temer la divina venganza, dado que por breve espacio de tiempo las cosas se encaminen conforme á vuestra voluntad. Vuestras maldades son las que tienen á Dios airado: todos los lugares sagrados estan por vuestra causa profanados en toda la provincia: las leyes, por su antigüedad sacrosantas, abrogadas. Por estos escalones pasastes á tanta locura, que metistes los moros en España, jente fiera y cruel, de que han resultado tantos daños, y tanta sangre cristiana se ha derramado. Por las cuales maldades, si entendemos que Dios cuida de las cosas humanas, vivos y muertos sereis gravísimamente atormentados: tú mas que todos; pues olvidado de oficio y dignidad, que tenias, has sido el principal atizader de estos males; y acra

con palabras desvergonzadas te has atrevido á amonestarnos, que de nuevo bajemos las cervices al yugo de la servidumbre, mas duro que la misma muerte : esto es, como yo lo entiendo, que de nuevo padezcamos los males y desventuras pasadas, con que hemos sido hasta aqui trabajados. Estos, estos son aquellos premios magníficos, estas las honras, con que convidas á nuestros soldados. Nos, D. Opas, ni entendemos que las orejas de Dios nos estan tan cerradas, ni el corazon tan apartado de ayudarnos, que hayamos de confiar en tus promesas : antes tenemos por cierto, que S. M. sin tardanza trocará la grandeza del castigo pasado en benignidad. Que si no estamos bastantemente castigados, y aunque aflijidos y faltos no nos quisiere acorrer, determinados estamos con la muerte de poner fin á tantos males, y trocar, como esperamos, esta vida desgraciada con la eterna felicidad.

Idem.

IX.

Razonamiento del capataz de la diputacion de los moros de Toledo al rey D. Alonso VI, irritado contra la reina su mujer porque en su ausencia les habia quitado la mezquita, contra la fe de los tratados.

Cuan grande, rey y señor, haya sido el dolor que recibimos por la mezquita, que por fuerza nos quitaron, contra lo que teniamos capitulado, cada uno lo podrá por sí mismo pensar: no será necesario detenerme en declarallo. La devocion del lugar y su estima nos movia: pero mucho mas el recelo que de este principio no menoscabasen la libertad y nos quebrantasen lo que con nos teneis asentado. ¿Quién nos podrá asegurar, que lo que hicieron con nuestra mezquita, no lo ejecuten en nuestras casas particulares, y las saqueen con todas nuestras haciendas? ¿Qué conciencia ni escrúpulo enfrenará á los que no enfrenó el juramento y la palabra real, y los que tienen por cierto, que en tratarnos mal hacen un agradable servicio á Dios? Esto conviene asegurar para adelante, que no nos mal-

traten ni nos quebranten nuestros privilejios. Por lo demas, de buena voluntad perdonamos á la reina y al arzobispo el agravio, que nos han hecho: lo mismo os suplicamos hagais, porque el castigo, que tomaredes, no nos acarree mayores daños: cá los que vinieren adelante despues de vos muerto no sufrirán, que tales personajes, si les sucede algun daño, queden sin venganza. Por la mano real y palabra que nos distes, os pedimos troqueis la saña, que por nuestra causa teneis concebida, en clemencia: que demas que nos damos por contentos, y os certificamos la tendremos por merced muy singular, si no otorgais con nuestra peticion resueltos estamos de no volver á la ciudad, antes de buscar otras tierras, en que sin peligro vivamos. No es razon, que por dar lugar al sentimiento, y por hacernos favor y vengarnos, acarreeis á nos mayores daños, á vos perpétua tristeza y llanto, á vuestra ley mengua y afrenta tan señalada.

Idem.

X.

Oracion del papa Urbano II en el concilió de Claramonte, exortando los fieles á la guerra de tierra santa.

Oido habeis, hermanos carísimos, los males, que vuestros hermanos padecen en Asia: sus desastres son afrenta nuestra; mengua y desonra de la relijion cristiana, digna, si fuesemos hombres, de que se remediase con la vida y con la sangre. Ninguno puede escapar de la muerte, por ser cosa natural. El mayor de los males es con deseo de la vida sufrir torpezas y fealdades y disimularlas. Justo es, que restituyames el espíritu, salud y vida á Cristo, que nos la dió: la virtud y valor, propia escelencia del nombre y linaje cristiano, suele rechazar la afrenta. Las fuerzas y ejércitos que hasta aquí ¡mal pecado! habeis gastado en las guerras civiles, empleadlas por Dios, en empresa tan honrosa y de tanta gloria. Vengad las afrentas de Cristo, hijo de Dios, que cada dia y tantas veces es herido, azotado y muerto de la impía y bárbara jente, cuantas sus siervos son oprimidos, aflijidos

y ultrajados, y profanan aquella tierra, y la ensucian, que Cristo consagró con sus pisadas. ¿Por ventura puede haber causa mas justa de hacer la guerra, que volver por la relijion, librar los cristianos de servidumbre, los cuales Dios inmortal quiso fuesen señores de todas las jentes? Si de las guerras se pretende y desea interes, ¿de dónde le podeis esperar mayor, que en hacella á una jente sin fuerzas y que mas trae á la guerra despojos que armas? Nunca Asia fue igual en fuerzas á Europa: alli las riquezas, oro, plata, piedras preciosas, de que los hombres hacen tanta estima. Si se busca la gloria, ¿por ventura puédese pensar cosa mas honrosa, que dejar á los hijos y descendientes tal ejemplo de virtud, ser llamados libertadores del mundo, conquistadores del oriente, vengadores de las afrentas de la relijion cristiana? Riquezas no faltan para los gastos, jente y soldados escelentes en la edad, fuerza, consejo, ejercitados en las armas. ¿Por ventura, apercebidos de tantas ayudas, dejarémos que la jente malvada y sucia haga burla de la majestad de la relijion cristiana? Cristo será el capitan, el estandarte la cruz, ninguna cosa hará contraste á la virtud y piedad. Sola vuestra vista les pondrá espanto: no la

podran sufrir. Yo á lo menos, lo que debo á Dios, lo que á la relijion cristiana, por la cual puesto como en atalaya y centinela estoy determinado de velar dias y noches, cuanto pudiere con cuidado, trabajo, vijilias, autoridad y consejo, todo lo emplearé en esta demanda. Que si otros no me siguieren, estoy determinado meterme por las espadas de los enemigos y procurar con nuestra sangre el remedio de tan grandes cuitas, desventuras y desastres, como padecen nuestros hermanos. Ningun trabajo, en tanto que viviere, ningun afan, ningun riesgo reusaré de acometer por el bien de la república y honra de la relijion.

Idem.

XI.

Conquista de Sevilla.

El rey D. Fernando tenia por todas estas causas un encendido deseo de apoderarse de esta ciudad, asi por su nobleza, como porque ella tomada, era forzoso que el imperio de los moros de todo punto menguase, tanto mas que los aragoneses con gran

gloria y honra suya se habian apoderado de la ciudad de Valencia, de sitio muy semejante, y no de mucho menor número de ciudadanos. El rey de Sevilla, por nombre Ajatafe, no ignoraba el peligro, que corrian sus cosas : tenia juntados socorros de los lugares comarcanos, hasta desde la misma Africa : gran copia de trigo, traida de los lugares comarcanos, proveídose de caballos, armas, naves y galeras, determinado de sufrir cualquiera afan antes de ser despojado del señorío de ciudad tan principal. El rey D. Fernando juntaba asimismo de todas partes jente para aumentar el ejército, que tenia, trigo y todos los mas pertrechos, que para la guerra eran necesarios : la dilijencia era grande, por entender que duraria mucho tiempo y seria muy dificultosa, y para que ninguna cosa necesaria falleciese á los soldados.

En Alcalá por algun tiempo se entretuvo el rey D. Fernando : pasada ya gran parte y lo mas recio del verano, movió con todas sus jentes, písose sobre Sevilla y comenzó á sitialla á veinte del mes de agosto, año de nuestra salvacion de mil y docientos; y cuarenta y siete : los reales del rey se asentaron en aquella partè, que está el campo de

Tablada tendido á la ribera del rio mas abajo de la ciudad. D. Pelayo Perez Correa maestre de Santiago, de la otra parte del rio hizo su alojamiento en una aldea, llamada Aznalfarache, caudillo de gran corazon y de grande esperiencia en las armas. Pretendia hacer rostro á Abenjafon, rey de Niebla, que con otros muchos moros estaba apoderado de todos los lugares por aquella parte: tanto mayor era el peligro, las dificultades; pero todo lo vencia la constancia y esfuerzo de este caballero. El rey barreaba sus reales: los moros con salidas, que hacian de la ciudad, pugnaban impedir las obras y fortificaciones. Hobo algunas escaramuzas, varios sucesos y trances; pero sin efecto alguno, digno de memoria, sino que los cristianos las mas veces llevaban lo mejor y forzaban á los enemigos con daño á retirarse á la ciudad. Por el mar y rio se ponia mayor cuidado para impedir que no entrasen vituallas. Los soldados, que tenian en tierra, hacian lo mismo, y velaban para que ninguna de las cosas necesarias les pudiesen meter por aquella parte. Muchos escuadrones asimismo salian á robar la tierra: talaban los frutos, que hallaban sazonados, el vino y el trigo, todo lo robaban. Carmona, que está

á seis leguas, forzada por estos males, como seis meses antes lo tenian concertado, sin probar á defenderse ni pelear se rindió, con tanto mayor maravilla, que los bárbaros pocas veces guardan los asientos.

No se descuidaban los moros ni se dormian: el mayor deseo, que tenian, era de quemar nuestra armada, cosa que muchas veces intentaron con fuego de alquitran, que arde en la misma agua. La vijilancia del general Bonifaz hacia, que todos estos intentos saliesen en vano, y cada cual de los capitanes por tierra y por mar procuraban dilijentemente no se recibiese algun daño por la parte, que tenian á su cargo. Señalabanse entre los demas D. Pelayo Correa, maestre de Santiago, y D. Lorenzo Suarez, cuyo esfuerzo y industria en todo el tiempo de este cerco fue muy señalada: sobre todos Garci Perez de Vargas, natural de Toledo, de cuyo esfuerzo se refieren cosas grandes y casi increibles. Al principio del cerco á la ribera del rio, do tenian soldados de guarda para reprimir los rebates y salidas de los moros, Garci Perez y un compañero, apartados de los demas, iban no sé á qué parte: en esto al improviso ven cerca de sí siete moros á caballo: el compañero era de parecer, que

se retirasen, replicó Garci Perez, que aunque se perdiese, no pensaba volver atras, ni con torpe huida dar muestra de cobardia. Junto con esto, ido el compañero, toma sus armas, cala la visera y pone en el ristre su lanza. Los enemigos, sabido quien era, no quisieron pelear. Caminado que hobo adelante algun tanto advirtió, que al enlazar la capellina y ponerse la celada, se le cayó la escofia: vuelve por las mismas pisadas á buscalla. Maravillóse el rey, que acaso desde los reales le miraba: pensaba volvia á pelear: mas él tomada su escofia, porque los moros todavia esquivaron el encuentro, paso ante paso volvió sano y salvo á los suyos por el camino comenzado. Fue tanto mayor la honra y prez de este hecho, que nunca quiso declarar quién era su compañero, si bien muchas veces le hicieron instancia sobre ello: á la verdad, ¿á qué propósito con infamia ajena buscar para sí enemigo, y afrenta para su compañero, sin ninguna loa suya? Como quier que al contrario con el silencio, demas del esfuerzo, dió muestra de la modestia y noble término de que usaba.

Los cercados desbarataron en cierta salida los injenios de los nuestros y les quemaron las máquinas. Alentados con el buen su-

ceso, no solo se defendian con la fortaleza de la ciudad, sino desde los adarves se burlaban de la pretension de los contrarios, que llamaban desatino; amenazaban á los nuestros con la muerte y ultrajábanlos de palabra. El cerco sin embargo se continuaba y se llevaba adelante con tanto mayor ventaja de los fieles, que de cada dia les llegaban nuevos socorros. Acudieron los obispos D. Juan Arias, de Santiago, bien que poco efecto hizo: su poca salud le forzó en breve, con licencia del rey, á dar la vuelta: D. García, prelado de Córdoba: D. Sancho de Coria: los maestres de Calatrava y de Alcántara: los infantes D. Fadrique y D. Enrique; fuera de estos, D. Pedro Guzman, D. Pedro Ponce de Leon, D. Gonzalo Jiron, con otro gran número de grandes y ricos hombres, que vinieron de refresco. A los cercados, por ser la ciudad tan grande, no se podian de todo punto atajar los mantenimientos, dado que se ponia en esto todo cuidado.

El general de la armada Bonifaz ardia en deseo de quebrar la puente, para que no pudiendo comunicarse los del arrabal y la ciudad, fuesen conquistados aparte los que juntos hacian tanta resistencia. Era negocio muy dificultoso, por estar la puente puesta sobre barcas, que con cadenas de

hierro estaban entre sí trabadas: todavia pareció hacer la prueba que la maña y la ocasion pueden mucho. Apercibió para esto dos naves: esperó el tiempo en que ayudase la creciente del mar y juntamente un recio viento, que del poniente soplaba. Con esta ayuda, alzadas y hinchadas las velas, la una de las naves con tal ímpetu embistió en la puente cuanto no pudieron sufrir las ataduras de hierro. Quebróse la puente el tercero dia de mayo con grande alegria de los nuestros y no menos comodidad. Los soldados con la esperanza de la victoria con grande denuedo acometieron á entrar en la ciudad, escalar los muros por unas partes, y por otras derriballos con los trabucos y máquinas, con tanta porfía que los cercados estaban á punto de perder la esperanza de se defender. El mayor combate era contra Triana: los moros se defendian valientemente, y la fortaleza de los muros causaba á los nuestros dificultad.

Cierto soldado en secreto murmuraba de Garci Perez de Vargas: cargábale, que el escudo ondeado, que traia, era de diferente linaje. Ningunos oyen con mas paciencia las murmuraciones, que los que no se sienten culpados. Disimuló él por entonces la ira;

despues cierto dia, que acometieron los nuestros á Triana, se mantuvo tanto tiempo en la pelea, que con la lluvia de piedras, saetas y dardos que le tiraban, abolladas las armas y el escudo, apenas él pudo escapar con la vida. Entonces vuelto á su contrario, que estaba en lugar seguro: con razon, dice, nos quitais las armas del linaje, pues las ponemos á tan grandes peligros y trances: vos las mereceis mejor, que como mas recatado las teneis mejor guardadas. El avergonzado conoció su yerro, pidió perdon, que le dió á la honra de buena gana, contento de satisfacerse de su injuria con la muestra de su valor y esfuerzo; manera de venganza muy noble.

Comenzaban en la ciudad á sentir gran falta de vituallas: los ciudadanos, visto que la felicidad de nuestra jente se igualaba con su esfuerzo, y que al contrario á ellos no quedaba alguna esperanza, acordaron tratar de rendir la ciudad, primero en secreto, y despues en los corrillos y plazas. Pidieron desde el adarve les diesen lugar de hablar con el rey. Luego que les fue concedido, enviaron embajadores, que avisaron querian tratar de concierto, con tal que las condiciones fuesen tolerables, en particular que quedase en su poder la ciudad. Decian, que quebranta-

dos con los males pasados, ni los cuerpos podian sufrir el trabajo, ni los ánimos la pesadumbre: que todavia en la ciudad quedaban compañías de soldados; que no era justo irritallas ni hacelles perder de todo punto la esperanza: muchas veces la necesidad de medrosos hace fuertes: por lo menos que la victoria seria sangrienta y llorosa, si se allegase á lo último y no se tomase algun medio.

A esto respondió el rey, que él no ignoraba el estado, en que estaban sus cosas: tiempo hobo, en que se pudiera tratar de concierto: mas que al presente por su ostinacion se hallaban en tal término, que seria cosa fea partirse sin tomar la ciudad, y que si no fuese con rendilla, no daria lugar á que se tratase de concierto ni de concordia. Entretanto que se trataba de las condiciones y del asiento, hicieron treguas y cesó la batería. Prometian acudir con las rentas reales y tributos todos los que acostumbraban antes á pagar á los miramamolines. Desechada esta condicion, dijeron, que darian la tercera parte de la ciudad demas de las dichas rentas: despues la mitad, dividida con una muralla de lo demas, que quedase por los moros. Parecian estas condiciones á los nuestros muy aventajadas y honrosas: el rey, á menos de

entregalle la ciudad, no hacia caso de estas promesas, ni estimaba todos sus partidos. En conclusion, se asentó que el rey moro y los ciudadanos con todas sus alajas y preseas se fuesen salvos donde quisiesen, y que fuese ra de san Lucar, Aznalfarache y Niebla, que quedaban por los moros, rindiesen los demas pueblos y castillos dependientes de Sevilla. Dióse de término un mes para cumplir todas estas capitulaciones. El castillo luego se entregó: y á veinte y siete de noviembre salieron de la ciudad entre varones y mujeres y niños cien mil moros: parte de ellos pasó en Africa, parte se repartió por otros lugares y ciudades de España.

Idem.

XII.

Razonamiento del rey de Granada á Alboacem, rey de Fez.

En España, poderoso rey, apenas podemos sufrir la guerra. Las fuerzas de mi reino estan ya gastadas, y la gloria de nuestra jente escurecida: no sabré facilmente decir si los tiempos ó nosotros tenemos la culpa de ello. En el postrer rincon de la Andalucía estamos ya retirados, cercados de todo jé-

nero de miseria, de manera que con dificultad conservamos la libertad y la vida. Tengo vergüenza de decirlo, pero en fin lo diré: ojalá se nos concediera ser sujetos con algunas honestas y tolerables condiciones, y que pudieramos estar seguros de que nuestros enemigos nos las guardaran; pero habemoslas con quien piensa, que gana el cielo haciendonos daño y engañandonos, y que para con nosotros no hay religion ni juramentos, que le obliguen á guardarnos las treguas y capitulaciones que nos prometieron. Hácennos entradas cada año, quemannos las mieses, echan fuego á los campos, arruinan los pueblos y nos roban las mujeres, los niños y viejos y los ganados: no podemos ya respirar: vémonos en estado que nos seria mejor morir de una vez, que sustentar vida tan llena de peligros y miseria. ¿Dónde está aquella valentía de nuestros antepasados, con la cual con increible presteza, llenos de gloria y de victorias, corrieron la Asia, Africa y España, y con solo el miedo y fama de su valor juntaron naciones tan divisas y apartadas? Torpe cosa es no imitar los hechos valerosos de nuestros mayores: empero no sustentar la autoridad, gloria y reinos, que nos dejaron, es gran maldad y mengua.

En estos trabajos y miserias hasta aquí nos ha sustentado la esperanza puesta en tu felicidad, virtud y grandeza sin par: aora me ha forzado á que dejado mi reino, pasase en Africa á echarme á tus pies. Séame de provecho confesar la necesidad que tengo de tu amistad y amparo. Real cosa es corresponder á la voluntad de aquellos de quien eres suplicado: mas tomar la defensa de tu jente, amparar los miserables, ser tenido, como lo eres, por escudo y defensor de la santa ley de nuestros abuelos, te igualará con los inmortales. Sujetados ya todos los pueblos de Africa y rendidos á tu poder, se ha de acabar la guerra y dejar las armas, ó las has de volver contra otras jentes. Muchos grandes principes fueron mas famosos durante el tiempo de la guerra, que despues de alcanzada la victoria. Lo que se pierde con la descuidada y ociosa paz, se repara con las armas en la mano y con ganar nuevos reinos, fama y riquezas. Por vecinos tienes los españoles, que solo un angosto estrecho de tí los aparta, y ellos estan divididos en muchos señoríos y se abrasan con guerras civiles tan enemigos son entre sí, que no se juntarán, puesto que vean armas estrañas en su tierra. Tú tienes fortísimos ejércitos, práti-

cos y esperimentados con las contínuas guerras: en la entrada de España, fortísimos castillos, muy á propósito para la guerra: á nos no faltan soldados, armas, bastimentos y dineros, con que poder ayudar. Todo lo que se ganare será tuyo: yo me contentaré con la parte, que darme quisieres de la presa: el mayor premio, que yo espero de la victoria, es la venganza de una tan mala y abominable jente.

Idem.

XIII.

Razonamiento de Beltran Chaquin á Enrique de Trastamara, exortándole á que tomase el nombre de rey.

Cualquiera que hobiere de dar parecer y consejo en cosas de grande importancia, está obligado á considerar dos cosas principales: la una, cuál sea lo mas útil y cumplidero al bien comun: la otra, si hay fuerzas bastantes para conseguir el fin, que se pretende. Como es cosa inumana y perjudicial anteponer sus intereses particulares al bien público y pro comun, así intentar aquello, con que no podemos salir y á lo que no allegan nues-

tras fuerzas, no es otra cosa sino una temeridad y locura. Ninguna cosa, señor, te falta para que no puedas alcanzar el reino de Castilla: todo está bien pertrechado: por tanto mi voto y parecer es, que lo pretendas: ca será utilísimo á todos, á tí muy honroso, y á nos de grandísima gloria, si con nuestras fuerzas y debajo de tu pendon y siguiendote como á cabeza y capitan, echaremos del mundo un tirano y un terrible monstruo, que en figura humana está en la tierra para consumir y acabar las vidas de los hombres. Restituirás á tu patria y al nobilísimo reino de tu padre la libertad, que con su muerte perdió, y daraslc lugar á que respire de tan inumerables trabajos y cuitas, como desde entonces hasta el dia de hoy han padecido. Por ventura no ves como las casas, campos y pueblos están cubiertos de la miserable sangre de la nobleza y jente de Castilla? ¿No miras tus parientes y hermanos cruelmente muertos? que ni aun á las mujeres y niños no se ha perdonado. ¿No tienes lástima de tu patria? ¿No sientes sus males, y te compadeces y avergüenzas de su miserable estado? ¿Tantos destierros, confiscaciones de bienes, perdimientos de estados, robos, muertes, tan grandes avenidas y tempestades de tra-

bajos, ¿ quién, aunque tuviese el corazon de acero, las podria mirar con ojos, que no se desiciesen en lágrimas? No lo has de haber con aquellos antiguos y buenos reyes de Castilla, los Fernandos y Alonsos, aquellos, que confiados mas en el amor que les tenian sus vasallos, que en las armas, alcanzaron de los moros tan señaladas y gloriosas victorias. Ofrécesete un enemigo, que en ser aborrecido puede competir con el tirano, que mas malquisto haya sido en el mundo, desamado de los estraños, insufrible y molestísimo á los suyos: una carga tan pesada, que cuando no hubiera quien la derribara, ella misma se viniera por sí al suelo. Falto y desguarnecido de jente; y si tiene algunos soldados, estarán como su príncipe corrompidos y estragados con los vicios, y que vendrán á la batalla ciegos, flacos y rendidos. Tú tienes un valeroso ejército, en que se halla toda la flor de Francia, Inglaterra, Alemania y Aragon y lo mejor del propio reino de Castilla, todos soldados viejos muy ejercitados y que se han hallado en grandes jornadas: tienes muchos reyes amigos: y sobre todo tu ventura y felicidad y grande benevolencia, con que de todo este ejército eres amado. Deséate toda Castilla, los buenos del reino te esperan

y te quieren favorecer y servir: no habrá ninguno, que sabido que te han alzado por rey, no se venga á nuestros reales. A otros pudiera en algun tiempo ser provechoso el nombre de rey: mas á ti en este trance es necesario del todo para sustentar la autoridad, que es menester para que te respeten, y para descubrir las aficiones y voluntades de los hombres. Si como yo lo espero, el cielo nos ayuda, á ti se te apareja una gloria grande, nos quedarémos contentos con la parte de la merced y honra, que nos quisieres hacer: si sucediere al reves, lo que de pensarlo tiemblo, no puede avenirte peor de lo que de presente padeces. Todos corremos el mismo riesgo que tú: por tanto nuestro consejo se debe tener por mas fiel y seguro, pues es igual para todos el peligro. No ha lugar ni conviene entretenerse, cuando la tardanza es peor que el arrojarse. Ea pues, ten buen ánimo, ensancha y engrandece el corazon, y toma á la hora aquel nombre, para el cual te tiene Dios guardado de tantos peligros. Ayudate con presteza y haz de tu enemigo lo que él pretende hacer de ti: acábale de una vez, ó si fuere menester, muere valerosamente en la demanda, que la fortuna favorece y teme á los fuertes y esforza-

dos, derriba á los pusilánimes y cobardes.

Idem.

XIV.

Ruy Lopez Davalos en nombre de los grandes de Castilla brinda con el cetro al infante D. Fernando, tio del rey niño D. Juan II.

Nos, señor, os convidamos con la corona de vuestros padres y abuelos: resolucion cumplidera para el reino, honrosa para vos, saludable para todos. Para que la oferta salga cierta, ninguna otra cosa falta sino vuestro consentimiento: ninguno será tan osado, que haga contradiccion á lo que tales personajes acordaron. No hay en nuestras palabras engaño, nì lisonja. Subir á la cumbre del mando y del señorío por malos caminos es cosa fea: mas desamparar al reino, que de su voluntad se os ofrece y se recoje al amparo de vuestra sombra, en el peligro, mirad no parezca flojedad y cobardía: la naturaleza de la potestad real y su orijen enseñan bastantemente, que el cetro se puede quitar á uno y dar á otro conforme á las necesidades, que ocurren. Al principio del

mundo vivian los hombres derramados por los campos á manera de fieras: no se juntaban en ciudades ni en pueblos: solamente cada cual de las familias reconocia y acataba al que entre todos se aventajaba en la edad y en la prudencia. El riesgo, que todos corrian, de ser oprimidos por los mas poderosos, y las contiendas, que resultaban con los estraños y aun entre los mismos parientes, fueron ocasion, que se juntasen unos con otros, y para mayor seguridad se sujetasen y tomasen por cabeza al que entendian con su valor y prudencia los podria amparar y defender de cualquier agravio y demasía. Este fue el orijen, que tuvieron los pueblos: este el principio de la majestad real, la cual por entonces no se alcanzaba por negociaciones ni sobornos: la templanza, la virtud y la inocencia prevalecian. Asimismo no pasaba por herencia de padres á hijos: por voluntad de todos y de entre todos se escojia el que debia suceder al que moria. El demasiado poder de los reyes hizo, que heredasen las coronas los hijos, á veces de pequeña edad, de malas y dañadas costumbres. ¿Qué cosa puede ser mas perjudicial que entregar á ciegas y sin prudencia al hijo, sea al que fuere, los tesoros,

las armas, las provincias, y lo que se debia á la virtud y méritos de la vida, dallo al que ninguna muestra ha dado de tener bastantes prendas? No quiero alargarme más en esto ni valerme de ejemplos antiguos para prueba de lo que digo: todavía es averiguado, que por la muerte del rey D. Henrique el primero sucedió en esta corona, no Doña Blanca, su hermana mayor, que casara en Francia, sino Doña Berenguela: acuerdo muy acertado, como lo mostró la santidad y perpétua felicidad de D. Fernando su hijo. El hijo menor del rey D. Alonso el sabio ganó á los hijos de su hermano mayor el infante D. Fernando, porque con sus buenas partes daba muestras de príncipe valeroso. ¿Para qué son cosas antiguas? Vuestro abuelo el rey D. Henrique quitó el reino á su hermano y privó á las hijas de la herencia de su padre: que si no se pudo hacer, será forzoso confesar, que los reyes pasados no tuvieron justo título. Los años pasados en Portugal el maestre de Avis se apoderó de aquel reino, si con razon, si tiránicamente, no es de este lugar apurallo: lo que se sabe es, que hasta hoy le ha conservado y mantenídose en él contra todo el poder de Castilla. De menos tiempo acá dos hijas del

rey D. Juan de Aragon perdieron la corona de su padre, que se dió á D. Martin, hermano del difunto, si bien se hallaba ausente y ocupado en allanar á Sicilia: que siempre se tuvo por justo mudase la comunidad y el pueblo, conforme á la necesidad que ocurriese, lo que ella misma estableció por el bien comun de todos. Si convidáramos con el mando á alguna persona estraña, sin nobleza, sin partes, pudiérase reprender nuestro acuerdo. ¿Quien tendrá por mal, que queramos por rey un príncipe de la alcuña real de Castilla y que en vida de su hermano tenia en su mano el gobierno? Mirad pues no se atribuya antes a mal no hacer caso ni responder á la voluntad, que grandes y pequeños os muestran; y por escusar el trabajo y la carga, desamparar á la patria comun, que de verdad tendidas las manos se mete debajo las alas y se acoje al abrigo de vuestro amparo en el aprieto, en que se halla. Esto es finalmente lo que todos suplicamos: que encargaros useis en el gobierno de estos reinos de la templanza á vos acostumbrada y debida, no será necesario.

Idem.

XV.

Oracion de S. Vicente Ferrer al publicar la sentencia de los jueces que conferian la corona de Aragon á D. Fernando, infante de Castilla.

Gocémonos y regocijémonos y démosle gloria, porque vinieron las bodas del cordero. Despues de la tempestad y de los torbellinos pasados, abonanza el tiempo y se sosiegan las olas bravas del mar: con que nuestra nave, bien que desamparada de piloto, finalmente caladas las velas llega al puerto deseado. Del templo, no de otra manera, que de la presencia del gran Dios, ni con menor devocion, que poco antes delante los altares se han hecho plegarias por la salud comun, venimos á hacer este razonamiento. Confiamos, que con la misma piedad y devocion vos tambien oireis nuestras palabras. Pues se trata de la eleccion del rey, ¿de qué cosa se pudiera mas á propósito hablar, que de su dignidad y de su majestad, si el tiempo diera lugar á materia tan larga y que tiene tantos cabos? Los reyes sin duda estan puestos en la tierra por

Dios para que tengan sus veces, y como vicarios suyos le semejen en todo. Debe, pues, el rey en todo jénero de virtud allegarse lo mas cerca que pudiere, imitar la bondad divinal. Todo lo que en los demas se halla de hermoso y honesto, es razon que él solo en sí lo guarde y lo cumpla. Que de tal suerte se aventaje á sus vasallos, que no le miren como hombre mortal, sino como á venido del cielo para bien de todo su reino. No ponga los ojos en sus gustos ni en su bien particular, sino dias y noches se ocupe en mirar por la salud de la república y cuidar del pro comun. Muy ancho campo se nos abria para alargarnos en este razonamiento: pero pues el rey está ausente, no será necesario particularizar esto mas. Solo servirá para que los que estais presentes tengais por cierto, que en la resolucion, que se ha tomado, se tuvo muy particular cuenta con esto, que en el nuevo rey concurran las partes de virtud, prudencia, valor y piedad, que se podian desear. Lo que viene mas á propósito es exortaros á la obediencia, que le debeis prestar, y á conformaros con la voluntad de los jueces, que os puedo asegurar es la de Dios, sin la cual todo el trabajo, que se ha tomado, seria en vano, y de

poco momento la autoridad del que rije y manda, si los vasallos no se le humillasen. Pospuestas, pues, las aficiones particulares, poned las mientes en Dios y en el bien comun, persuadidos, que aquel será mejor príncipe, que con tanta conformidad de pareceres y votos, cierta señal de la voluntad divina, os fuere dado. Regocijaos y alegraos, festejad este dia con toda muestra de contento. Entended, que debeis al santísimo pontífice, que presente está para honrar y autorizar este auto, y á los jueces muy prudentes, por cuya dilijencia y buena maña se ha llevado al cabo sin tropiezo un negocio, el mas grave que se puede pensar, cuanto cada cual de vos á sus mismos padres, que os dieron el ser y os enjendraron.

Idem.

XVI.

El cardenal de Fermo exorta al rey de Aragon á coligarse con los príncipes de Italia contra los infieles.

Una cosa facil, antes muy digna de ser deseada, venimos, señor, á suplicaros: esto

es que entreis en la liga, que está concertada entre las potencias de Italia: negocio de mucha honra y para el tiempo, que corre, necesario, en que nos vemos rodeados de un gran llanto por la pérdida pasada, y de otro mayor miedo por las que nos amenazan. Nuestra flojedad, ó por mejor decir nuestra locura, ha sido causa de esta llaga y afrenta miserable. Basten los yerros pasados, sirvan de escarmiento los males, que padecemos. Los desórdenes de antes mas se pueden tachar que trocar: esto es lo peor que ellos tienen. Pero si va á decir verdad, mientras que anteponemos nuestros particulares al bien público, en tanto que nuestras diferencias nos hacen olvidar de lo que debiamos á la piedad y á la relijion, el un ojo del pueblo cristiano, y una de las dos lumbreras nos han apagado: grave dolor y quebranto: mas forzosa cosa es reprimir las lágrimas y la alteracion, que siento en el ánimo, para declarar lo que pretendo en este razonamiento. Cosa averiguada es, que la concordia pública ha de remediar los males, que las diferencias pasadas acarrearon: esta sola medicina queda para sanar nuestras cuitas y remediar estos daños, que á todos tocan en comun y á cada uno en particular.

El cruel enemigo de cristianos con nuestras pérdidas se ensoberbece y se hace mas insolente : las provincias de levante estan puestas á fuego y á sangre : la ciudad de Constantinopla, luz del mundo y alcázar del pueblo cristiano, subitamente asolada. Póneseme delante los ojos y represéntaseme la imajen de aquel triste dia, el furor y rabia de aquella jente cebada en la sangre de aquel miserable pueblo, el cautiverio de las matronas, la huida de los mozos, los denuestos y afrentas de las vírjenes consagradas, los templos profanados. Tiembla el corazon con la memoria de estrago tan miserable, mayormente que no paran en esto los daños : los mares tienen cuajados de sus armadas : no podemos navegar por el mar Ejeo, ni continuar la contratacion de levante. Todo esto, si es muy pesado de llevar, debe despertar nuestros ánimos para acudir al remedio y á la venganza. ¿Mas á qué propósito tratamos de daños ajenos los que á la verdad corremos peligro de perder la vida y libertad? El furor de los enemigos no se contenta con lo hecho; antes pretende pasar á Italia y apoderarse de Roma, cabeza y silla de la relijion cristiana : osadía intolerable. Si no me engaño, y no se acude con

tiempo, no solo este mal cundirá por toda Italia, sino, pasados los Alpes, amenaza las provincias del poniente. Es tan grande su soberbia, y sus pensamientos tan hinchados que en comparacion de lo mucho, que se prometen, tienen ya en poco ser señores del imperio de los griegos. Lo que pretenden es oprimir de tal suerte la nacion de los cristianos, que ninguno quede aun para llorar y endechar el comun estrago. Hácenles compañía jentes de la Scitia, de la Suria, de Africa, en gran número y muy ejercitadas en las armas. ¿Por ventura no será razon despertar, ayudar á la iglesia en peligro semejante, socorrer á la patria y á los deudos y finalmente á todo el jénero humano? Si suplicáramos solo por la paz de Italia, era justo que benignamente nos concedierades esta gracia: pues ninguna cosa se puede pensar ni mas honrosa, si pretendemos ser alabados, y si provecho, mas saludable, que con la paz pública sobrellevar esta nobilísima provincia aflijida con guerras tan largas: mas al presente no se trata del sosiego de una provincia, sino del bien y remedio de toda la cristiandad. Esto es lo que todo el mundo espera y por mi boca os suplica. Y por cuanto es necesario que haya en la

guerra cabeza, todas las potencias de Italia os nombran por jeneral del mar, que es por donde amenaza mas brava guerra: honra y cargo antes de agora nunca concedido á persona alguna. En vuestra persona concurre todo lo necesario: la prudencia, el esfuerzo, la autoridad, el uso de las armas, la gloria adquirida por tantas victorias habidas por vuestro valor en Italia, Francia y Africa. Solo resta con este noble remate y esta empresa dar lustre á todo lo demas; la cual será tanto mas gloriosa cuanto por ser contra los enemigos de Cristo será sin envidia y sin ofension de nadie. Poned, señor, los ojos en Carlos, llamado Magno por sus grandes hazañas, en Jofre de Bullon, en Sijismundo, en Huníades, cuyos nombres y memoria hasta el dia de hoy son muy agradables. ¿Por qué otro camino subieron con su fama al cielo, sino por las guerras sagradas, que hicieron? No por otra causa tantas ciudades y príncipes, de comun consentimiento dejadas las armas, juntan sus fuerzas, sino para acudir debajo de vuestras banderas á esta santísima guerra, para mirar por la salud comun y vengar las injurias de nuestra relijion. Esto en su nombre os suplican estos nobilísimos embajadores, y yo en particular, por cuya

boca todos ellos hablan. Esto os ruega el pontífice Nicolas, el cual lo podia mandar, viejo santísimo, con las lágrimas que todo el rostro le bañan. Acúerdome del llanto, en que le dejé. Sed cierto que su dolor es tan grande, que me maravillo pueda vivir enmedio de tan grandes trabajos y penas. Solo le entretiene la confianza que fundada la paz de Italia por vuestra mano se remediarán y vengarán estos daños : esperanza, que si, lo que Dios no quiera, le faltase, sin duda moriria de pesar. No os tengo por tan duro, que no os dejeis vencer de voces, ruegos y sollozos semejantes.

Idem.

XVII.

Razonamiento de un moro contra Boabdil, rey de Granada, sitiado por los cristianos.

Yugo de perpétua esclavonía es el que ponen sobre vos y sobre vuestros cuellos: mirad bien lo que haceis : catad que os engañan y se burlan de vos. Que si es cosa pesada sufrir las miserias, cuitas y peligros

presentes, mayor mengua será, por no sufrir un poco de tiempo los trabajos, trocar los menores y breves males con los que han de durar para siempre y son mas pesados. ¿Mas qué seguridad dan que nos guardarán lo que prometen y la palabra? No trato de los bienes, que con la misma vanidad dicen nos los dejarán, como si los nuevos ciudadanos se hobiesen de sustentar de otras heredades. ¿Por ventura ignorais cuanta sed tienen de vuestra sangre? ¿Dejarán de vengar los padres y parientes, que en gran parte han perdido en el discurso de estas guerras? No quiero tratar de lo pasado: un año há que nos tienen cercados; y si nos han aquejado, ellos no han sufrido menores daños. Muchas veces han quedado tendidos en el campo, y no menos han estado ellos cercados dentro de sus estancias, que nos en la ciudad, y aun para defenderse han tenido necesidad de edificar un pueblo nuevo. Serian insensibles y de piedra, si entregada la ciudad, no hiciesen las exequias de sus muertos con derramar vuestra sangre, de que estan muy sedientos á manera de fieras muy bravas. La verdad es que no somos hombres; y si lo somos, sufrámonos un poco, que Dios nos ayudará y nuestro profeta

Mahoma. Las profecías antiguas y las estrellas nos favorecen; pero si mostramos esfuerzo: que contra los cobardes las piedras se levantan. Si decis, que hay falta de mantenimiento, con repartille por tasa, y hacer cala y cata de lo que los particulares tienen escondido, nos podemos entretener muchos dias; y acabadas todas las vituallas, ¿qué inconveniente hay que nos sustentemos de los cuerpos y carne de la jente flaca, que no son apropósito para pelear? Direis seria cosa nueva, grande y espantable maldad. Respondo, que si no tuviesemos ejemplo de los antiguos, que se valieron de esto en semejante peligro, yo juzgaria seria muy bueno dar principio y abrir camino, para que nuestros descendientes en otro tal aprieto nos imitasen. Mi resolucion es que si no podemos evitar ni escusar la muerte, escusemos siquiera los tormentos y afrentas, que nos amanazan. Yo á lo menos no veré tomar, saquear, y poner á fuego y á sangre mi patria, ser arrebatadas las madres, las doncellas, los niños para ser esclavos y para otras desonestidades: que si os contenta esto mismo, sed hombres, tomad las armas, desbaratad este mal concierto. No debeis usar de recato ni dilacion donde el detenerse es mas

perjudicial, que el resolverse y arrojarse.

Idem.

XVIII.

Razonamiento de D. Gutierre de Cardenas al rey católico, que consultaba sus consejeros acerca de pasar á Italia.

Yo quisiera, señor, en negocio tan grave oir antes que hablar: pero pues soy mandado, diré lo que siento con toda verdad. Todo hombre, que quiere emprender alguna cosa grande, debe hacer balanzo de lo que en aquella pretension se puede ganar con lo que se aventura á perder; porque como no acometer empresas dificiles es de bajo corazon, asi es temeridad por las de poco momento poner á riesgo lo que es mas. En este negocio, si miro la reputacion, que importa mucho conservar, veo que será mayor si vuestros capitanes salen con la victoria, y si se pierde, menos daño que ellos sean vencidos que su señor. Principalmente que la guerra podrá estar concluida cuando lleguemos allá, que forzaria á dar la vuelta con mengua y sin hacer nada; pues si por los

nuestros estuviese la victoria, será suya la honra, y nuestro trabajo en valde: y si fuesen vencidos, ¿qué fuerzas bastarán á comenzar de nuevo el pleito, aunque se hallasen juntas todas las de España? Las potencias de Italia estan á la mira, inclinadas á seguir el partido de España: si se persuaden hay flaqueza de nuestra parte, y que no bastan las fuerzas, sino que es necesaria la presencia del rey, podrán tomar otro camino. Yo no soy de parecer que los principes pasen en ociosidad su vida: pero tampoco deben poner á peligro sus personas en casos no necesarios. ¿Quién no ve los peligros del mar en navegacion tan larga? ¿Quién no mira cuán grande es por la mar el poder de los jinoveses y cuán pujantes estan, en especial si con ellos se juntan las armadas de Francia, como se puede temer, para hacer rostro á los nuestros? ¿Quién será de parecer que la vida y salud del rey se aventure en el trance de una batalla naval, donde tanta fuerza tiene la ventura y tan poca el valor? Como se puede considerar en vuestro tio el rey D. Alonso, cuando fue vencido y preso con sus hermanos por pocas naves de Jénova. No digo nada del disgusto de los grandes, que podrán alterar el reino, si se

ausenta el que los enfrena y tiene á raya. Cuando todo lo demas cesase, ¿cómo podreis dejar á la reina, que está doliente y sentirá á par de muerte semejante viaje? Si algunos reyes de Aragon pasaron el mar, los tiempos y ocasiones eran diferentes y no siempre nuestros mayores en sus hechos acertaron. Que deseeis vestir arnes y hallaros en la guerra, no me maravillo: pues os criasteis en ella desde vuestra niñez: pero mi parecer es, que si esto pretendeis, la rompais por España, y forceis al enemigo á volver sus fuerzas á estas partes: traza con que enflaquecerá en lo de Nápoles, y aun pondrá á riesgo lo de Milan. Este, señor, es mi parecer: si acertado, sean á Dios las gracias: si contra el vuestro, merece perdon mi lealtad. Lo que vos determináredes, eso será lo mejor y mas acertado, y si fuere de ir á Italia, yo seré el primero, que con esta edad y canas os haré compañia: ca resuelto estoy de aventurar vida y hacienda antes que faltar en lo que soy obligado: mas el que es consultado, debe libremente decir lo que siente: y el que consulta, oir con paciencia y de buena gana al que habla.

Idem.

XIX.

Consulta de un obispo sobre la materia del artículo anterior.

El atrevimiento, que tomo de dar consejo sin ser llamado, merece perdon: pues el negocio es comun, todos tenemos licencia de hablar. Si los inconvenientes y peligros se deben considerar tan por menudo, como el comendador mayor dicen los ha encarecido, nadie acometerá hecho alguno, que tenga dificultad. Ni el labrador se pondrá al trabajo de la sementera, ni el piloto á los peligros del mar, ni el soldado embrazará las armas con riesgo de su vida: finalmente, nadie cumplirá con su oficio. Esta es la miseria de los hombres, que ninguna cosa grande da Dios ó la naturaleza á los mortales, sino á costa de mucho afan. No hay duda, sino que el primer oficio y mas propio de los reyes es el cuidado de la guerra, de juntar y gobernar sus huestes, sea para defenderse, sea para acometer cuando es necesario; y nadie puede negar, sino que esto se hace mejor en presencia del rey, que por otro, sea quien fuere. Acúdenle sus vasallos y acompañanle: los pequeños, los medianos y los ma-

yores tienen por cosa vergonzosa quedarse en casa, cuando su cabeza y su rey se pone al trabajo. Nadie se desdeña de seguille, como quier que muchos tengan por afrenta ser gobernados por los que son menos que ellos. El ejemplo está en las manos: ¿cual de los grandes, decidme, es ido á la guerra de Nápoles, con tener el jeneral partes tan aventajadas en todo? Fuera de esto, el dinero, municiones y todo lo demas se despacha mas en breve. Las determinaciones en las dificultades son mas acertadas, cuando el rey ve por sus ojos lo que pasa. Lo que viene de tan lejos determinado y proveido, tarde llega y muchas veces fuera de sazon, por no decir que las mas veces va errado. El amor de los soldados para con su príncipe es la cosa mas importante en la guerra: este nace del conocimiento; porque son como los perros, y asi los llama Platon, que halagan á los que conocen y ladran á los estraños. En presencia de su príncipe, que los ha de premiar, los valientes se hacen leones y los cobardes se avergüenzan. Homero aludió á esto, cuando finje que los mismos dioses se hallaban en las batallas y que el rey Agamenon llamaba por sus nombres á todos los soldados. Por cierto Alejandro y Cesar nunca hazañas

tan grandes acabaran, si quedándose en su regalo se encomendaran á sus capitanes. ¿Quién echó por el suelo la grandeza de imperio romano? los príncipes, que se contentaron de dar órden en las cosas de la guerra desde su casa. Y por dejar cuentos antiguos, yo creo, señor, que los moros se estuvieran hoy en España, si vos mismo no fuerades á la conquista de Granada. Carlos, rey de Francia, ¡cuán en breve allanó con su presencia todo lo de Nápoles! su ausencia fue causa, que se volviese á perder lo ganado. Los trabajos no son grandes, á causa que á los reyes nunca falta el regalo y el servicio: y el aplauso, que todos les dan, hace que se sientan menos las incomodidades. ¿Pues qué diré de los peligros del mar? ¿cuando vimos algun rey aogado? por cierto muy raras veces; y si el rey D. Alonso quisiera escusar aquella batalla naval, con quien nos espantan, nadie le forzara á dalla. La mucha confianza de sí, el desprecio de los enemigos fueron ocasion de aquel desastre; del cual salió tan bien por el respeto, que á su persona se tuvo como á rey, que fue casi el todo para allanar sus contrarios. Que si todavia parece duro, que el rey se halle en las batallas y ponga á riesgo su vida

por lo menos podrá ir á Sicilia, visitará aquel su reino y dará asiento en sus cosas, y con mas calor se acudirá, como de tan cerca, á la guerra de Calabria y Pulla. Esto es lo que yo siento en el caso presente: bien sé, que mi parecer no agradará á todos: mas no son peores las medicinas, que no dan gusto al paladar.

Idem.

XX.

Exortacion del cardenal Cisneros á sus soldados, antes de acometer á Oran.

Si yo pensara, soldados, que mis palabras fueran menester ó parte para animaros, hiciera que alguno de vuestros capitanes, ejercitados en este oficio, con sus razones muy concertadas encendiera vuestros corazones á pelear. Pero porque me persuado, que cada cual de los que aquí estais, entiende que esta empresa es de Dios, enderezada al bien de nuestra patria, por quien somos obligados á aventurar todo lo que tenemos y somos, me pareció de venir solo á alegrarme de vuestro denuedo y buen talante y ser testigo de vuestro valor y esfuerzo. La brave-

za, soldados, que mostrastes en tantas guerras y victorias como teneis ganadas, ¿será razon que la perdais contra los enemigos del nombre cristiano? Digo contra los que nos han talado las costas de España, robado ganados y haciendas, cautivado mugeres, hijos y hermanos, que ora esten por esas mazmorras aerrojados, ora ocupados en otros feos y viles servicios, pasan una vida miserable, peor que la misma muerte. Las madres, que nos vieron partir de España, esperan por vuestro medio sus hijos, los hijos sus padres: todos postrados por los templos no cesan de ofrecer á Dios y á los santos lagrimas y sospiros por vuestra salud, victoria y triunfo. ¿Será justo, que las esperanzas y deseo de tantos queden burladas? No lo permita Dios, mis hermanos, ni sus santos: yo mismo iré delante y plantaré aquella cruz, estandarte real de los cristianos, enmedio de los escuadrones contrarios. ¿Quién será el que no siga á su prelado? Y cuando todo faltare, ¿donde yo podré mejor derramar mi sangre y acabar la vida, que en querella tan justa y tan santa?

Idem.

XXI.

Oracion de F. Ejidio de Viterbo en el último concilio lateranense.

Años há que por toda Italia, á propósito de la revelacion de S. Juan tengo predicado, que se verian grandes trabajos en la iglesia y ultimamente podiamos esperar su enmienda y reformacion. Alégrome, que mi profecia no haya salido vana: pues casi en un tiempo nos vemos puestos en el estremo de los males y peligros, y tras ellos nos amanece la esperanza del remedio y de la bonanza, despues de un tan recio temporal. Esta diferencia hay entre las cosas del cielo y las terrenas, que aquellas, como son eternas, no tienen necesidad de reparo; las humanas piden contínuo cuidado para reformarse por las alteraciones y mudanzas, á que son sujetas. Lo que es la labor y riego en las plantas, lo que el sustento á los animales, esa necesidad tienen las costumbres de ser cultivadas Que si esto pueden hacer los pastores, cada cual en su rebaño, la esperiencia desde el tiempo del gran Constantino acá nos ha enseñado, con cuanta mas eficacia se ejecuta cuando los prelados, juntos en uno, se ani-

man y esfuerzan, ayudados del espíritu de Dios, que les asiste, á poner la mano en la labor. ¿Quién desarraigó las herejías, que de todo tiempo se levantaron? los concilios. ¿Quién tuvo á raya los príncipes é los hizo temblar para que no hiciesen desaguisados y males? los concilios: por abreviar, ¿qué otra cosa sustenta hoy el lustre de la iglesia, tiene en pie la relijion y las ceremonias sagradas, hace que el pueblo se mantenga en piedad y obedezca á las leyes eclesiásticas? ¿por ventura no son los concilios? Que si el fruto es menor de lo que fuera razon, y los daños y vicios se ven crecer mas de lo que quisiéramos, mirad, padres, no sea la causa el haber aflojado en costumbre tan loable. Grande fuerza tienen estas juntas y grande eficacia: pero si las ayudamos con el ejemplo de la vida y nuestra modestia, en todo á imitacion de nuestra cabeza, que comenzó á hacer y á enseñar, como dice la escritura. Buena es la enseñanza, y el trabajo, que en ella se pone, bien empleado: mas es menester esforzalla con el buen ejemplo y con la buena vida del que tiene oficio de enseñar. No me quiero detener en cosa tan clara. ¿Quién no ve los trabajos y males de este miserable siglo? Las costumbres del pueblo tan sueltas?

¿La ignorancia, ambicion y desonestidad en quien menos era razon? ¿Las demasías y robos, diré de los príncipes ó de los soldados, ó de los unos y de los otros? Esos campos bañados con la sangre derramada, mas que con las lluvias del cielo, ¿quién los puede mirar sin lágrimas? Estos y otros muchos males ó en este concilio se han de remediar, ó no nos queda alguna esperanza. Grandes cosas habeis emprendido y acabado, padre santo; asegurar los caminos, castigar los salteadores, restituir á la iglesia tantas ciudades cuantas ningun otro pontífice: todavía la mayor os queda por hacer; esta es pacificar los príncipes cristianos, y acabar con ellos vuelvan sus fuerzas contra el enemigo comun. Dejemos las armas corporales: con las que son propias nuestras, hagamos guerra á los vicios y á los males, que son muchos y grandes: porque ¿cuándo la vida fue mas suelta? ¿cuándo la ambicion mas desenfrenada? ¿cuándo mayor libertad de hablar y sentir como cada cual quiere de las cosas divinas? ¿cuándo se vió mayor carnicería entre paganos y fieras, que la de Bresa primero y despues la de Ravena, cuya sangre aun no está del todo enjuta? Todo lo cual ¿qué son sino voces del cielo, que amonestan y dicen

la necesidad, que teniamos de acudir á este postrer remedio y á esta sagrada áncora? El provecho para que sea mas colmado, se debe dar órden que en él se use de modestia, no haya voces ni ruidos; y sin embargo todos tengan la libertad de hablar, que antiguamente se tenia, aunque se traten cosas, que toquen á cualquier persona por grande que sea. Haced, padres, lo que es de vuestra parte: que Cristo os acudirá con su espíritu y todos los santos del cielo con su ayuda. San Pedro y San Pablo, claras lumbreras del cielo y patrones de la iglesia santa y de esta ciudad, oid nuestros jemidos: poned los ojos de vuestra benignidad en nuestros daños: ayudad á vuestra iglesia, viña de nuestra labranza y posesion de Dios; y la que librastes de la crueldad de los tiranos, no permitais perezca á manos de los que se llaman sus hijos y familiares. Comunicad fuerza del cielo á todos estos padres y santos prelados, para que puestos los ojos en Dios, y sin tener respeto a nadie, provean del remedio, que tantas miserias piden y á todos nos es necesario.

Idem.

XXII.

Razonamiento de Diego Pacheco al sumo Pontífice.

El rey D. Manuel de Portugal, Padre santo, nos envia á dar el parabien á vuestra santidad de su felice asuncion al pontificado, que sea por largos años y para mucho bien de la iglesia, como todos esperamos, y á prestar la obediencia acostumbrada: oficio debido, pero hecho muy de voluntad, que debe escusar la tardanza, ocasionada de impedimentos precisos y graves. Junto con esto suplica á vuestra santidad ponga los ojos de su paternal providencia en soldar las quiebras del cristianismo, pacificar los príncipes cristianos y unir sus fuerzas contra el enemigo comun, que siempre crece con nuestros daños y de nuestra ruina edifica y engrandece su casa. Porque ¿qué empresa puede ser ni mas gloriosa ni de mayor interes que esta? Basta la locura pasada: que tal nombre merecen los que contra sí mismos vuelven sus armas furiosas y desatinadas. Para todo ayudará mucho, que el sagrado concilio se lleve adelante, y que no se disuelva: lo cual desea en gran manera. Lo

que es de su parte, ofrece no faltará á la causa comun, y si fuere necesario, derramará en esta querella su sangre. El, que todo su cuidado emplea en adelantar la relijion cristiana, sea en la India, por donde con gran gloria ha levantado el estandarte real de la cruz entre naciones fieras y bárbaras hasta los fines últimos de las tierras, sea en la conquista de Africa, en que tiene gastados sus tesoros y empleados sus valerosos soldados, de los despojos de la India y de sus riquezas me mandó trajese aqui la cata y las primicias: presente, que debe ser estimado por el lugar de donde viene y por la devocion con que se ofrece, demas de las esperanzas, que nos dan aquellos anchísimos reinos de ponerse en breve á los pies de vuestra santidad. En lugar de los despojos de Africa, que por ser mas ordinarios no fueran tan agradables, presento á vuestra santidad una peticion, á mi parecer muy justificada: esto es, que atento á lo que importa llevar adelante aquella conquista, y que para continualla no son bastantes las rentas reales de Portugal, vuestra benignidad se digne de ayudar al rey mi señor con su bendicion y induljencias; fuera de esto se sirva, que en aquella empresa se ayude de

alguna parte de las rentas eclesiásticas: porque ¿en qué mejor se pueden emplear, ni mas conforme á la intencion de los que las dieron, que en destruir los enemigos de Cristo? Y pues del provecho y honra cabe á todos parte, justo es, que todos ayuden á llevar la carga. No creemos querrá esta santa silla negar á tal necesidad y intento lo que á otros príncipes ha otorgado en diversos tiempos.

Idem.

XXIII

Oracion del papa Pio II en el concilio de Mantua, exortando á la defensa de los griegos contra los turcos.

Si va á decir verdad, no por otra causa, sino por habellos nosotros desamparado, se ha recibido este daño y esta llaga tan grande: á lo menos aora conservad estas reliquias medio muertas de cristianos. Si la afrenta pública no basta á moveros, el peligro, que cada uno corre, le debe despertar á tomar las armas. Conviene, que todos nos juntemos en uno, para que cada cual por sí, si nos descuidamos, no seamos ro-

bados, escarnidos y muertos. Tenemos un enemigo espantable, y que por tantas victorias se ha hecho mas insolente: si vence, sabe ejecutar la victoria, y sigue su fortuna con gran ferocidad: si es vencido, renueva la guerra contra los vencedores, no con menos brio que antes: tanto mas nos debemos despertar. No podrá ser bastante contra las fuerzas de los nuestros, si se juntan en uno: mayormente que Dios, al cual tenemos airado por nuestras ordinarias diferencias, á los que fueren concordes será favorable. Poned los ojos en los antiguos caudillos y en las grandes victorias, que en la Suria los nuestros, unidos y conformes, ganaron contra los bárbaros. Los que somos fuertes y diestros para las diferencias civiles y domésticas, ¿por ventura seremos cobardes y descuidados para no acudir al peligro comun y vengar la afrenta de la relijion cristiana? ¿Hay alguno, que se ofrezca por caudillo para esta guerra sagrada? ¿Hay quien lleve adelante en sus hombros el estandarte de la cruz de Cristo, hijo de Dios, para que le sigan los demas? ¿Hay quien quiera ser soldado de Cristo? Ofrezcámonos por capitanes, que no faltarán varones fuertes y diestros y soldados muy nobles, que se conformen en su valor y esfuerzo y parezcan á sus antepa-

sados. Determinado estoy, si todos faltaren, ofrecerme por alferez y caudillo en esta tan santa guerra. Yo con la cruz entraré y romperé por medio de las haces y huestes de los enemigos, y con nuestra sangre, si no se ganare la victoria, por lo menos aplacaré la ira de Dios, é inflamaré con mi ejemplo vuestros ánimos para hacer lo mismo: que resuelto estoy de hacer este postrero esfuerzo y servicio á Cristo y á la iglesia, á quien debo todo lo que soy y lo que puedo.

Idem.

DE D. ANTONIO DE SOLIS.

I.

Razonamiento de Hernan Cortes á sus soldados, animándolos para la empresa de Méjico.

Cuando considero, amigos y compañeros mios, como nos ha juntado en esta isla nuestra felicidad, cuantos estorbos y persecuciones dejamos atras y como se nos han desecho las dificultades, conozco la mano de Dios en esta obra, que emprendemos, y entiendo que en su altísima providenia es

lo mismo favorecer los principios, que prometer los sucesos. Su causa nos lleva y la de nuestro rey, que tambien es suya, á conquistar rejiones no conocidas; y ella misma volverá por sí, mirando por nosotros. No es mi ánimo facilitaros la empresa, que acometemos; combates nos esperan sangrientos, facciones increibles, batallas desigüales, en que habreis menester socorreros de todo vuestro valor: miserias de la necesidad, inclemencias del tiempo y asperezas de la tierra, en que os será necesario el sufrimiento, que es el segundo valor de los hombres y tan hijo del corazon como el primero: que en la guerra mas veces sirve la paciencia que las manos; y quizá por esta razon tuvo Hércules el nombre de invencible y se llamaron trabajos sus hazañas. Hechos estais á padecer y hechos á pelear en esas islas, que dejais conquistadas: mayor es nuestra empresa, y debemos ir prevenidos de mayor osadía: que siempre son las dificultades del tamaño de los intentos. La antigüedad pintó en lo mas alto de los montes el templo de la fama, y su simulacro en los mas alto del templo: dando á entender, que para hallarla, aun despues de vencida la cumbre, era menester el trabajo de los ojos. Pocos somos: pe-

ro la union multiplica los ejércitos, y en nuestra conformidad está nuestra mayor fortaleza: uno, amigos, ha de ser el consejo en cuanto se resolviere: una la mano en la ejecucion: comun la utilidad y comun la gloria en lo que se conquistare. Del valor de cualquiera de nosotros se ha de fabricar y componer la seguridad de todos. Vuestro caudillo soy, y seré el primero en aventurar la vida por el menor de los soldados. Mas tendreis que obedecer en mi ejemplo, que en mis órdenes; y puedo aseguraros de mí, que me basta el ánimo á conquistar un mundo entero, y aun me lo promete el corazon con no sé qué movimiento estraordinario, que suele ser el mejor de los presajios. Alto, pues, á convertir en obras las palabras; y no os parezca temeridad esta confianza mia: pues se funda en que os tengo á mi lado, y dejo de fiar de mí, lo que espero de vosotros.

Conquista de la Nueva-España.

II.

Razonamiento de Hernan Cortés al ayuntamiento de Veracruz, renunciando el baston de jeneral.

Ya, señores, por la misericordia de Dios,

tenemos en este consistorio representada la persona de nuestro rey, á quien debemos descubrir nuestros corazones y decir sin artificio la verdad: que es el vasallaje, en que mas le reconocemos los hombres de bien. Yo vengo á vuestra presencia, como si llegara á la suya, sin otro fin que el de su servicio, en cuyo celo me permitireis la ambicion de no confesarme vuestro inferior. Discurriendo estais en los medios de establecer esta nueva rupública, dichosa ya en estar pendiente de vuestra direccion. No será fuera de propósito, que oygais de mí lo que tengo premeditado y resuelto, para que no camineis sobre algun presupuesto menos seguro, cuya falta os óbligue á nuevo discurso y nueva resolucion. Esta villa, que empieza hoy á crecer al abrigo de vuestro gobierno se ha fundado en tierra no conocida y de grande poblacion, donde se han visto ya señales de resistencia, bastantes para creer que nos hallamos en una empresa dificultosa, donde necesitarémos igualmente del consejo y de las manos, y donde muchas veces habrá de proseguir la fuerza lo que empezare y no consiguiere la prudencia. No es tiempo de máximas políticas ni de consejos desarmados. Vuestro primer cuidado debe

atender á la conservacion de este ejército, que os sirve de muralla: y mi primera obligacion es advertiros, que no está hoy como debe, para fiarle nuestra seguridad y nuestras esperanzas. Bien sabeis, que yo gobierno el ejército sin otro título, que un nombramiento de Diego Velazquez, que fue con poca intermision escrito y revocado. Dejo aparte la sinrazon de su desconfianza, por ser de otro propósito; pero no puedo negar que la jurisdiccion militar, de que tanto necesitamos, se conserva hoy en mí contra la voluntad de su dueño, y se funda en un título violento, que trae consigo mal disimulada la flaqueza de su origen. No ignoran este defecto los soldados, ni yo tengo tan humilde el espíritu, que quiera mandarlos con autoridad escrupulosa, ni es el empeño, en que nos hallamos, para entrar en él con un ejército, que se mantiene mas en la costumbre de obedecer, que en la razon de la obediencia. A vosotros, señores, toca el remedio de este inconveniente; y el ayuntamiento, en quien reside hoy la representacion de nuestro rey, puede en su real nombre proveer el gobierno de sus armas, elijiendo persona, en quien no concurran estas nulidades. Muchos sugetos hay en el ejército capaces de

esta ocupacion, y en cualquiera que tenga otro jénero de autoridad, ó que la reciba de vuestra mano, estará mejor empleado. Yo desisto desde luego del derecho, que pudo comunicarme la posesion, y renuncio en vuestras manos el título que me puso en ella, para que discurrais con todo el arbitrio en vuestra eleccion; y puedo aseguraros, que toda mi ambicion se reduce al acierto de nuestra empresa, y que sabré sin violentarme acomodar la pica en la mano, que deja el baston: que si en la guerra se aprende el mandar obedeciendo, tambien hay casos, en que el haber mandado enseña á obedecer.

Idem.

III.

Oracion del embajador de Zempoula al senado de Tlascala, exortándole á contraer alianza con los españoles.

Noble república, valientes y poderosos tlascaltecas, el señor de Zempoala y los caciques de la serranía, vuestros amigos y confederados, os envian salud: y deseando la fertilidad de vuestras cosechas y la muerte

de vuestros enemigos, os hacen saber, que de las partes del oriente han llegado á sus tierras unos hombres invencibles, que parecen deidades, porque navegan sobre grandes palacios, y manejan los truenos y los rayos, armas reservadas al cielo : ministros de otro Dios, superior á los nuestros, á quien ofenden las tiranías, y los sacrificios de sangre humana : que su capitan es embajador de un príncipe muy poderoso, que con impulso de su relijion desea remediar los abusos de nuestra tierra y las violencias de Motezuma : y habiendo redimido ya nuestras provincias de la opresion, en que vivian, se halla obligado á seguir por vuestra república el camino de Mejico, y quiere saber en qué os tiene ofendidos aquel tirano, para tomar por suya vuestra causa y ponerla entre las demas, que justifican su demanda. Con esta noticia, pues, de sus designios y con esta esperiencia de su benignidad nos hemos adelantado á pediros y amonestaros de parte de nuestros caciques y toda su confederacion, que admitais á estos estranjeros como á bienechores y aliados de vuestros aliados. Y de parte de su capitan os hacemos saber, que viene de paz, y solo pretende, que le concedais el paso de vuestras tier-

ras : teniendo entendido, que desea vuestro bien, y que sus armas son instrumentos de la justicia y de la razon, que defienden la causa del cielo : benignas por su propia naturaleza, y solo rigurosas con el delito y la provocacion.

Idem.

IV.

Oracion de Majiscatzin al senado de Tlascala, exortandolo á la alianza con los españoles.

Bien sabeis, nobles y valerosos tlascaltecas, que fue rebelado á nuestros sacerdotes en los primeros siglos de nuestra antigüedad, y se tiene hoy entre nosotros como punto de relijion, que ha de venir á este mundo, que habitamos, una jente invencible de las rejiones orientales, con tanto dominio sobre los elementos, que fundará ciudades movibles sobre las aguas, sirviéndose del fuego y del ayre para sujetar la tierra; y aunque entre la jente de juicio no se crea, que han de ser dioses vivos, como lo entiende la rudeza del vulgo, nos dice la misma tradicion, que serán unos hombres

celestiales tan valerosos, que valdrá uno por mil, y tan benignos, que tratarán solo de que vivamos segun razon y justicia. No puedo negaros, que me ha puesto en gran cuidado lo que conforman estas señas con las de esos estranjeros, que teneis en vuestra vecindad. Ellos vienen por el rumbo del oriente: sus armas son de fuego, casas marítimas sus embarcaciones: de su valentía ya os ha dicho la fama lo que obraron en Tabasco: su benignidad ya la veis en el agradecimiento de vuestros mismos confederados; y si volvemos los ojos á esos cometas y señales del cielo, que repetidamente nos asombran, parece que nos hablan al cuidado y vienen como avisos ó mensajeros de esta gran novedad. ¿Pues quién habrá tan atrevido y temerario, que si es esta la jente de nuestras profecías, quiera probar sus fuerzas con el cielo, y tratar como enemigos á los que traen por armas sus mismos decretos? Yo por lo menos temeria la indignacion de los dioses, que castigan rigorosamente á sus rebeldes, y con sus mismos rayos parece que nos estan enseñando á obedecer; pues habla con todos la amenaza del trueno, y solo se ve el estrago donde se conoció la resistencia. Pero yo quiero que se

desestimen como casuales estas evidencias, y que los estranjeros sean hombres como nosotros: ¿qué daño nos han hecho para que tratemos de la venganza? ¿sobre que injuria se ha de fundar esta violencia? Tlascala, que mantiene su libertad con sus victorias y sus victorias con la razon de sus armas, ¿moverá una guerra voluntaria, que desacredite su gobierno y su valor? Esta jente viene de paz: su pretension es pasar por nuestra república: no lo intenta sin nuestra permision: ¿pues donde está su delito? ¿dónde nuestra provocacion? Llegan á nuestros umbrales fiados en la sombra de nuestros amigos: y ¿perderémos los amigos por atropellar á los que desean nuestra amistad? ¿Qué dirán de esta accion los demas confederados? y ¿qué dirá le fama de nosotros, si quinientos hombres nos obligan á tomar las armas? ¿Ganaráse tanto en vencerlos, como se perderá en haberlos temido? Mi sentir es que los admitamos con benignidad y se les conceda el paso que pretenden: si son hombres, porque está de su parte la razon: y si son algo mas, porque les basta para razon la voluntad de los dioses.

Idem.

V.

Oracion de Jicotencal al senado de Tlascala contra la alianza con los españoles.

No en todos las negocios se debe á las canas la primera seguridad de los aciertos, mas inclinadas al recelo que á la osadía, mejores consejeras de la paciencia que del valor. Venero, como vosotros, la autoridad y el discurso de Majiscatzin: pero no estrañareis en mi edad y en mi profesion otros dictámenes menos desengañados, y no sé si mejores: que cuando se habla de la guerra, suele ser engañosa virtud la prudencia; porque tiene de pasion todo aquello que se parece al miedo. Verdad es, que se esperaban entre nosotros esos reformadores orientales, cuya venida dura en el vaticinio y tarda en el desengaño. No es mi ánimo desvanecer esta voz, que se ha hecho venerable con el sufrimiento de los siglos; pero dejadme que os pregunte, ¿qué seguridad tenemos de que sean nuestros prometidos estos estranjeros? ¿Es lo mismo caminar por el rumbo del oriente, que venir de las rejio-

nes celestiales, que consideramos donde nace el Sol? Las armas de fuego y las grandes embarcaciones, que llamais palacios marítimos, no pueden ser obra de la industria humana, que se admiran porque no se han visto? Y quizá serán ilusiones de algun encantamiento, semejantes á los engaños de la vista, que llamamos ciencia en nuestros agoreros. Lo que obraron en Tabasco ¿fué mas que romper un ejército superior? ¿Esto se pondera en Tlascala como sobrenatural donde se obran cada dia con la fuerza ordinaria mayores hazañas? Y esa benignidad que han usado con los zempoales ¿no puede ser artificio para ganar á menos costa los pueblos? Yo por lo menos la tendria por dulzura sospechosa de las que regalan el paladar para introducir el veneno: porque no conforma con lo demas, que sabemos de su codicia, soberbia y ambicion. Estos hombres, si ya no son algunos monstruos que arrojó la mar en nuestras costas, roban nuestros pueblos, viven al arbitrio de su antojo, sedientos del oro y de la plata y dados á las delicias de la tierra; desprecian nuestras leyes; intentan novedades peligrosas en la justicia y en la relijion; destruyen los templos; despedazan las aras, blas-

feman de los dioses, y ¿se les da estimacion de celestiales? y ¿se duda la razon de nuestra resistencia? y ¿se escucha sin escándalo el nombre de la paz? Si los zempoales y totonaques los admitieron en su amistad, fue sin consulta de nuestra república; y vienen amparados en una falta de atencion, que merece castigo en sus valedores. Y esas impresiones del ayre y señales espantosas, tan encarecidas por Majiscatzin, antes nos persuaden á que los tratemos como enemigos: porque siempre denotan calamidades y miserias. No nos avisa el cielo con sus prodijios de lo que esperamos, sino de lo que debemos temer: que nunca se acompañan de horrores sus felicidades, ni enciende sus cometas para que se adormezca nuestro cuidado y se deje estar nuestra neglijencia. Mi sentir es, que se junten nuestras fuerzas y se acabe de una vez con ellos; pues vienen á nuestro poder señalados con el índice de las estrellas, para que los miremos como tiranos de la patria y de los dioses; y librando en su castigo la reputacion de nuestras armas, conozca el mundo, que no es lo mismo ser inmortales en Tabasco que invencibles en Tlasca la.

Idem.

VI.

Habla de Hernan Cortés á sus soldados, animándolos contra los tlascaltecas.

Poco tenemos que discurrir en lo que debe obrar nuestro ejército, vencidas en poco tiempo dos batallas, en que se ha conocido igualmente vuestro valor y la flaqueza de vuestros enemigos: y aunque no suele ser el último afan de la guerra el vencer, pues tiene sus dificultades el seguir la victoria y debemos todavía recatarnos de aquel jénero de peligros, que anda muchas veces con los buenos sucesos como pensiones de la humana felicidad, no es este, amigos, mi cuidado: para mayor duda necesito de vuestro consejo. Dicenme, que algunos de nuestros soldados vuelven á desear y se animan á proponer, que nos retiremos. Bien creo, que fundarán este dictamen sobre alguna razon aparente: pero no es bien, que punto de tanta importancia se trate á manera de murmuracion. Decid todos libremente vuestro sentir, no desautoriceis vuestro celo, tratándole como delito: y para que discurramos todos sobre lo que conviene á to-

dos, considérese primero el estado, en que nos hallamos, y resuelvase de una vez algo, que no se pueda contradecir. Esta jornada se intentó con vuestro parecer, y pudiera decir con vuestro aplauso: nuestra resolucion fue pasar á la corte de Motezuma: todos nos sacrificamos á esta empresa por nuestra relijion, por nuestro rey y despues por nuestra honra y nuestras esperanzas. Esos indios de Tlascala, que intentaron oponerse á nuestro designio con todo el poder de su república y confederaciones, estan ya vencidos y desbaratados. No es posible, segun las reglas naturales, que tarden mucho en rogarnos con la paz ó cedernos el paso. Si esto se consigue, ¡cómo crecerá nuestro crédito! ¿dónde nos pondrá la aprension de estos bárbaros, que hoy nos coloca entre sus dioses? Motezuma, que nos esperaba cuidadoso, como se ha conocido en la repeticion y artificio de sus embajadas, nos ha de mirar con mayor asombro, domados los tlascaltecas, que son los valientes de su tierra y los que se mantienen con las armas fuera de su dominio. Muy posible será, que nos ofrezca partidos ventajosos, temiendo que nos coliguemos con sus rebeldes; y muy posible, que esta misma

dificultad, que hoy esperimentamos, sea el instrumento, de que se vale Dios, para facilitar nuestra empresa, probando nuestra constancia: que no ha de hacer milagros con nosotros, sino servirse de nuestro corazon y nuestras manos. Pero si volvemos las espaldas (y seremos los primeros á quien desanimen las victorias), perdióse de una vez la obra y el trabajo. ¿Qué podemos esperar, ó que no debemos temer? Esos mismos vencidos, que hoy estan amedrentados y fujitivos, se han de animar con nuestro desaliento; y dueños de los atajos y asperezas de las tierras, nos han de perseguir y desacer en la marcha. Los indios amigos, que sirven á nuestro lado contentos y animosos, se han de apartar de nuestro ejército y procurar escaparse á sus tierras, publicando en ellas nuestro vituperio. Los zempoales y totonaques, nuestros confederados, que son el único refugio de nuestra retirada, han de conspirar contra nosotros, perdido el gran concepto, que tenian de nuestras fuerzas. Vuelvo á decir, que se considere todo con maduro consejo; y midiendo las esperanzas, que abandonamos, con los peligros, á que nos esponemos, propongais y dilibereis lo que fuere mas conveniente; que yo dejo

toda su libertad á vuestro discurso, y he tocado estos inconvenientes, mas para disculpar mi opinion, que para defenderla.

Idem.

VII.

Razonamiento de Jicotencal, el padre, á Hernan Cortés pidiendole la paz en nombre del senado de Tlascala.

Ya, valeroso capitan, seas ó no del jénero mortal, tienes en tu poder al senado de Tlascala, última señal de nuestro rendimiento. No venimos á disculpar el yerro de nuestra nacion, sino á tomarle sobre nosotros, fiando á nuestra verdad tu desenojo. Nuestra fue la resolucion de la guerra: pero tambien ha sido nuestra la determinacion de la paz. Apresurada fue la primera y tarda la segunda: pero no suelen ser de peor calidad las resoluciones mas consideradas: antes se borra con trabajo lo que se imprime con dificultad; y puedo asegurar, que la misma detencion nos dió mayor conocimiento de tu valor y profundó los cimientos de nuestra constancia. No ignoramos,

que Motezuma intenta disuadirte de nuestra confederacion: escúchale como á nuestro enemigo, si no le considerares como tirano: que ya lo parece quien te busca para la sinrazon. Nosotros no queremos, que nos ayudes contra él: que para todo lo que no eres tú, nos bastan nuestras fuerzas: solo sentiremos, que fies tu seguridad de sus ofertas, porque conocemos sus artificios y maquinaciones, y acá en mi ceguedad se me ofrecen algunas luces, que me descubren desde lejos tu peligro. Puede ser que Tlascala se haga famosa en el mundo por la defensa de tu razon: pero dejemos al tiempo tu desengaño; que no es vaticinio lo que se colije facilmente de su tiranía y de nuestra fidelidad. Ya nos ofreciste la paz: si no te detiene Motezuma, ¿qué te detiene? ¿por qué te niegas á nuestras instancias? ¿por qué dejas de honrar nuestra ciudad con tu presencia? Resueltos venimos á conquistar de una vez tu voluntad y tu confianza ó poner en tus manos nuestra libertad: elije, pues, de estos dos partidos el que mas te agradare: que para nosotros nada es tercero entre las dos fortunas de tus amigos ó tus prisioneros.

Idem.

VIII.

Discurso de Motezuma á Hernan Cortés, cuando le recibió como á embajador del rey de España.

Antes que deis la embajada, ilustre capitan y valerosos estranjeros, del príncipe grande que os envía, debeis vosotros y debo yo desestimar y poner en olvido lo que ha divulgado la fama de nuestras personas y costumbres, introduciendo en nuestros oidos aquellos vanos rumores, que van delante de la verdad y suelen oscurecerla declinando en lisonja ó vituperio. En algunas partes os habrán dicho de mí que soy uno de los dioses inmortales, levantando hasta los cielos mi poder y mi naturaleza: en otras, que se desvela en mis opulencias la fortuna, que son de oro las paredes y los ladrillos de mis palacios, y que no caben en la tierra mis tesoros; y en otras que soy tirano, cruel y soberbio, que aborrezco la justicia y que no conozco la piedad. Pero los unos y los otros os han engañado con igual encarecimiento: y para que no imajineis, que soy alguno de los dioses, y conozcais el desvarío de los que asi me imajinan, esta porcion de mi

cuerpo *(y desnudó parte del brazo)* desengañará vuestros ojos de que hablais con un hombre mortal de la misma especie, pero mas noble y mas poderoso que los otros hombres. Mis riquezas no niego que son grandes: pero las hace mayores la exajeracion de mis vasallos. Esta casa, que habitais, es uno de mis palacios. Mirad esas paredes, hechas de piedra y cal, materia vil, que debe al arte su estimacion; y colejid de uno y otro el mismo engaño y el mismo encarecimiento en lo que os hubieren dicho de mis tiranías; suspendiendo el juicio hasta que os entereis de mi razon, y despreciando ese lenguaje de mis rebeldes, hasta que veais si es castigo lo que llaman infelicidad, y si pueden acusarle sin dejar de merecerle. No de otra suerte han llegado á nuestros oidos varios informes de vuestra naturaleza y operaciones. Algunos han dicho, que sois deidades, que os obedecen las fieras, que manejais los rayos y que mandais en los elementos: y otros que sois facinerosos, iracundos y soberbios, que os dejais dominar de los vicios, y que venis con una sed insaciable del oro, que produce nuestra tierra. Pero ya veo, que sois hombres de la misma composicion y masa, que los demas,

aunque os diferencian de nosotros algunos accidentes de los que suele influir el temperamento de la tierra en los mortales. Esos brutos, que os obedecen, ya conozco que son unos venados grandes, que traeis domesticados é instruidos en aquella doctrina imperfecta, que puede comprender el instinto de los animales. Esas armas, que se asemejan á los rayos, tambien alcanzo que son unos cañones de metal no conocido, cuyo efecto es como el de nuestras cerbatanas, aire oprimido, que busca salida y arroja el impedimento. Ese fuego, que despiden con mayor estruendo, será, cuando mucho, algun secreto mas que natural de la misma ciencia, que alcanzan nuestros magos. Y en lo demas, que han dicho de vuestro proceder, hallo tambien, segun la observacion, que han hecho de vuestras costumbres mis embajadores y confidentes, que sois benignos y relijiosos; que os enojais con razon, que sufris con alegría los trabajos y que no falta entre vuestras virtudes la liberalidad, que se acompaña pocas veces con la codicia. De suerte, que unos y otros debemos olvidar las noticias pasadas y agradecer á nuestros ojos el desengaño de nuestra imajinacion: con cuyo presupuesto quiero que sepais, an-

tes de hablarme, que no se ignora entre nosotros, ni necesitamos de vuestra persuasion para creer, que el príncipe grande, á quien obedeceis, es descendiente de nuestro antiguo Quezalcoal, señor de las siete cuevas de los Navatlacas, y rey lejítimo de aquellas siete naciones, que dieron principio al imperio mejicano. Por una profecía suya, que veneramos como verdad infalible, y por la tradicion de los siglos, que se conserva en nuestros anales, sabemos, que salió de estas rejiones hácia la parte del oriente, y dejó prometido, que andando el tiempo vendrian sus descendientes á moderar nuestras leyes ó poner en razon nuestro gobierno. Y porque las señas, que traeis, conforman con este vaticinio, y el príncipe del oriente, que os envía, manifiesta en vuestras mismas hazañas la grandeza de tan ilustre projenitor, tenemos ya determinado, que se haga en obsequio suyo todo lo que alcanzaren nuestras fuerzas, de que me ha parecido advertiros, para que hableis sin embarazo en sus proposiciones, y atribuyais á tan altos principios estos escesos de mi humanidad.

Idem.

IX.

Respuesta de Hernan Cortés al discurso del artículo anterior.

Despues, señor, de rendiros las gracias por la suma benignidad, con que permitis vuestros oidos á nuestra embajada, y por el superior conocimiento con que nos habeis favorecido, menospreciando en nuestro abono los siniestros informes de la opinion, debo deciros, que tambien acerca de nosotros se ha tratado la vuestra con aquel respeto y veneracion, que corresponde á vuestra grandeza. Mucho nos han dicho de vos en esas tierras de vuestro dominio; unos afeando vuestras obras y otros poniendo entre sus dioses vuestra persona: pero los encarecimientos crecen ordinariamente con injuria de la verdad; que como es la voz de los hombres el instrumento de la fama, suele participar de sus pasiones; y estas ó no entienden las cosas como son, ó no las dicen como las entienden. Los españoles, señor, tenemos otra vista, con que pasamos á discernir el color de las palabras, y por ellas el semblante del corazon: ni hemos creido á vuestros rebeldes ni á vuestros lisonjeros.

Con certidumbre de que sois príncipe grande y amigo de la razon venimos á vuestra presencia, sin necesitar de los sentidos para conocer, que sois príncipe mortal. Mortales somos tambien los españoles, aunque mas valerosos y de mayor entendimiento que vuestros vasallos, por haber nacido en otro clima de mas robustas influencias. Los animales, que nos obedecen, no son como vuestros venados, porque tienen mayor nobleza y ferocidad: brutos inclinados á la guerra, que saben aspirar con alguna especie de ambicion á la gloria de su dueño. El fuego de nuestras armas es obra natural de la industria humana, sin que tenga parte alguna en su produccion esa facultad, que profesan vuestros magos: ciencia entre nosotros abominable y digna de mayor desprecio, que la misma ignorancia: con cuya suposicion, que me ha parecido necesaria para satisfacer á vuestras advertencias, os hago saber con todo el acatamiento debido á vuestra majestad, que vengo á visitaros como embajador del mas poderoso monarca, que rejistra el sol desde su nacimiento: en cuyo nombre os propongo, que desea ser vuestro amigo y confederado, sin acordarse de los derechos antiguos, que habeis referido, para otro fin

que abrir el comercio entre ambas monarquías y conseguir por este medio vuestra comunicacion y vuestro desengaño. Y aunque pudiera, segun la tradicion de vuestras mismas historias, aspirar á mayor reconocimiento en estos dominios, solo quiere usar de su autoridad, para que le creais en lo mismo que os conviene; y daros á entender, que vos, señor, y vosotros, mejicanos, que me ois, vivis engañados en la relijion, que profesais, adorando unos leños insensibles, obra de vuestras manos y de vuestra fantasía: porque solo hay un Dios verdadero, principio eterno sin principio ni fin de todas las cosas, cuya omnipotencia infinita crió de nada esa fábrica maravillosa de los cielos, el sol que nos alumbra, la tierra que nos sustenta, y el primer hombre de quien procedemos todos con igual obligacion de reconocer y adorar á nuestra primera causa. Esta misma obligacion teneis vosotros impresa en el alma; y conociendo su inmortalidad, la desestimais y destruis, dando adoracion á los demonios, que son unos espíritus inmundos, criaturas del mismo Dios, que por su ingratitud y rebeldía fueron lanzados en ese fuego subterráneo, de que teneis alguna imperfecta noticia en el horror de vuestros vol-

canes. Estos, que por envidia y malignidad son enemigos mortales del jénero humano, solicitan vuestra perdicion, haciéndose adorar en esos ídolos abominables: suya es la voz, que alguna vez escuchais en las respuestas de vuestros ídolos, y suyas las ilusiones, con que suele introducir en vuestro entendimiento los errores de la imajinacion. Ya conozco, señor, que no son de este lugar los misterios de tan alta enseñanza; pero solamente os amonesta ese mismo rey, á quien reconoceis tan antigua superioridad, que nos oigais en este punto con ánimo indiferente, para que veais como descansa vuestro espíritu en la verdad, que os anunciamos, y cuántas veces habeis resistido á la razon natural, que os daba luz suficiente para conocer vuestra ceguedad. Esto es lo primero, que desea de vuestra majestad el rey mi señor, y esto lo principal que os propone, como el medio mas eficaz para que pueda estrecharse con durable amistad la confederacion de ambas coronas, y no falten á su firmeza los fundamentos de la relijion, que sin dejar alguna discordia en los dictámenes, introduzcan en el ánimo los vínculos de la voluntad.

Idem.

X.

Cacumatzin, rey de Tezcuco, exorta á los mejicanos á armarse contra los españoles, que tenian preso á Motezuma.

¿A qué aguardamos, amigos y parientes, que no abrimos los ojos al oprobio de nuestra nacion y á la vileza de nuestro sufrimiento? Nosotros, que nacimos á las armas y ponemos nuestra mayor felicidad en el terror de nuestros enemigos, ¿concedemos la cerviz al yugo afrentoso de una jente advenediza? ¿Qué son sus atrevimientos sino acusaciones de nuestra flojedad y desprecios de nuestra paciencia? Consideremos lo que han conseguido en breves dias, y conoceremos primero nuestro desaire y despues nuestra obligacion. Arrojaronse á la corte de Méjico, insolentes de cuatro victorias, en que los hizo valientes la falta de resistencia. Entraron en ella triunfantes á despecho de nuestro rey y contra la voluntad de la nobleza y gobierno. Introdujeron consigo nuestros enemigos ó rebeldes, y los mantienen armados á nuestros ojos, dando vanidad á los tlascaltecas, y pisando el pundonor de los

mejicanos. Quitaron la vida con público y escandaloso castigo á un jeneral del imperio, tomando en ajeno dominio jurisdiccion de majistrados ó autoridad de lejisladores. Y últimamente prendieron al gran Motezuma en su alojamiento, sacándole violentamente de su palacio; y no contentos con ponerle guardas á nuestra vista, pasaron á ultrajar su persona y dignidad con las prisiones de sus delincuentes. Asi pasó, todos lo sabemos: pero ¿quién habrá que lo crea sin desmentir á sus ojos? ¡O verdad ignominiosa, digna del silencio y mejor para el olvido! ¿Pues en qué os deteneis, ilustres mejicanos? ¿preso vuestro rey, y vosotros desarmados? Esa libertad aparente, de que le veis gozar estos dias, no es libertad, sino un tránsito engañoso, por el cual ha pasado insensiblemente á otro cautiverio de mayor indecencia; pues le han tiranizado el corazon, y se han hecho dueños de su voluntad, que es la prision mas indigna de los reyes. Ellos nos gobiernan y nos mandan: pues el que nos habia de mandar, los obedece. Ya le veis descuidado en la conservacion de sus dominios, desatento á la defensa de sus leyes y convertido el ánimo real en espíritu servil. Nosotros, que suponemos tanto en el

imperio mejicano, debemos impedir con todo el hombro su ruina. Lo que nos toca es juntar nuestras fuerzas, acabar con estos advenedizos y poner en libertad á nuestro rey. Si le desagradáremos, dejándole de obedecer en lo que le conviene, conocerá el remedio cuando convalezca de la enfermedad; y si no le conociere, hombres tiene Méjico, que sabrán llenar con sus sienes la corona: y no será el primero de nuestros reyes, que por no saber reinar, ó reinar descuidadamente, se dejó caer el cetro de las manos.

Idem.

XI.

Motezuma exorta á sus vasallos á dejar las armas que habian tomado contra los españoles.

Tan lejos estoy, vasallos mios, de mirar como delito esta comocion de vuestros corazones, que no puedo negarme inclinado á vuestra disculpa. Esceso fue tomar las armas sin mi licencia, pero esceso de vuestra fidelidad. Creisteis, no sin alguna razon, que yo estaba en este palacio de mis predecesores detenido y violentado, y el sacar de opresion

á vuestro rey es empeño grande para intentado sin desorden: que no hay leyes, que puedan sujetar el nimio dolor á los términos de la prudencia: y aunque tomasteis con poco fundamento la ocasion de vuestra inquietud (porquè yo estoy sin violencia entre los forasteros, que tratais como enemigos), ya veo, que no es descrédito de vuestra voluntad el engaño de vuestro discurso. Por mi eleccion he perseverado con ellos; y he debido toda esta benignidad á su atencion y todo este obsequio al príncipe, que los envía. Ya estan despachados: ya he resuelto que se retiren, y ellos saldrán luego de mi corte: pero no es bien que me obedezcan primero que vosotros, ni que vaya delante de vuestra obligacion su cortesía. Dejad las armas, y venid como debeis á mi presencia, para que cesando el rumor y callando el tumulto, quedeis capaces de conocer lo que os favorezco en lo mismo que os perdono.

Idem.

XII.

Campaña de Hernan Cortés contra Panfilo de Narvaez.

Quedó Hernan Cortés mas animoso que irritado con las sinrazones de Narvaez, pareciéndole indigno de su temor un enemigo de tan humildes pensamientos, y que no fiaba mucho de su ejército, ni de sí, quien trataba de asegurar la victoria con detrimento de su reputacion. Siguió su marcha en mas que ordinaria dilijencia; no porque tuviese resuelta la faccion, ni discurridos los medios; sino porque llevaba el corazon lleno de esperanzas, madrugando á confortar su resolucion aquellas premisas que suelen venir delante de los sucesos. Asentó su cuartel una legua de Zempoala en paraje defendido por la frente del rio, que llamaban de Canóas, y abrigado por las espaldas con la vecindad de la Veracruz, donde le dieron unas caserías ó habitaciones bastante comodidad para que se reparase la jente de lo que habia padecido con la fuerza del sol y prolijidad del camino. Hizo pasar algunos batidores y centinelas á la otra parte del rio; y dando el primer lugar

al descanso de su ejército, reservó para despues el discurir con sus capitanes lo que se hubiese de intentar, segun las noticias, que llegasen del ejército contrario, donde tenia ganados algunos confidentes; y estaba creyendo, que lo habian de ser en la ocasion cuantos aborrecian aquella guerra: cuyo presupuesto y las cortas esperiencias de Narvaez le dieron bastante seguridad para que pudiese acercarse tanto á Zempoala sin falta de precaucion ó nota de temeridad.

Llegó á Narvaez la noticia del paraje, donde se hallaba su enemigo: y mas apresurado que dilijente ó con un jénero de celeridad embarazada, que tocaba en turbacion, trató de sacar su ejército en campaña. Hizo pregonar la guerra, como si ya no estuviera pública: señaló dos mil pesos de talla por la cabeza de Cortés: puso en precio menor la de Gonzalez de Sandoval y Juan Velazquez de Leon. Mandaba muchas cosas á un tiempo, sin olvidarse de su enojo: mezclábanse las órdenes con las amenazas, y todo era despreciar al enemigo, con apariencias de temerle. Puesto en órden el ejército, menos por su disposicion, que por lo que acertaron, sin obedecer, sus capitanes, marchó como un cuarto de legua con to-

do el grueso, y resolvió hacer alto para esperar á Cortés en campo abierto, persuadiéndose á que venia tan desalumbrado, que le habia de acometer donde pudiese lograr todas sus ventajas el mayor número de su jente. Duró en este sitio y en esta credulidad todo el dia, gastando el tiempo y engañando la imajinacion con varios discursos de alegre confianza: conceder el pillaje á los soldados: enriquecer con el tesoro de Méjico á los capitanes, y hablar mas en la victoria que de la batalla. Pero al caer del sol se levantó un nublado, que adelantó la noche, y empezó á despedir tanta cantidad de agua, que aquellos soldados maldijeron la salida y clamaron por volverse al cuartel; en cuya impaciencia entraron poco despues los capitanes, y no se trabajó mucho en reducir á Narvaez, que sentia tambien su incomodidad; faltando en todos la costumbre de resistir á las inclemencias del tiempo, y en muchos la inclinacion á un rompimiento de tantos inconvenientes.

Habia llegado poco antes aviso de que se mantenia Cortés de la otra parte del rio: de que no sin alguna disculpa conjeturaron, que no habia que recelar por aquella noche; y como nunca se halla con dificultad la razon,

que busca el deseo, dieron todos por conveniente la retirada, y la pusieron en ejecucion desconcertadamente, caminando al cubierto menos como soldados, que como fujitivos.

No permitió Narvaez, que su ejército se desuniese aquella noche, mas porque discurrió en salir temprano á la campaña, que porque tuviese algun recelo de Cortés, aunque afectó por los demas el cuidado, á que obligaba la cercanía del enemigo. Alojáronse todos en el adoratorio principal de la villa, que constaba de tres torreones ó capillas poco distantes, sitio eminente y capaz, á cuyo plano se subia por unas gradas pendientes y desabridas, que daban mayor seguridad á la eminencia.

Guarneció con su artillería el pretil, que servia de remate á las gradas. Elijió para su persona el torreon de enmedio, donde se retiró con algunos capitanes y hasta cien hombres de su confidencia, y repartió en los otros dos el resto de la jente: dispuso que saliesen algunos caballos á correr la campaña: nombró dos centinelas, que se alargasen á reconocer las avenidas: y con estos resguardos, que á su parecer no dejaban que desear á la buena disciplina, dió al sosie-

go lo que restaba de la noche, tan lejos el peligro de su imajinacion, que se dejó rendir al sueño con poca ó ninguna resistencia del cuidado.

Despachó luego Andres de Duero á Hernan Cortés un confidente suyo, que pudo echar fuera de la plaza con poco riesgo, para que á boca le diese cuenta de la retirada y de la forma, en que se habia dispuesto el alojamiento; mas por asegurarle amigablemente, que podia pasar la noche sin recelo, que por advertirle ó provocarle á nuevos designios. Pero él con esta noticia tardó poco en determinarse á lograr la ocasion, que á su parecer le convidaba con el suceso. Tenia premeditados todos los lances que se le podian ofrecer en aquella guerra: y alguna vez se deben cerrar los ojos á las dificultades, porque suelen parecer mayores desde lejos, y hay casos, en que daña el discurir al ejecutar. Convocó su jente sin mas dilacion, y la puso en orden, aunque duraba la tempestad: pero aquellos soldados, endurecidos ya en mayores trabajos, obedecieron sin hacer caso de su incomodidad ni preguntar la ocasion de aquel movimiento inopinado: tanto se dejaban á la providencia de su capitan. Pasaron el

rio con el agua sobre la cintura, y vencida esta dificultad, hizo á todos un breve razonamiento, en que les comunicó lo que llevaba discurrido sin poner duda en su resolucion ni cerrar las puertas al consejo. Dióles noticia de la turbacion, con que se habian retirado los enemigos, buscando el abrigo de su cuartel contra el rigor de la noche, y de la separacion y desorden, con que habian ocupado los torreones del adoratorio; ponderó el descuido y seguridad en que se hallaban, facilidad con que podrian ser asaltados antes que llegasen á unirse ó tuviesen lugar para doblarse; y viendo que no solo se aprobaba, pero se aplaudia la proposicion;

«Esta noche (prosiguió diciendo con nuevo fervor), esta noche, amigos, ha puesto el cielo en nuestras manos la mayor ocasion que se pudiera finjir nuestro deseo: vereis agora lo que fio de vuestro valor, y yo confesaré, que vuestro mismo valor hace grandes mis intentos. Poco há que aguardabamos á nuestros enemigos con esperanza de vencerlos al reparo de esa ribera: ya los tenemos descuidados y desunidos, militando por nosotros el mismo desprecio, con que nos tratan. De la impaciencia vergonzosa,

con que desampararon la campaña, huyen-
do esos rigores de la noche, pequeños ma-
les de la naturaleza, se colije como esta-
rán en el sosiego unos hombres, que le bus-
caron con flojedad y le disfrutan sin recelo.
Narvaez entiende poco de las puntualidades,
á que obligan las continjencias de la guerra.
Sus soldados por la mayor parte son viso-
ños, jente de la primera ocasion, que no ha
menester la noche para moverse con desa-
cierto y ceguedad: muchos se hallan des-
obligados ó quejosos de su capitan: no fal-
tan algunos, á quien debe inclanacion nues-
tro partido, ni son pocos los que aborrecen
como voluntario este rompimiento; y sue-
len pesar los brazos, cuando se mueven con-
tra el dictamen ó contra la voluntad. Unos
y otros se deben tratar como enemigos hasta
que se declaren: porque si ellos nos vencen,
hemos de ser nosotros los traidores. Ver-
dad es, que nos asiste la razon; pero en la
guerra es la razon enemiga de los negligen-
tes, y ordinariamente se quedan con ella
los que pueden mas. A usurparos vienen
cuanto habeis adquirido: no aspiran á me-
nos que hacerse dueños de vuestra libertad,
de vuestras haciendas y de vuestras esperan-
zas: suyas han de llamar nuestras victorias:

suya la tierra, que habeis conquistado con vuestra sangre : suya la gloria de vuestras hazañas; y lo peor es, que con el mismo pie, que intentan pisar nuestra cerviz, quieren atropellar el servicio de nuestro rey, y atajar los progresos de nuestra relijion : porque se han de perder, si nos pierden; y siendo suyo el delito, han de quedar en duda los culpados. A todo se ocurre, con que obreis esta noche como acostumbrais : mejor sabreis ejecutarlo que discurrirlo : alto á las armas y á la costumbre de vencer: Dios y el rey en el corazon: el pundonor á la vista y la razon en las manos; que yo seré vuestro compañero en el peligro, y entiendo menos de animar con las palabras, que de persuadir con el ejemplo.»

Quedaron tan encendidos los ánimos con esta oracion de Cortés, que hacian instancia los soldados sobre que no se dilatase la marcha. Todos le agradecieron el acierto de la resolucion, y algunos le protestaron, que si trataba de ajustarse con Narvaez, le habian de negar la obediencia : palabras de hombres resueltos, que no le sonaron mal, porque hacian al brio mas que al desacato. Formó sin perder tiempo tres pequeños escuadrones de su jente, los cua-

les se habian de ir sucediendo en el asalto. Encargó el primero á Gonzalo de Sandoval con sesenta hombres, en cuyo número fueron comprendidos los capitanes Jorje y Gonzalo de Alvarado, Alonso Dávila, Juan Velazquez de Leon, Juan Nuñez de Mercado y nuestro Bernal Diaz del Castillo. Nombró por cabo del segundo al maestre de campo Cristoval de Olid, con otros sesenta hombres y asistencia de Andres de Tapia, Rodrigo Ranjel, Juan Jaramillo y Bernardino Vazquez de Tapia; y él se quedó con el resto de la jente y con los capitanes Diego de Ordaz, Alonso de Grado, Cristobal y Martin de Gamboa, Diego Pizarro y Domingo de Alburquerque. La orden fue, que Gonzalo de Sandoval con su vanguardia procurase vencer la primera dificultad de las gradas y embarazar el uso de la artillería, dividiéndose á estorbar la comunicacion de los dos torreones de los lados y poniendo gran cuidado en el silencio de su jente: que Cristoval de Olid subiese inmediatamente con mayor dilijencia, y embistiese al torreon de Narvaez, apretando el ataque á viva fuerza, y él seguiria con los suyos para dar calor y asistir donde llamase la necesidad, rompiendo entonces las cajas y demas estruen-

dos militares, para que su misma novedad diese al asombro y á la confusion el primer movimiento del enemigo.

Entró luego frai Bartolomé de Oviedo con su exortacion espiritual, y asentando el presupuesto de que iban á pelear por la causa de Dios, los dispuso á que hiciesen de su parte lo que debian, para merecer su favor. Habia una cruz en el camino, que fijaron ellos mismos, cuando pasaron á Méjico: y puesto de rodillas delante de ella todo el ejército, les dictó un acto de contricion, que iban repitiendo con voz afectuosa: mandóles decir la confesion general, y bendiciéndoles despues con la forma de la absolucion, dejó en sus corazones otro espíritu de mejor calidad, aunque parecido al primero: porque la quietud de la conciencia quita el horror á los peligros, ó mejora el desprecio de la muerte.

Concluida esta piadosa dilijencia, formó Hernan Cortés sus tres escuadrones: puso en su lugar las picas y las bocas de fuego: repartió las órdenes á los cabos: encargó á todos el silencio: dió por seña ó por invocacion el nombre del Espíritu Santo, en cuya pascua sucedió esta interpresa; y empezó á marchar en la misma ordenanza,

que se habia de acometer, caminando muy poco á poco porque llegase descansada la jente, y por dar tiempo á la noche para que se apoderase mas de su enemigo; de cuya ciega seguridad y culpable descuido pensaba servirse para vencerle á menos costa, sin quedarle escrúpulo de que obraba menos valerosamente, que solia, en este jénero de insidias jenerosas que llamó la antigüedad delitos de emperadores ó capitanes jenerales; siendo los engaños, que no se oponen á la buena fe, lícitas permisiones del arte militar, y disputable la preferencia entre la industria y el valor de los soldados.

Habria marchado el ejército de Cortés algo mas de media legua, cuando volvieron los batidores con una centinela de Narvaez, que cayó en sus manos, y dieron noticia de que se les habia escapado entre la maleza otra, que venia poco despues: accidente, que destruia el presupuesto de hallar descuidado al enemigo. Hizose una breve consulta entre los capitanes, y vinieron todos en que no era posible, que aquel soldado, caso que hubiese descubierto el ejército, se atreviese por entonces á seguir el camino derecho, siendo mas verisimil que tomase algun rodeo por no dar en el peligro: de

que resultó con aplauso comun la resolucion de alargar el paso para llegar antes que la espía, ó entrar al mismo tiempo en el cuartel de los enemigos: suponiendo, que si no se lograse la ventaja de asaltarlos dormidos, se conseguiria por lo menos la de hallarlos mal despiertos y en el preciso embarazo de la primera turbacion. Así lo discurrieron sin detenerse, y empezaron á marchar en mayor dilijencia: dejando en un ribazo fuera del camino los caballos, el bagaje y los demas impedimentos. Pero la centinela, que debió á su miedo parte de su ajilidad, consiguió el llegar antes, y puso en armas el cuartel, diciendo á voces, que venia el enemigo. Acudieron á las armas los que se hallaron mas prontos: lleváronle á la presencia de Narvaez; y él, despues de hacerle algunas preguntas, despreció el aviso y al que le traia, teniendo por impracticable, que se atreviese Cortés á buscarle con tan poca jente dentro de su alojamiento, ni pudiese campear en noche tan oscura y tempestuosa.

Serian poco mas de las doce, cuando llegó Hernan Cortés á Zampoala, y tuvo dicha en que no le descubriesen los caballos de Narvaez, que al parecer perdieron el ca-

mino con la oscuridad, si no se apartaron de él para buscar algun abrigo en que defenderse del agua. Pudo entrar en la villa y llegar con su ejército á vista del adoratorio, sin hallar un cuerpo de guardia ni una centinela en que detenerse. Duraba entonces la disputa de Narvaez con el soldado, que se afirmaba en haber reconocido no solamente los batidores, sino todo el ejército en marcha dilijente : pero se buscaban todavía pretestos á la seguridad, y se perdia en el exámen de la noticia el tiempo que, aun siendo incierta, se debia lograr en la prevencion. La jente andaba inquieta y desvelada ; cruzando por el atrio superior: unos dudosos y otros en la intelijencia de su capitan; pero todos con las armas en las manos y poco menos que prevenidos.

Conoció Hernan Cortés que le habian descubierto; y hallándose ya en el segundo caso, que llevaba discurrido, trató de asaltarlos antes que se ordenasen. Hizo la seña de acometer, y Gonzalo de Sandoval con su vanguardia empezó á subir las gradas segun el orden que llevaba. Sintieron el rumor algunos de los artilleros, que estaban de guardia, y dando fuego á dos ó tres piezas, tocaron arma segunda vez sin dejar duda

en la primera. Siguióse al estruendo de la artillería el de las cajas y las voces, y acudieron luego á la defensa de las gradas los que se hallaron mas cerca. Creció brevemente la oposicion, estrechóse á las picas y á las espadas el combate; y Gonzalo de Sandoval hizo mucho en mantenerse, forcejando á un tiempo con el mayor número de la jente y con la diferencia del sitio inferior; pero le socorrió entonces Cristoval de Olid; y Hernan Cortés, dejando formado su reten, se arrojó á lo mas ardiente del conflicto y facilitó el avance de unos y otros, obrando con la espada lo que infundia con la voz: á cuyo esfuerzo no pudieron resistir los enemigos, que tardaron poco en dejar libre la última grada, y poco mas en retirarse desordenadamente, desamparando el atrio y la artillería. Huyeron muchos á sus alojamientos, y otros acudieron á cubrir la puerta del torreon principal, donde se volvió á pelear breve rato con igual valor de ambas partes.

Dejóse ver á este tiempo Panfilo de Narvaez, que se detuvo en armarse á persuasion de sus amigos; y despues de animar á los que peleaban y hacer cuanto pudo para ordenarlos, se adelantó con tanto denuedo á lo

mas recio del combate, que hallándose cerca Pedro Sanchez Farfan, uno de los soldados que asistian á Sandoval, le dió un picazo en el rostro, de cuyo golpe le sacó un ojo y derribó en tierra, sin mas aliento que el que hubo menester para decir, que le habian muerto. Corrió esta voz entre sus soldados, y cayó sobre todos el espanto y la turbacion con varios efectos: porque unos le desampararon ignominiosamente, otros se detuvieron por falta de movimiento, y los que mas se quisieron esforzar á socorrerle, peleaban embarazados y confusos del súbito accidente: con que se hallaron obligados á retroceder, dando lugar á los vencedores para que le retirasen. Bajáronle por las gradas poco menos que arrastrando. Envió Cortés á Gonzalo de Sandoval para que cuidase de asegurar su persona, lo cual se ejecutó entregándole al último escuadron: y el que poco antes miraba con tanto descuido aquella guerra, se halló, al volver en sí, no solo con el dolor de su herida, sino en poder de sus enemigos, y con dos pares de grillos, que le ponian mas lejos su libertad.

Llegó el caso de cesar la batalla, porque cesó la resistencia. Encerráronse todos

los de Narvaez en sus torreones, tan amedrentados, que no se atrevian á disparar, y solo cuidaban de poner estorbos á la entrada. Los de Cortés apellidaban á voces la victoria, unos por Cortés y otros por el rey y los mas atentos por el Espíritu Santo: gritos de alborozo anticipado, que ayudaron entonces al terror de los enemigos: y fue circunstancia, que hizo al caso en aquella coyuntura, que se persuadiesen los mas á que traia Cortés un ejército muy poderoso, el cual à su parecer ocupaba gran parte de la campaña: porque desde las ventanas de su encerramiento descubrian á diferentes distancias algunas luces, que interrumpiendo la oscuridad, párecian á sus ojos cuerdas encendidas y tropas de arcabuceros; siendo unos gusanos, que resplandecen de noche, semejantes á nuestras lucernas ó noctilucas, aunque de mayor tamaño y resplandor en aquel hemisferio: aprension, que hizo particular batería en el vulgo del ejército, y que dejó dudosos á los que mas se animaban: tanto engaña el temor á los afligidos, y tanto se inclinan los adminículos menores de la casualidad á ser parciales de los afortunados.

Mandó Cortés, que cesasen las aclama-

ciones de la victoria, cuya credulidad intempestiva suele dañar en los ejércitos, y se debe atajar, porque descuida y desordena los soldados. Hizo volver la artillería contra los torreones: dispuso, que á guisa de pregon se publicase indulto jeneral á favor de los que se rindiesen, ofreciendo partidos razonables y comunicacion de intereses á los que se determinasen á seguir sus banderas: libertad y pasaje á los que se quisiesen retirar á la Isla de Cuba, y á todos salva la ropa y las personas: dilijencia, que fue bien discurrida, porque importó mucho, que se hiciese notoria esta manifestacion de su ánimo antes que el dia, cuya primera luz no estaba lejos, desengañase aquella jente de las pocas fuerzas, que los tenia oprimidos; y les diese resolucion para cobrarse de la pusilanimidad mal concebida; que algunas veces el miedo suele hacerse temeridad, avergonzando al que le tuvo con poco fundamento.

Apenas se acabó de intimar el bando á las tres separaciones, donde se habia retraido la jente, cuando empezaron á venir tropas de oficiales y soldados á rendirse. Iban entregando las armas, como llegaban: y

Cortés, sin faltar á la urbanidad ni al agasajo, hizo tambien desarmar sus confidentes, porque no se les conociese la inclinacion, ó porque diesen ejemplo á los demas. Creció tanto en breve tiempo el número de los rendidos, que fue necesario dividirlos y asegurarlos con guardia suficiente, hasta que, saliendo el dia, se descubriesen las caras y los afectos.

Cuidó en este intermedio Gonzalo de Sandoval de que se curase la herida de Narvaez: y Hernan Cortés, que acudia incansablemente á todas partes y tenia en aquella su principal cuidado, se acercó á verle con algun recato, por no afljirle con su presencia; pero le descubrió el respeto de sus soldados; y Narvaez, volviéndole á mirar con semblante de hombre, que no acababa de conocer su fortuna, le dijo: *tened en mucho, señor capitan, la dicha, que habeis conseguido en hacerme vuestro prisionero*: á lo que respondió Cortés, *de todo, amigo, se deben las gracias á Dios: pero sin jénero de vanidad os puedo asegurar, que pongo esta victoria y vuestra prision entre las cosas menores, que se han obrado en esta tierra.*

Llegó entonces noticia de que se resistia con ostinacion uno de los torreones, donde

se habian hecho fuertes el capitan Salvatierra y Diego Velazquez el mozo, deteniendo con su autoridad y persuasiones á los soldados, que se hallaban con ellos. Volvió Cortés á subir las gradas: hizoles intimar, que se rindiesen ó serian tratados con todo el rigor de la guerra: y viéndolos resueltos á defenderse ó capitular, dispuso, no sin alguna colera, que se disparasen al torreon dos piezas de artillería: y poco despues ordenó á los artilleros, que levantasen la mira y diesen la carga en lo alto del edificio, mas para espantar que para ofender. Asi lo ejecutaron, y no fue necesaria mayor dilijencia para que saliesen muchos á pedir cuartel, dejando libre la entrada de la torre, que acabó de allanar Juan Velazquez de Leon con una escuadra de los suyos: prendieron á los capitanes Salvatierra y Velazquez, teenemigos declarados, de quien se podia temer, que aspirasen á ocupar el vacío de Narvaez, con que se declaró enteramente la victoria por Cortés. Murieron de su parte solo dos soldados y hubo algunos heridos, de los cuales hay quien diga, que murieron otros dos. En el ejército contrario quedaron muertos quince soldados, un alférez y un capitan, y fue mucho mayor el número

de los heridos. Narvaez y Salvatierra fueron llevados á la Veracruz con la guardia, que pareció necesaria. Quedó prisionero de Juan Velazquez de Leon Diego Velazquez el mozo; y aunque le tenia justamente irritado con el lance de Zempoala, cuidó con particular asistencia de su cura y regalo: generosidad, en que medió como intercesora la igualdad de la sangre, y como superior la nobleza del ánimo. Y todo esto quedó ejecutado antes de amanecer: notable faccion, en que se midieron por instantes los aciertos de Cortés y los desalumbramientos de Narvaez.

Al romper del alba llegaron los dos mil chinantecas, que se habian prevenido; y aunque vinieron despues de la victoria, celebró Cortés el socorro, teniéndole por oportuno para que viesen los de Narvaez, que no le faltaban amigos, que le àsistiesen. Miraban aquellos pobres rendidos con vergüenza y confusion el estado, en que se hallaban: dióles el dia con su ignominia en los ojos: vieron llegar este socorro, y conocieron las pocas fuerzas, con que se habia conseguido la victoria: maldecian la confianza de Narvaez; acusaban su descuido, y todo cedia en mayor estimacion de Cortés, cuya

vijilancia y ardimiento ponderaban con igual admiracion. Prerogativa es del valor, en la guerra particularmente, que no le aborrezcan los mismos, que le envidian: pueden sentir su fortuna los perdidosos, pero nunca desagradan al vencido las hazañas del vencedor: máxima que se verificó en esta ocasion: porque cada uno, sin fiarse de los demas, se iba inclinando á mejorar de capitan y á seguir las banderas de un ejército, donde vencian y medraban los soldados. Habia entre los prisioneros algunos amigos de Cortés, muchos aficionados á su valor y muchos á su liberalidad. Rompieron los amigos el velo de la disimulacion, dieron principio á las aclamaciones, con que se declararon luego los aficionados, siguiendo á la mayor parte los demas. Permitióse, que fuesen llegando á la presencia del nuevo capitan: arrojaranse muchos á sus pies, si él no los detuviera con los brazos: dieron todos el nombre, haciendo pretension de ganar antigüedad en las listas: no hubo entre tantos uno que se quisiese volver á la isla de Cuba, y logró con esto Hernan Cortés el principal fruto de su empresa: porque no deseaba tanto vencer, como conquistar aquellos españoles. Fue reconociendo los ánimos, y ha-

lló en todos bastante sinceridad, pues ordenó luego que se les volviesen las armas: accion, que resistieron algunos de sus capitanes: pero no faltarian motivos á esta seguridad, siendo amigos los que mas suponian entre aquella jente, y estando alli los chinantecas, que aseguraban su partido. Conocieron ellos el favor, que recibian: aplaudieron esta confianza con nuevas aclamaciones, y él se halló en breves horas con un ejército, que pasaba ya de mil españoles, presos los enemigos, de quien se podia recelar, con una armada de once navios y siete bergantines á su disposicion, desecho el último esfuerzo de Velazquez, y con fuerzas proporcionadas para volver á la conquista principal: debiéndose todo á su gran corazon, suma vijilancia y talento militar, y no menos al valor de sus soldados, que abrazaron primero con el ánimo una resolucion tan peligrosa, y despues con la espada y con el brio le dieron, no solamente la victoria, sino el acierto de la misma resolucion: porque al voto de los hombres, que dan ó quitan la fama, el conseguir es crédito del intentar; y las mas veces se debe á los sucesos el quedar con opinion de prudentes los consejos aventurados.

Idem.

XIII.

Retírase Hernan Cortés de Méjico.

Envióse aquella misma tarde nuevo embajador mejicano á la ciudad, con pretesto de continuar la proposicion, que llevó á su cargo el sacerdote: dilijencia, que pareció conveniente para deslumbrar al enemigo, dándole á entender, que se corria de buena intelijencia en el tratado, y que á lo mas largo se dispondria la marcha dentro de ocho dias. Trató luego Hernan Cortés de apresurar las disposiciones de su jornada, cuyo breve plazo daba estimacion á los instantes. Distribuyó las órdenes, instruyó á los capitanes, previniendo con atenta precaucion los accidentes, que se podian ofrecer en la marcha. Formó la vanguardia, poniendo en ella doscientos soldados españoles, con los tlascaltecas de mayor satisfacion; y hasta veinte caballos, á cargo de los capitanes Gonzalo de Sandoval, Francisco de Acebedo, Diego de Ordaz, Francisco de Lugo y Andres de Tapia. Encargó la retaguardia con algo mayor número de jente y caballos á Pedro de Alvarado, Juan Velazquez de Leon y otros cabos de los que vinieron con

Narvaez. En la batalla ordenó que fuesen los prisioneros, artillería y bagaje con el resto del ejército, reservando para que asistiesen á su persona y á las ocurrencias donde llamase la necesidad, hasta cien soldados escojidos con los capitanes Alonso Davila, Cristobal de Olid y Bernardino Vazquez de Tapia. Hizo despues una breve oracion á los soldados, ponderando aquella vez las dificultades y peligros del intento, porque andaba muy valida en los corrillos la opinion de que no peleaban de noche los mejicanos, y era necesario introducir el recelo para desviar la seguridad, enemiga lisonjera en las facciones militares: porque inclina los ánimos al descuido para entregarlos á la turbacion, asi como suele prevenirlos el temor prudente contra el miedo vergonzoso.

Mandó luego sacar á una pieza de su cuarto el oro y plata, joyas y preseas del tesoro, que tenia en depósito Cristobal de Guzman su camarero, y de él se apartó el quinto del rey en los jéneros mas preciosos y de menos volúmen, de que se hizo entrega formal á los oficiales, que llevaban la cuenta y razon del ejército, dando para su conduccion una yegua suya y algunos caballos heridos, por no embarazar los indios que

podian servir en la ocasion. Pasaria el residuo, segun el cómputo, que se pudo hacer, de setecientos mil pesos; cuya riqueza desamparó con poca ó ninguna repugnancia, protestando publicamente, *que no era tiempo de retirarla, ni tolerable, que se detuviesen á ocupar indignamente las manos, que debian ir libres para la defensa de la vida y de la reputacion.* Pero reconociendo en los soldados menos aplaudido el acierto de aquella pérdida inescusable, añadió al apartarse: *que no se debia mirar entonces la retirada como desamparo del caudal adquirido ni del intento principal; sino como una disposicion necesaria para volver á la empresa con mayor esfuerzo; al modo que suele servir al impulso del golpe la dilijencia de retirar el brazo.* Y les dió á entender, que no seria gran delito aprovecharse de lo que buenamente pudiesen; que fue lo mismo en la sustancia, que dejar la moderacion al arbitrio de la codicia: y aunque los mas, viendo en su poder aquel tesoro abandonado, cuidaron de quedar alijerados y prontos para lo que se ofreciese, hubo algunos, y particularmente los de Narvaez, que se dieron al pillaje con sobrada inconsideracion; acusando la estrechez de las mochilas y sirviéndose de los

hombros contra la voluntad de las fuerzas: dispensacion, en que al parecer, dormitaron las advertencias militares de Cortés; porque no pudo ignorar, que la riqueza en el soldado no solo es embarazo esterior, cuando llega el caso de pelear; sino impedimento, que suele hacer estorbo en el ánimo: siendo mas facil en los de pocas obligaciones desprenderse del pundonor, que desasirse de la presa.

No le hallamos otra disculpa, que haberse persuadido á que podria ejecutar su marcha sin oposicion; y si esta seguridad, que no parece de su jenio, tuvo alguna relacion al vaticinio del astrólogo, dado el error de haberle atendido, no se debe mirar como nuevo descuido, sino como segundo inconveniente de la primera culpa.

Seria poco menos de media noche, cuando salieron del cuartel, sin que las centinelas ni los batidores hallasen que reparar ó que advertir; y aunque la lluvia y la oscuridad favorecian el intento de caminar cautamente y aseguraban el recelo de que pudiese durar el enemigo en sus reparos, se observó con tanta puntualidad el silencio y el recato, que no pudiera obrar el temor lo que pudo en aquellos soldados la obedien-

cia. Pasó el puente levadizo á la vanguardia, y los que le llevaban á su cargo, le acomodaron á la primera canal: pero aferró tanto en las piedras, que le sustentaban, con el peso de los caballos y artillería, que no quedó capaz de poderse mudar á los demas canales, como se habia presupuesto, ni llegó el caso de intentarlo: porque antes que acabase de pasar el ejército el primer tramo de la calzada, fue necesario acudir á las armas, y se hallaron acometidos por todas partes cuando menos lo recelaban.

Fue digna de admiracion en aquellos bárbaros la maestría, con que dispusieron su faccion: observaron con vijilante disimulacion el movimiento de sus enemigos. Juntaron y distribuyeron sin rumor la multitud inmanejable de sus tropas: sirviéronse de la oscuridad y del silencio para lograr el intento de acercarse sin ser descubiertos. Cubrióse de canóas armadas el ámbito de la laguna, que venian por los dos costados sobre la calzada; entrando al combate con tanto sosiego y desembarazo, que se oyeron sus gritos y el estruendo belicoso de sus caracoles casi al mismo tiempo, que se dejaron sentir los golpes de sus flechas.

Pereciera sin duda todo el ejército de

Cortés, si hubieran guardado los indios en el pelear la buena ordenanza, que observaron al acometer: pero estaba en ellos violenta la moderacion, y al empezar la cólera cesó la obediencia y prevaleció la costumbre, cargando de tropel sobre la parte, donde reconocieron el bulto del ejército, tan oprimidos unos de otros, que se hacian pedazos las canóas chocando en la calzada; y era segundo peligro de las que se acercaban, el impulso de las que procuraban adelantarse. Hicieron sangriento destrozo los españoles en aquella jente desnuda y desordenada: pero no bastaban las fuerzas al contínuo ejercicio de las espadas y de los chuzos; y á breve rato se hallaron tambien acometidos por la frente, y llegó el caso de volver las caras á lo mas ejecutivo del combate: porque los indios, que se hallaban distantes, ó los que no pudieron sufrir la pereza de los remos, se arrojaron al agua; y sirviéndose de su ajilidad y de sus armas, treparon sobre la calzada en tanto número, que no quedaron capaces de mover las armas; cuyo nuevo sobresalto tuvo en aquella ocasion circunstancias de socorro: porque fueron fáciles de romper, y muriendo casi todos, bastaron sus cuerpos á cegar el canal,

sin que fuese necesario otra dilijencia, que irlos arrojando en él para que sirviesen de puente al ejército. Asi lo refieren algunos de nuestros escritores; aunque otros dicen, que se halló dichosamente una viga de bastante latitud, que dejaron sin romper en la segunda puente, por la cual pasó desfilada la jente, llevando por el agua los caballos al arbitrio de la rienda. Como quiera que sucediese, que no son fáciles de concordar estas noticias, ni todas merecen reflexion, la dificultad de aquel paso inescusable se venció, mediando la industria ó la felicidad: y la vanguardia prosiguió su marcha, sin detenerse mucho en el último canal; porque se debió á la vecindad de la tierra la diminucion de las aguas, y se pudo esguazar facilmente lo que restaba del lago: teniéndose á dicha particular, que los enemigos, de tanta jente como les sobraba, no hubiesen echado alguna de la otra parte: porque fuera entrar en nueva y mas peligrosa disputa los que iban saliendo á la ribera fatigados y heridos con el agua sobre la cintura: pero no cupo en su advertencia esta prevencion, ni al parecer descubrieron la marcha: ó seria lo mas cierto, que no se hizo lugar entre su confusion y desorden el intento de impedirla.

Pasó Hernan Cortés con el primer trozo de su jente, y ordenando sin detenerse á Juan de Jaramillo, que cuidase de ponerla en escuadron como fuese llegando, volvió á la calzada con los capitanes Gonzalo de Sandoval, Cristoval de Olid, Alonso Dávila, Francisco de Morla y Gonzalo Dominguez. Entró en el combate animando á los que peleaban no menos con su presencia que con su ejemplo: reforzó su tropa con los soldados, que parecieron bastantes para detener al enemigo por las dos avenidas: y entretanto mandó, que se retirase lo interior de las hileras, haciendo echar al agua la artillería para desembarazar el paso y dar corriente á la marcha. Fue mucho lo que obró su valor en este conflicto: pero mucho mas lo que padeció su espíritu: porque le traia el ayre á los oidos envueltas en el horror de la oscuridad las voces de los españoles, que llamaban á Dios en el último trance de su vida: cuyos lamentos, confusamente mezclados con los gritos y amenazas de los indios, le traian al corazon otra batalla entre los incentivos de la ira y los afectos de la piedad.

Sonaban estas voces lastimosas á la parte de la ciudad, donde no era posible acudir: porque los enemigos, que andaban en la la-

guna, cuidaron de romper el puente levadizo, antes que acabase de pasar la retaguardia, donde fue mayor el fracaso de los españoles, porque cerró con ellos el principal grueso de los mejicanos, obligándolos á que se retirasen á la calzada y haciendo pedazos. á los menos dilijentes, que por la mayor parte fueron de los que faltaron á su obligacion y reusaron entrar en la batalla, por guardar el oro, que sacaron del cuartel. Murieron estos ignominiosamente, abrazados con él peso miserable, que los hizo cobardes en la ocasion y tardos en la fuga. Destruyeron su opinion y dañaron injustamente el crédito de la faccion; porque supusieron en el cómputo de los muertos como si hubieran vendido á mejor precio la vida: y de buena razon, no se habian de contar los cobardes en el número de los vencidos.

Retiróse finalmente Cortés con los últimos, que pudo recojer de la retaguardia; y al tiempo que iba penetrando con poca ó ninguna oposicion el segundo espacio de la calzada, llegó á incorporarse con él Pedro de Alvarado, que debió la vida poco menos que á un milagro de su espíritu y su actividad: porque hallándose combatido por to-

das partes, muerto el caballo y con uno de los canales por la frente, fijó su lanza en el fondo de la laguna y saltó con ella de la otra parte, ganando elevacion con el impulso de los pies y librando el cuerpo sobre la fuerza de los brazos: maravilloso atrevimiento, que se miraba despues como novedad monstruosa ó fuera del curso natural, y el mismo Alvarado, considerando la distancia y el suceso, hallaba diferencia entre lo hecho y lo factible. No quiso acomodarse Bernal Diaz del Castillo á que dejase de ser finjido este salto, antes le impugnó en su historia, no sin alguna demasía, porque lo deja y vuelve á repetir con desconfianza de hombre, que temió ser engañado entonces, ó que alguna vez se arrepintió de haber creido con facilidad. Y en nuestro sentir es menos tolerable, que Pedro de Alvarado se pusiese á finjir en aquella coyuntura una hazaña sin proporcion ni probabilidad, que cuando se creyese, dejaba mas encarecida su lijereza que acreditado su valor. Referimos lo que afirmaron y creyeron los demas españoles, y lo que autorizó la fama, dando á conocer aquel sitio por el nombre del salto de Alvarado, sin hallar gran disonancia en confesar, que pudieron concurrir en

este caso, como en otros, lo verdadero y lo inverosimil: y á vista del aprieto, en que se halló Pedro de Alvarado, se nos figura menos digno de admiracion el suceso, teniéndole no tanto por raro continjente negado á la humana dilijencia, como por un esfuerzo estraodinario de la última necesidad.

Acabó de salir el ejército á tierra con la primera luz del dia, y se hizo alto cerca de Tacuba, no sin recelos de aquella poblacion numerosa y parcial de los mejicanos; pero se tuvo atencion á no desamparar luego las cercanías de la laguna, por dar algun tiempo á los que pudiesen escapar de la batalla: y fue bien discurrida esta detencion, porque se logró el recojer algunos españoles y tlascaltecas, que mediante su valor y su dilijencia salieron nadando á la ribera ó tuvieron suerte de poderse ocultar entre los maizales del contorno.

Dieron estos noticia de que se habia perdido totalmente la última porcion de la retaguardia; y puesta en escuadron la jente se halló, que faltaban del ejército casi doscientos españoles, mas de mil tlascaltecas, cuarenta y seis caballos y todos los prisioneros mejicanos, que sin poderse dar á conocer por la turbacion de la noche, fueron

tratados como enemigos por los mismos de su nacion. Estaba la jente quebrantada y recelosa, disminuido el ejército y sin artillería, pendiente la ocasion; y sobre tantos motivos de sentimiento se miraba como infelicidad de mayor peso la falta de algunos cabos principales, en cuyo número fueron los mas señalados Amador de Larez, Francisco de Morla y Francisco de Salcedo, que perdieron la vida cumpliendo á toda costa con sus obligaciones. Murió tambien Juan Velazquez de Leon, que se retiraba en lo último de retaguardia y cedió á la muchedumbre, durando en el valor hasta el último aliento : pérdida, que fue de jeneral sentimiento, porque le respetaban todos como á la segunda persona del ejército.

Descansaba Hernan Cortés sobre una piedra, entretanto que sus capitanes atendian á la formacion de la marcha, tan rendido á la fatiga interior, que necesitó mas que nunca de sí para medir con la ocasion el sentimiento : procuraba socorrerse de su constancia y pedia treguas á la consideracion: pero al mismo tiempo que daba las órdenes y animaba la jente con mayor espíritu y resolucion, prorrumpieron sus ojos en lágrimas, que no pudo encubrir á los que le

asistian : flaqueza varonil, que por ser en causa comun, dejaba sin ofensa la parte irascible del corazon. Seria digno espectáculo de grande admiracion verle afligido sin faltar á la entereza del aliento, y bañado el rostro en lágrimas sin perder el semblante de vencedor.

Idem.

XIV.

Hernan Cortés anima á sus soldados á dar cabo á la conquista de Méjico.

No trato, amigos y compañeros, de acordaros ni engrandeceros el empeño, en que os hallais de obrar como españoles en esta empresa: porque tengo conocido el esfuerzo de vuestros corazones, y no solo debo confesar la esperiencia, sino la envidia de vuestras hazañas. Lo que os propongo, menos como superior que como uno de vosotros, es, que pongamos todos con igual dilijencia la vista y la consideracion en esa multitud de indios que nos sigue tomando por suya nuestra causa: demostracion, que nos ha puesto en dos obligaciones, dignas ambas de

nuestro cuidado : la primera, de tratarlos como amigos, sufriéndolos, si fuere necesario, como á menos capaces de razon : y la otra, de advertirlos con nuestro proceder lo que deben observar en el suyo. Ya llevais entendidas las ordenanzas, que se han intimado á todos : cualquiera delito contra ellas tendrá en vosotros su propia malicia y la malicia del ejemplo. Cada uno debe reparar en lo que podrán influir sus transgresiones, ó será fuerza que reparemos los demas en lo que importan las influencias del castigo. Sentiré mucho hallarme obligado á proceder contra el menor de mis soldados : pero será este sentimiento como dolor inescusable, y andarán juntas en mi resolucion la justicia y la paciencia. Ya sabeis la faccion grande á que nos disponemos; obra será digna de historia conquistar un imperio á nuestro rey : las fuerzas que veis y las que se irán juntando, serán proporcionadas al heróico intento. Y Dios, cuya causa defendemos, va con nosotros : que nos ha mantenido á fuerza de milagros, y no es posible, que desampare una empresa, en que se ha declarado tantas veces por nuestro capitan. Sigámosle, pues, y no le desobliguemos.

Idem.

XV.

Oracion de Hernan Cortés á los de Tezcuco, restableciendo en el trono al legítimo rey de aquella ciudad.

Aquí teneis, amigos, al hijo lejítimo de vuestro lejítimo rey. Ese injusto dueño, que tiene mal usurpada vuestra obediencia, empuñó el cetro de Tezcuco, recien teñido en la sangre de su hermano mayor: y como no es dada la ciencia de conservar á los tiranos, reinó como se hizo rey, despreciando el aborrecimiento por conseguir el temor de sus vasallos, y tratando como esclavos á los que habian de tolerar su delito: y ultimamente, con la vileza de abandonaros en el riesgo, desestimando vuestra defensa, os ha descubierto su falta de valor, y puesto en las manos el remedio de vuestra infelicidad. Pudiera yo, si no fueran otras mis obligaciones, servirme de vuestro desamparo y recurrir al derecho de la guerra, sujetando esta ciudad, que tengo, como veis, al arbitrio de mis armas: pero los españoles nos inclinamos dificultosamente á la sinrazon; y no siendo en la sustancia vuestro rey el

que nos hizo la ofensa, ni vosotros debeis padecer como vasallos suyos, ni este príncipe quedar sin el reino, que le dió la naturaleza. Recibidle de mi mano, como le recibisteis del cielo: dadle por mí la obediencia, que le debeis por la sucesion de su padre: suba en vuestros hombros á la silla de sus mayores: que yo, menos atento á mi conveniencia, que á la equidad y á la justicia, quiero mas su amistad que su reino, y mas vuestro agradecimiento, que vuestra sujecion.

Idem.

XVI.

Razonamiento de Hernan Cortés á los mejicanos, hechos prisioneros en la batalla de Chalco.

Pudiera, segun el estilo de vuestra nacion, y segun aquella especie de justicia, en que hallan su razon las leyes de la guerra, tomar satisfaccion de vuestra iniquidad, sirviéndome del cuchillo y el fuego para usar con vosotros de la misma inumanidad, que usais con vuestros prisioneros: pero los españoles no hallamos culpa digna de casti-

go en los que se pierden sirviendo á su rey, porque sabemos diferenciar á los infelices de los delincuentes; y para que veais lo que va de vuestra crueldad á nuestra clemencia, os hago donacion á un tiempo de la vida y de la libertad. Partid luego á buscar las banderas de vuestro príncipe, y decidle de mi parte, pues sois nobles y debeis observar la ley, con que recibís el beneficio, que vengo á tomar satisfaccion de la mala guerra, que se me hizo en mi retirada, rompiendo alevosamente los pactos, con que me dispuse á ejecutarla, y sobre todo, á vengar la muerte del gran Motezuma, principal motivo de mi enojo: que me hallo con un ejército, en que no solo viene multiplicado el número de los españoles invencibles, sino alistadas cuantas naciones aborrecen el nombre mejicano; y que brevemente le pienso buscar en su corte con todos los rigores de una guerra, que tiene al cielo de su parte, resuelto á no desistir de tan justa indignacion, hasta dejar reducidos á polvo y ceniza todos sus dominios, y anegada en la sangre de sus vasallos la memoria de su nombre. Pero que si todavía, por escusar la propia ruina y la desolacion de sus pueblos, se inclinare á la

paz, estoy pronto á concedersela con aquellos partidos, que fueren razonables: porque las armas de mi rey, imitando hasta en esto los rayos celestiales, hieren solo donde hallan resistencia, mas obligadas siempre á los dictámenes de la piedad, que á los impulsos de la venganza.

Idem.

XVII.

Carta de D. Antonio Solís á su amigo D. Alonso Carnero, veedor jeneral en Flandes.

Amigo y señor mio: no sabré decir, ni es facil de ponderar el hambre que tengo de hablar un rato con V. Quisiera darme un hartazgo de este mantenimiento espiritual, que hace tanta falta en el ánimo; y no sé si me han de dejar las ocupaciones, que han cargado sobre mí estos dias: porque los señores del consejo de Indias se han querido desquitar de mis neglijencias historiales, pidiendome repetidos informes sobre algunas noticias, que me han sacado de mi paso ordinario, poniendome en obli-

gacion de revolver mis libros.

V. se abstenga de los alimentos, que sabe le ocasionan esos accidentes: que cada uno es el mejor médico de sí mismo para conocer con que se irrita menos el humor pecante; y tome la tarea de su ocupacion con algo de menos punto; que mas se atrasan los negocios con una enfermedad. Lo que pide la prudencia es, que se midan las fuerzas con el trabajo, porque no se les apure la paciencia y falten, cuando mas sean menester. Dirá V. ¿qué consejos son estos de viejo haragan, y flojedades de historia perdurable? Pero yo confieso mi culpa, y vuelvo á decir, valga lo que valiere, que todo lo que no es vivir, es historia.

Digame V. como le va de cerbeza: que yo pongo entre las fuerzas de la costumbre la maravilla de que llegue á saber bien este brebaje: y si estuviera en ese pais, le alabara entre los flamencos y guardara mi sed para mejor ocasion. Pero si V. hubiere de alabar la cerbeza, sea con tal moderacion, que no se den celos al vino: porque hay quien diga, que le beben tambien esos señores, aunque no faltan opiniones de que el vino los bebe á ellos.

Quedo con salud, aunque los dias pasados

tuve un achaque de aquellos con que suele socorrer la naturaleza para que no ponga en olvido las sangrias. No deja de retentarme algunas veces la orina, tirándome piedrecillas para que no me descuide.

No sé como decir á V. el estado en que se halla este lugar. Siéntese todavía el golpe de la moneda, que ha dejado en total perdicion el comercio, y acabadas las haciendas de los particulares. No hay quien cobre ni pague: los hombres de negocios confiesan su necesidad con gran galantería, y se ha hecho uso la pobreza. Los mas han pedido jueces conservadores, y otros se han echado con la carga, y no es creible lo que cuentan de este pobre reino. Pero enmedio de todas las miserias dura la mala inclinacion de buscarse con ansia las mercaderías de afuera; y los franceses tienen salida facil de sus mercachilles, llevándose aora tres doblones por lo que antes llevaban uno.

Cartas familiares.

XVIII.

Otra del mismo al mismo.

V. me avise como se halla, que yo no

tengo á quien preguntarlo que tanto me importa; porque D. Francisco de Salazar tiene bastantes ocupaciones para que yo me queje de que no se deja ver, y no le puedo buscar, porque las calamidades y angustias del tiempo me han obligado á desacerme del coche y á comerme las mulas á fuer de sitiado: que no es poco asedio el de las malas cobranzas.

De las novedades de la corte tendrá V. mejor informados relatores. Todo es miseria y necesidad, quiebras de mercaderes y hombres de negocios, frecuencia de ladrones: y pocos dias há, que se han visto presas y llamadas por edictos y pregones las órdenes militares todas, sino es la de S. Juan, que se fue por un atajo. Llegará el tiempo, en que sea el hurto galantería de buen gusto, y se permita el latrocinio, porque hace á los hombres cautos y avisados, como se insinúa en la Utopia de Tomas Moro. Este monstruo de la baja de la moneda enjendró la premática: la premática la carestia de todas las cosas; y de la carestia nació el hambre, que carece de ley y desarma á los lejisladores.

Idem.

XIX.

Otra del mismo al mismo

Si yo fuera hombre, que supiera hacer el miércoles lo que debo hacer el jueves, no anduviera tan alcanzado de tiempo ni tan apresurado en las respuestas de sus cartas de V. Celebro como siempre las nuevas, que V. me dá de su salud y la de mi señora doña Teresa: que esto es en mi estimacion lo mejor de sus cartas de V. por muchas discreciones, que se hallen en ellas. Yo quedo mejor de mis dolores de espaldas: pero sin necesidad de sangrarme segun el sentir de los médicos, que siempre los despreciamos hasta que nos duele algo; y muchas veces los buscamos para que no duela, y hallamos que nos duele mas..... Iba á decir un concepto, y se me ha desparecido: V. reciba la buena voluntad.

Ya sabrá V. por otras cartas, que se abrirán primero, la gran novedad de haber pedido licencia el señor duque de Medina á S. M. para retirarse del primer ministerio. Parece cosa de los *siete durmientes*, que

despertamos antiyer en una estacion, que pasaba otra moneda y reinaba otro rey. Dias ha, que yo soñaba lo que ha sucedido; pero no lo acababa de creer. El rey dura en la resolucion de gobernar por sí: quiera Dios asistirle para que lo prosiga, y conozca gobernando lo que le faltaba para gobernar.

Idem.

DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO

I.

De las repúblicas y las monarquías.

La pretension, que todos tenemos, es la libertad de todos, procurando, que nuestra sujecion sea á lo justo y no á lo violento: que nos mande la razon, no el alvedrio: que seamos de quien nos hereda, no de quien nos arrebata: que seamos cuidado de los príncipes, no mercancía: y en las repúblicas, compañeros y no esclavos, miembros y no trastos, cuerpos y no sombra: que el rico no estorbe al pobre que pueda ser rico, ni el pobre se enriquezca con el robo del poderoso: que el noble no desprecie al plebeyo, ni el plebeyo aborrezca

al noble, y que todo el gobierno se ocupe en animar, que todos los pobres sean ricos y honrados los virtuosos, y en estorbar que suceda lo contrario. Hase de obviar, que ninguno pueda ni valga mas que todos; porque quien escede á todos, destruye la igualdad; y quien le permite que esceda, le manda que conspire. La igualdad es armonía, en que está sonora la paz de la república: pues en turbándola particular esceso, disuena y se oye rumor lo que fue música. Las repúblicas han de tener con los reyes la union, que tiene la tierra, en quien ellas se representan, con el mar, que los representa á ellos. Siempre estan abrazados; mas siempre esta se defiende de las insolencias de aquel con la orilla, y siempre aquel la amenaza, la va lamiendo y procurando anegarla y sorbersela; y esta cobra de sí por una parte tanto como él la esconde por otra. La tierra, siempre firme y sin movimiento, se opone al bullicio y perpétua discordia de su inconstancia. Aquel con cualquiera viento se enfurece: esta con todos se fecunda: aquel se enriquece de lo que esta le fia: esta con anzuelos, redes y lazos le pesca y le despuebla. Y de la manera que toda la seguridad del mar y el abrigo está en la tier-

ra, que da los puertos, asi en las repúblicas está el reparo de las borrascas y golfos de los reinos. Estas siempre han de militar con el seso, pocas veces con las armas; han de tener ejércitos y armadas prontas en la suficiencia del caudal, que es el *luego* que logra las ocasiones.

Deben hacer la guerra á los unos reyes con los otros: porque los monarcas, aunque sean padres y hijos, hermanos y cuñados, son como el hierro y la lima, que siendo, no solo parientes, sino una misma cosa y un propio metal, siempre la lima está cortando y adelgazando el hierro. Han de asistir las repúblicas á los príncipes temerarios, lo que baste para que se despeñen; y á los reportados, para que sean temerarios. Harán nobilísima la mercancía, porque enriquece y lleva los hombres por el mundo, ocupados en estudio práctico, que los hace doctos de esperiencias, reconociendo puertos, costumbres, gobiernos y fortalezas, y espiando designios. Serán meritorios al útil de la patria los estudios políticos y matemáticos: y á ninguna cosa se dará peor nombre, que al ocio mas ilustre y á la riqueza mas vagabunda.

La fortuna con seso.

II.

Burla hecha por Pablos al ama de su posada.

Sucedió, que el ama criaba gallinas en el corral, yo tenia gana de comerla una: tenia doce ó trece pollos grandecitos, y un dia, estando dándoles de comer, comenzó á decir: *pio*, *pio*, y esto muchas veces. Yo, que oi el modo de llamar, comencé á dar voces y dije: ¡O cuerpo de tal, ama! ¿no hubiérades muerto un hombre, ó hurtado moneda al rey, cosa que yo pudiera callar, y no haber hecho lo que habeis hecho, que es imposible dejarlo de decir? ¡Malaventurado de mí y de vos! Ella, como me vió hacer estremos con tantas veras, turbóse algun tanto y dijo: pues, Pablos, ¿yo qué he hecho? si te burlas, no me aflijas mas. ¿Cómo burlas? ¡pesia tal! yo no puedo dejar de dar parte á la inquisicion, porque si no, estaré descomulgado. ¿Inquisicion? dijo ella y empezó á temblar: ¿pues yo he hecho algo contra la fe? Eso es lo peor, decia yo: no os burleis con los inquisidores: decid que fuisteis una boba y que os desdecís, y no negueis la blasfemia y desacato. Ella con

el miedo dijo: pues Pablos, ¿si me desdigo, castigaránme? Respondíle: no, porque solo os absolverán. Pues yo me desdigo, dijo: pero dime tú de qué, que no lo sé yo, así tengan buen siglo las ánimas de mis difuntos. ¿Es posible que no advertis en qué? No sé como me lo diga, que el desacato es tal, que me acobarda. ¿No os acordais, que dijisteis á los pollos, *pio*, *pio*? y es pio nombre de los papas, vicarios de Dios y cabezas de la iglesia. Papaos ese pecadillo. Ella quedó como muerta y dijo: Pablos, yo lo dije; pero no me perdone Dios, si fue con malicia: yo me desdigo: mira si hay camino para que se pueda escusar el acusarme, que me moriré, si me veo en la Inquisicion. Como vos jureis en una ara consagrada, que no tuvisteis malicia, yo asegurado podré dejar de acusaros: pero será necesario, que esos dos pollos, que comieron, llamándoles con el santísimo nombre de los pontífices, me los deis, para que yo los lleve á un familiar, que los queme, porque estan dañados; y tras esto habeis de jurar de no reincidir de ningun modo. Ella muy contenta dijo: pues llevátelos, Pablos, aora, que mañana juraré. Yo por mas asegurarla, dije: lo peor es, Cipriana, (que asi se llamaba), que yo voy á

riesgo, porque me dirá el familiar si soy yo y entretanto me podrá hacer vejacion: llevadlos vos, que yo pardiez que temo. Pablos, decia cuando me oyó esto, por amor de Dios, que te duelas de mí y los lleves; que á ti no te puede suceder nada. Dejéla que me lo rogase mucho, y al fin, que era lo que queria, determinéme, tomé los pollos, escondílos en mi aposento, hice que iba fuera, y volví diciendo: mejor se ha hecho que yo pensaba: queria el familiarcito venirse tras mí á ver la mujer: pero lindamente le ha engañado, y negociado. Dióme mil abrazos, y otro pollo para mí, y yo fuime con él adonde habia dejado sus compañeros, y hice hacer en casa de un pastelero una cazuela y comímelos con los demas criados. Supo el ama y D. Diego la maraña, y toda la casa la celebró en estremo. El ama llegó tan al cabo de pena, que por poco se muriera, y de enojo no estuvo á dos dedos, á no tener porque callar, de decir mis sisas.

DE DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

I.

Introduccion á la historia de la rebelion de los moriscos.

Bien sé, que muchas cosas de las que escribiere, parecerán á algunos livianas, y menudas para historias comparadas á las grandes, que de España se hallan escritas. Guerras largas de varios sucesos, tomas y desolaciones de ciudades populosas, reyes vencidos y presos, discordias entre padres y hijos, hermanos y hermanas, suegros y yernos; desposeidos, restituidos y otra vez desposeidos, muertos á hierro, acabados linajes, mudadas sucesiones de reinos, libre y estendido campo y ancha salida para los escritores. Yo escojí camino mas estrecho, trabajoso, estéril y sin gloria, pero provechoso y de fruto para los que adelante vinieren: comienzos bajos, rebelion de salteadores, junta de esclavos, tumulto de villanos, competencias, odios, ambiciones y pretensiones, dilacion de provisiones, falta de di-

nero, inconvenientes ó no creidos ó tenidos en poco, remision y flojedad en ánimos acostumbrados á entender, proveer y disimular mayores cosas. Y asi no será cuidado perdido considerar de cuán livianos principios y causas particulares se viene á colmo de grandes trabajos, dificultades y daños públicos y casi fuera de remedio. Veráse una guerra, al parecer tenida en poco y liviana dentro de casa; mas fuera estimada y de gran coyuntura; que en cuanto duró, tuvo atentos y no sin esperanza los ánimos de los príncipes amigos y enemigos, lejos y cerca: primero, cubierta y sobresanada, y al fin descubierta, parte con el miedo y la industria, y parte criada con el arte y ambicion. La jente, que dije, pocos á pocos junta, representada en forma de ejércitos; necesitada España á mover sus fuerzas para atajar el fuego; el rey salir de su reposo y acercarse á ella, encomendar la empresa á D. Juan de Austria, su hermano, hijo del emperador D. Cárlos, á quien la obligacion de las victorias del padre, moviese á dar la cuenta de sí, que nos muestra el suceso. En fin, pelearse cada dia con enemigos: frio, calor, hambre, falta de municiones y de aparejos en todas partes: daños nuevos, muertes á la

contínua; hasta qne vimos á los enemigos, nacion belicosa, entera, armada y confiada en el sitio, en el favor de los bárbaros y turcos, vencida, rendida, sacada de su tierra y desposeida de sus casas y bienes; presos y atados hombres y mujeres; niños cautivos, vendidos en almoneda ó llevados á habitar á tierras lejos de la suya: cautiverio y transmigracion no menor que las que de otras jentes se leen por las historias. Victoria dudosa y de sucesos tan peligrosos, que alguna vez se tuvo duda, si eramos nosotros, ó los enemigos, los á quien Dios queria castigar; hasta que el fin de ella descubrió, que nosotros eramos los amenazados y ellos los castigados. Agradezcan y acepten esta mi voluntad, libre y lejos de todas las causas de odio ó de amor, los que quisieren tomar ejemplo ó escarmiento: que esto solo pretendo por remuneracion de mi trabajo, sin que de mi nombre quede otra memoria.

Historia de la guerra contra los moriscos de Granada.

II.

Agravios de los moriscos y principios de la conjuracion.

Vedaronles el uso de los baños, que eran su limpieza y entretenimiento. Primero les habian proibido la música, cantares, fiestas, bodas conforme á su costumbre, y cualesquier junta de pasatiempo. Salió todo esto junto sin guardia ni provision de jente, sin reforzar presidios viejos ó formar otros nuevos. Y aunque los moriscos estuviesen prevenidos de lo que habia de ser, les hizo tanta impresion, que antes pensaron en la venganza que en el remedio. Años habia que trataban de entregar el reino á los príncipes de Berbería ó al turco: mas la grandeza del negocio, el poco aparejo de armas, vituallas, navíos, lugar fuerte donde hiciesen cabeza, el poder grande del emperador, y del rey Felipe su hijo, enfrenaba las esperanzas y imposibilitaba las resoluciones, especialmente estando en pie nuestras plazas mantenidas en la costa de Africa, las fuerzas del turco tan lejos, las de los corsarios de Argel mas ocupadas en presas y provecho particular que en empresas dificiles de

tierra. Fueronseles con estas dificultades dilatando los designios, apartándose ellos de los del reino de Valencia, jente menos ofendida y mas armada. En fin, creciendo igualmente nuestro espacio por una parte y por otra los escesos de los enemigos, tantos en número, que ni podian ser castigados por la mano de la justicia, ni por tan poca jente como la del capitan jeneral, eran ya sospechosas sus fuerzas para encubiertas, aunque flacas para la ejecucion.

Idem.

III.

Razonamiento de D. Fernando el Zaguer á los moriscos, exortándolos á levantarse contra los españoles.

Les puso delante la opresion, en que estaban sujetos á hombres públicos y particulares, no menos esclavos, que si lo fuesen: mujeres, hijos, haciendas y sus propias personas en poder y arbitrio de enemigos, sin esperanza en muchos siglos de verse fuera de tal servidumbre; sufriendo tantos tiranos como vecinos, nuevas imposiciones, nuevos tributos y privados del refujio de los lugares

de señorío, donde los culpados, puesto que por accidentes ó por venganzas (esta es la causa entre ellos mas justificada) se aseguran; echados de la inmunidad y franqueza de las iglesias, donde por otra parte los mandaban asistir á los oficios divinos con penas de dinero; hechos sujetos de enriquecer clérigos, no tener acojida á Dios ni á los hombres; tratados y tenidos como moros entre los cristianos para ser menospreciados, y como cristianos entre los moros para no ser creidos ni ayudados; escluidos de la vida y conversacion de personas. Mandannos, que no hablemos nuestra lengua: no entendemos la castellana: ¿en qué lengua habemos de comunicar los conceptos, y pedir ó dar las cosas? sin que no puede estar el trato de los hombres: aun á los animales no se vedan las voces humanas. ¿Quién quita que el hombre de lengua castellana no pueda tener la ley del profeta? ¿y el de la lengua morisca la ley de Jesus? Llaman á nuestros hijos á sus congregaciones y casas de letras: enseñanles artes, que nuestros mayores proibieron aprenderse, porque no se confundiese la puridad, y se hiciese litijiosa la verdad de la ley. Cada hora nos amenazan quitarlos de los brazos de sus madres

y de la crianza de sus padres y pasarlos á tierras ajenas, donde olviden nuestra manera de vida y aprendan á ser enemigos de los padres, que los enjendramos, y de las madres, que los parieron. Mandannos dejar nuestro hábito, vestir el castellano: vístense entre ellos los tudescos de una manera, los franceses de otra, los griegos de otra, los frailes de otra, los mozos de otra, y de otra los viejos: cada nacion, cada profesion y cada estado usa su manera de vestido, y todos son cristianos: y nosotros, moros, porque vestimos á la morisca, como si trujésemos la ley en el vestido y no en el corazon. Las haciendas no son bastantes para comprar vestidos para dueños y familias: del hábito, que traiamos, no podemos disponer: porque nadie compra lo que no ha de traer; para traello es proibido, para vendello es inútil: cuando en una casa se proibiese el antiguo y comprase el nuevo del caudal, que teniamos para sustentarnos, ¿de qué viviremos? Si queremos mendigar, nadie nos socorrerá como á pobres, porque somos pelados como ricos: nadie nos ayudará, porque los moriscos padecemos esta miseria y pobreza, que los cristianos no nos tienen por prójimos. Nuestros pasados quedaron tan pobres en la

tierra de las guerras contra Castilla, que casando su hija el alcaide de Loja, grande y señalado capitan, que llamaban Alatar, deudo de algunos de los que aquí nos hallamos, hubo de buscar vestidos prestados para la boda. ¿Con qué haciendas, con qué trato, con qué servicio ó industria, en qué tiempo adquiriremos riqueza para perder unos hábitos y comprar otros? Quítannos el servicio de los esclavos negros: los blancos no nos eran permitidos por ser de nuestra nacion: habiámoslos comprado, criado, mantenido: ¿esta perdida sobre las otras? ¿Qué harán los que no tuvieren hijos, que los sirvan, ni hacienda con que mantener criados, si enferman, si se inabilitan, si envejecen, sino prevenir la muerte? Van nuestras mujeres, nuestras hijas, tapadas las caras, ellas mismas á proveerse y servirse de lo necesario á sus casas: mandanles descubrir los rostros: si son vistas, serán codiciadas y aun requeridas, y veráse quien son las que dieron la avilanteza al atrevimiento de mozos y viejos. Mandannos tener abiertas las puertas, que nuestros pasados con tanta relijion y cuidado tuvieron cerradas; no las puertas, sino las ventanas y resquicios de casa. ¿Hemos de ser sujetos de ladrones, de malechores,

de atrevidos y desvergonzados adulteros? ¿y que estos tengan dias determinados y horas ciertas, cuando sepan que pueden hurtar nuestras haciendas, ofender nuestras personas, violar nuestras honras? No solamente nos quitan la seguridad, la hacienda, honra, el servicio; sino tambien los entretenimientos, asi los que se introdujeron por la autoridad, reputacion y demostraciones de alegría en las bodas, zambras, bayles, músicas, comidas; como los que son necesarios para la limpieza, convenientes para la salud. Vivirán nuestras mujeres sin baños, introduccion tan antigua: veránlas en sus casas tristes, sucias, enfermas: donde tenian la limpieza por contentamiento, por vestido, por sanidad.

Representóles el estado de la cristiandad las divisiones entre herejes y católicos en Francia, la rebelion de Flandes, Inglaterra sospechosa, y los flamencos huidos solicitando en Alemania á los príncipes de ella. El rey falto de dineros y jente plática, mal armadas las galeras, proveidas á remiendos, la chusma libre: los capitanes y hombres de cabo descontentos, como forzados. Si previniesen, no solamente el reino de Granada, pero parte del Andalucía, que

tuvieron sus pasados y agora poseen sus enemigos, pueden ocupar con el primer ímpetu, ó mantenerse en su tierra, cuando se contenten con ella sin pasar adelante: montaña áspera, valles al abismo, sierras al cielo, caminos estrechos, barrancos y derrumbaderos sin salida: ellos jente suelta, plática en el campo, mostrada á sufrir calor, frio, sed, hambre: igualmente dilijentes y animosos al acometer, prestos á desparcirse y juntarse: españoles contra españoles, muchos en número, proveidos de vituallas, no tan faltos de armas, que para los principios no les basten; y en lugar de las que no tienen, las piedras delante de los pies, que contra jente desarmada son armas bastantes. Y cuanto á los que se hallaban presentes, que en vano se habian juntado, si cualquiera de ellos no tuviera confianza del otro, que era suficiente para dar cobro á tan gran hecho: y si, como siendo sentidos habian de ser compañeros en la culpa y en el castigo, no fuesen despues parte en las esperanzas y frutos de ellas llevándolas al cabo. Cuanto mas, que ni las ofensas podian ser vengadas, ni desechos los agravios, ni sus vidas y casas mantenidas y ellos fuera de servidumbre, sino por medio del hierro

de la union y concordia y una determinada resolucion con todas sus fuerzas juntas. Para lo cual era necesario elejir cabeza de ellos mismos, ó fuese con nombre de jeque, ó de capitan, ó de alcaide, ó de rey, si les pluguiese, que los tuviese juntos en justicia y seguridad.

Idem.

DE DON FRANCISCO DE MONCADA.

Resuelven los catalanes hacer guerra al imperio griego para vengar la muerte de su jeneral Rojer de Flor.

Habia entre los capitanes de Galípoli diversas opiniones sobre el modo de hacer la guerra, y así se convino, que las principales cabezas se juntasen en consejo para resolverse. Berenguer de Entenza dijo:

«Si el valor y esfuerzo de hombres, que nacieron como nosotros, en algun trabajo y desdicha pudieran faltar, pienso sin duda, que fuera en la que hoy padecimos, por ser la mayor y mas cruel, con que la variedad humana suele aflijir los mortales, el ser perseguidos, maltratados y muertos por los que debieramos ser amparados y defen-

didos. ¿De qué sirvieron las victorias, tanta sangre derramada, tantas provincias adquiridas, si al tiempo, que se esperaba justa recompensa, debida á tantos servicios, con bárbara crueldad se ejecuta contra nosotros lo que vemos y apenas damos crédito? Por mayor suerte juzgo la de nuestros compañeros, que murieron sin sentir el agravio, que la nuestra, que habemos de perecer con tan justo sentimiento: porque dejar de tomar satisfaccion de tantas ofensas y retirarnos á la patria, fuera indigno de nuestro nombre y de la fama, que por largos años habemos conservàdo. Ni los deudos ni los amigos nos recibieran en la patria, ni ella nos conociera por hijos, si muertos nuestros compañeros alevosamente, no se intentara la venganza, y se borrara con sangre enemiga nuestra afrenta. Vuestro ánimo invencible en la dificultad cobra valor, y en el mayor peligro mayor esfuerzo. El Asia quedó libre de la sujecion de los turcos por nuestras armas, nuestra reputacion y fama tambien lo ha de quedar por ellas. Y si Grecia se admira de tantas victorias, hoy sentirá el rigor de vuestras espadas, que no supo conservar en su favor y defensa. Y pues soy el autor del consejo, lo seré de la ejecucion.«

A las últimas palabras de Berenguer de Entenza, Rocafort se levantó, y con semblante y voz alterada, señales de su ánimo ocupado de la ira y venganza, dijo:

«El sentimiento y pasion con que me hallo por la muerte de Rojer y de nuestros capitanes y amigos, no es mucho que turbe la voz y el semblante, pues enciende el ánimo para una honrada y justa satisfaccion. Por el rigor de nuestro agravio, mas que por la razon, debieramos hoy tomar resolucion; porque en casos semejantes la presteza y poca consideracion suelen ser útiles, cuando de las consultas salen dificultades. Retirarnos á la patria, mengua y afrenta de nuestro nombre seria, hasta que nuestra venganza fuese tan señalada y atroz, como fue la alevosía y traicion de los griegos. Nuestra venganza ya no pide remedios tan cautos y dudosos, ni á nosotros nos conviene el dilatar la guerra. Ejecutemos la ira; aventurese en un trance y peligro nuestra vida; y así mi último parecer es de que salgamos á campaña y demos la batalla á los que tenemos delante. Y cuando en ella estuviese determinado nuestro fin, será digno de nuestra gloria que el último término de nuestra vida nos halle con la espada en la mano y

ocupados en la ruina y daño de tan pérfida jente, que á mas de violar la fe pública, matando los estranjeros, que pacíficos y descuidados trataban en sus tierras, habian dado cruel muerte á quien les habia librado de ella, defendido sus provincias, abatido sus enemigos y engrandecido su imperio.

Espedicion de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos.

DE FRAY D. ANTONIO DE GUEVARA.

Razonamiento de un jermano al senado de Roma.

Los tristes hados lo permitiendo, y nuestros sañudos dioses nos desamparando, fue tal nuestra desdicha, y mostróse á vosotros tan favorable ventura, que los superbos capitanes de Roma tomaron por fuerza de armas á nuestra tierra de Jermania; y no sin razon digo, que á la sazon estaban de nosotros nuestros dioses sañudos; porque si nosotros tuvieramos á nuestros dioses aplacados, escusado era pensar vosotros vencernos. Grande es vuestra gloria, ó romanos,

por las victorias, que habeis habido, por los triunfos, que de muchos reinos habeis triunfado: pero mayor será vuestra infamia en los siglos advenideros por las crueldades, que habeis hecho: porque os hago saber, si no lo sabeis, que al tiempo que los truanes van delante de los carros triunfales, diciendo: *viva*, *viva* la invencible Roma, por otra parte los pobres captivos van en sus corazones diciendo á los dioses: *justicia*, *justicia*.

Ha sido, romanos, tan grande vuestra codicia de tomar bienes ajenos, y fue tan desordenada vuestra soberbia de mandar en tierras estrañas, que ni la mar vos pudo valer en sus abismos, ni la tierra vos pudo asegurar en sus campos. ¡Oh qué gran consolacion es para los hombres atribulados pensar y tener por cierto, que hay dioses justos, los cuales les harán justicia de los hombres injustos! Porque de otra manera, si los atribulados no tuviesen por cierto, que de sus enemigos los dioses no tomasen venganza, ellos mismos á sí mismos quitarian la vida. Yo espero en los justos dioses, que como vosotros á sinrazon fuisteis á echarnos de nuestras casas y tierras, otros vernán, que con razon os echen á vosotros

de Italia y Roma. Allá en mi tierra de Jermania tenemos por infalible regla, que el hombre, que toma por fuerza lo ajeno, pierde el derecho, que tiene á lo suyo propio; y espero en los dioses, que esto, que tenemos por proverbio en aquella patria, terneis por esperiencia acá en Roma.

Oid, romanos, oid esto que vos quiero decir, y plegue á los dioses, que lo sepais entender: porque de otra manera yo perderia mi trabajo, y vosotros no sacariades de mi plática algun fruto. Yo veo, que todos aborrecen la soberbia, y ninguno sigue la mansedumbre: todos condenan el adulterio, y ninguno veo continente: todos maldicen la intemperancia, y á ninguno veo templado: todos loan la paciencia, y á ninguno veo sufrido: todos reniegan de la pereza, y á todos veo que huelgan: todos blasfeman de la avaricia y á todos veo que roban. Una cosa digo, y no sin lágrimas lo digo públicamente en este senado, y es, que con la lengua todos los mas blasonan de virtudes; y despues con todos sus miembros sirven á los vicios.

Preguntoos, romanos, ¿qué accion teniades vosotros siendo criados cabe el rio Tiberin, á nosotros, que nos estabamos en

paz á las riberas del Danubio? ¿Por ventura vistesnos de vuestros enemigos ser amigos, ó á nosotros declararnos por vuestros enemigos? ¿Por ventura oisteis acá en Roma decir, que dejadas nuestras tierras propias, nos fuimos á conquistar tierras ajenas? ¿Por ventura fuistes avisados, que levantándonos contra nuestros señores, dimos la obediencia á los indómitos bárbaros? ¿Por ventura enviastesnos algun embajador, que nos convidase á ser vuestros amigos, ó vino alguno de nuestra patria á Roma á desafiaros como á nuestros enemigos? ¿Por ventura murió algun rey en nuestros reinos, que en su testamento vos dejase por herederos, para que con aquel título nos constriñiesedes á ser vuestros vasallos? ¿Por ventura hallastes alguna ley antigua ó alguna costumbre moderna, en la cual se aclare, que la jenerosa Jermania de necesidad ha de ser sujeta á Roma la superba? ¿Por ventura destruimos vuestros ejércitos, tajamos vuestros campos, saqueamos vuestros pueblos, dimos favor á vuestros enemigos, para que por ocasion de vengar estas injurias, destruyesedes á nuestras tierras? Si vosotros de nosotros, ó nosotros de vosotros hubiésemos sido vecinos, no fuera mara-

villa, que unos á otros nos destruyéramos; porque muchas veces acontece, que por ocasion de partir una pobre tierra, se levanta entre dos pueblos una prolija contienda. . . . .

No por cierto hubo cosa de estas entre vosotros los romanos y nosotros los jermanos; porque allá en Alemania tan aina sentimos vuestra tiranía como oimos vuestra fama. Si os enojais de esto que he dicho, yo os ruego, que os desenojeis con esto, que os diré, y es, que el nombre de romanos y las crueldades de tiranos en un dia llegaron á nuestros pueblos. Yo no sé que me diga, romanos, del descuido de los dioses y del atrevimiento de los hombres: porque veo, que el que tiene mucho, tiraniza al que tiene poco; y el que tiene poco sirve, aunque no quiera, al que tiene mucho; y la codicia desordenada se concierta con la malicia secreta; y la malicia secreta da lugar al robo público; y al robo público no hay quien le vaya á la mano; y de aquí viene á resultar despues, que la codicia de un hombre maligno se ha de cumplir en perjuicio de todo un pueblo. No penseis vosotros los romanos, que si tomastes y os enseñoreastes de nuestra Jermania, que fue por al-

guna industria de guerra; ca ni sois mas belicosos, ni mas animosos, ni mas osados, ni aun mas esforzados que nosotros: sino que como nosotros teniamos ofendidos á nuestros dioses, ordenaron ellos en sus secretos juicios, que para castigar á nuestros desordenados vicios, fuésedes vosotros nuestros desordenados verdugos. Si me decis, romanos, que no por mas fue Jermania conquistada de Roma, sino porque Roma tuviese esta gloria de verse señora de Jermania; tambien es esto vanidad y locura: porque muy poco aprovecha tener los muros de los pueblos ganados y tener los corazones de los vecinos perdidos. Si decis que por esto conquistastes á Jermania por ampliar y ensanchar los términos de Roma, tambien me parece esa una muy frívola causa; porque no es de hombres cuerdos aumentar en tierra y disminuir en honra. Si decis que nos enviastes á conquistar á fin que no fuesemos bárbaros ni viviesemos como tiranos, sino que nos queriades hacer vivir debajo de buenas leyes y fueros, tal sea mi vida si la cosa asi sucediera: porque ¿cómo es posible, que vosotros deis orden de vivir á los estranjeros, pues quebrantais las leyes de vuestros antepasados?

Pues fue vuestra dicha y cupo en nuestra desgracia, que la superba Roma fuese señora de nuestra Jermania: ¿es verdad que nos guardais justicia y teneis en paz y en tranquilidad la tierra? No por cierto; sino que los que van allá nos toman la hacienda, y los que estais acá nos robais la fama, diciendo que pues somos una jente sin ley, sin razon y sin rey, que como bárbaros incógnitos nos pueden tomar por esclavos. Muy engañados vivis en este caso, romanos: ca no me parece que con razon nos pueden llamar jente sin razon: pues tales cuales nos criaron nuestros dioses, nos estamos en nuestras casas propias, sin desear ni buscar ni tomar tierras ajenas. Con mucha mas razon podemos decir ser vosotros jente sin razon; pues no contentos con la dulce y fertil Italia, os andais derramando sangre por la tierra. Que digais nosotros merecer ser esclavos á causa que no tenemos príncipe que nos mande, ni senado que nos gobierne, ni ejército que nos defienda; á esto os respondo que pues no teniamos enemigos, no curábamos de ejércitos, y que pues era cada uno contento con su suerte, no teniamos necesidad de superbo senado que gobernase: que siendo, como eramos, todos igua-

les, no consentiamos haber entre nosotros príncipes; porque el oficio de los príncipes es suprimir á los tiranos y conservar en paz á los pueblos.

Bien pensareis que he dicho todo lo que habia de decir, y por cierto no es asi: antes me quedan que decir algunas cosas, de las cuales tomareis mucho espanto en oirlas; y sed ciertos que yo no terné miedo en decirlas, pues vosotros no teneis vergüenza en hacerlas..... No lo habiades de hacer asi, romanos; sino que la tierra tomada por fuerza, aquella habia de ser muy mejor rejida; porque los míseros captivos, viendo que les administran recta justicia, olvidarian la tirania pasada y domeñarian sus corazones á la servidumbre perpétua. ¡O crudos romanos! no sé si sentis algo de lo que nosotros sentimos, en especial yo que lo digo vereis como lo siento, pues solo de traerlo á la memoria, mis ojos se enternecen, mi lengua se entorpece, mis miembros se descoyuntan, mi corazon se desmaya, mis entrañas se abren, mis carnes se consumen: ¿qué será allá, decidme, en mi tierra verlo con los ojos, oirlo con los oidos y tocarlo con las manos? ¡O secretos juicios de los dioses! y si como

soy obligado á loar vuestras obras, tuviese licencia de condenarlas, osaria decir, que nos haceis mucho agravio en querernos perseguir por manos de tales jueces; los cuales, si justicia hubiese en el mundo, cuando nos castigan con sus manos, no merecian tener las cabezas sobre sus hombros.»

Relox de príncipes.

DE FRAY LUIS DE GRANADA.

De la providencia divina: traduccion de Ciceron.

Ninguna cosa se hallará en la administracion y gobierno del mundo que se pueda justamente reprender; y si alguno quisiere enmendar algo de lo hecho, ó lo hará peor, ó del todo no lo podrá hacer. Pues si todas las partes del mundo estan de tal manera fabricadas, que ni para el uso de la vida se pudieran hacer mejores, ni para la vista mas hermosas, veamos si pudieran ser hechas acaso, ó perseverar en el estado en que estan, si no fueran gobernadas por la divina providencia. Por donde si son mas perfectas las obras de naturaleza que las del arte, si las

del arte se hacen con razon, siguese que las de naturaleza no han de carecer de razon. Pues ¿quién habrá que viendo una tabla muy bien pintada que se hizo por arte, y viendo dende lejos correr un navío por el agua, no conozca que este movimiento se haga por razon y arte, y viendo como un relox señala las horas á sus tiempos debidos, no entienda lo mismo, y se atreva à decir, que el mundo, el cual inventó estas mismas artes con los oficiales de ellas y abraza todas las cosas, carezca de razon y de arte?

Mas levantemos los ojos á las cosas mayores. En el cielo resplandecen las llamas de inumerables estrellas, entre las cuales e príncipe, que todas las esclarece y rodea es el sol, que es muchas veces mayor que toda la tierra, y asimismo las estrellas son de inmensa grandeza. Y estos tan grandes fuegos ningun daño hacen á la tierra ni á las cosas de ella, mas antes la aprovechan de tal manera, que si mudasen sus lugares y puestos, arderia todo el mundo.

Y un poco mas abajo añade el mismo Tulio estas palabras:

Hermosamente dijo Aristóteles, que si habitasen algunos hombres debajo de la tierra en algunos palacios, adornados con diversas

pinturas y con todas las cosas con que estan ataviadas las casas de los que son tenidos por bienaventurados y ricos, los cuales hombres morando en aquellos soterraños nunca hubiesen visto las cosas que estan sobre la tierra, y hubiesen oido por fama, que hay una divinidad en el mundo soberana y despues de esto, abiertas las gargantas de la tierra, saliesen de aquellos aposentos; cuando viesen la tierra, la mar y el cielo, la grandeza de las nubes, la fuerza de los vientos, y pusiesen los ojos en el sol y conociesen la grandeza y hermosura y eficacia de él, y como él, esclareciendo con su luz el cielo, es causa del dia, y llegada la noche viesen todo el cielo adornado y pintado con tantas y tan hermosas lumbreras, y notasen la variedad de la luna, con sus crecientes y menguantes, y considerasen la variedad de los nacimientos y puestos de las estrellas, tan ordenados y tan constantes en sus movimientos en toda la eternidad, sin duda cuando los tales hombres, salidos de la escuridad de sus cuevas, subitamente viesen todo esto, luego conocerian haber sido verdadera la fama de lo que les fue dicho, que era haber en este mundo una

soberana divinidad, de que todo pendia. Esto dijo Aristóteles.

Mas nosotros, dice el mismo Tulio, imajinemos unas tan espesas tinieblas, cuantas se dice haber salido en el tiempo pasado del monte Etna, las cuales escurecieron todas las rejiones comarcanas, y imajinemos que por espacio de dos dias ningun hombre pudiese ver á otro. Pues si al tercero dia el sol esclareciese al mundo, pareceria á estos hombres, que de nuevo habian resucitado. Y si esto mismo acaeciese á algunos, que hubiesen vivido siempre en eternas tinieblas, los cuales subitamente viesen la luz, ¡cuán hermosa les pareceria la figura del cielo! Mas la costumbre de ver esto cada dia hace, que los hombre no se maravillen de esta hermosura ni procuren saber las razones de las cosas que siempre ven, como si la novedad de las cosas nos hubiese de mover mas que su grandeza á inquirir las causas de ellas. Porque ¿quién tendrá por hombre de razon al que viendo los movimientos del cielo y la orden de las estrellas tan firme y constante, y viendo la conexion y conveniencia que todas estas cosas tienen, diga que todo esto se hizo sin prudencia ni razon, y crea que se hicieron acaso las cosas, que ningun con-

sejo ni entendimiento puede llegar á comprender con cuanto consejo hayan sido hechas? ¿Por ventura, cuando vemos alguna esfera movediza ó relox ó algunas figuras moverse artificiosamente, no entendemos que hay algun artificio y causa de estos movimientos? Y viendo el ímpetu, con que se mueven los cielos con tan admirable lijereza, y que hacen sus cursos tan ciertos y tan bien ordenados para la salud y conservacion de las cosas, ¿no echarémos de ver que todo esto se hace con razou, y no solo con razon, sino con escelente y divina razon?

Mas dejada á parte la sutileza de los argumentos, pongámonos á mirar la hermosura de las cosas, que por la divina providencia confesamos haber sido fabricadas. Y primeramente miremos toda la tierra sólida y redonda y recojida con su natural movimiento dentro de sí misma: colocada enmedio del mundo, vestida de flores, de yerbas, de árboles y de mieses: donde vemos una increible muchedumbre de cosas tan diferentes entre sí, que con su grande variedad nos son causa de un insaciable gusto y deleyte. Juntemos con esto las fuentes perennales de las aguas frias, los licores claros de los rios, los vestidos verdes de

sus riberas, la alteza de las concavidades de las cuevas, la aspereza de las piedras, la altura de los montes, la llanura de los campos. Añadamos á esto las venas escondidas del oro y plata y la infinidad de los mármoles preciosos. Y demas de esto, ¡cuánta diversidad vemos de bestias, de ellas mansas, de ellas fieras! ¡cuántos vuelos y cantos de aves! ¡cuán grandes pastos para los ganados, y cuantos bosques para la vida de los animales silvestres! Pues ¿qué diré del linaje de los hombres, los cuales puestos enmedio de la tierra como labradores y cultivadores de ella, no la dejan poblar de bestias fieras, ni hacerse un monte bravo con la aspereza de los árboles silvestres, con cuya industria los campos y las islas y las riberas resplandecen, repartidas en casas y ciudades?

Pues si todas estas cosas mirásemos de una vista con los ojos, como las vemos con los ánimos, ninguno habria que mirando toda la tierra junta tuviese dudá de la divina providencia. Mas entre estas cosas, ¡cuán grande es la hermosura de la mar! ¡cuánta la muchedumbre y variedad de las islas, que hay en ella! ¡qué frescura y deleite de sus riberas! ¡cuántos linajes de pescados,

unos que moran en el profundo de las aguas, otros que andan nadando y corriendo por cima de ellas, otros que estan pegados con sus conchas naturales á las peñas! Y el mismo mar de tal manera con sus playas y riberas se abraza con la tierra, que de dos cosas tan diferentes viene á hacerse una comun naturaleza de ambas.

Luego el aire, vecino á la mar, se diferencia entre dia y noche, el cual unas veces adelgazándose sube á lo alto, y otras espesándose se convierte en nubes, y recojiendo en sí los vapores de la mar, riega la tierra con aguas, y corriendo de una parte á otra, causa los vientos. Y él tambien sostiene sobre sí el vuelo de las aves, y nos da el aire con que se mantienen y sustentan los animales.

Restános agora el postrer lugar del mundo, que es el cielo tan alejado de nuestras moradas, que ciñe y abraza todas las cosas, que es el último término y cabo del mundo; en el cual aquellas lumbreras resplandecientes de las estrellas hacen sus cursos tan ordenados, que son causa de grande admiracion á quien los comtempla. Entre los cuales el sol, moviéndose al derredor de la tierra, y naciendo y poniendose, es causa

del dia y de la noche, y llegándose á nosotros un tiempo del año y desviándose otro, hace dos vueltas contrarias, y en este intervalo se entristece la tierra con su ausencia y despues se alegra con su venida. Mas la luna (que, como los matemáticos dicen, es mayor que la mitad de la tierra) caminando por las mismas vias que el sol, envía á la tierra la lumbre, que recibe dél, mudándose muchas veces y eclipsándose con la sombra de la tierra, y eclipsando ella al sol, cuando se le pone delante. Y por los mismos espacios corren los planetas al derredor de la tierra; los cuales á veces se apresuran en sus movimientos y á veces se tardan y otras se detienen; que es cosa de grande admiracion y hermosura. Siguese luego la muchedumbre de las estrellas fijas: las cuales estan de tal manera ordenadas, que vienen á hacer ciertas figuras, por las cuales son nombradas, como es el carro, la vocina y otras semejantes, que son guia de los que navegan por la mar.

Todo lo susodicho es de Tulio, el cual con el argumento de la fábrica y hermosura y provecho de las partes principales de este mundo inferior y con la orden y constancia invariable de los movimientos del cie-

lo prueba, que cosas tan grandes y tan provechosas, tan hermosas y tan bien ordenadas no se pudieron hacer acaso, sino que tienen un sapientísimo hacedor y gobernador.

Y un poco mas abajo, declarando el cuidado, que la divina providencia tiene de acudir á las necesidades humanas, dice de ella, que demas del comun pasto y mantenimiento de todo el mundo, produjo en diversos lugares diversas cosas para el uso y provision de nuestra vida. Y asi vemos, dice él, que en Ejipto el rio Nilo con sus crecientes riega y cubre en el tiempo del estío toda la tierra, y esto hecho, se recoje, dejando los campos ablandados y dispuestos para la sementera. A Mesopotamia hace fertil el rio Eufrates, en la cual cada año renueva los campos, y cuasi los hace otros. Mas el rio Indo, que es el mayor de todos los rios, no solo alegra y ablanda los campos, sino tambien los deja sembrados, por traer consigo gran número de semillas, semejantes á los granos de que nacen las mieses. Muchas otras cosas memorables podria contar, que se crian en diversos lugares, y muchos campos fértiles, unos que dan una manera de frutos y otros otra. Mas ¡cúanta

es la benignidad y liberalidad de la naturaleza en haber criado tantas y tan diversas y tan suaves cosas para nuestro mantenimiento, y estas no en un solo tiempo del año, sino siempre; para que con la novedad de los manjares y con la abundancia de ellos se renovase nuestro gusto y deleite! Y ¡cúan saludables vientos y cuan proporcionados á sus tiempos produce, no solo para el provecho de los hombres, sino tambien de los ganados y de todas las cosas que nacen de la tierra, con los cuales los grandes calores se templan, y con ellos se navega con mayor lijereza la mar!

Muchas otras cosas callamos y muchas tambien decimos; porque no se pueden contar los provechos, que nos traen los rios, y las mudanzas de la mar cuando crece ó mengua, y los montes vestidos de verdura, y los bosques y las salinas, que se hallan en lugares muy apartados de la mar, y la muchedunbre de las yerbas medicinales, que produce la tierra y inumerables artes necesarias para el mantenimiento y uso de nuestra vida. Pues ya la mudanza de los dias y de las noches sirve para conservar la vida de los animales, señalándonos un tiempo para trabajar y otro para descansar.

De manera, que por todas partes se concluye, que este mundo se gobierna por la sabiduría y consejo divino, el cual por una manera maravillosa lo endereza y gobierna á la salud y conservacion de todas las cosas.

Introduccion del símbolo de la fe.

DE FRAY LUIS DE LEON.

Por qué Cristo es llamado Brazo de Dios.

«Aparejó el señor su brazo santo ante los ojos de todas las jentes, y verán la salud de nuestro Dios todos los términos de la tierra," dice Isaias. Mas ¿prometió Dios alguna vez á su pueblo, que les enviaria su brazo y fortaleza para darles victoria de algun enemigo suyo, y para ponerlos no solo en libertad sino tambien en mando y señorío glorioso? ¿Y dijoles en alguna parte, que habia de ser su Mesias un fortísimo y belicosísimo capitan, que venceria por fuerza de armas sus enemigos y estenderia por todas las tierras sus esclarecidas victorias y que sujetaria á su imperio las jentes? Sin duda asi se lo dijo y prometió. Y ¿prometióselo por ventura en un solo lugar ó una vez sola, y esa acaso y

hablando de otro propósito? No, sino en muchos lugares y de principal intento y con palabras muy encarecidas y hermosas.

¿Qué profeta hay que no celebre cantando en muchos lugares este capitan y aquesta victoria? Asi es verdad: mas tambien los asirios y los babilonios fueron hombres señalados en armas, y hubo reyes belicosos y victoriosos entre ellos y sujetaron á su imperio á todo ó á la mayor parte del mundo. Y los medos y persas, que vinieron despues, ¿no menearon tambien las armas asaz valerosamente y enseñorearon la tierra y floreció entre ellos el esclarecido Ciro y el poderosísimo Jerjes? Es verdad. No menos verdad es, que las victorias de los griegos sobraron á estos, y que el no vencido Alejandro con la espada en la mano y como un rayo en brevísimo espacio corrió todo el mundo, dejándole no menos espantado de sí, que vencido. Y muerto él, sabemos que el trono de sus sucesores tuvo el cetro por largos años de toda Asia y de mucha parte de Africa y de Europa. Y por la misma manera los romanos, que le sucedieron en el imperio y en la gloria de las armas, tambien vemos que venciéndolo todo, crecieron hasta hacer que la tierra y su señorío

tuviesen un mismo término. Y ya que callemos los príncipes guerreadores y victoriosos, que florecieron en él en los tiempos mas vecinos al nuestro, notòrios son los Scipiones, los Marcelos, los Marios, los Pompeyos, los Césares de los siglos antepasados, á cuyo valor y esfuerzo y felicidad fue muy pequeña la redondez de la tierra.

Pero esta grandeza de victorias é imperio ¿diósela Dios á los que he dicho, ó ellos por sí y por sus fuerzas puras sin órden ni ayuda dél la alcanzaron? Fuera está eso de toda duda acerca de los que conocen y confiesan la providencia de Dios: que en los proverbios dice él mismo de sí mismo: *Por mí reinan los reyes.* Mas todavia pregunto ¿si conocian á Dios aquellas jentes? No le conocian, ni le adoraban. Mas ¿antes que Dios les hiciese aquesta merced, prometió de hacerla? ó vendióles muchas palabras acerca de ello? ó envióles muchos mensajeros, encareciéndoles la promesa por largos dias y por diversas maneras? Ninguna de esas cosas hizo Dios con ellos.

Pues ¿en qué juicio de los hombres cabe ó pudo caber pensar, que lo que daba Dios y cada dia lo da á jentes ajenas de sí y

que viven sin ley, bárbaras y fieras y llenas de infidelidad y de vicios feísimos, digo el mando terreno y la victoria en la guerra y la gloria y la nobleza del triunfo sobre todos ó cuasi todos los hombres: ¿quién pudo persuadirse que lo que da Dios á estos, que son como sus esclavos, y que se lo da sin prometerselo y sin venderselo con encarecimientos y como si no les diese nada ó les diese cosas de breve y de poco momento, como á la verdad lo son todas ellas en sí, eso mesmo ó su semejante á su pueblo escojido, y al que solo, adorando ídolos todas las otras jentes, le conocia y servia, para darselo, si se lo queria dar, como los ciegos pensaron, se lo prometia tan encarecidamente y tan de atras, enviándoles cuasi cada siglo nueva promesa de ello por sus profetas, y se lo vendia tan caro y hacia tanto esperar, que el dia de hoy aun no está cumplido, ni vendrá á cumplimiento jamas? Porque no es eso lo que Dios prometia.

Gran donaire, ó por mejor decir ceguedad lastimera es creer, que los encarecimientos y amores de Dios habian de parar en armas y en banderas, y en el estruendo de los atambores, y en castillos cercados y en muros batidos por tierra, y en el cuchillo, en

la sangre, y en el asalto, y en el captiverio de inocentes, y creer, que el brazo de Dios, estendido y cercado de fortaleza invencible, que Dios promete en sus letras y de quien él tanto en ellas se precia, era un descendiente de David, capitan esforzado, que rodeado de hierro y esgrimiendo la espada y llevando consigo innumerables soldados, habia de meter á cuchillo las jentes y desplegar por todas las tierras sus victoriosas banderas. Mesías fue de esta manera Ciro y Nabucodonosor y Artajerjes: ó ¿qué les faltó para serlo? Mesias fue, si ser Mesias es eso, Cesar el dictador y el grande Pompeyo: y Alejandro en esa manera fue mas que todos Mesias. ¿Tan gran valentía es dar muerte á los mortales y derrocar los alcázares, que ellos de suyo se caen, que le sea á Dios ó conveniente ó glorioso, hacer para ello brazo tan fuerte, que por este hecho le llame su *fortaleza*? ¡Oh cómo es verdad aquello, que en persona de Dios les dijo Isaias: «cuanto se encumbra el cielo sobre la tierra, tanto mis pensamientos se diferencian y levantan sobre los vuestros!"

Otros vencimientos, jente ciega y miserable, y otros triunfos y libertad, y otros señoríos mayores y mejores son los que Dios

nos promete. Otro es su brazo y otra su fortaleza, muy diferente y muy mas aventajada de lo que pensais. Vosotros esperais tierra, que se consume y perece; y la escritura de Dios es promesa del cielo. Vosotros amais y pedis libertad del cuerpo y en vida abundante y pacífica, con la cual libertad se compadece servir el ánima al pecado y al vicio: y de estos males, que son mortales, os prometia Dios libertad. Vosotros esperabades ser señores de otros: Dios no prometia sino haceros señores de vosotros mismos. Vosotros os teneis por satisfechos con un sucesor de David, que os reduzga á vuestra primera tierra y os mantenga en justicia, y defienda y ampare de vuestros contrarios: mas Dios, que es sin comparacion muy mas liberal y mas largo, os prometia no hijo de David solo, sino hijo suyo y de David hijo tambien, que enriquecido de todo el bien, que Dios tiene, os sacase del poder del demonio y de las manos de la muerte sin fin, y que os sujetase debajo de vuestros pies todo lo que de veras os daña, y os llevase santos, inmortales, gloriosos á la tierra de vida y de paz que nunca fallece. Estos son bienes dignos de Dios: y semejantes dádivas y no

otras hinchen el encarecimiento y muchedumbre de aquellas promesas.

Y á la verdad, entre los demas inconvenientes, que tiene este error, es uno grandísimo, que los que se persuaden de él, juzgan de Dios muy baja y vilmente. No tiene Dios tan angosto corazon como los hombres tenemos; y estos bienes y gloria terrena, que nosotros estimamos en tanto, aunque es él solo el que los distribuye y reparte, pero conoce que son bienes caducos y que estan fuera del hombre; y que no solamente no le hacen bueno, mas muchas veces le empeoran y dañan. Y asi, ni hace alarde de estos bienes Dios, ni se precia del repartimiento de ellos, y las mas veces los envía á quien no los merece, por los fines que él se sabe.

Mas dirán: «esperamos lo que las sagradas letras nos dicen, y con lo que Dios promete nos contentamos y eso tenemos por mucho. Leemos capitan: oimos guerras y caballos y saetas y espadas: vemos victorias y triunfos: prometennos libertad y venganza: dicennos que nuestra ciudad y nuestro templo será reparado, que las jentes nos servirán y que seremos señores de todos. Lo que oimos, eso esperamos, y con la esperanza de ello vivimos contentos."

Siempre fue flaca defensa asirse á la letra, cuando la razon evidente descubre el verdadero sentido; mas aunque flaca, tuviera aquí y en este propósito algun color, si las mismas divinas letras no descubrieran en otros lugares su verdadera intencion. Porque Isaias, cuando habla sin rodeos y sin figuras de Cristo, le pinta en persona de Dios de aquesta manera: « Veis á mi siervo, en quien descanso; aquel, en quien se contenta y satisface mi ánima. Puse sobre él mi espíritu: él hará justicia á las jentes: no voceará ni será aceptador de personas, ni será oida en las plazas su voz: la caña quebrantada no quebrará, y la estopa, que humea, no la apagará: no será aspero ni bullicioso." Pues manifiestamente se muestra, que este brazo y fortaleza de Dios, que es Jesucristo, no es fortaleza militar ni coraje de soldados y que los hechos hazañosos de un cordero tan humilde y tan manso, como es el que en este lugar Isaias pinta, no son hechos de esta guerra, que vemos, adonde la soberbia se enseñorea y la crueldad se despierta y el bullicio y la cólera y la rabia y el furor menean las manos. No tendrá, dice, cólera para hacer mal ni á una caña quebrada: y antojasele al error vano de aquestos

mezquinos, que tiene de trastornar el mundo. Y no es menos claro lo que el mismo profeta dice en el capitulo XI: *herirá la tierra con la vara de su boca, y con el aliento de sus labios quitará la vida al malvado.* Porque si las armas con que hiere la tierra y con que quita la vida al malo, son vivas y ardientes palabras, claro es que su obra de aqueste brazo no es pelear con armas carnales contra los cuerpos, sino contro los vicios con armas de espíritu. Y asi conforme á esto le arma de punta en blanco con todas sus piezas en otro lugar: *Vistióse por loriga justicia, y salud por yelmo de su cabeza, vistiose por vestiduras venganza, y el celo le cubrió como capa.* Por manera que las saetas, que antes decia que enviadas con el vigor del brazo traspasaban los cuerpos, son palabras agudas y enerboladas con gracia, que pasan el corazon de claro en claro; y su espada famosa no se templó con acero en las fraguas de Vulcano para derramar la sangre cortando, ni es hierro visible; sino rayo de virtud invisible, que pone á cuchillo todo lo que en nuestras almas es enemigo de Dios. Y sus lorigas y sus petos y sus arneses por el consiguiente son virtudes heróicas del cielo, en quien todos los golpes enemigos se

embotan. Piden á Dios la palabra y no despiertan la vista para conocer la palabra que Dios les dió.

Mas ¿en qué me detengo? El mismo profeta ¿no pone abiertamente y sin rodeo ni velo el oficio de Cristo y su valentía, y la cualidad de sus guerras en el capitulo LXI, adonde introduce á Cristo, que dice: *El espíritu del señor está sobre mí: á dar buena nueva á los mansos, me envió?* ¿No veis lo que dice? que buena nueva á los mansos, no asalto á los muros. Mas: *á curar los de corazon quebrantado*: y dice el error, «á pasar por los filos de su espada á las jentes:" *á predicar á los captivos perdon*: á predicar, que no á guerrear: no á dar rienda á la saña, sino á publicar su induljencia: á publicar el año, en que se aplaca el señor, y el dia en que, como si se viese vengado, queda mansa su ira: á consolar á los que lloran y dar fortaleza á los que se lamentan: á darles guirnalda en lugar de la ceniza y uncion de gozo en lugar del duelo, y manto de olor en vez de la tristeza del espíritu. Y para que no quedase duda ninguna concluye: *y serán llamados fuertes en justicia.*

DE DON GASPAR DE JOVELLANOS.

I.

Si, señores: la deuda que contraemos hoy es inmensa, porque lo es en el valor el don con que nos ha enriquecido nuestro buen rey. ¿Hay por ventura sobre la tierra cosa mas noble ni mas preciosa que la sabiduría? Pues ved aqui que Carlos IV quiere domiciliarla entre vosotros. Ya no tendreis que abandonar vuestra patria para alcanzarla, ni que peregrinar en pos de ella, buscandola, como Pitágoras, en paises remotos. Este instituto de enseñanza, que ahora inauguramos, es un monumento que su mano benéfica levanta á las ciencias para que en él sean perpetuamente cultivadas y honradas. Aqui tendrán siempre alimento y morada: y los depositarios de su doctrina se ocuparán contínuamente en derramar sobre este suelo su luz y sus tesoros.

¿Y qué otro don pudiera ser mas digno de vuestro reconocimiento? Sin duda que entre cuantos puede hacer á sus pueblos un monarca justo, ninguno es tan grande, tan provechoso como la ilustracion. Si le quereis

estimar justamente, pensad en los males que ha desterrado del mundo, y volved un instante los ojos á aquellos infelices pueblos que yacen sumidos todavia en su ignorancia primitiva. La tierra no produce para ellos sino malezas y abrojos. Pobres y vagabundos sobre ella, tienen que disputar con las fieras el suelo que pisan, las grutas en que moran, y hasta el grosero alimento de que viven y se mantienen. ¿Qué artes acuden, no ya a la satisfaccion de sus deseos, sino al socorro de sus necesidades? O condenados á sufrir el contínuo estímulo de tan punzantes privaciones, ¿qué esperanzas, qué ideas de resignacion y consuelo pueden conservar la paz y tranquilidad de su espíritu? ¿Hay por ventura espectáculo mas triste que ver sujeto y esclavizado á la naturaleza el hombre que nació para enseñorearla? Y hé aqui por que la instruccion de los pueblos fue entre los sabios de la antigüedad el primer objeto de la legislacion. Desde Confucio á Zoroastro, y desde Solon hasta Numa Pompilio, cultivar el espíritu y formar el corazon de los hombres fue el grande fin de las instituciones políticas. Leed los fragmentos de sus leyes, y los hallaréis mas henchidos de máximas de educacion, que de reglamentos de

policía. Todas se dirijen á engrandecer las almas; y si algunas á perfeccionar las facultades físicas del cuerpo, endureciéndole y acostumbrandole á la ajilidad y á la fatiga, era solo para arraigar en los ciudadanos aquellas dos grandes virtudes sobre que descansan los estados, el valor, como primer apoyo de la seguridad pública, y el amor al trabajo, como primera fuente de la felicidad individual.

Tal era entonces, tan sencillo y sublime el caracter de la sabiduría. La moral pública y privada era su unico objeto. Este solo estudio ilustró á tantos hombres celebres: este solo mereció la aplicacion y las vijilias de tantos legisladores y filósofos. Por él fueron afirmadas y ennoblecidas las antiguas repúblicas; por él exaltadas las almas de sus ciudadanos; y por él enjendradas aquellas altas virtudes que arrebatan todavía nuestra admiracion, y que darán eterno testimonio de la escelencia de su sabiduría.

¡Pluguiera á Dios, amados compatriotas, que en este dia, consagrado á la verdad y á la utilidad pública, no tuviese yo que proponer otro estudio á vuestra aplicacion! ¡Pluguiera á Dios que en él solo se afianzasen todavia la seguridad de los estados, y la fortuna de sus miembros! ¡Pluguiera á Dios

que en la presente corrupcion de ideas y costumbres rayase á lo menos la esperanza de recobrar algun dia aquella inocente y venturosa sencillez! Entonces la sabiduría, que reynó enmedio de ella, fuera el primero, fuera el unico objeto de mis exortaciones. Entonces temeroso de corromperla, ó de alejarla de nuestro suelo, y señalando con el dedo los augustos aledaños que le circunscriben, «volved, os diria, volved los ojos »á esas rocas altísimas que se levantan al me»diodia, y ved en ellas el valladar inaccesi»ble que la naturaleza interpuso para sepa»raros del resto de la tierra. Tended la vista »al proceloso mar cantábrico, y ved en esas »olas bramadoras, que baten el cimiento de »vuestras moradas, el terible límite que se»ñaló á vuestra ambicion. Allende de estas »eternas barreras no encontrareis sino mons»truos y peligros. Guardaos de traspasarlas »en busca de una felicidad que la providen»cia colocó mas cerca de nosotros. Mirad»las mas bien como términos señalados á la »division de vuestros pueblos para reducir la »esfera de su trabajo y sus deseos, para re»concentrarlos en el seno de sus familias, y »para estrechar mas y mas aquellos tiernos »vínculos que las hacen venturosas. No aspi-

»reis á otra felicidad: no aspireis á otra sa-»biduría, que á la que puede asegurarla; y »para ser felices tratad solamente de ser »virtuosos.»

¡Pero, ah! ¿quién podrá revocar aquella inocente edad, que pasó como un relámpago para no aparecer mas sobre la tierra? La ambicion la desterró para siempre de su superficie; la ambicion, que levantando su trono sobre el de la virtud, todo lo trastocó, todo lo corrompió, todo, hasta los objetos de la sabiduría que parecian inmutables como ella. Un jeneral frenesí que difundió por todas partes, y que infundió en todos los corazones, hizo á los hombres poner su gloria en la muerte y la desolacion. Desde entonces la fuerza triunfó de la virtud, y la ignorancia de la sabiduría. Asi la sabia Grecia, ennoblecida con la santidad de Cimon y de Sócrates, pereció á manos del grosero Mummio. Y asi tambien la prudente Roma, á quien engrandecieran mas las virtudes de Regulo y Caton que sus sangrientos triunfos, cedió al furor del pueblo insipiente y bárbaro, que restableció sobre la tierra el imperio de la ignorancia.

Ah! separemos la vista de una época tan funesta para la humanidad, como vergonzo-

sa á la sabiduría! ¿Qué nos presenta la historia de diez siglos sino violencias é injusticias, guerra y destruccion, horror y calamidad! ¡O siglos de ignorancia y supersticion! Siglos de ambicion y de ruina y de infamia y de llanto para el jénero humano! La sabiduría os recordará siempre con execracion, y la humanidad llorará perpetuamente sobre vuestra memoria.

Asturianos, ved aqui el grande objeto de los nuevos estudios á que hoy os llama nuestro buen rey: promover los conocimientos útiles, para perfeccionar las artes lucrativas; para presentar nuevos objetos al honesto trabajo; para dar nueva materia al comercio y la navegacion; para aumentar la poblacion y la abundancia; y para fundar sobre una misma base la seguridad del estado, y la dicha de sus miembros. Tal es el término de su beneficencia, y tal debe ser el de vuestras vijilias.

Para conseguir tan grandes fines os llama vuestro rey al estudio de la naturaleza, y os convida á que busqueis en ella aquellas útiles verdades sobre que estan librados. Hé aqui la divisa de este nuevo instituto. No se tratará en él de ofuscar vuestro espíritu con vanas opiniones, ni de cebarle con

verdades estériles. No se tratará de empeñarle en indagaciones metafisicas, ni de hacerle vagar por aquellas rejiones incognitas donde anduvo perdido largo tiempo. ¿Qué es lo que puede encontrar en ellas la temeraria presuncion del hombre? Desde Zenon á Espinosa, y desde Thales á Malebranche ¿qué pudo descubrir la onthologia sino monstruos, ó quimeras, ó dudas, ó ilusiones? Ah! sin la revelacion, sin esta luz divina que descendió del cielo para alumbrar y fortalecer nuestra oscura, nuestra flaca razon, ¿qué hubiera alcanzado el hombre de lo que existe fuera de la naturaleza? ¿Qué hubiera alcanzado aun de aquellas santas verdades que tanto ennoblecen su ser, y hacen su mas dulce consolacion?

Si algun estudio nos puede levantar á estas verdades es el estudio de la naturaleza; es el estudio de este orden admirable que reyna en ella, que descubre por todas partes la sabia y omnipotente mano que le dispuso, y que llamandonos al conocimiento de las criaturas, nos indica los grandes fines para que fuimos colocados en medio de ellas. Corred, pues, amados compatriotas, á cultivar este inocente y provechoso estudio. Corred: y mientras una parte de nuestra ju-

ventud, ansiosa de ejercer los ministerios de la relijion y la justicia, recibe en las escuelas jenerales los principios del dogma, y la moral pública y privada, venid vosotros á estudiar la naturaleza: poned los ojos en este gran libro que la providencia abrió ante todos los hombres, para que continuamente le leyesen: buscad en su inmenso volumen aquellas páginas que el dedo de la verdad ha señalado: aumentad este patrimonio todavía pequeño, pero muy precioso; y este sea el fin de vuestras tareas, este el de vuestra ambicion, y vuestra gloria.

No temo yo, amados compatriotas, que le menospreciéis. Dotados de una razon clara y penetrante, y de un espíritu capaz de remontarse á los altos principios de las ciencias, mi voz no se ocupará tanto en escitar vuestra aplicacion, como en recomendaros la modestia con que debeis entrar en esta nueva senda de la sabiduría: no tanto en aguijaros para que corrais inconsideradamente por ella, cuanto en señalaros los riesgos y precipicios que estan en su orilla, y las oscuras é intrincadas trochas en que podeis estraviaros. La verdad y la utilidad, que son objeto de este instituto, lo serán hoy de mis exortaciones. ¡Dichoso yo, si el celo

que me las dicta lograsè inspiraros aquella sobriedad, aquella constancia, sin la cual no puede ser alcanzado objeto tan sublime.

Preparados asi, entrad enorabuena á los nuevos estudios á que os llama la patria. Entrad a buscar la sabiduría en este nuevo templo, cualquiera que sea vuestra profesion, vuestros designios. ¿Quereis entregaros al terrible océano que brama á vuestra vista? La sabiduría levantará sobre sus abismos una morada firme y segura, y os enseñará á conducirla á los estremos de la tierra. Ella pondrá en vuestra mano la llave de los vientos; y haciendoos leer en el cielo los rumbos, que debeis seguir sobre las ondas, os enseñará á triunfar de peligros y tempestades. Mientras el astro del dia alumbrare los climas que estan bajo de vuestros pies, os mostrará la estrella de los navegantes velando sobre vuestras cabezas; y si las tinieblas la robaren á vuestros ojos, pondrá en vuestra mano un instrumento debil, pero maravilloso, que os señalará continuamente los polos sobre que jira el mundo. Asi surcaréis seguros los anchos mares, y asi conduciréis á las rejiones mas remotas al pacífico negociante, que buscare en ellas la recompensa de vuestro su-

dor. Y si tal vez el deseo de fama y nombradía hinchare vuestros corazones, asi tambien subireis á la gloria inmortal que hoy ilustra los nombres célebres de Colon y Magallanes, de Cook y Malespina.

Pero si mas timidos, ó menos ambiciosos, prefiriereis una felicidad mas cercana y segura, estudiad la naturaleza y ella os franqueará sus tesoros. Estudiad esas numerosas repúblicas de entes que vagan sobre vuestras cabezas, y que yacen bajo de vuestros pies, y que estan ó se mueven en derredor de vosotros. Investigad su esencia y propiedades; y lo que es aun mas digno de vuestra aplicacion, investigad los usos á que los destinó la benéfica mano del criador. La naturaleza, complacida de ser unico objeto de vuestro estudio y contemplacion, os abrirá su fecundo seno; derramara ante vosotros su rica cornucopia, y ninguno la solicitará, que no vuelva de su presencia enriquecido y mejorado.

O amados compatriotas, ¡cuánto se complace mi alma al comtemplaros dedicados á tan inocente, tan agradable, tan provechoso estudio; á un estudio tan propio para mejorar y engrandecer vuestro espíritu! ¡qué escenas tan magníficas no presentará la fisica

á vuestra razon al pasar en alarde la rica coleccion de seres que pueblan el universo, y al reconocer las eternas leyes que dirijen su movimiento y reproduccion: cuando os enseñare á distinguir la índole de esos fluidos, que traen á nosotros la luz y el calor, y el fuego y el sonido: de esas admirables y tenuísimas sustancias que minan y penetran todos los entes, y en medio de las cuales nada, por decirlo asi, y se sumerje toda la naturaleza! ¡Qué perspectivas tan nuevas y agradables, cuando la química, corriendo el velo misterioso que envuelve la esencia y propiedades de los cuerpos, y reduciendolos á sus simplicísimos elementos. ponga delante de vosotros aquellas afinidades, aquellas íntimas relaciones de amor ó de aversion que los atraen ó repelen, que los hacen buscarse ó huirse, y que con tan portentosa armonía los conservan en la gran cadena de la creacion! Entonces todo aparecerá en derredor de vosotros lleno de movimiento y vida, todo animado, todo colocado y dispuesto en un orden invariable y sapientísimo, todo en fin formado y dirijido por una mano santa y benéfica al bien y al consuelo del jénero humano.

No quiera Dios que perdais nunca de

vista este gran caracter que brilla en las obras de la naturaleza, y señala el fin de vuestro estudio. No quiera Dios que le empleeis jamas en aquellas estériles indagaciones que solo pueden alimentar una liviana ó presuntuosa curiosidad. Desconfiad de esta terrible pasion, tanto mas funesta cuanto mas alhagueña al espíritu humano, y si alguno de vosotros se hallare tentado á seguir su voz, sepa que la verdad se esconde de los que la buscan con temerario orgullo; que se complace en burlar sus conatos, y que mientras ceba su presuncion con fantasmas y vanas apariencias, solo se presenta clara y brillante, cual bajó del cielo, á los que la buscan con sobriedad y rectitud de intencion. Sea asi como estudieis vosotros la naturaleza. Sea asi como busqueis en ella aquellas verdades que estan calificadas por el bien y provecho: y la verdad y la utilidad, que forman la doble divisa de este instituto, sean el constante, el único fin de vuestra aplicacion.

[illegible] ah! que en medio de esperanzas tan [illegible] para mi corazon, un triste recelo introduce en él la desconfianza, y desconcierta su constancia y su celo. Sin duda que nace de esta terrible alianza que tienen

en todas partes la ignorancia y la pereza. »¿Quién, me parece que las oigo decir, quién »vendrá á recojer estas preciosas doctrinas? »Los hombres estan clasificados en toda so»ciedad: cada profesion, cada estado tiene »su destino y sus funciones: cada uno tiene »sus ocupaciones y sus placeres: todos tienen »distribuidos los momentos de su fatiga y »su descanso. ¿Quién será el que los sacrifi»que á la aplicacion y al estudio? Las ver»dades científicas solo se pueden alcanzar á »costa de largo tiempo y largas vijilias; y »el pobre solo trata de subsistir, como el »rico de gozar. ¿Quién pues se encargará »aqui de buscarlas, de ponerlas á logro, y »de difundirlas entre sus hermanos?"

Asturianos, ved aqui indicados todos mis temores: ved el escollo en que han zozobrado las mas útiles instituciones. ¿Pero serémos nosotros tan desgraciados? ¡que digo! serémos tan indolentes y perezosos que teniendo el bien tan cerca no levantemos nuestro espíritu para recibirle? ¿Quién es el que no puede sacar provecho del estudio de la naturaleza? ¿Hay por ventura clase, hay estado, hay profesion, á quien no sirvan las importantes verdades que enseña?

Venid vosotros á recibirlas, jenerosos

descendientes del gran Pelayo, venid: la patria os convoca á este instituto. El pueblo, que os mantiene, necesita de vuestra direccion y vuestras luces. Si su desamparo no os moviere á socorrerle, muevaos á lo menos vuestro interes y el decoro de vuestra clase. Ya no sois, como en otro tiempo, los únicos apoyos de la seguridad nacional, ni los defensores de sus derechos, ni los intérpretes de su voluntad. Vuestros blasones, vuestros privilejios ya no se libran sobre tan firmes títulos. Solo el verdadero patriotismo, sola la virtud, una virtud ilustrada y benéfica pueden justificarlos y conservarlos. Venid; instruid al pueblo, socorredle, y recompensad con vuestras luces y consejos el contínuo sudor que derrama sobre vuestras tierras: este sudor inocente y precioso, á quien debeis vuestro esplendor y vuestra misma existencia.

Venid tambien vosotros, ministros del santuario, no desdeñeis este inocente estudio que tanto puede perfeccionar vuestra sabiduría. Ah! una triste necesidad os llama poderosamente hácia él. La impiedad pretende corromperle: acudid vosotros á santificarle, y conservar su pureza. Una secta de hombres feroces y blasfemos, buscando

sus armas en la naturaleza, se levantan contra el cielo, como los titanes. Venid, estudiad en ella esta varia y magnífica coleccion de seres, este orden constante, estas inefables armonías que los enlazan, esta prodijiosa abundancia de bienes y placeres derramados en derredor de nosotros; y ved como predican, como demuestran al hombre la omnipotencia, la sabiduría y la bondad de su hacedor. Venid, estudiadlos, y combatid con sus mismas armas á la ingrata incredulidad: confundidla, aterradla, conservad al pueblo que os honra y alimenta el mayor de todos los consuelos: y mientras le doctrinais en las verdades eternas, ayudadle tambien á conocer y aumentar aquella escasa porcion de felicidad, que le está concedida en la tierra.

Y tú, pueblo laborioso, primer objeto de mis desvelos: tú, clase no menos recomendable á mis ojos por tus olvidados derechos, que por tus inocentes fatigas, mientras tanto que las continúas en beneficio de todos los órdenes del estado, envía tu juventud á educarse en este instituto.

Aqui aprenderá á despreciar los peligros del océano, y a buscar en las lejanas playas tu alivio y tu consuelo. Aqui aprende-

rá á multiplicar los objetos de tu trabajo, á mejorar tus instrumentos y máquinas, y á perfeccionar las artes útiles en que continuamente te empleas. Aquí aprenderá á romper esas rocas altísimas de que estás circundado, á penetrar los senos de la tierra, y á sacar de sus íntimas entrañas los bienes que la providencia depositó en ellas para tu alivio: estos bienes negados á la pereza y al indolente orgullo, y solo reservados al injenio y a la aplicacion laboriosa. Enviala, instruyela, y asi recobraras la consideracion que te rinden ya todas las almas buenas y sensibles.

Sobre todo, hijos mios, (que bien debeis permitir este nombre á la ternura de mi celo) sobre todo consagrad vuestro estudio á aquella arte que es mas amiga y allegada de la sabiduría, y que mas ennoblece y perfecciona la naturaleza. Consagradle á la primera, á la mas necesaria, á la mas provechosa, á la inocente agricultura. Observando la inmensa mole de materia ruda é inorgánica, que parece destinada al socorro de nuestras miserias, fijad vuestra atencion en la tierra, en esta madre universal, cuya juventud se renueva con la anual revolucion de los cielos; y es-

tudiad á todas horas aquella virtud maravillosa de fomentar las semillas que se confian á su seno, y de asegurar en su reproduccion la multiplicacion y el consuelo del jénero humano. Y cuando tan útiles y preciosos dones, como presenta á vuestra vista, no saciasen vuestros deseos, abrid por fin sus entrañas, y descubrireis nuevas fuentes de riqueza y prosperidad. ¡Qué de bienes no os guarda en sus tenebrosos abismos! piedras, sales, betunes, metales . . . Ah! no os deslumbreis con la codicia de tantos tesoros: elejid los que son mas útiles é inocentes; y deteneos sobre todo en este admirable y abundantísimo fosil, que la providencia descubrió en vuestros dias para colmar vuestra felicidad.

Ved aqui un objeto bien digno de vuestra particular aplicacion. La patria os llama á estudiarle y conocerle. No os desdeñeis de volver hacia él los ojos, por mas que os parezca humilde y grosero. Dentro de poco él solo servirá de recurso al abrigo, de auxilio á la industria, y de materia al comercio y á la navegacion de los españoles. Vuestros hermanos, derramados por las provincias de oriente y mediodía, le desean y esperan de vosotros. Vendrá tambien un dia en que las

demas naciones se hagan vuestras tributarias, y corran ansiosas á buscarle en vuestras orillas, ó le reciban de las naos que llevaren este consuelo á los helados habitantes de uno y otro polo. Entonces todo será en Asturias abundancia y felicidad. Entonces, mejorada vuestra agricultura, animadas vuestras artes, estendidos vuestro comercio y navegacion, os multiplicaréis como las arenas de vuestras playas, y la paz y la alegría morarán en medio de vosotros.

¡O dias venturosos! dias de plenitud y de holganza y de gloria para los asturianos. ¡Dichosos aquellos que os alcanzaren, y que renovando la memoria aniversaria de este solemne dia, puedan celebrar su aparicion en el círculo de los años! Dichosos los que oyeren los cánticos de gratitud y alabanza que entonarán nuestros venideros al nombre y á la gloria del buen rey, que domiciliando las ciencias en este suelo, abre hoy las fuentes de la felicidad que gozarán entonces. Entonces sus bendiciones renovarán tambien el tierno y venerable nombre del ministro patriota que preparó los caminos á su sabiduría, y le irán llevando de jeneracion en jeneracion á la mas remota posteridad. Y si en el entusiasmo del reconocimiento al-

gun tierno recuerdo despertare la memoria de los débiles esfuerzos de mi celo, de este celo de vuestro bien que ahora me consume, entonces mis yertas cenizas, que no reposarán lejos de vosotros, recibiendo el único premio que pudo anhelar mi corazon, os predicarán todavía desde el sepulcro que estudieis contínuamente la naturaleza, que solo busqueis en ella las verdades útiles, y que consagreis toda vuestra aplicacion, toda vuestra sabiduría, todo vuestro celo al bien de vuestra patria y al consuelo del jénero humano.

Oracion inaugural en la apertura del instituto asturiano.

II.

Tal era la suerte que estaba reservada á Rodriguez: sobresalir entre lo mas sobresaliente de su profesion, y aparecer ante los profesores de su tiempo como un modelo. Cuando el padre de los Borbones pensó en vincular las bellas artes en una academia, Rodriguez se halla entre los mejores maestros de arquitectura, da las primeras lecciones en la junta preparatoria, deja atras

el celo de los artistas estranjeros, y es al fin nombrado primer director de su arte. De forma que al consolidarse bajo Fernando el pacífico un establecimiento tan glorioso á las artes españolas, se vió ya al frente de la arquitectura el hombre que debia restablecer su esplendor entre nosotros.

Mas ah, ¡cuan deplorable era entonces el estado de nuestra arquitectura! Yo quisiera, señores, escusaros el disgusto de oir su triste descripcion; ¿pero podré descubrir sin ella el abismo de ignorancia y mal gusto en que la halló Rodriguez sepultada? ¿Podré fijar aquel lejano punto de donde partió en su larga y penosa carrera? Destinado á restituirle su antiguo decoro, debia subir hasta su orijen, observar sus progresos y vicisitudes, y estudiar su historia en los edificios de sus diversas épocas. Tal es la ventaja de esta arte provechosa: sus grandes monumentos resistiendo al torrente destructor de los tiempos, que perennemente cambia y desfigura la superficie del globo, duran y permanecen por largos siglos, y conservan hasta en sus ruinas la historia de la cultura ó la ignorancia de innumerables jeneraciones.

Rodriguez, llevado por su reputacion á

muchas de nuestras provincias, busca en ellas ansioso los edificios célebres de todas las edades: los analiza, los mide, los compara, los sujeta al infalible criterio de los principios del arte; y igualmente enseñado por la observacion de los errores que por la de los aciertos de los siglos pasados, prepara la revolucion con que debia ennoblecer el presente. Vosotros, los que para rebajar su mérito, habeis repetido con tanta afectacion que nunca estuvo en Roma, venid, observadle, acompañadle en este estudio, y decidme despues, si los largos y distantes viajes, que tanto aumentan cada dia el rebaño de los serviles imitadores, han enseñado á ninguno lo que aprendió en sus curiosas espediciones este jenio meditador y profundo. Mientras que yo aplaudiendo su celo, y siguiendo sus pasos, me atrevo á mezclar un rasguño de la historia del arte al elojio de su restaurador.

¡Pero tal es la condicion de las cosas humanas que nada hay seguro, nada durable sobre la tierra! La gloria misma de las naciones, esta gloria comprada con tan sangriento afan, y poseida con tan loco entusiasmo, pasa como un relámpago que en la oscuridad de la noche ilumina por un

instante la bóveda del cielo para restituirla despues al imperio de las tinieblas. Los títulos pomposos, de que tanto se precian los pueblos; los títulos de guerreros, de sabios, de poderosos y opulentos pasan incesantemente de unos en otros siempre acompañados del orgullo y vana confianza que al fin los envilecen y destruyen con la misma vicisitud. Apenas poseyó España por una centuria la gloria que le habian adquirido tantos valientes soldados, tantos sabios famosos y tantos célebres artistas, cuando pareció ya aquel triste periodo en que la literatura, las artes, las ciencias caminaron á su ruina al mismo paso acelerado que la riqueza, el poder y la gloria del imperio español.

En esta edad de corrupcion abandonados otra vez los principios del arte de edificar, volvió á adoptar el capricho de los arquitectos todas las estravagancias que habia inventado el de los escultores y pintores. Aquellos, convertidos en tallistas para servir en los templos á una supersticion tan vana y tan ignorante como ellos, alteraron todos los módulos, trastrocaron todos los miembros, desfiguraron todos los tipos del ornato arquitectónico; y produjeron una mu-

chedumbre de nuevas formas, si muy distantes de la sencillez y majestad de las antiguas, mucho mas todavía de la decencia y el buen gusto. Pasó la depravacion á los pintores destinados á figurar cuerpos de arquitectura para el adorno del teatro del buen Retiro: y mientras Montalvan, Rojas y Matosfragoso engalanaban con indecentes atavíos las musas dramáticas para lisonjear el mal gusto de los cortesanos de Felipe IV y Carlos II; Barnuevo, Rici, y Donoso prostituian la arquitectura disfrazándola y sacándola á la escena sin unidad, sin gracia y sin decoro.

En medio de esta corrupcion jeneral de principios, Rodriguez observó que el torrente de la opinion iba arrastrando los arquitectos hácia el error que habian autorizado ya los escultores y pintores. Viendo aplaudir, desde la corte hasta la mas humilde aldea, los monstruos que enjendraba el mal gusto y que abortaba la ignorancia, ¿quién podia separarlos de una senda que conducia tan seguramente á la riqueza y al aplauso? Cedieron por fin al ejemplo, y trasladaron á los pórticos, frontispicios, fachadas las estravagancias de los retablos y escenas. Desde entonces los templos, las

casas, las fuentes, los edificios públicos y privados, todo se cubrió de torpes garambainas y groseros follajes; monumentos ridículos, que testifican todavia la barbarie de quien los hacia, y el mal gusto de quien los pagaba.

Tal era el que dominaba á la entrada del siglo diez y ocho; y mientras Rodriguez consagraba su juventud al estudio de los buenos y sólidos principios de la arquitectura, Barbás, Tomé, Churriguera y Ribera llevaban la corrupcion del arte en Sevilla, en Toledo, en Salamanca y aun en Madrid a aquel estremo de depravacion, donde suele ser necesario que toquen los males públicos, para empeñar á la indolencia en su remedio.

Mas ah! que un adverso influjo se oponia ostinadamente a esta misma reputacion. Digámoslo de una vez: digamoslo para confusion nuestra, y para enseñanza de nuestros venideros: la envidia, perene acechadora del mérito, y atroz perseguidora de los grandes talentos, no pudo ya tolerar los de Rodriguez; y al paso que iba creciendo la fama de este insigne arquitecto, redoblaba su saña y artificios para oscurecerla. Escondida ó descarada, astuta

ó insolente, segun le venia mejor para asestar sus tiros; ora adulando la ignorancia, ora acariciando la miseria; tomando aqui por pretesto la seguridad pública, y allá la conveniencia privada, contrariaba á todas horas y en todas partes los designios que este gran jenio formaba para inmortalizarse en el silencio de su retiro.

¿Quién se atreveria á pronunciar tan amarga verdad si no existiesen los vergonzosos testimonios en que está consignada? Si, señores; los principales, los mas dignos trabajos de D. Ventura Rodriguez han quedado sin ejecucion. El proyecto de un hospital jeneral, en que brillan á porfia la sencillez, la comodidad y la salubridad, tan necesarias en estos asilos de la humanidad doliente; el de un suntuoso y magnífico convento para los pobres y humildes hijos de S. Francisco; el de un devotísimo oratorio para los de S. Felipe Neri; el de una riquísima iglesia, de forma elíptica, decorada con toda la pompa del orden corintio, para los de S. Bernardo; de un palacio para los correos; de otro para la suprema Inquisicion; y en fin de una muchedumbre de edificios ideados por orden del gobierno, ó por encargo de particulares,

forman un riquísimo tesoro de preciosas obras escondidas en la coleccion de sus papeles y robadas á la comodidad y al decoro público por la envidia y la calumnia.

Robadas al público, sí; mas no á la reputacion de Rodriguez, que está apoyada en ellas. Y á la verdad, ¿qué es lo que resta al arquitecto despues de haber perfeccionado sus planos? La ejecucion ya pertenece á otra mano: y acaso en esto, mas que en otra cosa, se distingue su profesion de las demas. Cuando el jenio criador de la arquitectura, guiado por la sabiduría, y inflamado del deseo de inmortalidad, concibe un designio digno de ella, cuando inventa, mide, calcula y distribuye su objeto, cuando proporciona cada parte á su destino, y de la sábia combinacion de todas hace que resulte la armonía jeneral; cuando da en la unidad un apoyo y un vínculo á esta misma armonía; en fin cuando concilia la solidez con la conveniencia, y la belleza con la comodidad, todo está hecho. Lo que resta no es ya la parte noble, sino la mecánica del arte: no pertenece al arquitecto, sino al aparejador: en una palabra no es obra del injenio, sino de las manos.

Imparcial posteridad! tú no juzgarás á

Rodriguez por los errores ajenos, sino por los aciertos propios. Justa apreciadora del merito distinguirás la perfeccion y sublimidad de sus ideas de los vicios de la ejecucion; y atribuirás la gloria ó el descrédito á quien los hubiere merecido. Cuando tú fallares, la envidia habrá enmudecido ya; y mil obras célebres, que durarán mas que sus débiles ecos, confirmarán por largo tiempo la rectitud de tus juicios. La confirmará aquella rica y graciosa decoracion que consagró Rodriguez á la majestad del culto en la nueva capilla real, y en los templos de la Encarnacion, de S. Isidro y el Salvador de Madrid. La confirmará la memoria de aquellos monumentos magníficos, testimonios del amor y regocijo público, con que esta capital abrió sus puertas al monarca que mas debia realzar su esplendor. La confirmarán los bellísimos adornos que como primer arquitecto de Madrid hizo ó proyectó para hermosear su gran paseo; obra digna del ilustre y celoso ciudadano que la emprendió, digna de la edad de Carlos III, y el mejor ornamento de su corte. La confirmará la escelente mina, destinada en el mismo sitio á la seguridad y al aseo público, y comparable á la gran

cloaca en que Dionisio y Casiodoro creian cifrada la magnificencia romana. Y sobre todo la confirmará el insigne edificio de Covadonga, nuevo milagro que va á sustituir la piedad al que nos robó la providencia en los montes de Asturias.

Permitidme, señores, que en este portentoso sitio haga una breve detencion. ¿Quién trasportado á él no sentirá su alma llena y penetrada de las venerables memorias que recuerda? Un horrible incendio consumió en 1775 aquel humilde templo que sostenia el brazo omnipotente, donde la respetable antigüedad hacia escusada la magnificencia, y donde la devocion corria desalada de todas partes á derramar su ternura y sus lágrimas. Este triste suceso llena de luto al pueblo asturiano, se difunde por toda la nacion, penetra hasta el trono del piadoso Carlos III, y conmovido su real ánimo resuelve la ereccion de un nuevo y magnífico templo; concede libre curso á la jenerosa piedad de sus vasallos, y les da con sus hijos el primer ejemplo de liberalidad.

Rodriguez, nombrado para esta empresa, vuela á Asturias, penetra hasta las faldas del monte Auseva, y á vista de una de aquellas

grandes escenas, en que la naturaleza ostenta toda su majestad, se inflama con el deseo de gloria, y se prepara á luchar con la naturaleza misma. ¡Cuántos estorbos, cuántas y cuán arduas dificultades no tuvo que vencer en esta lucha! Una montaña, que escondiendo su cima entre las nubes embarga con su horridez y su altura la vista del asombrado espectador: un rio caudaloso, que taladrando el cimiento, brota de repente al pie del mismo monte: dos brazos de su falda, que se avanzan á ceñir el rio, formando una profunda y estrechísima garganta: enormes peñascos suspendidos sobre la cumbre, que anuncian el progreso de su descomposicion: sudaderos y manantiales perenes, indicio del abismo de aguas cobijado en su centro: árboles robustísimos que le minan poderosamente con sus raices: ruinas, cavernas, precipicios, ¿qué imajinacion no desmayaria á vista de tan insuperables ostáculos?

Mas la de Rodriguez no desmaya; antes su jenio empeñado de una parte por los estorbos, y de otra mas y mas aguijado por el deseo de gloria, se muestra superior á si mismo, y hace un alto esfuerzo para vencer todos los ostáculos. Retira primero

el monte, usurpando á una y otra falda todo el terreno necesario para su invencion: levanta en él una ancha y majestuosa plaza, accesible por medio de bellas y cómodas escalinatas, y en su centro esconde un puente que da paso al caudaloso rio, y sujeta sus márjenes: coloca sobre esta plaza un robusto panteon cuadrado, con graciosa portada, y en su interior consagra el primero y mas digno monumento á la memoria del gran Pelayo; y elevado por estos dos cuerpos á una considerable altura, alza sobre ella el majestuoso templo de forma rotunda con gracioso vestíbulo, y cúpula apoyada sobre columnas aisladas; le enriquece con un bellísimo tabernáculo, y le adorna con toda la gala del mas rico y elegante de los órdenes griegos.

!Oh qué maravilloso contraste no ofrecerá á la vista tan bello y magnífico objeto enmedio de una escena tan hórrida y estraña! Dia vendrá en que estos prodijios del arte y la naturaleza atraigan de nuevo allí la admiracion de los pueblos; y en que disfrazada en devocion la curiosidad resucite el muerto gusto de las antiguas peregrinaciones, y enjendre una nueva especie de superstición, menos contraria á la ilus-

tracion de nuestros venideros.

Tanta oonstancia, tan admirable modestia no podian quedar sin premio: y si el cielo no recompensó á Rodriguez con aquellos dones de fortuna, en torno de los cuales jiran tan ambiciosas de contínuo la ambicion y la codicia, le dió á lo menos en la estimacion de sus amigos un bien mas abundante, mas digno de su alma, y mas apetecido de ella. Si yo tratase de formar aqui el catálogo de las personas que honraron á Rodriguez con su amistad y con su aprecio; que nombres tan augustos y respetables no pudiera pronunciar en este instante! Pero la posteridad no los ignorará, ellos pasarán hasta las últimas jeneraciones con las obras célebres que le confiaron, y que serán otros tantos monumentos de su celo y buen gustó.

Uno solo indicaré que no me permiten pasar en silencio la notoria amistad y constante proteccion con que distinguió á Rodriguez. Hablo de aquel sabio ciudadano, que hoy ocupa tan dignamente la primera silla de la majistratura: de aquel insigne patriota, que no contento con haber señalado su celo y sabiduría en una serie jamas interrumpida de útiles y gloriosos tra-

bajos, se afanó siempre por acercar á sí los mayores talentos de su tiempo para empeñarlos en el bien de la nacion. Su casa, abierta siempre á la aplicacion y al mérito, parecia la morada propia del injenio, y cualquiera que debia á la providencia este don celestial, estaba seguro de ser en ella acojido, apreciado y distinguido.

Lemaur, el mas sabio de nuestros injenieros: Mengs, el primer pintor de la tierra: Castro á quien tanto debió la escultura española: Rodriguez, el restaurador de nuestra arquitectura, se vieron asiduamente en aquel pequeño círculo donde la ciencia y la virtud, únicos títulos de entrada, igualaban á los concurrentes, y hacian de la conversacion ordinaria un teatro de erudicion, y una escuela de la mas útil y provechosa doctrina.

Aqui fue donde yo noté muchas veces aquella admirable reunion de modestia y de sabiduría que tanto realzaban el mérito de Rodriguez. Vosotros, señores, la visteis brillar tambien en este santuario del patriotismo, á cuya ereccion concurrió, y donde le atrajeron su virtud y su celo por el bien público. Grave y sencillo en su porte, urbano y afable en su trato, instruido

y comunicable en sus conversaciones, distaba tanto de aquel fausto científico con que algunos hombres, inflados con el aire de la alabanza, pretenden fundar su gloria sobre el desprecio de los demas, como de cierta charlatanería insolente, que decidiendo soberanamente de todo, aspira á arrebatar el aprecio debido solo á la sabiduría.

Elojio del arquitecto D. Ventura Rodriguez

III.

El elojio de Carlos III, pronunciado en esta morada del patriotismo, no debe ser una ofrenda de la adulacion, sino un tributo del reconocimiento. Si la tímida antigüedad inventó los panejíricos de los soberanos, no para celebrar á los que profesaban la virtud, sino para acallar á los que la perseguian, nosotros hemos mejorado esta institucion, convirtiéndola á la alabanza de aquellos buenos príncipes, cuyas virtudes han tenido por objeto el bien de los hombres que gobernaron. Asi es que mientras la elocuencia, instigada por el temor, se desentona en otras partes para divinizar

á los opresores de los pueblos, aqui libre y desinteresada se consagrará perpétuamente á la recomendacion de las benéficas virtudes en que su alivio y su felicidad estan cifrados.

Tal es, señores, la obligacion que nos ímpone nuestro instituto : y mi lengua, consagrada tanto tiempo há á un ministerio de verdad y justicia, no tendrá que profanarle por la primera vez para decir las alabanzas de Carlos III. Considerandole como padre de sus vasallos, solo ensalzaré aquellas providencias suyas que le han dado un derecho cierto á tan glorioso título; y entonces este elojio, modesto como su virtud y sencillo como su caracter, sonará en vuestro oido á la manera de aquellos himnos con que la inocencia de los antiguos pueblos ofrecia sus loores á la divinidad, tanto mas agradables cuanto eran mas sinceros, y cantados sin otro entusiasmo que el de la gratitud.

Ah! cuando los soberanos no han sentido en su pecho el placer de la beneficencia : cuando no han oido de la boca de sus pueblos las bendiciones del reconocimiento, ¿de qué le servirá esta gloria vana y esteril que buscan con tanto afan para

saciar su ambicion, y contentar el orgullo de las naciones? Tambien España pudiera sacar de sus anales los títulos pomposos en que se cifra este funesto esplendor. Pudiera presentar sus banderas llevadas á las últimas rejiones del ocaso para medir con la del mundo la estension de su imperio: sus naves cruzando desde el mediterráneo al mar pacífico, y rodeando las primeras la tierra para circunscribir los límites de la ambicion humana: sus doctores defendiendo la iglesia, sus leyes ilustrando la Europa, y sus artistas compitiendo con los mas célebres de la antigüedad. Pudiera en fin amontonar ejemplos de heroicidad y patriotismo, de valor y constancia, de prudencia y sabiduría. Pero con tantos y tan gloriosos timbres, ¿qué bienes puede presentar añadidos á la suma de su felicidad?

Si los hombres se han asociado, si han reconocido una soberanía, si le han sacrificado sus derechos mas preciosos, lo han hecho sin duda para asegurar aquellos bienes, á cuya posesion los arrastraba el voto jeneral de la naturaleza. ¡O príncipes! vosotros fuisteis colocados por el Omnipotente enmedio de las naciones para atraer á ellas la abundancia y la prosperidad. Ved aqui

vuestra primera obligacion. Guardaos de atender á los que os distraen de su cumplimiento : cerrad cuidadosamente el oido á las sujestiones de la lisonja y á los encantos de vuestra propia vanidad, y no os dejeis deslumbrar del esplendor que continuamente os rodea, ni del aparato del poder depositado en vuestras manos. Mientras los pueblos afligidos levantan á vosotros sus brazos, la posteridad os mira de lejos, observa vuestra conducta, escribe en sus memoriales vuestras acciones, y reserva vuestros nombres para la alabanza, el olvido, ó la execracion de los siglos venideros.

Parece que este precepto de la filosofía resonaba en el corazon de Carlos III cuando venia de Nápoles á Madrid, traido por la providencia á ocupar el trono de sus padres. Un largo ensayo en el arte de reinar le enseñara que la mayor gloria de un soberano es la que se apoya sobre el amor de sus súbditos; y que nunca este amor es mas sincero, mas durable, mas glorioso que cuando es inspirado por el reconocimiento. Esta leccion tantas veces repetida en la administracion de un reino, que habia conquistado por sí mismo, no podia serlo

menos en el que venia á poseer como una dádiva del cielo.

Vosotros, señores, vosotros que cooperais con tanto celo al logro de sus paternales designios, no desconocereis cual era el espíritu que faltaba á la nacion. Ciencias útiles, principios económicos, espíritu jeneral de ilustracion : ved aqui lo que España deberá al reinado de Carlos III.

Si dudais que en estos medios se cifra la felicidad de un estado, volved los ojos á aquellas tristes épocas en que España vivió entregada á la supersticion y la ignorancia. ¡Qué espectáculo de horror y de lástima! La relijion, enviada desde el cielo á ilustrar y consolar al hombre, pero forzada por el interes á entristecerle y iludirle : la anarquía establecida en lugar del orden: el jefe del estado tirano ó víctima de la nobleza : los pueblos, como otros tantos rebaños, entregados á la codicia de sus señores : la indijencia agoviada con las cargas públicas : la opulencia libre enteramente de ellas, y autorizada á agravar su peso: abiertamente resistidas ó atropelladas las leyes : menospreciada la justicia : roto el freno de las costumbres, y abismados en la confusion y el desorden todos los objetos

del bien y el orden público; ¿donde, donde residia entonces aquel espíritu, á quien debieron despues las naciones su prosperidad?

España tardó algunos siglos en salir de este abismo; pero cuando rayó el diez y seis, la soberanía habia recobrado ya su autoridad, la nobleza sufrido la reduccion de sus prerogativas, el pueblo asegurado su representacion, los tribunales hacian respetar la voz de las leyes y la accion de la justicia; y la agricultura, la industria, el comercio prosperaban á impulsos de la proteccion y el orden. ¡Qué humano poder hubiera sido capaz de derrocar á España del ápice de grandeza á que entonces subió, si el espíritu de verdadera ilustracion le hubiese enseñado á conservar lo que tan rápidamente habia adquirido?

No desdeñó España las letras, no: antes aspiró tambien por este rumbo á la celebridad. Pero, ah! ¿cuáles son las útiles verdades que recojió por fruto de las vijilias de sus sabios? ¿De qué la sirvieron los estudios eclesiásticos, despues que la sutileza escolástica le robó toda la atencion que debia á la moral y al dogma? ¿De

qué la jurisprudencia, ostinada por una parte en multiplicar leyes, y por otra en someter su sentido al arbitrio de la interpretacion? ¿De qué las ciencias naturales, solo conocidas por el ridículo abusó que hicieron de ellas la astrolojía y la química? ¿De qué por fin las matemáticas cultivadas solo especulativamente, y nunca convertidas ni aplicadas al beneficio de los hombres? Y si la utilidad es la mejor medida del aprecio, ¿cuál se deberá á tantos nombres como se nos citan á cada paso, para lisonjear nuestra pereza y nuestro orgullo?

Entre tantos estudios no tuvo entonces lugar la economía civil, ciencia que enseña á gobernar, cuyos principios no ha corrompido todavía el interes, como los de la política; y cuyos progresos se deben enteramente á la filosofía de la presente edad. Las miserias públicas debian despertar alguna vez al patriotismo, y conducirle á la indagacion de la causa y el remedio de tantos males; pero esta época se hallaba todavia muy distante. Entretanto que el abandono de los campos, la ruina de las fábricas y el desaliento del comercio sobresaltaba los corazones, las guerras estran-

jeras, el fausto de la corte, la codicia del ministerio, y la hidropesía del erario abortaban enjambres de miserables arbitristas que reduciendo á sistema el arte de estrujar los pueblos, hicieron consumir en dos reinados la sustancia de muchas jeneraciones.

Entonces fue cuando el espectro de la miseria, volando sobre los campos incultos, sobre los talleres desiertos, y sobre los pueblos desamparados, difundió por todas partes el horror y la lástima. Entonces fue cuando el patriotismo inflamó el celo de algunos jenerosos españoles, que tanto meditaron sobre los males públicos, y tan vigorosamente clamaron por su reforma: entonces cuando se pensó por primera vez que habia una ciencia que enseñaba á gobernar los hombres y hacerlos felices: entonces finalmente cuando del seno mismo de la ignorancia y el desorden nació el estudio de la economía civil.

¿Pero cual era la suma de verdades y conocimientos que contenia entonces nuestra ciencia económica? ¿Por ventura podremos honrarla con tan apreciable nombre? Vacilante en sus principios, absurda en sus consecuencias, equivocada en sus

cálculos, y tan deslumbrada en el conocimiento de los males como en la eleccion de los remedios, apenas nos ofrece una máxima de buen gobierno. Cada economista formaba un sistema peculiar, cada uno le derivaba de diferente orijen; y sin convenir juntas en los elementos, cada uno caminaba á su objeto por distinta senda.

Estaba reservado á Carlos III aprovechar los rayos de luz que estos dignos ciudadanos habian depositado en sus obras. Estabale reservado el placer de difundirlos por su reino, y la gloria de convertir sus vasallos al estudio de la economía. Sí, buen rey, ve aqui la gloria que mas distinguirá tu nombre en la posteridad. El santuario de las ciencias se abre solamente á una pequeña porcion de ciudadanos, dedicados á investigar en silencio los misterios de la naturaleza para declararlos á la nacion. Tuyo es el cargo de recojer sus oráculos: tuyo el de comunicar la luz de sus investigaciones: tuyo el de aplicarla al beneficio de tus súbditos. La ciencia económica te pertenece esclusivamente á ti, y á los depositarios de tu autoridad. Los ministros, que rodean tu trono, constituidos órganos de tu suprema voluntad: los altos majistrados que la deben

intimar al pueblo, y elevar á tu oido sus derechos y necesidades: los que presiden al gobierno interior de tu reino: los que velan sobre tus provincias: los que dirijen inmediatamente tus vasallos, deben estudiarla, deben saberla, ó caer derrocados á las clases destinadas á trabajar y obedecer. Tus decretos deben emanar de sus principios, y sus ejecutores deben respetarlos. Ve aqui la fuente de la prosperidad, ó la desgracia de los vastos imperios que la providencia puso en tus manos. No hay en ellos mal, no hay vicio, no hay abuso, que no se derive de alguna contravencion á estos principios. Un error, un descuido, un falso cálculo en economía llena de confusion las provincias, de lágrimas los pueblos, y aleja de ellos para siempre la felicidad. Tú, señor, has promovido tan importante estudio: haz que se estremezcan los que debiendo ilustrarse con él, le desprecien ó insulten.

Apenas sube Carlos al trono, cuando el espíritu de examen y reforma repasa todos los objetos de la economía pública. La accion del gobierno despierta la curiosidad de los ciudadanos, renace entonces el estudio de esta ciencia que ya por aquel

tiempo se llevaba en Europa la principal atencion de la filosofía. España lee sus mas célebres escritores, examina sus principios, analiza sus obras : se habla, se disputa, se escribe; y la nacion empieza á tener economistas..

Pero á tí, ó buen Carlos, á tí se debe siempre la mayor parte de esta gloria y de nuestra gratitud. Sin tu proteccion, sin tu jenerosidad, sin el ardiente amor que profesas á tus pueblos, estas preciosas semillas hubieran perecido. Caidas en una tierra esteril, la cizaña de la contradiccion las hubiera sofocado en su seno. Tú has hecho respetar las tiernas plantas que jerminaron; tú vas ya á recojer su fruto; y este fruto de ilustracion y verdad será la prenda mas cierta de la felicidad de tu pueblo.

Sí, españoles; ved aqui el mayor de todos los beneficios que derramó sobre vosotros Carlos III. Sembró en la nacion las semillas de luz que han de ilustraros, y desembarazó los senderos de la sabiduría. Las inspiraciones del vijilante ministro, que encargadó de la pública instruccion sabe promover con tan noble y constante afan las artes y las ciencias, y á quien nada distinguirá tanto en la posteridad como esta

gloria, lograron al fin restablecer el imperio de la verdad. En ninguna época ha sido tan libre su circulacion: en ninguna tan firmes sus defensores: en ninguna tan bien sostenidos sus derechos. Apenas hay ya estorbos que detengan sus pasos; y entretanto que los baluartes levantados contra el error se fortifican y respetan, el santo idioma de la verdad se oye en nuestras asambleas, se lee en nuestros escritos, y se imprime tranquilamente en nuestros corazones. Su luz se recoje de todos los ángulos de la tierra, se reune, se estiende, y muy presto bañará todo nuestro orizonte. Sí; mi espíritu arrebatado por los inmensos espacios del futuro vé allí cumplido este agradable vaticinio. Allí descubre el simulacro de la verdad sentado sobre el trono de Carlos; la sabiduría y el patriotismo la acompañan; innumerables jeneraciones la reverencian y se le postran en derredor; los pueblos beatificados por su influencia le dan un culto puro y sencillo; y en recompensa del olvido, con que la injuriaron los siglos que han pasado, le ofrecen los himnos del contento, y los dones de la abundancia que recibieron de su mano.

O vosotros, amigos de la patria, á quie-

nes está encargada la mayor parte de esta feliz revolucion, mientras la mano bienechora de Carlos levanta el magnífico monumento que quiere consagrar á la sabiduría; mientras los hijos de Minerva, congregados en él, rompen los senos de la naturaleza, descubren sus íntimos arcanos, y abren á los pueblos industriosos un minero inagotable de útiles verdades, cultivad vosotros noche y dia el arte de aplicar esta luz á su bien y prosperidad. Haced que su resplandor inunde todas las avenidas del trono, que se difunda por los palacios y altos consistorios, y que penetre hasta los mas distantes y humildes hogares. Este sea vuestro afan, este vuestro deseo y única ambicion. Y si quereis hacer á Carlos un obsequio digno de su piedad y de su nombre, cooperad con él en el glorioso empeño de ilustrar la nacion para hacerla dichosa.

Elojio de Carlos III.

IV.

En la oracion pronunciada en la academia de S. Fernando en la junta de distribucion de premios en 14 de julio de 1781.

Cuando Roma empezó á manifestar alguna pasion por las bellas artes, era ya España una de sus provincias: y á ella, acaso mas que á otra del imperio, estendieron los romanos el influjo de su magnificencia. Por este tiempo se erijieron en España aquellos célebres monumentos, templos, anfiteatros, circos, naumachias, puentes, acueductos, y vias militares, cuyas ruinas han sobrevivido al estrago de tantas guerras, y al curso de tantos siglos.

Pero las irrupciones de los septentrionales hicieron de nuevo á España un teatro de desolacion y de ruinas. Mérida, Tarragona, Italica, Sagunto, Numancia y Clunia, ofrecen todavía á los curiosos una idea de la magnificencia romana, y del espíritu destructor que animaba á los feroces wisigodos.

Aqui seria preciso, señor escelentísimo, interrumpir el curso de nuestra oracion, y pasar de un salto el gran vacío, que nos pre-

senta la historia de los conocimientos humanos. En este vacío se hunden á un mismo tiempo la literatura, las ciencias, las artes, el buen gusto, y hasta el jenio criador que las podia reproducir. Parece que cansado el espíritu humano de las violentas concuciones, con que le habian aflijido el desenfreno y la barbarie, dormia profundamente negado á toda accion y ejercicio, abandonando el gobierno del mundo al capricho y la ignorancia.

En el espacio de muchos siglos casi no encontramos las artes sobre la tierra; y si de cuando en cuando divisamos alguno de sus monumentos, es tal, que apenas nos libra de la duda de su existencia. Asi como aquel rio, que despues de haber conducido penosamente sus aguas por sitios pedregosos y quebrados desaparece repentinamente de nuestra vista, sumido en los abismos de la tierra, y vuelve á brotar despues de trecho en trecho, no ya rico y majestuoso como antes era, sino pobre, desfigurado y con mas apariencias de lago que de rio.

Enmedio de las tinieblas que cubrian la Europa en esta época triste y memorable, divisamos á España haciendo grandes esfuerzos por sacudir el yugo de la ignoran-

cia, y buscar su ilustracion. En el siglo doce vemos en ella abiertos estudios públicos para la enseñanza de las ciencias y artes liberales: en el trece aparece la lengua castellana despojada de su antigua rudeza, y cubierta ya de esplendor y majestad: los poetas, los historiadores y los filósofos la cultivan y acreditan; y finalmente, un sabio lejislador, á quien deben eternas alabanzas otras ciencias, produce un código admirable que será perpetuo testimonio de los progresos del espíritu humano en aquel tiempo.

Por entonces vuelven á aparecer las bellas artes en España, desfiguradas é imperfectas á la verdad, mas no por eso indignas de la especulacion de los aficionados. La arquitectura especialmente ofrece muchos monumentos dignos de admiracion por su inmensa grandeza, por el lujo de sus adornos y por la delicadeza de sus trabajos.

Los romanos habian hecho primero mas complicados los principios de esta arte, añadiendo á los tres órdenes griegos el toscano y el compuesto, y desfigurando despues todos los órdenes con adornos estraños. Los griegos del bajo imperio empezaron á alterar los principios y reglas de pro-

porcion de la arquitectura antigua: y los árabes y alemanes, trabajando á imitacion de estos griegos, pero sin ningun sistema cierto de proporcion, produjeron dos especies de arquitectura; a la última de las cuales se dió impropiamente el nombre de gótica.

Ambas se ejercitaron en España con esplendor desde el siglo trece; y aun se ven algunas obras donde se observa confundido el gusto de una y otra. Parece que esta arquitectura representa el caracter de los tiempos en que fue cultivada. Grosera, sólida y sencilla en los castillos y fortalezas: seria, rica y cargada de adornos en los templos: lijera, magnífica y delicada en los palacios, retratada en todas partes la marcialidad, la superstición y la galantería que distinguió los nobles de los siglos caballerescos.

Pero sobre todo es admirable en los templos. ¡Qué suntuosidad, qué delicadeza, qué seriedad tan augusta no admiramos todavía en las célebres iglesias de Burgos, de Toledo, de Leon y Sevilla! Parece que el injenio de aquellos artistas apuraba todo su saber para fabricar una morada digna del ser supremo. Al entrar en estos templos el hom-

bre se siente penetrado de una profunda y silenciosa reverencia, que apoderandose de su espíritu, le dispone suavemente á la contemplacion de las verdades eternas. Pero examinad las partes de estos inmensos edificios á la luz de los principios del arte: ¡qué multitud tan prodijiosa de delgadas columnas, reunidas entre sí para formar los apoyos de las altas bóvedas! qué profusion, qué lujo en los adornos! qué menudencia, qué nimiedad en el trabajo! qué laberinto tan intrincado de capiteles, torrecillas, pirámides, templetes derramados sin orden y sin necesidad por todas las partes del templo! qué desproporcion tan visible entre su anchura y su elevacion! entre las partes sostenidas y las que sostienen, entre lo principal y lo accesorio!

Pero pasando á hablar de Sevilla, permitame V. E. que no esconda los sentimientos de aprecio y gratitud con que mi corazon oye el nombre de un pueblo, cuyos ilustres hijos han señalado la mejor parte de mi vida con singulares beneficios. Sí, gran Sevilla; sí, jenerosos sevillanos, yo voy á consagrar mi lengua en vuestro obsequio. Feliz en este instante en que la verdad me permite pagar á vuestra inclinacion el tribu-

to de gratitud y de alabanza que os debe de justicia.

Sevilla habia cultivado las artes antes de los reyes católicos, mas como un oficio mecánico, que como una profesion noble y liberal. El desgraciado Torrejiani, contemporáneo y rival de Buonarota, y los flamencos Flores y Campaña introdujeron en ella la emulacion y el buen gusto. Villegas, en cuyo favor no solo hablan su obras, sino tambien la amistad con que le distinguió Arias Montano, y Luis de Vargas, llamado el Jacob de la pintura, porque la buscó apasionado en Italia, á costa de dos viajes de siete años, fundaron en su patria aquel famoso estudio que produjo con el tiempo tan célebres artistas.

Era entonces moda en aquella culta y opulenta ciudad vestir las casas de cierta especie de tapicerias, pintadas al temple, á que llamaban sargas. Como este jénero de pintura no dejaba lugar al arrepentimiento ni á la correccion, y era preciso para ejercitarle, sobre una grande exactitud en el dibujo, mucha destreza en el manejo del pincél; los antiguos pintores de Sevilla adquirieron en su ejercicio aquel valiente espíritu que caracteriza sus obras. Luis de Var-

gas y sus discípulos trabajaron en sargas con gran crédito: y en esta ocupacion se criaron tambien Luis Fernandez, artista eminente, segun el testimonio de Pacheco, los Castillos, los Vazquez, Valdivieso, y el mismo Pacheco, insigne teórico, aunque no tan felíz en la practica; mas celebre por su enseñanza que por sus obras, y mucho mas celébre aun por haber sido suegro y maestro del gran Velazquez.

Este ejercicio, y el de las academias de dibujo, que nunca faltaron, y fueron siempre muy frecuentadas en Sevilla, conservaron alli por mucho tiempo las buenas máximas, dando cada dia nuevo esplendor á las artes. ¡Ojala pudiese yo hacer digna memoria de todos los insignes profesores de la escuela sevillana! Pero ¿cómo podré olvidarme del doctor Pablo de las Roelas, digno discipulo de Ticiano, que alguna vez se acercó en el colorido á su maestro, y que le escedió acaso en la invencion, en el dibujo y en los nobles caracteres de sus figuras? ¿Cómo pasaré en silencio á Zurbaran, al imitador del Caravajio, insigne por la fuerza del claro oscuro, por la verdad de sus ropajes, y por la facilidad de su dibujo? ¿Cómo no hablaré de Murillo, del

suave y delicado Murillo, cuyo diestro pincel comunicaba al lienzo todos los encantos de la hermosura y de la gracia? ¡Gran Murillo! yo he creido en tus obras los milagros del arte y del injenio! Yo he visto en ellas pintados la atmósfera, los átomos, el aire, el polvo, el movimiento de las aguas, y hasta el trémulo resplandor de la luz de la mañana. Tu nombre es celebrado de todas las personas de buen gusto; pero ¿cuánto mas lo sería si el buril hiciese mas conocidas tus obras?

No es este el lugar destinado para hablar del gran Velazquez, ni del célebre Cano, dos grandes lumbreras de la escuela de Sevilla, de que haremos digna memoria en otra parte. Los nombres de los Herreras, los Valdeses, los Caros, de Antolinez, Ayala, Varela, y otros muchos, nos ocuparian tambien en este elojio, si precisados á seguir los progresos de la pintura en otras partes, no tuviesemos que separarnos de los sevillanos y Sevilla.

Pero la época mas señalada en la historia de las antiguas artes españolas fue sin duda el reinado de Felipe IV, príncipe que conversaba con las musas, que entendia y ejercitaba las artes, y se gloriaba de protejer

á los poetas y á los artistas. Apenas habia subido al trono, cuando Velazquez, cuyas obras ya admiraba su patria, vino á buscar en Madrid un teatro mas proporcionado á la estension de su talento. El conde duque conoce en sus primeros ensayos al mejor artista de su tiempo, le aplaude, le anima, le ofrece su proteccion, y se da priesa por granjearle la de la corte y el monarca. Sus primeras obras, espuestas al público, fijan en un instante su reputacion y su fortuna. ¡Qué dia tan glorioso para Velazquez, para Sevilla, y para toda España, aquel en que los artistas mismos, á vista del retrato ecuestre de Felipe IV, reconocieron en su pincél el principado de la pintura!

En este triunfo fueron comprendidos pintores naturales y estranjeros. Carduchi, Cajesi, Anjelo, Nardi, profesores de mérito distinguido, ceden tambien á la superioridad de Velazquez. El solo logra el honor de retratar al soberano, como otra vez Apeles á Alejandro. Todas las bocas se ocupan en alabanza suya: y hasta el silencio y los susurros de la envidia concurren al aplauso del pintor sevillano.

Tanto se debia á las eminentes calidades que le adornaban: porque ¿quién tuvo mas

verdad en el colorido? ¿mas fuerza en el claro oscuro? ¿mas sencillez en la espresion? ¿mas variedad, mas verdad, mas sabiduría en los caracteres? El solo entre tantos supo dar á sus personajes aquel ayre propio y nacional, á cuyo hechizo no pueden resistirse los ojos, ni el corazon de quien los mira. El solo, por medio de una sabia aplicacion de los principios ópticos, espresó los efectos de la luz en el ambiente, y los del ayre iluminado por ella en los cuerpos, y hasta en los vagos intermedios que los separan. Alaben otros enorabuena las gracias de la belleza ideal, buscada casi siempre en vano por los correctores de la verdad y la naturaleza, mientras que aplaudiendo sus conatos damos nosotros á Velazquez la gloria de haber sido singular en el talento de imitarlas.

Nobles jovenes, que me estais escuchando, honor, delicia y esperanza de nuestras artes, no os desdeñeis de seguir las huellas de tan gran maestro. La verdad es el principio de toda perfeccion; y la belleza, el gusto, la gracia no pueden existir fuera de ella. Buscadlas en la naturaleza, elijiendo las partes mas sublimes y perfectas, las formas mas bellas y graciosas, los partidos mas no-

bles y elegantes; pero sobre todo aprended de Velazquez el arte de animarlas con el encanto de la ilusion, con este poderoso encanto que la naturaleza habia vinculado en los sublimes toques de su májico pincél.

La ruina de la arquitectura precediera algun tanto á la de las otras artes. Perdió primero la regularidad y el decoro, de que habian dado tan buenos ejemplos Toledo, Herrera, el Greco, y los mismos Cano y Hernandez: y empezó despues á producir edificios fanfarrones, donde la riqueza del ornato escondia la falta de orden y sistema, y deslumbraba al ignorante espectador. Herrera, Barnuevo, Rici, y Donojo pueden contarse entre los que pusieron en boga el gusto mezquino y embrollado, y abrieron el camino á las estravagancias de Churriguera.

Entretanto se aparece en Madrid el hombre estraordinario que debia acabar de una vez con los artistas y las artes españolas. Bien conozco que muchos de los presentes oirán con escandalo su nombre; pero es forzoso pronunciarle. Es forzoso decir que Lucas Jordan fue el destructor de nuestras artes. Esta triste verdad se ha descubierto mucho tiempo há por los buenos observa-

dores de nuestro siglo: y la autoridad y la razon la confirman de un modo incontestable.

Jordan, nacido al mundo con un sublime y elevado talento para la pintura, educado primero en la libre y descuidada escuela de su padre, adelantado despues en la de nuestro Rivera, y perfeccionado finalmente en Roma y en Venecia con el estudio del antiguo, y de las obras de los grandes maestros, se hizo capaz de aventajarse á cuantos artistas le habian precedido, y de reunir en sí solo toda la gloria del arte. Poseedor del talento de imitar en un grado eminente, dotado de una imajinacion la mas fecunda y brillante que se ha conocido, prodijiosamente diestro en la ejecucion de sus ideas, en el uso de los colores y las tintas, y en el manejo del pincel, ¡con qué obras no hubiera inmortalizado su nombre, si en lugar de sacrificar sus talentos al interes y á la fortuna, los hubiese consagrado solamente á la perfeccion y á la gloria! Pero Jordan fue siempre esclavo de la codicia; y solo pintó para satisfacerla. Despues de haber imitado á Rivera, á Tintoreto, á los Caraccis, y aun al mismo Rafael, le vemos preferir el defectuoso estilo de Pedro de Cor-

tona, y seguirle siempre como á su guia y maestro. Ah! ¡si le juzgamos por la mayor parte de sus obras, cuán diferente le hallamos de lo que pudo ser! ¡cuánto descuido no se advierte en su dibujo! ¡cuánta confusion, cuánto bullicio en sus composiciones! ¡cuán poco decoro en las personas y en las actitudes! ¡qué uniformidad tan cansada en los semblantes! Yo no puedo dejar de compararle á un célebre poeta de su siglo. Lope de Vega y Jordan fueron muy parecidos en la elevacion de sus talentos, y en el influjo que tuvieron en la poesía y la pintura por el abuso de ellos. Dotados ambos de una facilidad incomparable, parece que se contentaban con producir mucho, sin empeñarse en producir bien. Uno y otro publicaban sus ideas orijinales, sin que el pincel ni la pluma las corrijiesen ni acabasen. Uno y otro arrastraban tras de sí los ojos del vulgo, y aun los de muchos profesores, mas por la pompa y aparente armonía, que reynaba en sus obras, que por el mérito intrínseco de ellas. Lope llenó nuestros teatros de dramas irregulares y monstruos, que desterraron de la escena el orden, la verdad y el decoro. Jordan llenó nuestros palacios y nuestros templos de composiciones recargadas, don-

de el decoro, la verdad y la exactitud se ven sacrificadas á la abundancia y vana ostentacion. El uno hizo de sus imitadores unos poetas insulsos, afectados y charlatanes: el otro de los suyos unos pintores atrevidos, incorrectos y amanerados. Finalmente los dos desterraron el orden, la regularidad y la decencia de la poesía y la pintura.

Mientras honraba España con abundosas lágrimas la tierna memoria de Fernando VI, sorprendido por la muerte en la mitad de su carrera, venia desde Napoles á ocupar su trono el augusto Carlos III: este monarca jeneroso, á quien ya daba Italia el nombre de restaurador de las artes, por haber ennoblecido con magníficas obras á Nápoles, Portici, y Caserta; por haber descubierto y sacado de las entrañas de la tierra dos grandes ciudades de la antigüedad, Pompeya y Herculano; por haber derramado en todo el mundo la noticia de sus bellos monumentos; y finalmente por haber recompensado á los artistas con una jenerosidad digna del tiempo y del espíritu de Alejandro.

Cuanta atencion le hubiesen merecido las artes despues de su venida á España, lo pública una multitud de grandes y bellos

monumentos erijidos en la estension de sus dominios, donde brillan igualmente la magnificencia y el buen gusto: lo publican estas mismas paredes, augusto domicilio de la naturaleza y el arte, debido á su beneficencia: lo publican los célebres estudios de Valencia, Barcelona, Sevilla, y otras varias ciudades, fomentados por su jenerosa proteccion, y las artes, fugitivas de las provincias, restituidas á su seno: lo publican en fin las mismas artes levantadas bajo su glorioso gobierno á un punto de prosperidad donde no pudieron llegar en las edades precedentes.

¡Mas para qué buscamos ejemplos distantes de nosotros! Esta misma corte en que habitamos, Madrid sacada del abismo de la inmundicia á la luz del mas brillante esplendor; renovadas sus calles, sus plazas, sus puertas y paseos; llena de suntuosos edificios, gallardas fuentes, bellas estátuas, arcos magníficos, y toda especie de esquisitos adornos: Madrid, donde la arquitectura ha recobrado su antigua majestad, la escultura su jentileza, la pintura su gracia y decoro, el grabado y todas las artes del dibujo su gusto y elegancia, ¿no será en lo venidero el

mas glorioso y durable testimonio de la magnificencia de Carlos?

Pero hagamos tambien justicia á los instrumentos de su beneficencia, y tejiendo en el elojio de Augusto las alabanzas de Mecenas, aplaudamos el celo del sabio ministro que tenemos presente; del que supo convertir una parte de la lejislacion hácia la gloria de las artes; del que ha dado á nuestro cuerpo la suprema majistratura del buen gusto; del que negó al gusto depravado la entrada á nuestras ciudades, en nuestros templos, y edificios públicos; del que nos ha perpetuado la posesion de los monumentos del buen tiempo, cerrando nuestros puestos á las obras de los pintores célebres con que antes hacian un vil comercio la ignorancia y la codicia. La posteridad, que cojerá todo el fruto de su ilustrada proteccion, hará algun dia á su memoria un elojio mas cabal que el mio, sin el riesgo de lastimar su moderacion ni de ofender su modestia.

Aqui debiera yo hacer memoria de los valientes profesores que la penetracion de Carlos supo escojer para el adorno de sus cortes y palacios; pero no es tiempo todavia de hablar de los que viven y aumentan

con sus obras el patrimonio de su reputacion: y cuando quisiera tratar de aquellos, cuya fama ha fijado ya la muerte, veo la sombra de un profesor jigante, que descuella entre los demas y los ofusca: la sombra de Mengs, del hijo de Apolo y de Minerva, del pintor filósofo, del maestro, el bienechor y el lejislador de las artes. Sí, señores; nosotros debemos á Mengs estos honrosos títulos; y cuando yo los atribuyo á su memoria creo que mi boca es solo un órgano destinado á hacer la espresion de nuestros comunes sentimientos. Mas no penseis que Mengs ha muerto para nuestra academia, ni para España. Su nombre vive y vivirá en la mas distante posteridad. Vivirá en sus discipulos, esperanza de nuestras artes; vivirá en el célebre museo que adorna estas moradas; vivirá en sus divinas obras; vivirá en sus profundos escritos, tesoro de inestimable doctrina, que se puede llamar el catecismo del buen gusto, y el código de los profesores y amantes de las artes; vivirá finalmente en los elojios que la amistad y la justicia dictaron á un distinguido miembro de nuestra asociacion, con cuya florida elocuencia no puede entrar en lid la rudeza de mis palabras.

Del informe sobre los espectáculos y diversiones públicas.

Hasta despues de la conquista de Toledo no conoció España diversion alguna que mereciese el nombre de espectáculo público. La mejor prueba de esta asercion se puede tomar de nuestro estado político coetáneo. Hasta la época que citamos nuestra poblacion fue muy escasa; y digan lo que quieran otros calculistas, la abundancia de pastos, bosques y términos incultos, la falta de artes y de industria, y el atraso del comercio y navegacion apenas conocidas, debieron reducir mucho el número de las subsistencias, y por consiguiente el de habitantes; pues que estas dos cosas estan y no pueden dejar de estar en proporcion igual. Esta pequeña poblacion vivia desunida y dispersa; habitando los nobles sus castillos, y el pueblo que apenas conocia otra profesion, dado á arrendar sus ganados, y á cultivar las pocas tierras que estaban libres de las incursiones de los moros al abrigo de las fortalezas, ó en el recinto de alguna poblacion fuerte y murada. Fuera de Burgos y Leon, no se presenta ciudad al-

guna populosa antes del siglo doce: ni estas podian serlo mucho si se atiende á que la corte no estaba permanente en ellas; á que la nobleza vagaba ó vivia en sus casas fuertes; á que el clero secular era muy escaso, y el regular casi heremita; y sobre todo á que el pueblo suplia las necesidades naturales con su industria doméstica; ignorados todavia el lujo estranjero y las artes de pura comodidad, y reunidos en los hogares rústicos el cultivo de la tierra y las artes neceserias.

En semejante situacion ni habia espectáculos, ni las diversiones eran objeto de la lejislacion ni de la policia. La nobleza pasaba en la caza los breves intervalos de paz que permitia la dura condicion de los tiempos; dada tambien al ejercicio y estrépito de las armas en este pasatiempo, que era una verdadera imajen. Y si alguna vez se recreaba alanceando, bofordando, ó rompiendo tablados, no hacia mas que variar la forma sin mudar el objeto de su imitacion; pues que todos estos juegos se reducian á ostentar pujanza y destreza en el tiro del bofordo ó lanza, arma principal del noble en los combates.

Ni eran por aquel tiempo menos senci-

llos los entretenimientos del pueblo, que sin derecho ni representacion conocida en el orden civil, parecia menos digno de la atencion del gobierno: siguiendo el pendon de sus señores en la guerra, ó atado á sus solares en la paz, no conocia otra recreacion que el descanso. En un dia festivo, claro y sereno el esparcimiento y la cesacion del trabajo hacian su mayor delicia; y si en él se daba á la carrera, al salto y á la lucha, como los pueblos de la antigüedad, era porque amigo, como ellos, de accion y movimiento, aborrecia las diversiones sedentarias, ó porque lleno de vigor, y sobrio, y endurecido como ellos, se complacia en la ostentacion de sus fuerzas, y cifraba en su ejercicio su mayor recreo.

En esta época sin duda creció y se fomentó el gusto de las romerías, cuyo orijen se pierde en los tiempos de la primitiva fundacion de todos los pueblos. La devocion sencilla los llevaba naturalmente á los santuarios vecinos en los dias de fiesta y solemnidad; y alli, satisfechos los estímulo de la piedad, daban el resto del dia al esparcimiento y al placer. Reunidos en un punto por la identidad de deseo buscaban el solaz en comun; y entonces la concur-

rencia y la publicidad aumentaban el interes de sus juegos, que pudieran llamarse espectáculos á ser mas estudiados, ó menos casuales. El luchador, el tirador de barra, el joven diestro en la carrera y en el salto, sentia crecer su interes y su gusto á par del número de sus espectadores; y la gloria del vencimiento le hacia percibir por la vez primera aquella especie de grata sensacion que mas lisonjea el corazon humano.

Si no se introdujeron, por lo menos es de sospechar que en este tiempo se propagaron el uso y la aficion á nuestras danzas populares. La mayor parte de ellas son tan sencillas y ajenas de artificio, que indican un orijen remotísimo, y acaso anterior á la invencion de la jimnástica. Empero hay muchas en que una cuidadosa observacion pudiera por su forma y enlaces atinar con la época de su establecimiento; y entonces sin duda se hallaria coincidiendo con la que hemos determinado. Importa poco esta averiguacion. Harto mas importa la observacion de que existen muchos pueblos todavía, que preservados de la infeccion del vicio no reconocen otro recreo que estas alegres concurrencias, y los inocen

tes juegos y danzas que hacen en ellas su delicia.

La caza, tan recomendada á los príncipes y señores por el rey sabio, en que se mostró tan entendido Alfonso el XI, y á que fueron tan aficionados despues Juan II y Enrique IV, de un entretenimiento privado y montaraz vino á ser una diversion cortesana. Estendido su uso, y mejorada su forma, ya los reyes y grandes no salian solos y en privado á correr monte, sino en público con grande aparato y comitiva y bizarramente vestidos, y armados al propósito. Seguíalos gran número de monteros, ballesteros y halconeros con muchedumbre de perros y neblíes; aquellos adornados con galanas libreas, y estos con ricos collares y capirotes. No resonaba solo en los montes, como en otro tiempo, el áspero son del cuerno, sino que los llenaba la fiera armonía de atabales, bocinas y trompetas. Ni ya cazaban solo los caballeros y escuderos, que tambien nuestras gallardas matronas, concurriendo á la diversion, la hacian mas agradable y brillante. Seguidas de sus dueñas y doncellas, y bien montadas y ataviadas penetraban por la espesura, y gozaban del fiero espectáculo sin miedo ni

melindre. Lo comun era que observasen desde andamios alzados al propósito las suertes y lances de la caza; sin que fuese raro ver á las mas varoniles y arriscadas bajar de sus catafalcos á lanzar los halcones, ó tal vez á mezclarse con su venablo en mano entre los cazadores y las fieras. ¡Tanto podia la educacion sobre las costumbres! Y tanto pudiera todavia, si encaminada á mas altos fines tratase de igualar los dos sexos, disipando tantas ridículas y dañosas diferencias como hoy los dividen y desigualan.

Estas monterías, que por aparatosas y caras estaban de suyo reservadas á los poderosos, se hicieron al fin esclusivas para su clase cuando la lejislacion, ampliando los derechos señoriles, colocó entre ella el dominio de los montes bravos, y la facultad esclusiva de perseguir las fieras. No era empero tan facil llevar esta dominacion hasta los ayres y las aves del cielo, y por eso la caza de cetrería hubo de quedar entre los derechos comunales, y servir al recreo de todos. Tener un halcon, y doctrinarle á lanzarse sobre las tímidas aves, y traerlas á la mano, no requeria mas que injenio y paciencia, y era dado al mas infeliz so-

lariego. Asi fue como esta diversion se hizo general y ordinaria, como se perfeccionó mas cada dia, y como al fin formó aquel arte admirable en que brillaba tanto el injenio de los hombres, como el rapaz instinto de las aves amaestradas por él.

La memoria de una y otra cacería continua constantemente por nuestras crónicas hasta dar en los siglos cultos. En el quince estaban aun entrambas en toda su fuerza, pero vínoles al fin su hado, y cayeron entrambas en olvido, cuando de una parte la estension del cultivo y los reglamentos de montes acabaron con los bosques y las fieras; y de otra cuando la perfeccion de las armas de fuego hizo tan inutiles los alanos y los halcones, como las ballestas y catapultas.

Creciendo la aficion al regocijo de los torneos, crecieron tambien su pompa, y el número de combatientes presentados en ellos. Hubo torneo de quince á quince, de treinta á treinta, de cincuenta á cincuenta, y aun de ciento á ciento; que tantos caballeros lidiaron en las fiestas con que fue celebrada en Zaragoza la coronacion del buen infante de Antequera.

Lidiabase en los torneos á pie y á ca-

ballo, con lanza ó con espada, en liza ó en campo abierto, y con variedad de armaduras y de formas. La justa era de ordinario una parte del espectáculo, á veces separada, y siempre mas freeuente, como que necesitaba de menor aparato y número de combatientes. Distinguiase del torneo en que este figuraba una lid en torno de muchos con muchos, y aquella una lid de encuentro de hombre á hombre. Y otro tanto se puede decir de los juegos de caña y sortija, porque estas diversiones juntas ó separadas admitian un mismo ceremonial, y unas mismas leyes con mas ó menos pompa, segun el lugar y la ocasion con que se celebraban.

Pero en todas brillaba el espíritu de galantería que las engrandeció, y fue haciendolas mas espectables desde que empezaron á concurrir á ellas las damas. Las matronas y doncellas nobles no asistian como simples espectadores, sino que eran consultadas para la adjudicacion de los premios, y eran tambien las que por su mano los entregaban á los combatientes. No habia caballero entonces que no tuviese una dama, á quien consagrar sus triunfos; ni dama que no graduase por el número de ellos

el mérito de un caballero. Desde entonces ya nadie pudo ser enamorado sin ser valiente, nadie cobarde sin el riesgo de ser infeliz y desdeñado. Y cuando el lujo introdujo en estos juegos otra especie de vanidad, abriendo á la riqueza un medio de ocultar entre el esplendor de sus galas las menguas de la gallardía; el injenio entró en otra mas noble competencia, llegando algunas veces con la agudeza de sus motes y divisas á donde no podia rayar la riqueza con tódos sus tesoros.

Asi se engrandeció este espectáculo. La idea que hoy conservamos de él es ciertamente muy mezquina y distante de su magnificencia; pero crece al paso que se levanta la consideracion á sus circunstancias. Porque ¿quién se figurará una anchísima tela pomposamente adornada, y llena de un brillante y numerosísimo concurso: ciento ó doscientos caballeros ricamente armados y guarnidos, partidos en cuadrillas y prontos á entrar en lid: el séquito de padrinos y escuderos, pajes y palafraneros de cada bando: los jueces y fieles presidiendo en su catafalco para dirijir la ceremonia y juzgar las suertes: los farautes

corriendo acá y acullá para intimar las órdenes: y los tañedores y menestriles alegrando y encendiendo los animos con la voz de sus añafiles y tambores: tantas plumas y penachos en las cimeras, tantos timbres y emblemas en los pendones, tantas empresas y divisas y letras amorosas en las adargas: por todas partes jiros y carreras, y arrancadas y huidas: por todas choques y encuentros, y golpes y botes de lanza, y peligros, y caidas, y vencimientos: ¿quién, repito, se figurará todo esto, sin que se sienta arrebatado de sorpresa y admiracion? ¿Ni quién podrá considerar aquellos valientes paladines, ejercitando los únicos talentos que daban entonces estimacion y nombradía en una palestra tan augusta, entre los gritos del susto y del aplauso, y sobre todo á vista de sus rivales y sus damas, sin sentir alguna parte del entusiasmo y la palpitacion que herviria en sus pechos aguijados por los mas poderosos incentivos del corazon humano, el amor y la gloria?

Acabado el torneo, la justa ó la corrida de monte, se juntaban á comer y departir en comun, ya en el palacio ó castillo del mantenedor de la fiesta, ya en tiendas ó salas levantadas al propósito. Con

ellos concurrian tambien las damas, prelados y caballeros que habian asistido al espectáculo, todos vestidos en gran gala, y seguidos de numerosas cuadrillas de trobadores y juglares, menestriles y tañedores de instrumentos. Ricos paños de oro y seda, y brocados adornaban las salas; gran copia de cirios y antorchas las alumbraban; y los metales y piedras preciosas lucian tanto mas en los aparadores y vajillas cuanto eran entonces mas raros. En fin el aparato era en todo magnífico segun las circunstancias de los tiempos, el garbo y facultades del dueño de la fiesta.

En estas galantes asambleas la conversacion, toda de armas y amores, corria de ordinario por los lances de la pasada fiesta, y por los objetos á que iban consagrados, y dando materia á los aplausos y á las disculpas, y premiando ó consolando á los combatientes, los hacian mas dichosos ó menos infelices. La música, que ayudada de la poesía y el canto, alternaba con la conversacion ó la cubria, tampoco sonaba sino amores y hazañas; y en ella los trobadores ó poetas líricos del tiempo pugnaban por ostentar su estro y entusiasmo, ya levantando al cielo las proezas del valor, ya

los encantos de la hermosura. Enmedio de tanta alegria se servia la cena, siempre abundante y esplendida, y aun se puede decir que siempre delicada, si se atiende á la complexion y al hábito de vida de unos convidados que no podian echar menos la variedad de manjares y condimentos, con que el arte de cocina se acomodó despues á la degradacion de las fuerzas y de los paladares. A todo sucedia y ponia fin el bayle, que alternando con la conversacion y con la música se prolongaba como en nuestros dias por la alta noche. Danzábase ya entonces entre damas y caballeros: danzábase de uno á uno, ó de mas á mas: y se danzaban bayles de enlace y maestría, en que la moda, á lo que se puede colejir de sus varios nombres y tonos, iba introduciendo cada dia nuevos artificios y usanzas estranjeras. Que tambien entonces como aora, y en esto como en mas graves cosas los hombres siempre instables y livianos miraban con hastio lo conocido, y se perecian por lo raro y lo nuevo.

Pero enmedio de esta liviandad, tan propia de nuestra condicion, observemos el gran paso dado al favor de las fiestas

palacianas hácia la cultura del espíritu, y como fueron haciendo á los hombres mas sociables, mas sensibles, y como poco á poco los fueron guiando hácia los tranquilos y honestos placeres de la buena compañía. En ellas los caballeros, olvidada su ferocidad, y los riesgos y los odios del combate, entraban á distinguirse en una nueva palestra de injenio y galantería. Alli ya no brillaba la riqueza con su lujo y sus galas, si la urbanidad y delicadeza del trato no la sostenian, ni el imperio de la hermosura dejaba de necesitar para conservarse del chiste y la agudeza. Y el valor brutal, la grosera ostentacion, la fria, muda y insignificante belleza quedaban deslucidos en unas concurrencias donde reunidos los hombres, y comparados por las dotes del ánimo, la escelencia y la palma era siempre adjudicada por la justicia á las sublimes gracias del injenio.

Andando el tiempo, y cuando la renovacion de los estudios iba introduciendo mas luz en las ideas, y mas humanidad en las costumbres, la lucha de toros empezó á ser mirada por algunos como diversion sangrienta y bárbara. Gonzalo Fernandez de Oviedo pondera el horror con

que la piadosa y magnífica Isabel la Católica vió una de estas fiestas, no sé si en Medina del Campo. Como pensase esta buena señora en proscribir tan feroz espectáculo, el deseo de conservarle sujirió á algunos cortesanos un arbitrio para aplacar su disgusto. Dijeronle que envainadas las astas de los toros en otras mas grandes, para que vueltas las puntas adentro se templase el golpe, no podria resultar herida penetrante. El medio fue aplaudido y abrazado en aquel tiempo: pero pues ningun testimonio nos asegura la continuacion de su uso, de creer es que los cortesanos, divertida aquella buena señora del propósito de desterrar tan arriesgada diversion, volvieron á disfrutarla con toda su fiereza.

La aficion de los siguientes siglos, haciendola mas jeneral y frecuente, le dió tambien mas regular estable forma. Fijándola en varias capitales y en plazas construidas al propósito se empezó á destinar su producto á la conservacion de algunos establecimientos civiles y piadosos. Y esto sacándola de la esfera de un entretenimiento voluntario y gratuito de la nobleza, llamó á la arena cierta especie de

hombres arrojados, que doctrinados por la esperiencia, y animados por el interes, hicieron de este ejercicio una profesion lucrativa; y redujeron por fin á arte los arrojos del valor, y los ardides de la destreza. Arte capaz de recibir todavía mayor perfeccion si mereciese mas aprecio, ó si no requiriese una especie de valor y sangre fria, que rara vez se combinarán con el bajo interes.

Asi corrió la suerte de este espectáculo mas ó menos asistido ó celebrado segun su aparato, y tambien segun el gusto y jenio de las provincias que le adoptaron, sin que los mayores aplausos bastasen á librarle de alguna censura eclesiástica, y menos de aquella con que la razon y la humanidad se reunieron para condenarle. Pero el clamor de sus censores, lejos de templar, irritó la aficion de sus apasionados, y parecia empeñarlos mas y mas en sostenerle, cuando el celo ilustrado del piadoso Carlos III le proscribió jeneralmente, con tanto consuelo de los buenos espíritus, como sentimiento de los que juzgan de las cosas por meras apariencias.

Es por cierto muy digno de admiracion que este punto se haya presentado á la

discusion como un problema dificil de resolver. La lucha de toros no ha sido jamas una diversion, ni cuotidiana, ni muy frecuentada, ni de todos los pueblos de España, ni jeneralmente buscada y aplaudida. En muchas provincias no se conoció jamas: en otras se circunscribió á las capitales; y donde quiera que fue celebrada, lo fue solamente á largos periodos, y concurriendo á verla el pueblo de las capitales y tal cual aldea circunvecina. Se puede por tanto calcular que de todo el pueblo de España apenas la centésima parte habrá visto alguna vez este espectáculo. ¿Cómo pues se ha pretendido darle el título de diversion nacional?

Pero si tal quiere llamarse, porque se conoce entre nosotros de muy antiguo; porque siempre se ha concurrido á él, y celebrado con grande aplauso; porque ya no se conserva en otro pais alguno de la culta Europa, ¿quién podrá negar esta gloria á los españoles que la apetezcan? Sin embargo, creer que el arrojo y destreza de una docena de hombres criados desde su niñez en este oficio, familiarizados con sus riesgos, y que al cabo perecen ó salen estropeados de él, se puede presentar á la

misma Europa como un argumento de valor y bizarría, es un absurdo. Y sostener que en la proscripcion de estas fiestas, que por otra parte puede producir grandes bienes políticos, hay el riesgo de que la nacion sufra alguna pérdida real, ni en el orden moral, ni en el civil, es ciertamente una ilusion, un delirio de la preocupacion. Es pues claro que el gobierno ha prohibido justamente este espectáculo; y que cuando acabe de perfeccionar tan saludable designio aboliendo las escepciones que aun se toleran, será muy acreedor á la estimacion y á los elojios de los buenos y sensatos patricios.

Sevilla, Valencia, Zaragoza y otras ciudades tenian tambien teatros y representaciones en nada inferiores á las de Madrid, que apenas elevada á corte permanente no podia competir en grandeza con tan ricas y populosas ciudades. Pero cuando Felipe III hubo restituido alli el asiento de su trono, que por corto tiempo trasladára á Valladolid; cuando toda la nobleza de su séquito se avecindó á su lado; cuando la ambicion, las artes y el injenio buscando su alimento, se colocaron en derredor, entonces la escena se fijó tambien alli

permanentemente, y su policía fue arreglada, y mejorada segun las ideas del tiempo. Con todo la preferente inclinacion del monarca á la diversion de la danza, y su cuidado en aumentar la pompa de otros espectáculos mas populares y devotos, retardaron todavía sus progresos, y el momento destinado á su gloria.

Llegó por fin en el reinado de su hijo Felipe IV, llamado por los poetas el Grande: príncipe joven, dado á la galantería, á los placeres y á las musas; que alguna vez se ocupó en hacer comedias, y en representarlas, y que las protejió acaso mas apasionadamente de lo que conviniera. Todo se mejoró bajo sus auspicios: y el magnífico teatro, que hizo levantar en el buen Retiro, abrió una escena muy gloriosa á los talentos y á las gracias de aquel tiempo. Dirijido por dos hombres insignes, el marques de Eliche, y luego aquel gran protector de las bellas artes el Almirante de Castilla, no hubo alguna que no llevase sus dones á este templo de la ilusion y del placer. La música, reducida primero á la guitarra, y al canto de algunas jácaras entonadas por ciegos, admitió ya el artificio de la armonía, cantán-

dose á tres y á cuatro; y el encanto de la modulacion, aplicada á la representacion de algunos dramas, que del lugar en que mas frecuentemente se oian, tomaron el nombre de zarzuelas. La danza añadió con sus movimientos medidos y locuaces nuevos estímulos á la ilusion y al gusto de los ojos. La pintura multiplicó los objetos de esta misma ilusion dando formas significantes y graciosas á las máquinas y tramoyas inventadas por la mecánica; y animándolo y vivificandolo con la májia de sus colores. Y la poesía, ayudada de sus hermanas, desenvolvió sus fuerzas, desplegó sus alas, y vagando por todos los tiempos y rejiones, no hubo en la historia ni en la fábula, en la naturaleza ni en la política, acciones y acaecimientos, vicios ó virtudes, fortunas ó desgracias, que no se atreviese á imitar y presentar sobre la escena.

Entonces fue cuando todos los injenios se ciñeron para buscar en ellas su interes ó su aplauso. Los empleos, la profesion y estado no detenian á ninguno en esta senda de gloria: y animados todos por la proteccion y la recompensa se vió hasta donde podia llegar en aquella sazon el talento ayudado de la opinion y del poder.

De innumerables dramas, que se presentaron á esta competencia, oimos todavía algunos con gran deleite sobre nuestra escena; pero los de Calderon y Moreto, que ganaron entonces la primera reputacion, son hoy á pesar de sus defectos nuestra delicia, y probablemente lo serán mientras no desdeñemos la voz alagüeña de las musas.

¿Quién creyera que habian de enmudecer casi del todo en el siguiente reinado? Pero la menor edad de Carlos II fue demasiado ajitada, triste, supersticiosa, para que pudiese prestar su oido á tan dulces acentos. Se puede decir que en ella la Talia española habia pasado los Pirineos para inspirar el gran Moliere; pues entretanto que París admiraba sus divinos dramas, sabemos por testimonio de Candamo, el mas distinguido y menos mal premiado injenio de aquel tiempo, que á duras penas se formaron en Madrid tres compañías para celebrar las bodas del monarca, de aquel monarca tan enfermizo de espíritu como de cuerpo, y que hecho por la educacion mas pusilánime estuvo siempre de parte del bien sin poderle hacer jamas; y amó siempre el teatro sin atreverse á protejerle ni

disfrutarle. Pero sin tan buen testigo como Candamo era facil adivinar la parte que debió caber á los espectáculos públicos en el desaliento y decadencia jeneral de aquella época.

Hablemos del pueblo que trabaja. Este pueblo necesita diversiones, pero no espectáculos. No ha menester que el gobierno le divierta, pero sí que le deje divertirse. En los pocos dias, en las breves horas que puede destinar á su solaz y recreo, él buscará, él inventará sus entretenimientos. Basta que se le dé libertad y proteccion para disfrutarlos. Un dia de fiesta claro y sereno en que pueda libremente pasear, correr, tirar á la barra, jugar á la pelota, al tejuelo, á los bolos, merendar, beber, baylar y triscar por el campo, llenará todos sus deseos, y le ofrecerá la diversion y el placer mas cumplido. A tan poca costa se puede divertir á un pueblo por grande y numeroso que sea.

Sin embargo ¿cómo es que la mayor parte de los pueblos de España no se divierten en manera alguna? Cualquiera que haya corrido nuestras provincias, habrá hecho muchas veces esta dolorosa observacion.

En los dias mas solemnes, en vez de la alegria y bullicio que debieran annnciar el contento de sus moradores, reina en las calles y plazas una perezosa inaccion, un triste silencio que no se pueden advertir sin admiracion ni lástima. Si algunas personas salen de sus casas no parece sino que el tedio y la ociosidad las echan de ellas, y las arrastran al ejido, al humilladero, á la plaza, ó al pórtico de la iglesia; donde, embozados en sus capas, ó al arrimo de una esquina, ó sentados ó vagando acá y acullá sin objeto ni propósito determinado, pasan tristemente las horas y las tardes enteras sin espaciarse ni divertirse. Y si á esto se añade la aridez é inmundicia de los lugares, la pobreza y desaliño de sus vecinos, el aire triste y silencioso, la pereza y falta de union y movimiento que se nota en todas partes ¿quién será el que no se sorprenda y entristezca á vista de tan raro fenómeno?

No es de este lugar descubrir todas las causas que concurren á producirle: sean las que fueren, se puede asegurar que todas emanarán de las leyes. Pero sin salir de nuestro propósito no podemos callar que una de las mas ordinarias y conocidas

está en la mala policía de muchos pueblos. El celo indiscreto de no pocos jueces se persuaden á que la mayor perfeccion del gobierno municipal se cifra en la sujecion del pueblo, y á que la suma del buen orden consiste en que sus moradores se estremezcan á la voz de la justicia; y en que nadie se atreva á moverse, ni respirar al oir su nombre. En consecuencia, cualquiera bulla, cualquiera gresca ó algazara recibe el nombre de asonada y alboroto: cualquiera disension, cualquiera pendencia, es objeto de un procedimiento criminal, y trae en pos de sí pesquisas, y procesos, prisiones y multas, y todo el séquito de molestias y vejaciones forenses. Bajo tan dura policía el pueblo se acobarda y entristece; y sacrificando su gusto á su seguridad, renuncia la diversion pública é inocente, pero sin embargo peligrosa, y prefiere la soledad y la inaccion, tristes á la verdad y dolorosas, pero al mismo tiempo seguras.

De semejante sistema han nacido infinitos reglamentos de policía no solo contrarios al contento de los pueblos, sino tambien á su prosperidad, y no por eso observados con menos rigor y dureza. En unas partes se prohiben las músicas y cen-

cerradas, y en otras las veladas y bayles. En unas se obliga á los vecinos á cerrarse en sus casas á la queda, y en otras á no salir á la calle sin luz, á no pararse en las esquinas, á no juntarse en corrillos, y á otras semejantes privaciones. El furor de mandar, y alguna vez la codicia de los jueces ha estendido hasta las mas ruines aldeas reglamentos que apenas pudiera exijir la confusion de una corte; y el infeliz gañan que ha sudado sobre los terrones del campo, y dormido en la era toda la semana, no puede en la noche del sábado gritar libremente en la plaza de su lugar, ni entonar un romance á la puerta de su novia.

La reforma de nuestro teatro debe empezar por el destierro de casi todos los dramas que estan sobre la escena. No hablo solamente de aquellos á que en nuestros dias se da una necia y bárbara preferencia: de aquellos que aborta una cuadrilla de hambrientos é ignorantes poetastros, que, por decirlo asi, se han levantado con el imperio de las tablas para desterrar de ellas el decoro, la verosimilitud, el interes, el buen lenguaje, la cortesanía, el chiste cómico, y la agudeza castellana.

Semejantes monstruos desaparecerán á la primera ojeada que echen sobre la escena la razon y el buen sentido. Hablo tambien de aquellos justamente celebrados entre nosotros, que algun dia sirvieron de modelos á otras naciones, y que la porcion mas cuerda é ilustrada de la nuestra ha visto siempre y ve todavía con entusiasmo y delicia. Seré siempre el primero á confesar sus bellezas inimitables, la novedad de su invencion, la belleza de su estilo, la fluidez y naturalidad de su diálogo, el maravilloso artificio de su enredo, la facilidad de su desenlace, el fuego, el interes, el chiste, las sales cómicas que brillan á cada paso en ellos: ¿pero qué importa si estos mismos dramas, mirados á la luz de los preceptos, y principalmente á la de la sana razon, estan plagados de vicios y defectos que la moral y la política no pueden tolerar? ¿Quién podrá negar que en ellos, segun la vehemente espresion de un crítico moderno, se ven pintadas con el colorido mas deleitable las solicitudes mas inonestas, los engaños, los artificios, las perfidias; fugas de doncellas, escalamientos de casas nobles, resistencias á la justicia, duelos y desafios temerarios, fundados en un falso pundonor; robos au-

torizados, violencias intentadas y cumplidas; bufones insolentes, y criados que hacen gala y ganancia de sus infames tercerías? Semejantes ejemplos, capaces de corromper la inocencia del pueblo mas virtuoso, deben desaparecer de sus ojos cuanto mas antes.

Es por lo mismo necesario sustituir á estos dramas otros capaces de deleitar é instruir, presentando ejemplos y documentos que perfeccionen el espíritu y el corazon de aquella clase de personas que mas frecuentará el teatro. Hé aquí el grande objeto de la lejislacion. Perfeccionar en todas sus partes este espectáculo, formando un teatro donde puedan verse contínuos y heróicos ejemplos de reverencia al ser supremo, y á la relijion de nuestros padres; de amor á la patria, al monarca y á la Constitucion; de respeto á las jerarquías, á las leyes, y á los depositarios de la autoridad; de fidelidad conyugal, de amor paterno, de ternura y obediencia filial. Un teatro que presente príncipes buenos y magnánimos, majistrados humanos é incorruptibles, ciudadanos llenos de virtud y de patriotismo, prudentes y celosos padres de familia, amigos fieles y constantes; en una

palabra hombres heroycos y esforzados, amantes del bien público, celosos de su libertad y sus derechos, y protectores de la inocencia, y acérrimos perseguidores de la iniquidad. Un teatro en fin, donde no solo aparezcan castigados con atroces escarmientos los caracteres contrarios á estas virtudes, sino que sean tambien silvados y puestos en ridículo los demas vicios y estravagancias que turban y aflijen la sociedad, el orgullo y la bajeza, la prodigalidad y la avaricia, la lisonja y la hipocresía, la supina indiferencia religiosa y la supersticiosa credulidad, la locuacidad é indiscrecion, la ridícula afectacion de nobleza, de poder, de influjo, de sabiduría, de amistad, y en suma todas las manías, todos los abusos, todos los malos hábitos en que caen los hombres cuando salen del sendero de la virtud, del honor y de la cortesanía, para entregarse á sus pasiones y caprichos.

Un teatro tal, despues de entretener honesta y agradablemente á los espectadores, iria tambien formando su corazon; y cultivando su espíritu, es decir, que iria mejorando la educacion de la nobleza y rica juventud, que de ordinario le frecuen-

ta. En este sentido su reforma parece absolutamente necesaria, por lo mismo que son mas raros entre nosotros los establecimientos destinados á esta educacion. No, nuestro estremo cuidado en multiplicar cierta especie de enseñanzas científicas no basta á disculpar el abandono con que miramos la enseñanza civil: aquella que necesita el mayor número, aun entre los nobles y ricos, y que es tanto mas importante, cuanto mas influjo tiene en el bien jeneral, y sobre todo en las costumbres públicas.

¿Y por ventura podremos gloriarnos de las de nuestros poderosos? ¿Dónde estan ya su antiguo caracter y virtudes? Demasiado funesta fue para el estado aquella política ratera, que pretendió labrar el bien público sobre el abatimiento de esta clase. ¿Cual es el fruto de tan inconsiderado sistema? ¿Fue otro que despojarla de su elevacion, de su magnanimidad, de su esfuerzo, y de tantas dotes como la hacian recomendable? ¿Qué desviarla de los altos fines para que fuera instituida, y entregarla en las garras de la ociosidad y del lujo para que la devorasen y consumiesen con su reputacion y sus fortunas?

Bien sé yo que la educacion pública, y señaladamente la de la clase rica y propietaria, necesita otros medios; ¿pero por qué no aprovecharémos uno tan obvio, tan fácil y conveniente? Y pues que los jóvenes ricos han de frecuentar el teatro, ¿por qué en vez de corromperlos con monstruosas acciones ó ridículas bufonadas, no los instruiremos con máximas puras y sublimes, y con ilustres y virtuosos ejemplos?

Del informe en el espediente de la ley agraria.

El único fin de las leyes respecto de la agricultura debe ser protejer el interes de sus ajentes, separando todos los ostáculos que puedan obstruir ó entorpecer su accion y movimiento.

Este principio que la sociedad procurará desenvolver en el progreso del presente informe, está primeramente consignado en las leyes eternas de la naturaleza, y señaladamente en la primera que dictó al hombre su omnipotente misericordioso criador, cuando, por decirlo asi, le entregó el dominio de la tierra, colocandole en ella y condenandole á vivir del producto de su

trabajo. Al mismo tiempo que le dió el derecho de enseñorearla, le impuso la pension de cultivarla, y le inspiró toda la actividad y amor á la vida que eran necesarios para librar en su trabajo la seguridad de su subsistencia. A este sagrado interes debe el hombre su conservacion, y el mundo su cultura. El solo limpió y rompió los campos, descuajó los montes, secó los lagos, sujetó los rios, mitigó los climas, domesticó los brutos, escojió y perfeccionó las semillas, y aseguró en su cultivo y reproduccion una portentosa multiplicacion á la especie humana.

El mismo principio se halla consignado en las leyes primitivas del derecho social; porque cuando aquella multiplicacion forzó los hombres á unirse en sociedad, y á dividir entre sí el dominio de la tierra, lejítimó y perfeccionó necesariamente su interes, señalando una esfera determinada al de cada individuo, y llamando hácia ella toda su actividad. Desde entonces el interes individual fue tanto mas vivo cuanto se empezó á ejercitar en objetos mas próximos, mas conocidos, mas proporcionados á sus fuerzas, y mas identificados con la felicidad personal de los individuos.

Los hombres enseñados por este mismo interes á aumentar y aprovechar las producciones de la naturaleza, se multiplicaron mas y mas; y entonces nació otra nueva propiedad distinta de la propiedad de la tierra, esto es, nació la propiedad del trabajo. La tierra, aunque dotada por el criador de una fecundidad maravillosa, solo la concedia á la solicitud del cultivo; y si premiaba con abundantes y regalados frutos al laborioso cultivador, no daba al descuidado mas que espinas y abrojos. Á mayor trabajo correspondia siempre con mayores productos: fue pues consiguiente proporcionar el trabajo al deseo de las cosechas. Cuando este deseo buscó auxiliares para el trabajo, hubo de hacerlos participantes del fruto, y desde entonces los productos de la tierra ya no fueron una propiedad absoluta del dueño, sino partible entre el dueño y sus colonos.

Esta propiedad de trabajo por lo mismo que era mas precaria é incierta en sus objetos, fue mas vijilante é injeniosa en su ejercicio. Observando primero las necesidades y luego los caprichos de los hombres, inventó con las artes los medios de satisfacer unos y otros: presentó cada

dia nuevos objetos á su comodidad y á su gusto; acostumbróle á ellos; formóle nuevas necesidades; esclavizó á estas necesidades su deseo; y desde entonces la esfera de la propiedad del trabajo se hizo mas estendida, mas varia y menos dependiente.

Es visto por estas reflexiones, tomadas de la sencilla observacion de la naturaleza humana y de su progreso en el estado social, que el oficio de las leyes respecto de una y otra propiedad no debe ser escitar ni dirijir, sino solamente protejer el interes de sus ajentes naturalmente activo ó bien dirijido á su objeto. Es visto tambien que esta proteccion no puede consistir en otra cosa que en remover los estorbos que se opongan á su accion y al movimiento de este interes, puesto que su actividad está unida á la naturaleza del hombre, y su direccion señalada por las necesidades del hombre mismo. Es visto finalmente que sin intervencion de las leyes puede llegar, y efectivamente ha llegado en algunos pueblos, á la mayor perfeccion el arte de cultivar la tierra; y que donde quiera que las leyes protejan la propiedad de la tierra y del trabajo se logrará infaliblemente esta perfeccion, y todos

los bienes que estan pendientes de ella.

La sociedad mirará siempre con gran respeto y con la mayor induljencia los mayorazgos de la nobleza; y si en materia tan delicada es capaz de temporizar, lo hará de buena gana en favor de ella. Si su institucion ha cambiado mucho en nuestros dias, no cambió ciertamente por su culpa, sino por un efecto de aquella instabilidad que es inseparable de los planes de la política cuando se alejan de la naturaleza. La nobleza ya no sufre la pension de gobernar el estado en las cortes, ni de defenderle en las guerras, es verdad: ¿pero puede negarse que esta misma exencion la ha acercado mas y mas á tan gloriosas funciones?

La historia moderna la representa siempre ocupada en ella. Libre del cuidado de su subsistencia; forzada á sostener una opinion que es inseparable de su clase; tan empujada por su educacion hácia las recompensas del honor, como alejada de las que tienen por objeto el interes, ¿donde podria hallar un empleo digno de sus altas ideas, sino en las carreras que conducen á la reputacion y á la gloria? Asi se la vé correr ansiosamente á ellas. Ademas de aquella

noble porcion de juventud que consagra una parte de la subsistencia de sus familias y el sosiego de sus floridos años al árido y tedioso estudio que debe conducirla á los empleos civiles y eclesiásticos, ¿cuál es la vocacion que llama al ejército y á la armada tantos ilustres jóvenes? ¿quién los sostiene en el largo y penoso transito de sus primeros grados? ¿quién los esclaviza á la mas exacta y rigorosa disciplina? ¿quién les hace sufrir con alegre constancia sus duras y peligrosas obligaciones? ¿quién en fin engrandeciendo á sus ojos las esperanzas y las ilusiones del premio, los arrastra á las arduas empresas en busca de aquel humo de gloria que forma su única recompensa?

Es una verdad inegable que la virtud y los talentos no están vinculados al nacimiento ni á las clases; y que por lo mismo fuera una grave injusticia cerrar á algunas el paso á los servicios y á los premios. Sin embargo es tan dificil esperar el valor, la integridad, la elevacion de ánimo y las demas grandes calidades, que piden los grandes empleos, de una educacion oscura y pobre, ó de unos ministerios cuyo continuo ejercicio encoje el espíritu, no presentandole otro estímulo que la necesidad, ni otro

término que el interes; cuanto es facil hallarlas enmedio de la abundancia, del esplendor, y aun de las preocupaciones de aquellas familias, que estan acostumbradas á preferir el honor á la conveniencia, y á no buscar la fortuna sino en la reputacion y en la gloria. Confundir estas ideas, confirmadas por la historia de la naturaleza y de la sociedad, seria lo mismo que negar el influjo de la opinion en la conducta de los hombres, seria esperar del mismo principio que produce la material exactitud de un curial, aquella santa inflexibilidad con que un majistrado se ensordece á los ruegos de la amistad, de la hermosura y del favor, ó resiste á los violentos uracanes del poder. Seria suponer que con la misma disposicion de ánimo que dirige la ciega y material obediencia de un soldado, puede un jeneral conservarse impávido y sereno en el conflicto de una batalla, respondiendo él solo de la obediencia, del valor de sus tropas, y arriesgando al trance de un momento su reputacion, que es el mayor de sus bienes.

Justo es pues que la nobleza, ya que no puede ganar en la guerra estados ni riquezas, se sostenga con las que ha recibido de sus mayores. Justo es que el estado asegure

en la elevacion de sus ideas y sentimientos el honor y la bizarria de sus majistrados y defensores. Retenga enorabuena sus mayorazgos; pero pues los mayorazgos son un mal indispensable para lograr este bien, tratense como un mal necesario, y reduzcanse al mínimo posible. Este es el justo medio que la sociedad ha encontrado para huir de dos estremos igualmente peligrosos. Si V. A. mirase sus máximas á la luz de las antiguas ideas, ciertamente que le parecerán duras y estrañas; pero si por un esfuerzo tan digno de su sabiduría, como de la importancia del objeto, subiere á los principios de la lejislacion, que tan profundamente conoce España se librará del mal que mas la oprime y enflaquece.

La primera providencia, que la nacion reclama de estos principios, es la derogacion de todas las leyes que permiten vincular la propiedad territorial. Respetense enorabuena las vinculaciones hechas hasta aora bajo su autoridad; pero pues han llegado á ser tantas y tan dañosas al público, fijese cuanto antes el único límite, que puede tener su perniciosa influencia. Debe cesar por consecuencia la facultad de vincular por contrato entre vivos y muertos, y por testamentos

por via de mejora, de fideicomiso, delegado, ó en otra cualquiera forma. De manera que conservandose á todos los ciudadanos la facultad de disponer de todos sus bienes en vida y muerte segun las leyes, solo se les proiba esclavizar la propiedad territorial con la proibicion de enajenar, ni imponerle gravámenes equivalentes á esta proibicion.

Esta derogacion, que es tan necesaria como hemos demostrado, es al mismo tiempo muy justa; porque si el ciudadano tiene la facultad de testar, no de la naturaleza, sino de las leyes, las leyes que la conceden pueden sin duda modificarla. ¿Y qué modificacion será mas justa que la que conservándole, segun el espíritu de nuestra antigua lejislacion, el derecho de transmitir su propiedad en la muerte, le circunscribe á una jeneracion para salvar las demas?

Se dirá, que cerrada la puerta á las vinculaciones, se cierra un camino á la nobleza, y se quita un estímulo á la virtud. Lo primero es cierto, y es tambien conveniente. La nobleza actual, lejos de perder, ganará en ello, porque su opinion crecerá con el tiempo, y no se confundirá ni envilecerá con el número, pero la nacion ganará mu-

cho mas, porque cuantas mas avenidas cierre á las clases estériles, mas tendrá abiertas á las profesiones útiles, y porque la nobleza, que no tenga otro orijen que la riqueza, no es la que le puede hacer falta.

Lo segundo no es temible. Ademas de la gloria que sigue infaliblemente las acciones ilustres, y que constituye la mejor y mas sólida nobleza, el estado podrá concederla ó personal ó hereditaria á quien la mereciere, sin que por eso sea necesario conceder la facultad de vincular. Si los hijos del ciudadano asi distinguido siguieren su ejemplo, convertirán en nobleza hereditaria la nobleza vitalicia; y si no la supiesen conservar, ¿qué importará que la pierdan? Esta recompensa nunca será mas apreciada que cuando su conservacion sea dependiente del mérito.

Sobre todo á esta regla jeneral podrá la soberanía añadir las exenciones que fueren convenientes. Cuando un ciudadano á fuerza de grandes y continuos servicios subiere á aquel grado de gloria que lleva en pos de sí la veneracion de los pueblos; cuando los premios dispensados a su virtud hubieren engrandecido su fortuna al paso que su gloria, entonces la facultad de fundar un ma-

yorazgo para perpetuar su nombre, podrá ser la última de sus recompensas. Tales exenciones, dispensadas con parsimonia y con notoria justicia, lejos de dañar, serán de muy provechoso ejemplo. Pero cuidado que esta parsimonia, esta justicia son absolutamente necesarias en la dispensacion de tales gracias para no envilecerlas; porque, señor, si el favor, ó la importunidad las arrancan para los que se han enriquecido en la carrera de Indias, en los asientos, en las negociaciones mercantiles, ó en los establecimientos de industria, ¿qué tendrá que reservar el estado para premio de sus bienechores? .... . .

La opinion solo puede oponerse de dos modos á los progresos de la agricultura: primero, ó presentandola á la autoridad del gobierno como un objeto secundario de su favor, y llamando su primera atencion hácia otras fuentes de riqueza pública: segundo, ó presentando á sus ajentes medios menos directos y eficaces, ó tal vez erróneos, de promover la utilidad del cultivo, y el aumento de las fortunas dependientes de él: porque en uno y otro caso la nacion y sus individuos sacarán de la agricultura menos ventajas, y será por con-

siguiente menor la prosperidad de unos y otros. Esta es la pauta que seguirá la sociedad para regular las opiniones que tienen relacion con la agricultura.

Ya se ve que al primero de estos respectos pertenecen tambien las opiniones que produjeron todos los estorbos políticos que hemos ya indicado y combatido; porque ciertamente no se hubieran publicado tantas leyes, tantas ordenanzas y reglamentos para favorecer los baldíos, las plantaciones, la granjería de lanas, las amortizaciones civil y eclesiástica, y la industria y poblacion urbana con tanto daño del cultivo jeneral, si el gobierno hubiese estado siempre intimamente convencido de que ninguna profesion era mas merecedora de su proteccion y solicitud que la agricultura; y de que no podia favorecer á otras á costa de ella, sin cerrar mas ó menos el primero y mas abundante manantial de la riqueza pública.

Cuando se sube al orijen de esta clase de opiniones se tropieza al instante con una preocupacion funestísima, que de algunos siglos acá cunde por todas partes, y de cuya infeccion acaso no se ha librado ningun gobierno de Europa. Todos han aspirado á

establecer su poder sobre la estension del comercio, y desde entonces la balanza de la proteccion se inclinó hácia él; y como para protejerle pareciese necesario protejer la industria que lo provee, y la navegacion que le sirve, de aqui fue que la solicitud de los estados modernos se convirtiese enteramente hácia las artes mercantiles. Su historia, cuidadosamente seguida desde la caida del imperio romano, y señaladamente desde el establecimiento de las repúblicas de Italia, y ruina del sistema feudal, presenta en cada pájina una confirmacion de esta verdad. Siglos há que la guerra, este horrendo azote de la humanidad, y particularmente de la agricultura, no se propone otro objeto que promover las artes mercantiles. Siglos há que este sistema preside á los tratados de paz, y conduce las negociaciones políticas. Siglos há que España, cediendo á la fuerza del contajio le adoptó para sí: y aunque llamada principalmente por la naturaleza á ser una nacion agricultora, sus descubrimientos, sus conquistas, sus guerras, sus paces y tratados, y hasta sus leyes positivas han inclinado visiblemente á fomentar y protejer con preferencia las profesiones mercantiles, casi

siempre con daño de la agricultura. ¿Qué de privilejios no fueron dispensados á las artes desde que reunidas en gremios lograron monopolizar el injenio, la destreza y hasta la libertad del trabajo? Qué de gracias no se derramaron sobre el comercio y la navegacion desde que reunidos tambien en grandes cuerpos emplearon su poder y su astucia en ensanchar las ilusiones de la política? Y una vez inclinada á ellos la balanza de la proteccion, ¿de cuánta proteccion y solicitud no defraudaron á la muda y desvalida agricultura?

En tan contradictorio sistema nada parece mas repugnante que el menosprecio de una profesion, sin la cual no podrian crecer ni prosperar las que eran blanco del favor del gobierno. ¿Puede dudarse que en todos sentidos sea la agricultura la primera basa de la industria, del comercio y la navegacion? ¿Quién sino ella produce las materias á que da forma la industria, movimiento el comercio, y consumo la navegacion? ¿Quién sino ella presta los brazos que contínuamente sirven y enriquecen á otras profesiones? ¿Y cómo se pudo concebir la ilusoria esperanza de levantar sobre el desaliento de la agricultura unas profesiones

dependientes por tantos títulos de su prosperidad? ¿Era esto otra cosa que debilitar los cimientos para levantar el edificio?

Tambien este mal tuvo su orijen en la manía de la imitacion. El ejemplo de las repúblicas de la edad media, que florecieron sin agricultura, y solo al impulso de su industria y navegacion, y el que presentaron algunos pocos imperios del mundo antiguo y de la moderna Europa, pudieron comunicar á España tan dañosa infeccion. ¿Pero qué mayor delirio que imitar á unos pueblos forzados por la naturaleza, en falta de territorio, á establecer su subsistencia sobre los flacos y deleznables cimientos del comercio, olvidando en el cultivo de un vasto y pingüe territorio, el mas abundante, el mas seguro manantial de riqueza pública y privada?

Si, señor, la industria de un estado sin agricultura será siempre precaria: penderá siempre de aquellos pueblos de quienes resciba sus materias, y en quienes consuma sus productos. Su comercio seguirá infaliblemente la suerte de su industria, ó se reducirá á un comercio de mera economía, esto es, al mas incierto, y con respecto á la riqueza pública, al menos provechoso de to-

dos. Ambos por necesidad serán precarios y pendientes de mil acasos y revoluciones. Una guerra, una alianza, un tratado de comercio, las vicisitudes mismas del capricho, de la opinion y las costumbres de otros pueblos acarrearán su ruina, y con ella la del estado. De este modo la gloria de Tiro, y el inmenso poder de Cartago, pasaron como un sueño, y fueron vueltas en humo. De este modo desaparecieron de la sobreaz del mundo político los de Pisa, Florencia, Jénova y Venecia, y acaso de este modo pasarán tambien los de Holanda y Jinebra; y confirmarán algun dia con su ruina que solo sobre la agricultura puede levantar un estado su poder y sólida grandeza.

No dice esto la sociedad para persuadir á V. A. que la industria y comercio no sean dignos de la proteccion del gobierno: antes reconoce que en el presente estado de la Europa ninguna nacion será poderosa sin ellos; y que sin ellos la misma agricultura será desmayada y pobre. Dícelo solamente para persuadir que no pudiendo subsistir sin ella, el primer artículo de su proteccion debe cifrarse siempre en la proteccion de la agricultura. Dícelo porque este es el mas seguro, mas directo y mas

breve medio de criar una poderosa industria y un comercio opulento. Cuando la agricultura haga abundar por una parte la materia de las artes y los brazos que las han de ejercer; cuando por otra haciendo abundar los mantenimientos abarate el salario del trabajo y la mano de obra, la industria tendrá todo el fomento que puede necesitar; y cuando la industria prospere por estos medios, prosperará infaliblemente el comercio, y logrará una concurrencia invencible en todos los mercados. Entonces las profesiones mercantiles no tendrán que esperar del gobierno sino aquella igualdad de proteccion á que son acreedoras en un estado todas las profesiones útiles. Pero protejer la industria y el comercio con gracias y favores singulares, protejerlos con daño y desaliento de la agricultura, es tomar el camino al revés, ó buscar la senda mas larga, mas torcida, y mas llena de riesgos y embarazos para llegar al fin.

Muchos siglos há que el gran Columela se lamentaba en Roma de que habiendose multiplicado los institutos de enseñanza para doctrinar los profesores de todas las artes, y aun de las mas frívolas y viles, solo la agricultura carecia de discípulos y maes-

tros. Sin tales artes, decia, y aun sin causídicos, fueron felices en otro tiempo, y lo pueden ser todavia muchos pueblos; pero es claro que no lo seran jamas, ni podrá existir alguno sin labradores. Con el mismo celo clamaban el moderno Columela Herrera, el célebre Diego Daza, y otros buenos patricios del siglo diez y seis por el establecimiento de academias y cátedras de agricultura; y este clamor, renovado despues en varios tiempos, resuena todavia en el espediente de ley agraria.

La sociedad, aplaudiendo el celo de estos venerables españoles, quisiera caminar al término que se propusieron por una senda mas llana y segura. Parécele que fuera muy vana, y acaso ridícula la esperanza de difundir entre los labradores los conocimientos rústicos por medio de lecciones teóricas, y mucho mas por el de disertaciones académicas. No las reprueba; pero las reputa poco conducentes á tan grande objeto. La agricultura no necesita discípulos doctrinados en los bancos de las aulas, ni doctores que enseñen desde las cátedras, ó asentados en derredor de una mesa. Necesita de hombres prácticos y pacientes que sepan estercolar, arar, sembrar, cojer, lim-

piar las mieses, conservar y beneficiar los frutos, cosas que distan demasiado del espíritu de las escuelas, y que no pueden ser enseñadas con el aparato científico.

Pero la agricultura es un arte; y no hay arte que no tenga sus principios teóricos en alguna ciencia. En este sentido la teórica del cultivo debe ser la mas estendida y multiplicada, puesto que la agricultura mas bien que un arte es una admirable reunion de muchas y muy sublimes artes. Es pues necesario que la perfeccion del cultivo de una nacion penda hasta cierto punto del grado en que posea aquella especie de instruccion que puede abrazarla. Porque en efecto, ¿quién estará mas cerca de mejorar las reglas teóricas de su cultivo; aquella nacion que posea la coleccion de sus principios teóricos, ó la que los ignore del todo?

La consecuencia de este raciocinio es muy triste á la verdad, y vergonzosa para nosotros. ¡Qué abandono tan lamentable en nuestro sistema de instruccion pública! No parece sino que nos hemos empeñado tanto en descuidar los conocimientos útiles como en multiplicar los institutos de inutil enseñanza.

La sociedad está muy lejos de negar el

justo aprecio que se debe á las ciencias intelectuales, y mucho mas á las que tanto le merecen por la sublimidad de su objeto. La ciencia del dogma, que enseña al hombre la esencia y atributos de su criador: la moral, que le enseña á conocerse á sí mismo, y á caminar á su último fin por el sendero de la virtud, serán siempre dignas de la mayor recomendacion en todos los pueblos que tengan la dicha de respetar tan sublimes objetos. Pero siendo ordenadas todas las demas á promover la felicidad temporal del hombre, ¿cómo es que hemos olvidado las mas necesarias á este fin, promoviendo con tanto ardor las mas inútiles ó las mas dañosas?

Esta manía de mirar las ciencias intelectuales como único objeto de la instruccion pública, no es tan antigua como acaso se cree. La enseñanza de las artes liberales fue el principal objeto de nuestras escuelas; y aun en la renovacion de los estudios las ciencias útiles, esto es, las naturales y exactas debieron grandes desvelos al gobierno, y á la aplicacion de los sabios. No hay uno de nuestros primeros institutos que no haya producido hombres célebres en el estudio de la física y de la matemática; y lo

que era mas raro en aquella época, que no hubiesen aplicado sus principios á objetos útiles y de comun provecho. ¿Qué muchedumbre de ejemplos no pudiera citar la sociedad, si este fuese su presente propósito? Baste saber que cuando el maestro Esquivel medía con los triángulos de Rejiomontano la superficie del imperio español para formar la mas sabia y completa jeografia que ha logrado nacion alguna, cuando los sabios Valle y Mercado aplicaban los descubrimientos físicos al destierro de las pestes que afiijian los pueblos, y cuando el infatigable Laguna salia de ellos á paises remotos, y con el Dioscorides en la mano estudiaba la naturaleza y la botánica en los venturosos campos de Ejipto y Grecia; ya el célebre Alfonso de Herrera á impulsos del buen cardenal Cisneros habia comunicado á sus compatriotas cuanto supieron los jeoponicos griegos y latinos, y los físicos de la media edad y de la suya en el arte de cultivar la tierra.

Despues acá perecieron estos importantes estudios, sin que por eso se hubiesen adelantado los demas. Las ciencias dejaron de ser para nosotros un medio de buscar la verdad, y se convirtieron en un arbitrio

para buscar la vida. Multiplicaronse los estudiantes, y con ellos la imperfeccion de los estudios: y á la manera de ciertos insectos, que nacen de la podredumbre, y solo sirven para propagarla, los escolásticos, los pragmáticos, los casuistas y malos profesores de las facultades intelectuales envolvieron en su corrupcion los principios, el aprecio y hasta la memoria de las ciencias útiles.

Dignese pues V. A. de restaurarlas á su antigua estima: dignese de promoverlas de nuevo, y la agricultura correrá á su perfeccion. Las ciencias exactas perfeccionarán sus instrumentos, sus máquinas, su economía, y sus cálculos, y le abrirán ademas la puerta para entrar al estudio de la naturaleza. Las que tienen por objeto á esta gran madre, le descubrirán sus fuerzas y sus inmensos tesoros, y el español ilustrado por unas y otras acabará de conocer cuantos bienes desperdicia por no estudiar la prodijiosa fecundidad del suelo, y el clima en que le colocó la Providencia. La historia natural, presentandole las producciones de todo el globo, le mostrará nuevas semillas, nuevos frutos, nuevas plantas y yerbas que cultivar y acomodar á él, y nuevos

individuos del reyno animal que domiciliar en su recinto. Con estos auxilios descubrirá nuevos modos de mezclar, abonar y preparar las tierras, y nuevos métodos de romperla y sazonarla. Los desmontes, los desagües, los riegos, la conservacion y beneficio de los frutos, la construccion de trojes y bodegas, de molinos, lagares y prensas; en una palabra, la inmensa variedad de artes subalternas y auxiliares del grande arte de la agricultura, fiadas aora á prácticas absurdas y viciosas, se perfeccionarán á la luz de estos conocimientos, que no por otra causa se llaman útiles que por el gran provecho que puede sacar el hombre de su aplicacion al socorro de sus necesidades.

A pesar de la notoriedad de esta influencia, muchos son todavía los que miran con desden semejante instruccion, persuadidos á que siendo imposible hacerla descender hasta el rudo é iliterato pueblo, viene á reducirse á una instruccion de gabinete, y á servir solamente al entretenimiento y vanidad de los sabios. La sociedad no deja de conocer que hay alguna justicia en este cargo; y que nada daña tanto á la propagacion de las verdades útiles, como el fausto

científico con que las tratan y espenden los profesores de estas ciencias. Al considerar sus nomenclaturas, sus fórmulas y el restante aparato de su doctrina, pudiera sospecharse que habian conspirado de propósito á recomendarla á las naciones con lo que mas la desdora, esto es, presentandola como una doctrina arcana y misteriosa é impenetrable á las comprensiones vulgares.

Sin embargo enmedio de este abuso no se puede negar la grande utilidad de las ciencias demostrativas. Es imposible que una nacion las posea en cierto grado de estension sin que se derive alguna parte de su luz hasta el ínfimo pueblo; porque, permitasenos esta espresion, el fluido de la sabiduría cunde y se propaga de una clase en otra, y simplificandose y atenuandose mas en su camino se acomoda al fin á la comprension de los mas rudos y sencillos. De este modo el labrador y el artesano, sin penetrar la jerga misteriosa del químico en el análisis de las margas, ni los raciocinios del naturalista en la atrevida investigacion del tiempo y modo en que fueron formadas, conocen su uso y utilidad en los abonos, y en el desengrase de los paños, esto es, conocen cuanto han enseñado de

provechoso las ciencias respecto de las margas.

Del manuscrito, inédito aun, de la descripcion del castillo de Bellver, y de sus vistas.

Este castillo se dice haber sido destinado para palacio de los reyes de Mallorca, y aun se añade que en él vivió y murió no sé que persona real. Esto último parece una patraña, desmentida por la historia; pero la elegancia interior de la obra, y la distribucion de sus magníficas habitaciones, que no desdicen de aquel noble destino, confirma lo primero. Puede probarlo tambien la grande y hermosa capilla, dedicada á san Marcos, sù patrono, y otras oficinas del interior: y en fin el que entre tantas obras grandes como se emprendieron en Palma despues de la conquista, no se halla otra que parezca destinada á la morada de sus reyes.

¿Quién pues se detendrá un poco á contemplarla en aquellos destinos, que transportado en espíritu á tan remota época, y recordando el caracter y costumbres que la distinguian, no se halle sorprendido por las ideas y sentimientos que su misma for-

ma presenta al hombre pensador? Porque figurese V. este castillo cercado de un ejército enemigo, embarazado con armas y máquinas, y lleno de caballeros, escuderos y peones ocupados en su defensa: ¿qué? ¿no tropezará V. con ellos en todas partes, subiendo, bajando, corriendo y haciendo resonar en torno de estas huecas bóvedas la estrepitosa vocería del combate? ¿Y no le parecerá que vé á unos jugando desde los muros y torres sus armas y máquinas, ó asestando sus tiros al abrigo de las troneras y saeteras; y otros en la barrera esterior presentando su pecho al enemigo, mientras los mas distinguidos defienden el pendon real, que sobre el alto homenaje tremola al viento los blasones de Mallorca? Pues ¿y los sitiadores? ¿cómo no figurarselos arremolinados por la cima del cerro lanzando desde sus tornos, algarradas y manganillas un diluvio de dardos y piedras sobre los sitiados: ó bien apiñados en derredor de los muros y barreras lidiando y pugnando por vencerlas? Y en tal conflicto, ¿quién no se horrorizará al contemplar la saña con que unos y otros harian subir hasta el cielo su rabioso alarido, y con que llenos de sudor y fatiga, y cubiertos de polvo y sangre, se

ostinaban todavía en el horrendo ministerio de recibir ó dar la muerte?

¡Pero en otro tiempo y situacion, cuán diferentes escenas no presentarian estos salones, hoy desmantelados, solitarios y silenciosos! ¡Cuál seria de ver á los próceres mallorquines, cuando despues de haber lidiado en el campo de batalla, ó en la liza del torneo á los ojos de su príncipe venian á recibir de su boca y sus brazos la recompensa de su valor! Y si la presencia de las damas realzaba el precio de esta recompensa, ¡qué nuevo entusiasmo no les inspiraria, y cuánto al mismo tiempo no hincharia el corazon de los escuderos y donceles, preparandolos para estas nobles fatigas, bien premiadas entonces con sola una sonrisa de la belleza! Y ¡qué si los consideramos cuando enmedio de su príncipe y de sus damas, cubiertos no ya del morrion y coraza, sino de galas y plumas, se abandonaban enteramente al regocijo y al descanso, y pasaban en festines y banquetes, juegos y saraos las rápidas y ociosas horas! El espíritu no puede representarse sin admiracion aquellas asambleas, menos brillantes acaso, pero mas interesantes y nobles que nuestros modernos bayles y fiestas; pues

que alli enmedio de la mayor alegría reynaban el órden, la union y el honesto decoro: la discreta cortesanía templaba siempre el orgullo del poder, y la fiereza del valor era amansada por la tierna y circunspecta galantería.

Tales ideas, ó si V. quiere, ilusiones se ofrecen frecuentemente á mi imajinacion, y la hieren con tanta mas viveza cuanto se refieren á objetos que no solo pudieron verse, sino que probablemente se vieron en este castillo. Porque ha de saber V. que á fines del siglo catorce le habitaron don Juan I y doña Violante de Aragon, aquellos príncipes tan agriamente censurados por su aficion á la danza, la caza y la poesía, y por la brillante galantería que introdujeron en su corte. Mallorca los recibió con estraordinaria jenerosidad, y no hubo demostracion, fiesta ó regocijo que no hiciese para lisonjear sus aficiones; y Bellver, do fijaron su residencia, fue el principal teatro de estos pasatiempos. ¿Quién, pues, recordando aquella época enmedio de estos salones, cuya gallarda arquitectura armoniza tan admirablemente con tales destinos, no se detendrá á meditar sobre lo que en otro tiempo pasaba en ellos? De mí sé decir

que á veces se me representan tan al vivo aquellas fiestas, que creo hallarme en ellas; y siguiendo las voces y pasos de sus concurrentes admiro la enorme diferencia, que el curso de pocos siglos puso entre las ideas y costumbres de aquel tiempo y del nuestro. Ya me figuro á una parte á los ancianos caballeros, tan venerables por sus canas como por las cicatrices ganadas en la guerra, hablando de las batallas, arrancadas y peligrosos fechos de armas de su buen tiempo pasado, mientras que á otra los vigorosos paladines tratan solo de justas y torneos, encuentros y botes de lanza, despreciando en el seno mismo de la paz la fatiga y la muerte. A veces creo ver á unos y otros mezclados con los donceles y caballeros noveles que en la mañana de su vida adornaban ya las gracias de su edad con el respeto á los mayores; y entonces asi admiro la reverente atencion con que estos mozos sabian oir y callar, como el celo con que los viejos desenvolvian ante ellos cuanto una larga esperiencia les enseñara en los duros ejercicios de la guerra y la caza. Si se trataba de la primera, marchas, correrias, peleas, cercos, asaltos de plazas eran materia de sus conversaciones. Si de la segunda, alanos y sabue-

tos, osos y javalies, garzas y jerifaltes la llenaban. Duros encuentros en la guerra, estrechos lances de montería y cetrería eran su delicia en la paz; sin que por eso se desdeñasen de hablarles alguna vez de armas y caballos, lorigas y cimeras, adornos y paramentos militares para contemporizar con su edad, y aficionaros mas y mas á estos ejercicios. Tales eran sus conversaciones: tales los gustos de una nobleza que formaba la primera milicia, y era el mas robusto apoyo del estado; y yo no puedo recordarlos sin admirar una época en que hasta las diversiones y pasatiempos la instruian y preparaban para llenar los altos fines de su institucion.

¿Y cuál no seria en ella el influjo del amor en las costumbres públicas, cuando la hermosura le desdeñaba si las marciales gracias del valor no le ennoblecian? Figúrese V. por un rato el coro de la juventud militar reunido al de las graves matronas y modestas damiselas, solo accesibles al trato en semejantes concurrencias. No crea V. nos que su conversacion versaba sobre brocados y cintas, airones y tocados, ó adornos mujeriles, sino sobre los varoniles ejercicios de la liza y la caza; y si alguna vez se desviaba

hácia la parte mas agradable de ellos, era para fijar con sus decisiones el gusto de las sobrevistas y plumajes, y la agudeza de las divisas y empresas amorosas de los caballeros. Jueces de la gallardía y del gusto, jamas negaban su aprecio al valor discreto, y en sus danzas y banquetes, en sus cacerías y deportes privados, para él reservaban el agrado y la dulce sonrisa, mientras su ceño y desvío arredraban al necio orgullo y á la flaca cobardía, y los escarmentaban.

Asi es como á vista de estas paredes nacen una de otra mil agradables ilusiones que fuera molesto referir. Pero no quiero callar una que en cierto modo pertenece á la historia de este castillo, y que tampoco desagradará á V., para quien tan solo escribo. Por otra parte, ¿no seria muy arida y enojosa su descripcion si detenido yo en las formas de sus piedras desechase las reflexiones que despiertan, privando á V. y privandome á mí del placer con que se recuerdan tan respetables memorias?

Es bien sabido que en la época de que hablamos la judicatura del injenio estaba reservada á las damas, como la del valor; y que la literatura de entonces se reducia casi á la poesia provenzal, especialmente en la

corte de Aragon, en cuyo molde fue vaciada la de Mallorca. Esta poesía, que habia nacido en Cataluña, y pasado de alli al pais cuyo nombre tomó, era toda erótica y toda consagrada al bello sexo, cuyos amores y celos, favores y desdenes, constancia y perfidias daban materia á todos sus poemas. ¿Y quién ignora que las lides del injenio se tenian entonces en los consistorios ó cortes de amor, donde las damas presidian y juzgaban? ¿Ni que á esta diversion fueron sobre manera aficionados los soberanos que residieron aqui en 1394? ¿Será pues creible que en un pais, do esta poesía era de tan antiguo cultivada, y en una temporada que se dió toda á fiestas y alegrías, no se hubiese celebrado un consistorio para poner á prueba los injenios de Aragon y Mallorca? Oh! y ¡cuán brillante y discreta asamblea no presentarian bajo de estas bóvedas el rey cercado de sus grandes y barones, la reyna presidiendo enmedio de las damas aragonesas y palmesanas, y los nobles trobadores de Aragon, Cataluña y Mallorca recitando ó cantando ante ellas á competencia sus tenzones y serventesias, trobas y decires, para obtener de su mano la violeta de oro, premio del vencedor! Y aun acabado tan solemne acto,

¿qué seria oirlos cantar al son del harpa ó del laud sus lais y virolais para deporte de las mismas damas? ó bien hacerlos tañer y cantar por sus juglares y menestriles, mientras que las acompañaban en las danzas y zarabandas de sus saraos esperando siempre de sus labios la recompensa de su injenio? ¿Y pensando en esto ¿será posible no sentir alguna parte del entusiasmo que tales asambleas inspiraban?

Bien sé que al compararlas con las nuestras el gusto melindroso y liviano que reyna en ellas las tachará de groseras y bárbaras; ¿pero será con razon? Es innegable que los progresos hechos en las ciencias y en el gusto, y su aplicacion á la milicia, las artes y el trato civil, han mejorado la táctica, la literatura, la industria, y aun dado á la moderna galantería un caracter tanto menos fiero cuanto mas pulido: pero comparense los tiempos y las costumbres, y busquese á esta luz el influjo moral y político de unas y otras fiestas. ¿El paralelo no será vergonzoso para nosotros? Aquellos usos de que hoy nos mofamos, hacian de los caballeros discretos poetas, de los poetas esforzados paladines, y de las damas jueces capaces de calificar el valor y el injenio de unos y de

otros. ¿No se educaron en ellos los Moncadas y Torrellas, gloria de Aragon; los Rocaforts y Montaneres, terror del oriente; y los Vidales y Mataplanas, delicia de la Europa? ¿No se educaron las Beatrices, y Fanetas, musas de Aragon y de Provenza, que al mismo tiempo que animaban las lanzas, y endulzaban las liras de sus proceres, formaban el corazon y el espíritu de sus damiselas? ¿Y á qué otra escuela se debieron los encantos de la bella Laura, la Safo de su edad, y aquel su amor puro y celestial que sacó de la lira del Petrarca los sublimes suspiros, que todavía resuenan en las almas sensibles?

¿Y podremos atribuir algo de semejante á nuestras tertulias, á nuestras fiestas de sociedad, y (si queda alguna cosa á que cuadre este nombre) á nuestra moderna galantería? ¿Citarémos algun despechado y tenebroso desafío, alguna llorona elejía, alguna muelle y torpe cantilena? Respondan por mí los intrépidos militares, y los insignes poetas, que por nuestra dicha no se acabaron, y digan si tienen que agradecer alguna parte de su valor ó de su estro al trato público ó privado de nuestras damas.

Tal es la muchedumbre, y tantas las variedades de plantas, que si algun sabio bo-

tanista se diese á describirlas pudiera formar una Flora *Bellverica*, harto rica y digna de la atencion de los amantes de esta ciencia encantadora. Aunque V. considere tales producciones sin otro respeto que el adorno que añaden al ruedo del castillo enmedio de su estrañeza y rusticidad, no dejará de formar una muy favorable idea de su hermosura, tanto mas si reflexiona que la benignidad del clima hace que muchas de las plantas sean perpétuas, y que otras, como el cantueso, tomillo, euforbio, aunque algo marchitas al fin del estío, conserven toda su hoja, y á las primeras aguas del otoño, reverdecen y cobran su antigua lozanía, mientras que las pocas, que perecen del todo, apenas sienten la primera humedad del rocío, cuando brotan de nuevo sin dejar nunca á este suelo en aquella larga pausa de vejetacion que hace en otros tan hórrido el invierno.

Ni necesita esperar á la primavera para verse lleno de flores. Desde los principios de octubre asoma á cubrirle la llamada flor de invierno, muy parecida á la del azafran: que sin tallo, rama ni hoja, despliega á flor de tierra sobre un tierno pudenculo sus seis petalos de hermoso color de lila. Acompa-

ñanla gran número de pequeños lirios blancos, muy parecidos al jazmin y de su tamaño, y tambien las flores de la jabonera de un morado tirante á azul, que son tan tempranas como de corta vida. Siguen las del cantueso de violado claro, para durar casi todo el año, las del talaspi, formadas de pequeñísimos flósculos blancos, y las amarillas y celestes de las achicorias. Viene luego el gallardo gladiolo, aqui *clavell de moro*, de muy ardiente color carmesí, y luego un bellísimo orchis, que yo llamaría *especular*, porque la abejita que nace sobre su flor tiene la espalda de un gracioso color de acero tan brillante, que refleja la luz, con su marco de finísima pelusa de terciopelo musgo. Hasta que al fin desenvolviendose toda la gala de la primavera, se vé la verde alfombra, que cubre el cerro, matizada con tanta y tan rica variedad de colores y formas, que no se puede pisar sin el delicioso sentimiento que la bella y exuberante naturaleza escita, ni contemplarla sin levantar el espíritu hácia la inagotable bondad de su divino autor.

De lo dicho inferirá V. facilmente que este término no será menos rico en pastos; y con efecto entre tanta muchedumbre de

hermosas plantas crece y amuchigúa con el mayor vigor la numerosa plebe de las gramineas, trifolios y demas yerbas pratenses, que nunca faltan en las cañadas, y solo se agostan en los altos en la fuerza del estío. Esta abundancia se debe á la de los rocíos que proporciona la vecindad del mar, la cual ademas hace estas yerbas muy sabrosas y preciadas por los pastores vecinos. Pero si uno ó dos rebaños de ovejas, abonando el suelo, las aumenta tanto como las disfruta, tres ó cuatro devoraces cabras asuèlan con su diente venenoso hasta las plantas que las protejen. Los tiernos pinabetes, acebuches, algarrobos y lentiscos son devorados al nacer por este animal destructor, tan enemigo del arbolado, como del cultivo; y viniendo alguna vez en pos de él los puercos con su hocico minador, todo lo talan y apuran, hasta la esperanza de su reproduccion. Asi es como mientras el celo duerme, la codicia vela y se apresura á consumar la total ruina de un bosque, que bien cuidado y defendido pudiera recobrar todavía su antigua riqueza y hermosura.

Desde la primavera fue en otro tiempo muy frecuentado en los dias festivos en que el pueblo palmesano venia á gozar

en él las dulzuras de la estacion, y á solazarse y merendar entre sus árboles. Estremadamente aficionado á esta inocente diversion, á que da el nombre de *Pan-Cavitat*, se le veia llenar y hermosear el cerro, esparcido acá y allá en diferentes grupos; y familias numerosas, con sus amigos y allegados, triscando, corriendo, riendo y gritando pasaban alegremente la tarde, y á veces todo el dia. Y como la juventud haga siempre el primer papel en estos inocentes desaogos, allí es donde se la veia bullir y derramarse por toda la espesura, llenandola de movimiento y alegre algazara, para abandonarla despues á su ordinaria y taciturna soledad. ¡Cuántas veces he gozado yo de tan agradable espectáculo mirandole complacido desde mi alta atalaya! Pero estos inocentes y fáciles placeres, tan ardientemente apetecidos, como sencillamente gozados por todo un pueblo alegre y laborioso, le fueron al fin robados, y desaparecieron con los árboles á cuya sombra los buscaba.

Yo no sé si alguna particular providencia quiso agravar mi infortunio, completando á mis ojos el horror de esta soledad. Sé si que al paso que caían los árboles,

y huian las sombras del bosque, le iban abandonando poco á poco sus inocentes y antiguos moradores. No há mucho tiempo que se críaba en él toda especie de caza menor, que como contada entre los derechos del gobierno, y por lo mismo poco perseguida, crecia en libertad; y ademas se aumentaba con la que acosada en los montes vecinos buscaba aqui un asilo. Abundaban sobre todo los conejos, cuya colonia domiciliada aqui por D. Jayme el II, se habia aumentado á par de su natural fecundidad. Solialos yo ver con frecuencia al caer de la tarde salir de sus hondas madrigueras, saltar entre las matas y pacer seguros la fresca yerba á la dudosa luz del crepúsculo. Criabanse tambien muchas liebres, y alguna al atravesar yo por la espesura, pasó como una flecha ante mis pies, huyendo medrosa de su misma sombra. El cacareo ronco de la perdiz se oia aqui á todas horas; y ¡ cuántas veces su violento y repentino vuelo no me anunció que escondia sus polluelos al abrigo de los lentiscos! Desde que la aurora rayaba, una muchedumbre de calandrias, jilgueros, verderones, y otros pajarillos salia ya á llenar el bosque de movimiento y armo-

nía, bullendo por todas partes, picoteando en insectos y flores, cantando, saltando de rama en rama, volando á las distantes aguas, ó volviendo á buscar su abrigo so las copas de los árboles, y tal vez á esconder en ellas el fruto de su ternura. Y mientras la bandada de zancudos chorlitos, rodeando velozmente la falda y laderas del cerro, los asustaba con sus trémulos silvidos. El tímido ruiseñor, que esperaba la escasa luz para cantar sus amores, rompia con dulces gorjeos el silencio de la noche; y enviaba desde la hondonada el eco de sus tiernos suspiros á resonar en torno de estos torreones solitarios. V. comprenderá, sin que yo se lo diga, cuanto consolarian en este desierto tan agradables é inocentes objetos. Pero todos le van ya desamparando poco á poco; todos desaparecen; y sintiendo conmigo su desolacion, todos emigran á los bosques vecinos, y abandonan una patria infeliz que ya no les puede dar abrigo y alimentos. Mientras que yo, desterrado tambien de la mia, quedo aqui solo para sentir su ausencia y destino, y veo desplomarse sobre el mio todo el horror y tristeza de esta soledad.

¡Qué mucho pues que la abandonen los

hombres! No echaré yo menos por cierto á aquellos que duros é insensibles subian alguna vez á este cerro para turbar la paz y la dicha de seres tan inocentes; y que hallando un bárbaro placer en la muerte y la destruccion, ya los sobresaltaban con el súbito ladrido de sus perros; ya los hacian caer sin vida al tiro de sus insidiosas armas, ó ya mas crueles, aprisionándolos en sus redes, los privaban de la compañía y libertad, que les eran mas caras que la vida. ¿Pero cómo no echaré menos el espectáculo de un pueblo laborioso y pacífico, que de cuando en cuando subia á reposar aqui de sus fatigas, y á gozar á la sombra de los árboles y entre tan sencillos objetos un placer puro y sin remordimientos?

Ah! ¡con cuánta pena no observo ya desde esta atalaya que si alguna vez la costumbre trae alguna que otra familia á estos antes amados lugares, se la ve volver triste y atónita hallando yermas y desnudas las escenas que antes hermoseaba la naturaleza con sus galas, y encantaba el amor con sus ilusiones! Su maldicion cae entonces sobre sus bárbaros desvastadores, y acudiendo á la esteril venganza de los débiles, los condena al ceño de sus con-

temporáneos, y á la execracion de la posteridad.

Pero ninguna vecindad honra mas, ninguna recomienda ni alegra tanto los términos de Bellver, como el santuario de la Bonanova situado al O. de Palma, y á medio tiro de cañon del castillo y del mar, y dedicado á la Virjen Maria: es por decirlo asi el Begoña ó el Contrueces de los mareantes mallorquines. Apenas estos han emprendido ó acabado alguna de sus pequeñas espediciones, cuando la familia del patron ó de los marineros vienen en romeria á Bonanova: donde á vueltas de la devocion pasa alli alegremente un dia entero ó una tarde. Ni esta devocion inflama solo á los navegantes, sino que se estiende á todo el pueblo de Palma y sus contornos; cuyas familias acostumbran asimismo visitar la hermita en algunos dias del año. Mas cuando llega el del santo y dulcísimo nombre de Maria bien puedo decir, pues que he gozado ya tres veces aunque de lejos de tan tierno espectáculo, que entonces se despueblan la ciudad y los campos vecinos para venir á celebrarle en su pequeño y gracioso templo. Lumbradas y bailes al son de la gaita y tamboril anun-

cian desde la noche anterior la solemnidad preparada; y el primer rayo del siguiente dia halla ya cubiertos los senderos del bosque y las demas avenidas de la hermita de un inmenso jentío que viene á la fiesta, y á gozar de camino de la diversion que ofrece su concurrencia. Porque esta aqui, como sucede en otras partes, es una de las solemnes ocasiones en que la devocion se hermana amigablemente con el regocijo de los pueblos, y santifica, si se me permite esta espresion, el placer y alegría de los corazones sencillos y inocentes. Los concurrentes despues de hacer sus preces y satisfacer su primera curiosidad, se derraman por todo el recinto del santuario ver y á ser vistos, y á saludarse y tratarse entre sí. Pero al acercarse el mediodia se dividen en grupos; y cado uno se separa y toma la situacion que desea ó que puede para comer y sestear. No hay algarrobo por alli, no hay olivo ni almendro que no abrigue una familia contra los rayos del sol equinoccial, ni familia que por pobre que sea, no pueda á su sombra cantar alegre con el Horacio español:

A mi una pobrecilla
mesa de amable paz bien abastada

me basta, y la bajilla,
de fino oro labrada,
sea de quien la mar no teme ayrada.

Entrar y salir en la hermita, charlar, correr, bailar ó ver los bailes llenan el resto de la tarde. El mas señalado de ellos se tiene en el porche de la cercana casa de *son Gual*, bellísima quinta de la escelentísima Señora marquesa viuda de Sollerie, que la edificó, asi como la nueva hermita; y que en este dia admite y regala con jenerosidad á las personas de la nobleza que vienen á la fiesta, y acoje ademas en sus umbrales al pueblo que acude á solazarse ante ellos.

En toda la tarde y por todas partes reina el mas vivo, y al mismo tiempo el mas pacífico y honesto regocijo. Que tambien en esto es señalado y laudable el buen pueblo mallorquin; pues que manifestando en sus diversiones la alegria mas exaltada y bulliciosa, nunca ó rarísima vez da en ellas aquellos ejemplos de desacato, disolucion, y discordia, que por desgracia turban y hacen amargas las de algunos otros paises. A la de este dia convida tambien, y en gran manera la realza la her-

mosura del sitio; porque es frondoso, elevado y pintoresco con la magnífica vista de la baía á una parte, y á otra la de la rica y hermosa campiña, sobre la cual descuella el castillo de Bellver, haciendo en ella muy distinguido papel. Algun dia, si quiere Dios, subiendo á su alto homenaje describiré yo á V. esta grande escena, tal cual desde alli se descubre.

FIN DEL TOMO I.

INDICE

de los estractos contenidos en este tomo I.

De Miguel de Cervantes Saavedra.

Del Padre Juan de Mariana.

De D. Antonio de Solis.

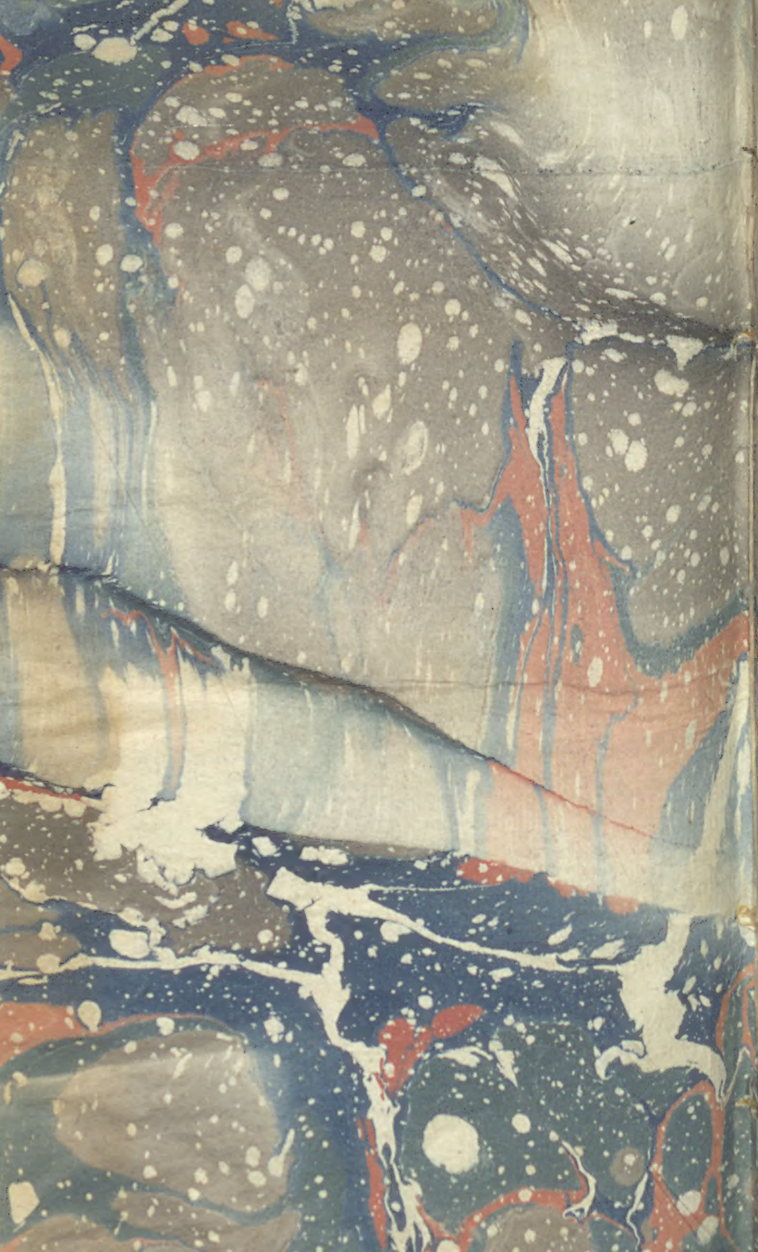
De Fray Luis de Granada.

De Fray Luis de Leon.

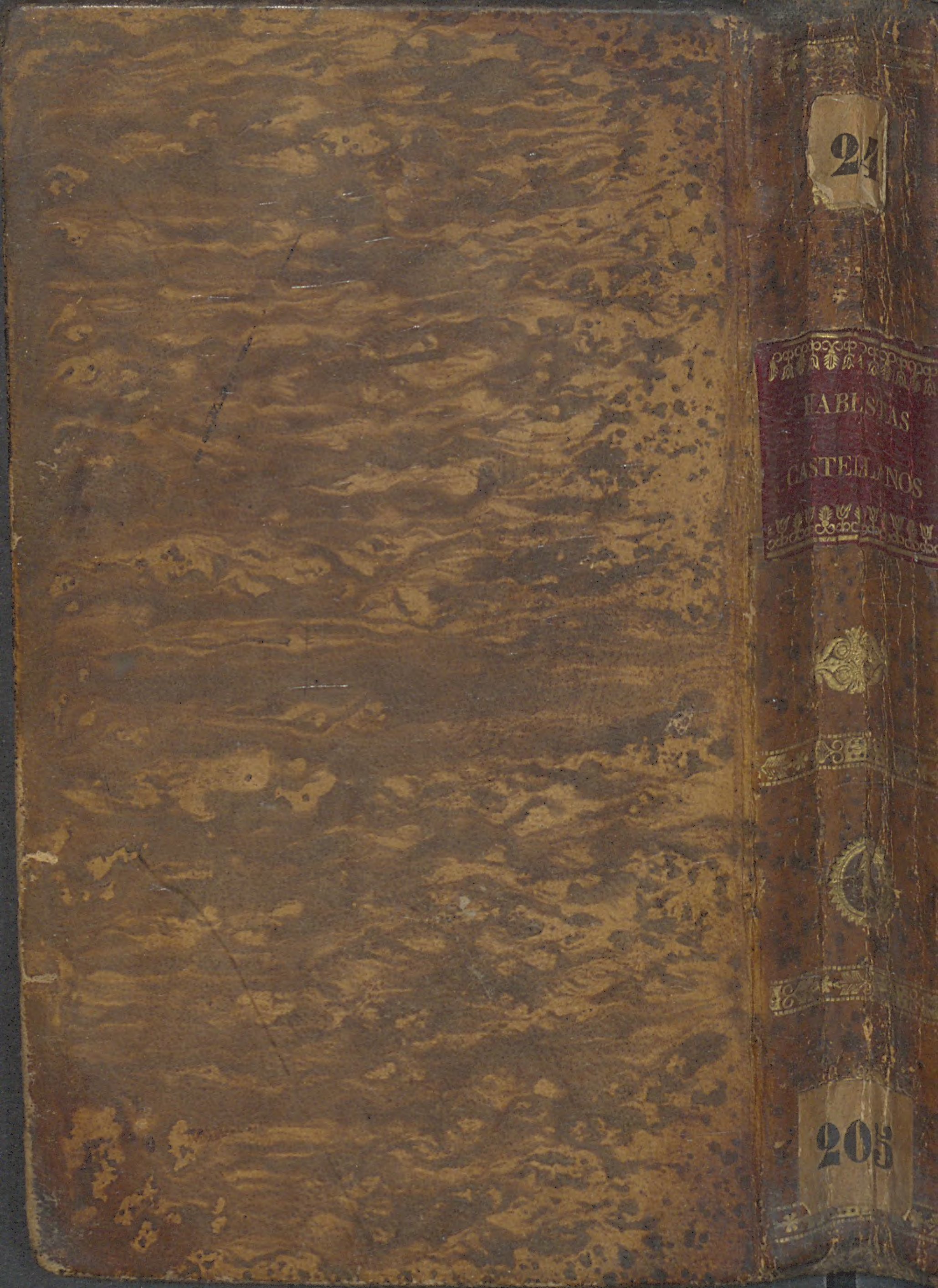
De D. Gaspar de Jovellanos.

ERRATAS.

Pág.	lin.	Dice.	debe decir.
1	5	DE DON MIGUEL	DE MIGUEL.
5	7	el	él
16	16	ahoran	aora
22	21	cuantas	cuantos
23	18	te hace Sancho	te hace, Sancho
56	10	á lo que	ó á lo que
62	5	como	como si
75	18	liceniado	licenciado
86	24	habia	habiendo
120	24	su	sus
123	9	qne	que
130	última	ese mismo	eso mismo
140	22	de	del
158	12	*Chaquin*	*Claquin*
175	20	amanazan	amenazan
228	13	inclanacion	inclinacion
233	26	Zampoala	Zempoala
239	15	afljirle	aflijirle
244	19	satisfacion	satisfaccion
254	7	estraodinario	estraordinario
271	13	ha	he
280	19	cristiandad	cristiandad,
294	15	e	el
311	10	contro	contra
316	17	terible	terrible
358	2	*En la oracion*	*De la oracion*
376	12	neceserias	necesarias
380	18	ella	ellos
381	8	continua	continúa
383	25	palafraneros	palafreneros
417	22	resciba	reciba
432	1	sabuetos	sabuesos
432	8	aficionaros	aficionarlos
437	27	pudenculo	pedúnculo







24
HABLISTAS
CASTELLANOS
205


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm